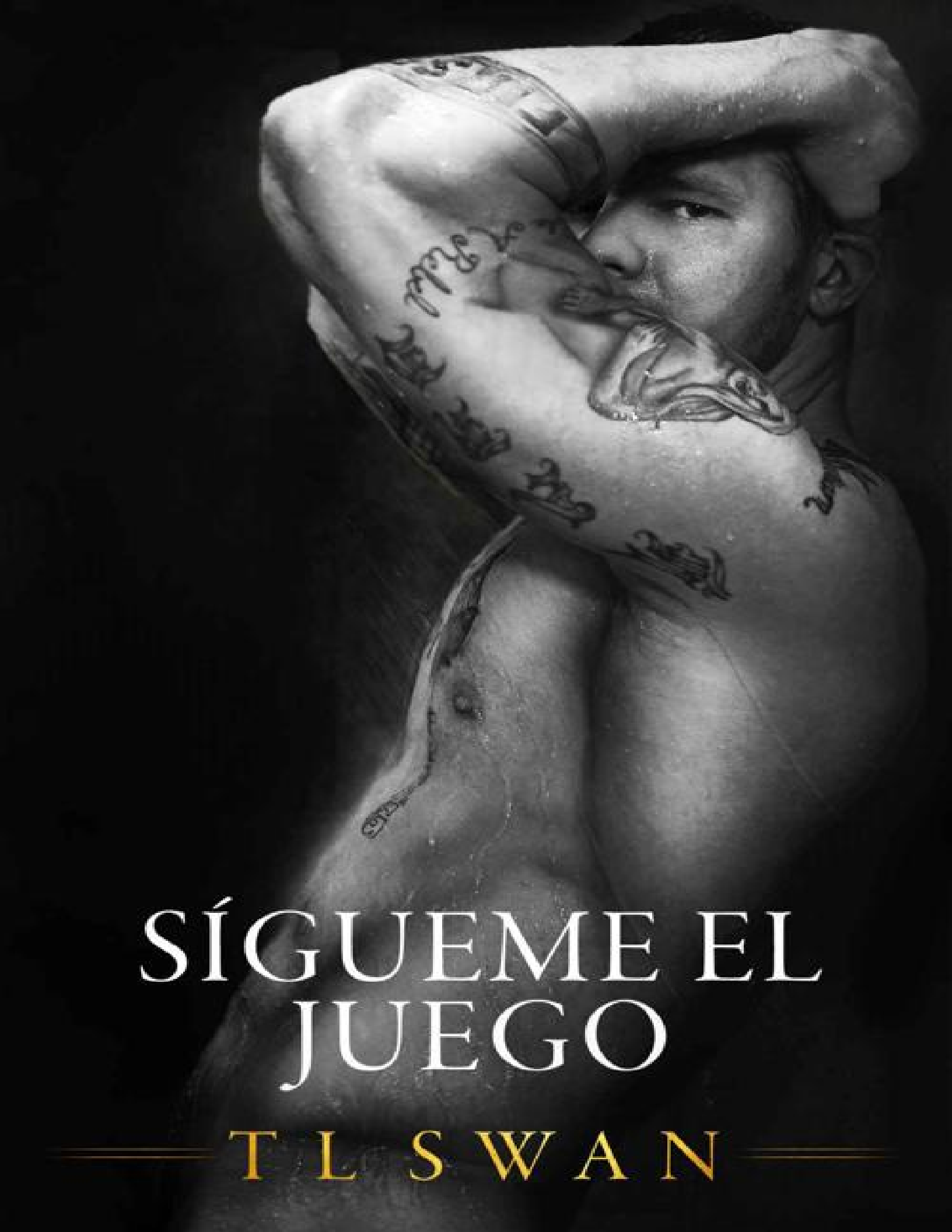
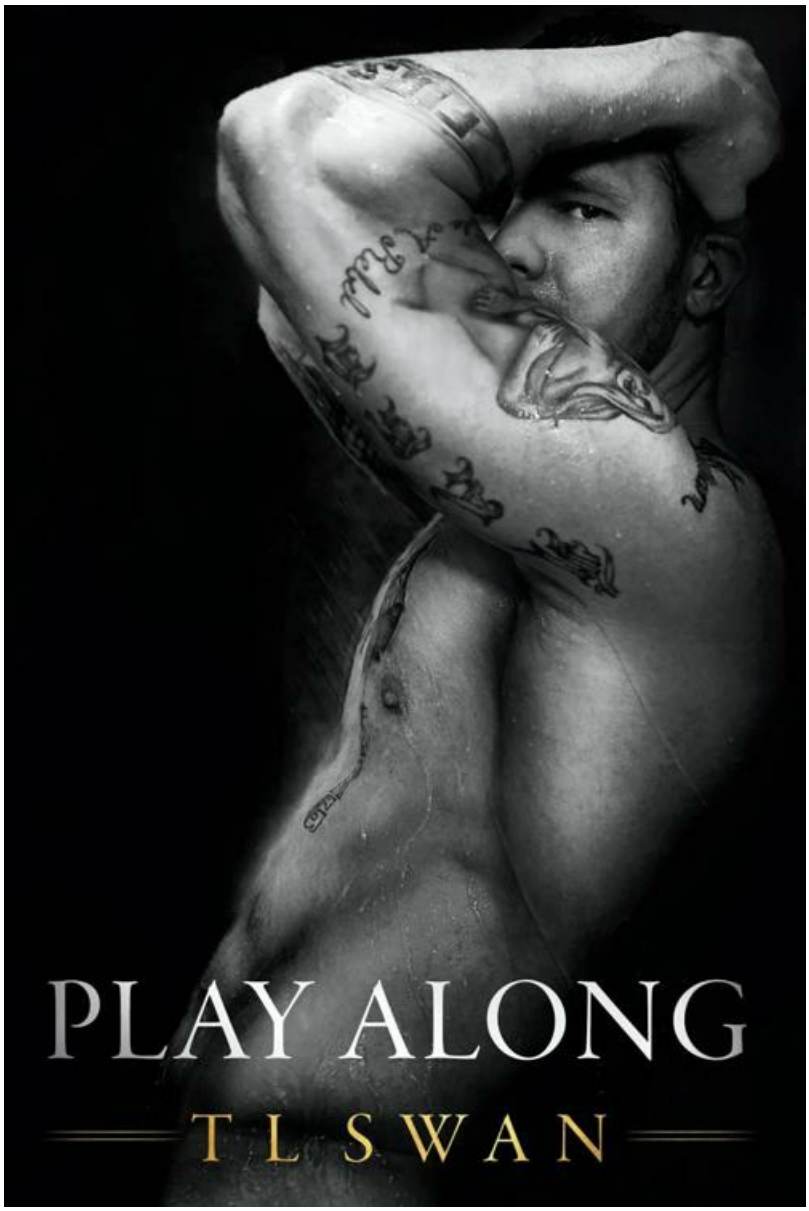


SÍGUEME EL JUEGO

T L SWAN


PLAY ALONG
T L SWAN

También por T L Swan

~ En inglés ~

My Temptation (Kingston Lane #1)
The Do-over (Miles High Club #4)
Miles Ever After (Miles High Club – Epílogo Extendido)
Stanton Adore (Serie Stanton #1)
Stanton Unconditional (Serie Stanton #2)
Stanton Completely (Serie Stanton #3)
Stanton Bliss (Serie Stanton #4)
Marx Girl (Serie Stanton – 5 años después)
Gym Junkie (Serie Stanton – 7 años después)
Dr. Stantons – Epílogo (Dr. Stanton – Epílogo)

~ En español ~

Sr. Masters (Serie Sr. #1)
Sr. Spencer (Serie Sr. #2)
Sr. Garcia (Serie Sr. #3)
A Nuestra Manera (Libro independiente)
El Italiano (Los Italianos #1)
Ferrara (Los Italianos #2)
Dr. Stanton (Dr. Stanton – 10 años después)
La Escala (Miles High Club #1)
La Fusión (Miles High Club #2)
El Casanova (Miles High Club #3)

SÍGUEME EL JUEGO

T L SWAN

Copyright © 2017, T L Swan. Derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a eventos, personas, y lugares reales se ha hecho de manera ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, y cualquier similitud con personas, vivas o muertas, acontecimientos reales, organizaciones o lugares es una mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Este libro está destinado ÚNICAMENTE al comprador de este libro electrónico.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, cintas, o por cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información, sin el permiso expreso por escrito del Autor.

Todas las canciones, los títulos de las canciones y las letras contenidas en este libro son propiedad de los respectivos compositores y titulares de derechos de autor.

ÍNDICE

Agradecimientos

Gratitud

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Sobre la Autora

AGRADECIMIENTOS

Se necesita todo un ejército para escribir un libro y,
sin duda, yo tengo el mejor del planeta.

A mis hermosos amigos que me apoyan día tras día: gracias.

A mi preciosa madre, te amamos tanto.

Vicki, Am, Rachel, Lisa D, Brooke, Jane, Nicole, Lisa K, Nadia: son las mejores y gracias por todo lo que hacen por mí. Las quiero muchísimo.

A mi preciosa y talentosa amiga y editora Victoria, me haces mucho mejor de lo que soy.

A mis correctores, gracias por ayudarme. También son los mejores.

A todos y cada uno de los blogueros que apoyan a la comunidad del libro independiente, sin su apoyo no tendría la carrera de ensueño que tengo. Muchas gracias por todo lo que hacen.

A Linda, me ayudas a alcanzar la mejor versión de mí misma y tu ayuda es inestimable. ¡Te amo!

A mi querida pandilla y grupo de lectura de Facebook, el Swan Squad.

Ustedes me regalan un lugar seguro donde pasar el rato y alguien con quien reírme al menos mil veces al día. No sabéis cuánto significa su apoyo para mí. Las quiero a todas.

Y a mi precioso esposito,

Tú... eres la razón por la que escribo historias de amor.

Y a mis tres angelitos. Con amor. xoxoxo

GRATITUD

Cualidad de ser agradecido;
disposición a mostrar aprecio
y a devolver amabilidad.

DEDICATORIA

Me gustaría dedicar este libro al alfabeto.
Porque esas veintiséis* letras han cambiado mi vida.

Dentro de esas veintiséis letras
me hallé a mí misma y vivo mi sueño.

La próxima vez que pronuncies el alfabeto,
recuerda su poder.

Yo lo hago cada día.

***A mis queridos lectores de habla hispana:**
para ustedes serían veintisiete letras, así que tienen aún más poder.

CAPÍTULO 1

Roshelle

EN UN MUNDO repleto de falacias y mentiras, ¿en quién puedes realmente confiar?

Sola en un rincón de la discoteca, observo cómo la toma entre sus brazos antes de besarla.

El aire se ausentó de mis pulmones. No puedo respirar.

La desesperación recorre mi torrente sanguíneo, pero, por alguna enfermiza razón autodestructiva, no puedo apartar mi mirada. Tengo que ver esto, ver de lo que es capaz y hasta dónde ha llegado exactamente.

Las señales estaban ahí, las vi. Pero como una tonta, las ignoré por todo el tiempo que me permitió mi instinto. Creí que me amaba. Creí que ella me amaba también.

De pie, mientras contemplo a mi novio desde hace dos años besar a mi mejor amiga y compañera de cuarto desde hace cinco, descubro que nunca me sentí tan traicionada a tantos niveles. No puedo ni siquiera asimilar lo que estoy presenciando.

Se me erizan los pelos de la nuca. Siento como si estuviera atravesando una experiencia extracorpórea al ver cómo se desarrolla esta horrible pesadilla. Esto no puede estar pasando.

Tuve mi primera sospecha hace dos semanas. Melissa, mi compañera de piso, tenía una cita con un chico con el que sale desde hace unas semanas y, cuando llegó a recogerla, Todd, mi novio, se comportó muy mal con él. Lo vi mirándola fijamente mientras se iba y pude ver cómo ella prácticamente salió corriendo del apartamento para alejar a Todd de aquel hombre.

¿Por qué?

¿Por qué no le alegró que ella saliera con alguien? Se habían hecho amigos y, demonios, ellos dos pasaron muchas noches juntos en mi apartamento mientras esperaban a que yo llegara de mi turno nocturno. Esa noche se me pasó por la cabeza un pensamiento enfermizo… ¿acaso eran celos? No, era imposible.

Entonces, se me ocurrió poner a prueba la teoría. Durante la semana siguiente me mostré excesivamente cariñosa con Todd delante de Melissa, y cada vez que ella se acostaba temprano, actuaba feliz aunque yo sabía que por dentro echaba humo. El catalizador llegó el jueves por la noche, cuando decidí avisar de que estaba enferma para ir a trabajar y Todd y Melissa se enfadaron abiertamente porque no iba a ir.

Obviamente, arruiné sus planes de tener sexo, y fue entonces cuando me asaltó la profunda y repugnante verdad.

¿Se acostaban en su cama o en la mía?

¿Con qué frecuencia satisfacía mi compañera a mi amante?

Sin poder evitarlo, puse una aplicación de rastreo en el teléfono de Melissa. Conocía su contraseña. Claro que lo sabía. Lo compartíamos todo.

Hasta un pene, al parecer.

El viernes ella anunció que se iba por el fin de semana y Todd dijo que tenía planeada una noche en otro lugar por trabajo.

¿Coincidencia? No me lo creí.

Sabía que quedaron para verse y que probablemente follarían en alguna habitación de hotel. Me tomé mi tiempo. Esperé.

* * *

Y ahora son las 11 de la noche de un sábado y estoy en otra ciudad, en una discoteca donde no conozco a nadie, presenciando mi peor pesadilla.

Él puede irse. Un leopardo nunca cambia sus asquerosas manchas… pero ¿por qué coño tenía que arrebatármela?

Los veo entre lágrimas no derramadas mientras mi corazón intenta escapar de mi pecho.

Mi mejor amiga, la única cosa estable en mi vida desde que mi madre falleció hace cinco años. Mi padre, un maniático controlador que abusaba de mí, se marchó cuando era niña, y cuando murió mamá me mudé aquí para ir a la universidad y conocí a Melissa. Mi vida cambió aquel día. Mel era feliz, segura de sí misma y atractiva.

Más de lo que yo era… de lo que soy.

La veo apretarse contra él mientras él la mira seductoramente al bailar. Tiene las manos en su trasero. Sonríe mientras dice algo y luego se ríen juntos, y siento que me muero un poco por dentro.

No sólo están follando.

Sienten algo el uno por el otro.

Vuelve a besarla y sus manos van a su nuca para sujetarla justo como quiere. Su beso es largo, profundo y erótico.

Con la visión borrosa, intento apartar la mirada. No.

No puedo apartar la mirada porque sé que cuando abandone esta discoteca dos de las personas más importantes de mi vida ya no formarán parte de ella. El suelo se mueve debajo de mí. ¿Cómo es posible?

¿Qué hice para merecer esta traición?

No puedo moverme.

Vuelve a besarla y caen de espaldas contra una pared donde él la inmoviliza y entonces empieza a ponerse intensa la situación.

No. ¡Basta!

Las lágrimas rompen el dique y empiezo a avanzar hacia ellos mientras la adrenalina va in crescendo. Tengo que detenerlos, detenerlo todo.

¡Deja de besarla, maldito cabrón! Por favor, ¡para!

Pero entonces me detengo a medio paso.

No lo hagas. No te rebajes. Vete a casa y múdate.

No les des la oportunidad de negarlo o defenderlo.

Soy mejor que esto.

Me paro un momento y miro fijamente el dibujo cuadrado de la alfombra bajo mis pies. Estoy mareada y desorientada. Permanezco allí un rato más con la mirada fija en los sucios trapos. Él la besa y levanta su muslo para envolver el suyo, un movimiento que siempre hace conmigo.

¿También le gusta hacérselo por detrás?

Ese último pensamiento hace saltar algo en lo más profundo de mi ser. No recuerdo haberme acercado a ellos, pero lo empujo por la espalda mientras la inmoviliza contra la pared, él cae

hacia delante y luego mira a su alrededor, con una expresión de horror. Antes de darme cuenta, le doy un puñetazo en la cara.

Melissa se lleva las manos a la boca. —¡Dios mío! —Jadea—. Esto no es lo que parece —tartamudea.

—¡Puta! —grito, incapaz de controlarme. Agarro una copa de un hombre que pasa por delante y se la tiro a la cara, para luego darle una fuerte bofetada en la mejilla. Se tambalea, conmocionada, y se lleva la mano a la cara.

—Roshelle —grita Todd mientras me agarra del brazo para intentar controlarme—. Cálmate. —Me aparta de Melissa, claramente asustado de que vuelva a golpearla.

—No me calmaré, joder. —Empujo mientras caen las lágrimas. Giro hacia él y un sinfín de emociones me invaden, pero es su traición la que me roba la voz. Tengo tantas cosas que quiero decir, tantas cosas que se me han escapado del cerebro. Mis ojos buscan los suyos e intenta agarrarme la mano.

—¡No me toques! —grito mientras alejo mi mano de él—. Nunca más.

Me vuelvo hacia Melissa. —Coge tus cosas y lárgate de mi casa. —Le digo con desprecio.

—Roshelle —susurra—. Lo siento mucho. —Mueve la cabeza con incredulidad. De repente, las paredes empiezan a cerrarse y sé que tengo que salir de aquí.

Tengo que alejarme de este dolor.

Veo una señal de salida y me dirijo hacia ella sin mirar atrás. Salgo al aire frío de la noche y la puerta se cierra tras de mí.

—¡Cállate de una puta vez antes de que te vuele la puta cabeza! —grita una voz de hombre.

—No tienes cojones —responde con desprecio otra persona. ¿Eh?

Intento concentrarme, a pesar de las lágrimas, y me las quito de los ojos con rabia. Está oscuro y hay gente aquí fuera. Intento concentrarme en las sombras que tengo delante, luego giro e intento abrir la puerta por la que acabo de salir. Está cerrada y no hay manilla de este lado. Está claro que es una puerta contra incendios.

¿Qué? ¿Dónde estoy?

Las lágrimas me corren por la cara.

Suena un disparo y un hombre cae delante de mí agarrándose el estómago. Mis ojos se abren de horror al comprender la situación con la que acabo de tropezar sin saberlo.

¿Qué…?

De repente, me rodean cinco hombres por todos lados. He interrumpido algún tipo de trato.

Oh, no.

—¿Quién coño es? —grita un hombre.

Sacudo la cabeza con pánico. —No he visto nada, lo juro. —Me abro paso entre el grupo de hombres y uno de ellos me agarra del brazo.

—Necesito un culo bonito esta noche.

Intento arrancarme el brazo de sus garras, pero me golpea fuertemente en la cara con su pistola, y el dolor me recorre la cabeza como un rayo antes de caer al suelo.

—Tráela con nosotros —grita alguien.

—No, no necesitamos ese equipaje. Déjala, dijo que no ha visto nada.

Siguen discutiendo.

—Sí, bueno, mi polla necesita un coño nuevo.

—Tráela —gruñe el matón.

Siento que levantan mi cuerpo y lo meten en el estrecho espacio del maletero de un auto. —No

—susurro—. No. —Mi bolso cae al suelo y veo que alguien lo recoge y lo arroja al interior del auto.

La tapa del maletero se cierra con un ruido seco.

Siento el sabor de la sangre en la boca mientras permanezco semiinconsciente en la oscuridad.

El dolor de mi cabeza palpita. ¿Qué acaba de ocurrir?

Levanto las manos en la oscuridad y siento el frío metal que me envuelve.

La realidad de la situación resuena cuando el auto se pone en marcha y los oigo hablar entre ellos en el asiento trasero, detrás de mí. Todo está nublado y me duele mucho la cabeza. Siento que algo caliente me pasa por el pelo. ¿Qué es? Levanto la mano y siento un profundo corte en la cabeza, la sangre gotea caliente y pegajosa. ¿Qué coño pasa? Oh, no. Me van a matar.

Con decisión y las manos extendidas, empiezo a golpear el techo presa del pánico.

Acaban de matar a alguien. Y escucho a alguien decir:

—Necesito un culo nuevo para follar.

Sus palabras pasan por mi cabeza. Dios mío, estos cinco van a violarme antes de matarme.

Empiezo a pasar las manos frenéticamente sobre el metal que me encierra. ¿Cómo se sale del maletero de un auto? ¿Hay algún pestillo? —¡Socorro! —grito—. ¡Ayuda! —grito mientras golpeo el techo con las manos abiertas. El auto frena. ¡Mierda! Se me abren los ojos.

¿Llegó mi momento? Jadeo mientras escucho sus movimientos y oigo el indicador de marcha del semáforo. ¡Ya! Necesito gritar ya. Estamos estáticos, atrapados en el tráfico.

Empiezo a golpear el techo con fuerza. —¡Ayudaaa! —grito. Levanto las piernas e intento empujar la tapa para abrirla, pero joder, qué estrecho está esto aquí dentro. Golpeo desesperadamente el techo y tanteo debajo de mí, agarrándome a la esquina de la alfombra. Herramientas. Aquí debajo de haber herramientas. Doy media vuelta, arranco la alfombra y cojo una caja metálica de herramientas. —Ayúdame. Estoy en el maletero. Me están secuestrando. ¡Ayuda! —grito.

—Cállate de una puta vez o volveré allí y te haré callar —gruñe una voz masculina desde el interior del auto.

Mis ojos se abren de par en par. Suena aterrador. Empiezo a asustarme de verdad. Tengo que salir de aquí. Ahora mismo.

Lucho por abrir la caja de herramientas que tengo delante en la oscuridad, pero al final se abre de golpe y una llave de cruz sale despedida hacia atrás, golpeándome directamente en la nariz.

—¡Coñooo! —grito.

Ay, eso dolió, carajo. El impacto me hace llorar y me agarro la cara. Mierda, creo que me he roto la nariz. Agarro la barra de hierro y la golpeo contra el techo con todas mis fuerzas. El impacto hace que rebote y me golpea directamente en la ceja.

Grito de nuevo. Siento que un hilillo caliente me recorre un lado de la cara. Si no me matan ellos, yo misma lo estoy haciendo muy bien aquí.

Sigo golpeando la barra de hierro contra el techo. Esto tiene que estar llamando la atención. —Ayuda —grito—, que alguien… llame a la policía. Ayudaaa.

El auto acelera y me arroja a la parte trasera del maletero. Las luces cambian, el auto dobla la esquina y yo salgo volando, haciendo que las herramientas se dispersen por el maletero y me golpeen. El conductor gira a la derecha como un loco y yo resbalo y me golpeo la cabeza contra el lateral.

—¡Malditos imbéciles! —grito, y oigo que todos se ríen dentro del auto. Entonces el vehículo vuela por una curva a la izquierda y vuelvo a derrapar. Oigo chillar los neumáticos mientras el

auto corre calle abajo.

Me voy a morir. Dios, voy a morir. Intento agarrarme al techo metálico para evitar golpearme contra el borde, pero no puedo, y mientras el auto vuela al doblar la esquina me desplomo contra el duro extremo metálico del maletero. Las herramientas vuelan y me golpean. Mierda. Vuelvo a buscar frenéticamente la llave de cruz. Puede que la necesite, pero no la encuentro, y mi mano tantea el suelo enmoquetado.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Me agacho y palpo a lo largo del otro extremo del maletero y por fin siento el frío y duro metal. Mi corazón se acelera mientras el auto se descontrola. Necesito un plan, pero ¿cuál es el maldito plan?

Piensa.

Agarro la llave de cruz en la mano con toda mi energía mientras intento evitar seguir golpeándome aquí dentro. Quienquiera que abra el maletero se va a quedar inconsciente con esta maldita. Mis pensamientos se cruzan con Oprah y su acertado consejo de no ir nunca a la segunda ubicación. No recuerdo mucho de Oprah, pero sí sé que dijo que nunca fueras a la segunda ubicación si te secuestraban: lucha como un demonio para escapar porque te van a matar en cuanto llegues allí.

Oh Dios, esto es genial.

Ya estoy en el puto auto de camino a la segunda localización. Empiezo a cabrearme, a enfurecerme. ¿Cómo se atreven? He pasado una noche jodidamente mala y no estoy de humor para esta mierda. Después de unos veinte minutos y sesenta planes de ataque, el auto aminora la marcha y pasa por encima de unos reductores de velocidad.

¿Dónde estamos?

La adrenalina empieza a correr por mi sangre.

Los reductores de velocidad están en los estacionamientos… Así que eso debe significar que estamos en un estacionamiento desierto.

El auto se detiene y los hombres se callan. Cierro los ojos, sabiendo que ha llegado el momento.

Madre mía.

El corazón me martillea y agarro la llave de cruz con una mano y el elevador del auto con la otra. Si voy a morir esta noche, alguien vendrá conmigo. Me retuerzo para que mis pies queden orientados hacia la abertura, y tiro de ellos hacia mi pecho. Apenas puedo respirar, estoy muy asustada. Sujeto mis armas con la mano y espero. Las puertas del auto se abren y todo el auto se levanta al bajar los hombres.

¿Dónde estamos?

Los oigo empezar a hablar como si se hubieran olvidado totalmente de mí y otro pensamiento enfermizo cruza mi mente. ¿Y si me dejan aquí?

¿Y si muero lentamente en el auto sin agua ni comida? Dios mío.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

Me quedo callada durante cinco minutos mientras intento pensar hasta que no puedo más.

A la mierda. No voy a morirme sola en el maletero de un auto en un estacionamiento desierto. Dejo la llave de cruz a mi lado en el suelo y golpeo la tapa del maletero. —Ayúdenmeee.

Déjenme salir —grito.

Los hombres se callan.

—Sáquenla y déjenla ir —dice alguien.

—Primero me divertiré un poco —responde otro.

No entiendo lo que dicen a continuación, pero todos se ríen a carcajadas y yo agarro la llave de cruz con la mano. Pendejos.

Tiro de las piernas hacia atrás y, al abrirse el maletero, doy una patada con todas mis fuerzas y conecto mis pies con la cara de un hombre, tirándolo al suelo. Salto del maletero y un hombre viene hacia mí. Golpeo con la barra de hierro tan violentamente como puedo y le doy un fuerte golpe en la cabeza, y lo hago caer. Los otros hombres se ríen al ver sus dos amigos en el suelo. Otro hombre viene hacia mí y yo lo golpeo con el gato del auto con toda la fuerza que puedo y le abro la cara.

Entonces, corro.

Tan rápido como puedo, corro por el cemento. Está oscuro y nos encontramos en un estacionamiento que parece estar cerca del mar. Puedo oler el océano y oír las gaviotas. Corro perseguida por dos hombres. No tengo nada que hacer con estos malditos zapatos de tacón alto. Me alcanzan fácilmente y me tiran al suelo.

—Suéltame —grito mientras lucho y doy patadas. Uno de los hombres me golpea en la cara y luchan por contenerme mientras forcejeo para zafarme de su agarre. Son demasiado fuertes.

Me levantan del suelo, uno por cada brazo, mientras yo doy patadas y forcejeo para intentar escapar. Luchan conmigo en la oscuridad, guiándome de vuelta al auto.

Uno de los hombres se ha quitado la camiseta y se la está poniendo en la cara para intentar detener la hemorragia de mi ataque con el elevador del auto, y los otros dos hombres lo ven.

Uno de ellos está apoyado en el auto y me mira atentamente. Lo fulmino con la mirada y me devuelve la sonrisa.

—¡Suéltame! —grito mientras intento zafarme del agarre de gorila que me hacen los dos hombres. Me agacho y ellos forcejean. Vuelvo a dar una patada y golpeo al hombre de mi izquierda en las pelotas, que grita y se dobla. La distracción me permite librarme del otro hombre y le doy un fuerte puñetazo en la cara. El hombre que golpeé con el elevador acude a su ayuda y entre todos vuelven a sujetarme.

—Te vienes con nosotros, perra.

—Va a ser divertido domarla. —El hombre de mi izquierda se ríe.

—¡Que te den! —grito mientras vuelvo a darle una patada en los huevos.

Se dobla de dolor y el hombre apoyado en el auto se ríe a carcajadas.

Miro hacia él. Es alto, de aspecto aterrador, y todos los demás hombres parecen mirarlo para que los guíe. Está tranquilo y controlado, no como ellos. Está claro que es el alfa del grupo.

Su líder.

Sonríe satisfecho mientras me mira, enciende un cigarrillo como si estuviera pensando y sacude la cabeza.

—No tengo tiempo para esta mierda. —Suspira.

Le doy una patada y golpeo la espinilla del otro hombre, que grita. —Te voy a machacar dentro de un minuto, zorra. —gruñe—. ¿Qué carajo haremos con ella? —le grita al hombre apoyado en el auto—. Está fuera de control.

El hombre alto da una calada a su cigarrillo, sus ojos se posan en mis pies antes de volver a levantarse. Sonríe sombríamente. —Tráela.

Sacudo la cabeza y empiezo a luchar. —Ni de coña lo harás —grito mientras doy una patada.

Me mira a los ojos, sonríe sombríamente y le da otra calada al cigarrillo. Se lame los labios mientras sus ojos se posan en mis pechos.

El miedo me recorre. Empiezo a volverme animal y a luchar como una loca.

—Coge el trapo —dice a los otros dos hombres que están a su lado. El tipo desaparece hacia el auto y se revuelve mientras yo lucho y doy patadas a los dos hombres que tengo a cada lado. Reaparece con un paño negro y me lo pone sobre la cara mientras forcejeo con los dos hombres que me sujetan.

—No —grito mientras intento mover la cabeza fuera de su alcance. No puedo zafarme del paño negro que huele a productos químicos.

Lucho.

Lucho.

Me desmayo.

Pierdo el conocimiento.

* * *

Me despierto con una oleada de náuseas recorriendo mi estómago y trato de secarme el sudor de la frente. Pero no puedo mover el brazo.

¿Eh? Tiro del brazo, pero no se mueve, y miro por encima de mi cabeza para ver que está atado a un poste.

Lucho y miro mi cuerpo. Me invade el horror.

Dios mío.

Estoy atada a una cama por las manos.

Mis ojos parpadean nerviosos por la habitación mientras intento concentrarme. Veo al hombre alto apoyado en una cómoda de la esquina, completamente descamisado. Está mirando el monedero en mi cartera.

¿Qué coño pasa?

Empiezo a forcejear frenéticamente. Tengo que salir de aquí. Sacudo todo mi cuerpo para intentar aflojar las ataduras.

—¿Qué quieres? —grito.

Me ignora y saca mi identificación de la cartera. Lo levanta y lo lee.

—Roshelle Meyers —murmura.

—Apártate de mis cosas —le digo bruscamente.

Se tumba a mi lado en la cama y se apoya en el codo. Me mira mientras su mano vuelve a deslizarse por mi cuerpo hasta acariciarme el pecho. —Aclaremos una cosa —se burla.

Volteo la cabeza para no tener que mirarlo y me sujeta la cara para obligar a nuestras miradas a encontrarse. —Aquí mando yo.

Lo fulmino con la mirada.

—Harás lo que yo quiera, cuando yo quiera.

—Ni en un maldito millón de años —susurro enfadada.

Él esboza una sonrisa malvada. —Si lo que quiero es que mi polla parta en dos tu culo virginal… es decisión mía. No la tuya, carajo.

Me trago el miedo que tengo en la garganta mientras sus fríos ojos se clavan en los míos.

—Vete al infierno —susurro.

—Soy el guardián de la puerta del Infierno, cariño. Bienvenida a casa.

CAPÍTULO 2

Roshelle

SUS OJOS SE DETIENEN en los míos antes de levantarse, ponerse una camiseta por encima de la cabeza y subirse la cremallera de sus jeans. Camina hacia la puerta.

—¿Dónde… dónde vas? —tartamudeo.

—Afuera —gruñe.

Miro alrededor de la fría habitación. —No puedes dejarme aquí así. Por favor. Por favor, suéltame. Desátame. —Sacudo la cabeza con pánico—. No diré nada a nadie. Lo juro, no lo haré.

Me contempla por un instante antes de dirigirse de nuevo hacia la puerta.

—Tengo frío. Por favor. Déjame ponerme algo de ropa —le suplico.

Sin ningún reparo ni una pizca de remordimiento,

desaparece por la puerta. Hace clic al girar la cerradura desde fuera.

Silencio.

Mi respiración tiembla en el aire. Jadeo mientras intento controlar los latidos erráticos de mi corazón. Lágrimas petrificadas de desesperación ruedan por mis mejillas.

¿Qué hago ahora?

El resplandor de una pequeña lámpara es la única luz en la gran habitación y han pasado varias horas desde que mi captor se marchó. A la derecha de la puerta hay una puerta corrediza que supongo que da a un baño. Veo el reflejo de una toalla colgada en un espejo. En un rincón hay un pequeño escritorio, una lámpara y una silla, y a los pies de la cama hay un pequeño sillón de dos asientos. La habitación es fría y poco acogedora. Las paredes están pintadas de un gris oscuro, como el carbón, y tengo la extraña sensación de que el cuarto se mueve. Sé que no puede ser, deben de ser las drogas que me dieron para dejarme inconsciente. Tengo la sensación de que está a punto de amanecer, aunque he perdido completamente la noción del tiempo. Oigo un alboroto fuera y luego la llave girando en la puerta.

Oh, no. Volvió. Se me acelera el pulso y dejo de respirar mientras la veo abrirse lentamente. Aparece y enciende la luz, sonriendo sombríamente mientras sus ojos recorren mi cuerpo.

—Cariño, ya estoy en casa. —Sonríe.

Maldito imbécil.

Aparto la cabeza de él y miro fijamente a la pared. No puedo ni mirar a este monstruo. De repente, un grupo de hombres borrachos entra dando tumbos a la habitación detrás de él y yo encojo la cara de miedo. El olor a alcohol es penetrante y sé que están aquí para turnarse.

—Venimos por el postre. —Uno de los hombres sonríe mientras se desabrocha los jeans.

Todos empiezan a aullar como lobos mientras uno me manosea el pecho y otro mete la mano entre mis piernas.

—No —susurro—. Por favor, no.

—Quítenle las manos —dice como un rugido el hombre alto—. Salgan de aquí.

—Vete a la mierda, coño. Ya te divertiste tú. Nos toca a nosotros. —Se desabrocha los pantalones y sostiene su polla por encima de mi cara.

El hombre alto lo aparta de mí. —Te dije que te largues. No voy a compartirla. Ya te lo dije.

Otro hombre se lleva mi pecho a la boca y el tipo alto lo empuja violentamente al suelo y comienza a patearlo con fuerza. Otro se lanza sobre mí y el tipo alto le da un descomunal puñetazo en la cara. Empiezan todos a discutir.

—La trajimos para todos nosotros —grita uno.

—Pues las normas cambiaron. ¡Fuera! —gruñe enfadado mientras empuja a un hombre hacia la puerta.

Otro hombre hace un último intento de tocarme, el tipo alto se enfurece y le da tres fuertes puñetazos en la cara. Tras un montón de empujones y discusiones, los hombres finalmente se largan. Cierra la puerta tras de sí y se vuelve hacia mí.

Me permito respirar y entonces veo que la excitación le cruza la cara y mi alivio dura poco.

Ahora va a divertirse.

Me siento mal.

No puedo hacerlo.

Se acerca al lado de la cama y me mira fijamente.

Lo miro a través de una visión borrosa.

—Drógame —susurro mientras giro la cabeza para apartarla de él.

—Noquéame.

—¿No quieres disfrutarme? —pregunta rotundamente.

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras miro fijamente a la pared, con las lágrimas corriéndome por la cara. No puedo creer que me haya preguntado eso.

Giro para mirarlo y mis fríos ojos se clavan en los suyos. —Si crees que estar atada a una cama es la fantasía de toda mujer, eres tan tonto como pareces —digo con desprecio.

Su rostro permanece impasible. Se inclina y empieza a desatarme una muñeca. La afloja y me dan ganas de darle una patada en la cabeza.

Para. Espera a estar completamente libre, me recuerdo. Pasa a la otra muñeca y me la desata. Ay, me duele de estar tanto tiempo estirada. Me incorporo e instantáneamente agarro la manta para cubrirme.

—¿Dónde está mi ropa? —susurro avergonzada.

Él se encoge de hombros, se vuelve de espaldas a mí y se quita la camiseta por encima de la cabeza. —No lo sé. Me da igual. Lárgate. —Parece que ha terminado conmigo.

El odio me gotea por cada poro. Sin poder evitarlo, lo empujo con fuerza por la espalda. —¿Quién coño te crees que eres? —le replico.

Se dirige a mí como el mismísimo diablo e instintivamente me alejo de él.

—Tenga mucho cuidado, señorita… —Hace una pausa—. Roshelle.

—¿Así es como consigues tus patéticos placeres? ¿Secuestrando y violando chicas? —murmuro.

Su labio se arquea de asco. —No te hagas ilusiones. —Lo fulmino con la mirada.

—No tienes lo que yo quiero. —Sonríe sarcásticamente mientras sus ojos bajan por mi cuerpo desnudo y yo intento cubrirme con las manos—. Me gusta que mis mujeres sean… —Vuelve a hacer una pausa—. Mujeres.

Se me desploma el corazón.

De todas las cosas que podría haber dicho.

Sus palabras me cortan como un cuchillo y mis

pensamientos se dirigen a Todd, mi novio… ex novio, ahora. Obviamente, yo tampoco era lo bastante mujer para él. Dejo caer la cabeza mientras la tristeza me roba el aire de los pulmones. Cállate y lárgate. Se baja los pantalones y su gran erección cuelga pesadamente entre sus piernas. Entra al baño y abre la ducha.

Me quedo inmóvil mientras intento recuperar algún tipo de compostura. Las lágrimas me corren por la cara. Nunca me había sentido tan humillada en toda mi vida.

Un violador no me quiere.

Se mete en la ducha y bajo el agua, de espaldas a mí, veo que es enorme y musculoso y que tiene toda la espalda cubierta de tatuajes. Si quisiera matarme con sus propias manos… podría.

No tendría ninguna oportunidad contra él.

Doy vueltas por la habitación en busca de mi ropa. Tengo que largarme de aquí. De repente, frenética, abro un cajón y me pongo rápidamente la camiseta por encima de la cabeza mientras él sale del baño. Mierda, ha sido la ducha más rápida de la historia.

—¿Adónde vas? —me pregunta mientras se seca el pelo con la toalla.

—A casa —digo bruscamente mientras me subo los calzoncillos.

Enarca una ceja. —¿Eres buena nadadora?

Frunzo el ceño. —¿Qué se supone que significa eso? —Estamos a ochenta kilómetros de la costa. —¿Eh? Frunzo el ceño.

—Estás en un carguero de contenedores.

Empiezo a mirar a mi alrededor, presa del pánico. —¿Qué quieres decir? —tartamudeo. Oh, Dios mío.

Corro hacia la puerta del camarote y sacudo el picaporte.

—Déjenme salir. Déjame salir —grito.

Él abre la puerta. —Diviértete con la tripulación. —Me empuja fuera y cierra la puerta tras de mí.

Mis ojos van de un lado a otro mientras intento concentrarme en lo que me rodea: todo de metal. Está oscuro y sólo hay una hilera de pequeñas luces naranja en el suelo, a lo largo de la pared. A la izquierda hay un pasillo ancho que debe tener al menos cien metros de largo y puedo ver una gran sala iluminada al final. Por el pasillo resuenan ruidos y risas. Oigo las sonoras carcajadas de los hombres. Oh Dios, son los animales que acababan de estar en mi habitación. Miro a la derecha y veo una señal de salida. Tengo que salir de aquí. Atravieso rápidamente el pasillo hacia la seguridad de la oscuridad y me dirijo hacia la señal de salida.

Seguramente me mintió.

Tiene que estar mintiendo. No estoy en un barco. No puedo estar en un barco.

Subo de puntillas como un ratón los tres tramos de escaleras hasta llegar a unas grandes puertas dobles con pequeñas ventanas redondas. Miro a través de ellas y se me hunde el corazón.

Está oscuro y llueve, y hasta donde alcanza mi vista hay contenedores apilados a kilómetros de altura unos sobre otros. Dios mío, ¿qué hago?

Me echo hacia atrás mientras pienso. Sé una cosa con certeza: si permanezco en este barco estaré muerta antes de volver a ver tierra.

A la mierda. Atravieso las puertas y salgo corriendo bajo la lluvia torrencial mientras miro frenéticamente a mi alrededor. Corro hacia el costado de la embarcación y miro por encima de la borda… agua hasta donde alcanza mi vista.

Con el corazón martillándome en el pecho, corro hacia el otro lado del barco… agua hasta

donde alcanza mi vista. Miro hacia atrás y veo una torre con luces encendidas y sé que el capitán debe estar allí. Seguro que tiene una radio.

Sí.

Me ayudará.

Corro hacia la torre de vigilancia y tropiezo con una gran cuerda que se eleva desde la cubierta metálica, salgo volando y caigo sobre el duro suelo.

Me tumbo un momento bajo la lluvia mientras me invade la desesperación. No puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte para superar esto.

Me duele la cabeza de antes y me siento desorientada. No necesito esta puta mierda.

¿Qué voy a hacer? No tengo ni idea de cómo voy a salir de este barco.

¿Cómo consiguieron meter a una chica inconsciente en una cubierta de embarque a través de la aduana? ¿Qué coño está pasando con nuestra protección fronteriza? Me pongo de pie y con algo de esperanza empiezo a dirigirme hacia el centro de control. Alguien de allí me ayudará. Sé que lo harán. Tienen teléfono y pueden pedir ayuda. Abro la puerta y me encuentro con otra gran escalera metálica. Subo los peldaños de dos en dos hasta llegar arriba. Miro nerviosa a mi alrededor y veo a un hombre sentado detrás del centro de control del barco.

—Hola. —Hago una pausa—. ¿Puede ayudarme? —pregunto.

El hombre se gira y se me cae la cara de miedo. Dios, es el hombre que intentó violarme en la cama de abajo. Retrocedo asustada y él coge la radio.

—Ya terminó. Salió de su habitación. —Cuelga y sonríe sombríamente mientras sus ojos hambrientos bajan por mi cuerpo.

Dios mío, acaba de llamar a los otros hombres. Me doy la vuelta y corro.

Corro por mi vida escaleras abajo, de dos en dos, y oigo a lo lejos a los hombres gritando.

No. No.

Corro tan rápido como puedo y atravieso las puertas y salgo a la cubierta. Corro hacia un lado y me escondo detrás de uno de los contenedores. La lluvia cae con fuerza.

Oigo que las puertas dobles se abren de golpe y todos los hombres gritan excitados. —Está aquí, en alguna parte. Encuéntrenla.

Mac

Estoy a punto de dormirme cuando oigo un alboroto en el pasillo. Los chicos están vitoreando.

La oigo gritar. La encontraron.

Me doy la vuelta y sacudo la cabeza mientras me invade la inquietud. Vuelve a gritar y oigo a uno de los hombres gritar de dolor. Sonrío para mis adentros. Es evidente que hirió a alguien.

Ésta zorra da la pelea, lo reconozco.

Empiezo a distraerme de nuevo y la oigo gritar de dolor.

Frunzo el ceño. Joder, no necesito esta mierda. Estoy agotado.

Sigo adormecido otros diez minutos, hasta que me despierta alguien golpeando desesperadamente la puerta.

—¡Ayúdame, ayúdame! —grita mientras la manilla de la puerta se agita frenéticamente.

Vete.

Vuelvo a cerrar los ojos.

—No te ayudará, joder —oigo gritar a Ian. Los pelos de la nuca se me erizan. Cómo detesto a ese malnacido.

Me acuesto sobre mi espalda y miro al techo a través de la oscuridad con las manos detrás de la cabeza mientras escucho.

La oigo forcejear y luchar contra el grupo de hombres del pasillo. Sí que es una gata infernal.

Debí dejar que la mataran. Habría sido mucho menos dramático.

No tengo tiempo ni energía para esta mierda. —Por favor. No —grita.

A la mierda todo. Molesto, me levanto de un salto y me pongo los calzoncillos. Me paro detrás de la puerta con las manos en las caderas mientras escucho un momento. —Te voy a dar bien. —Ian gruñe—. Vas a pagar por esto, zorra.

No aguanto más. No se la llevará, coño. Abro la puerta rápidamente y los chicos levantan la vista desde donde luchan por sujetarla.

—Suéltala —digo bruscamente.

—M-Mac —balbucea Ian mientras levanta la vista—. No la quieres.

Lo fulmino con la mirada.

—Nosotros la queremos —responde Mike—. Está lista para irse. Ya terminaste con ella.

Vuelvo mi atención hacia el molesto cabrón. —Dame una razón para matarte. Alégrame el maldito día —gruño.

Me estrecha los ojos.

—Suéltala.

Se levanta y la suelta del suelo y ella prácticamente salta sobre mí y me echa los brazos al cuello para protegerse. Está empapada, fría y tiembla de miedo. Mi mano instintivamente la rodea por la cintura.

Miro fijamente a mis compañeros. —La próxima persona que toque a esta chica se muere, joder. ¿Me oyeron?

—¿Eso es una amenaza? —se burla Ian.

Lo tomo por el cuello y aprieto con fuerza mientras le golpeo la cabeza contra la pared metálica que tiene detrás.

—No. Es una puta promesa, cabrón.

Todos los hombres retroceden y se miran entre sí.

—¡No me busques, porque me encontrarás! —gruño.

Retroceden otro paso y abro la puerta para arrojarla a mi habitación justo cuando Ian hace otro intento desesperado de agarrarla. Cierro la puerta tras ella, volteo y le doy un fuerte puñetazo que le hace doblarse de dolor mientras se sujeta la cara.

Luego me vuelvo hacia Mike. —¿Quién es el siguiente? Quieres venir por mí, carajo. ¡Vamos!

Todos estos cobardes retroceden y empiezan a caminar de vuelta por el pasillo. Tal como pensé que lo harían… buenos para nada.

Entro en mi habitación y cierro la puerta antes de girarme y verla tumbada en la cama en posición fetal, llorando.

Cierro los ojos, molesto. Al carajo con esta mierda.

Roshelle

Jadeo y tiemblo sin control. Estoy tumbada en la cama y las lágrimas no paran.

Nunca había sentido tanto miedo en toda mi vida.

Vuelve a entrar y se queda un momento en el extremo de la cama mientras me mira. Luego desaparece en el baño y abre la ducha.

Tiemblo y me estremezco, incapaz de controlarlo. Tengo mucho frío.

Reaparece y me mira un momento. —Métete en la ducha —me exige.

No puedo levantarme, el temblor es tan violento.

Tras mirarme un momento, me coge en brazos y me lleva al baño, y yo me agarro a su cuello para protegerme.

Las lágrimas me corren por la cara.

—Deja de temblar. —Me suelta, molesto.

—No puedo… no puedo evitarlo —balbuceo. Me castañetean los dientes y las sacudidas que me recorren el cuerpo son violentas.

—Dios —murmura para sí, y con una exhalación, entra bajo el agua conmigo apretada contra él. Le rodeo el cuello con los dos brazos y me abraza como a una novia.

No habla, y durante mucho tiempo permanecemos bajo el agua caliente mientras me aferro a él. Finalmente, mis escalofríos disminuyen. No sé si es el shock o que estoy tan agotada físicamente por la lucha, pero me cuesta mantenerme despierta. Los ojos se me cierran solos.

—¿Puedes ponerte de pie? —me pregunta mientras me deja en el suelo.

Asiento con tristeza mientras mis pies tocan las baldosas frías y duras del suelo. —Vamos a quitarte esta ropa mojada.

Mis ojos atormentados se encuentran con los suyos. ¿Es ahora? ¿Es ahora cuando pierdo toda mi dignidad?

Se inclina, me quita la camiseta de la cabeza y me baja los calzoncillos por las piernas.

Estoy ante él totalmente desnuda.

—¿Te hiciste daño? —me pregunta mientras revisa el corte que tengo en la cabeza. No respondo, sólo agacho la cabeza y dejo que el agua caliente corra sobre mí, con la esperanza de que borre esta pesadilla de acontecimientos—. Parece que sanará bien —responde mientras revisa la herida provocada por el latigazo de la pistola.

Mis brazos cuelgan a los lados. Estoy absolutamente derrotada. No tengo fuerzas para luchar contra él. Yo lo sé. Él lo sabe.

Se quita la camiseta por la cabeza y se me llenan los ojos de lágrimas. Ya está.

Se baja lentamente los calzoncillos mojados por las piernas y mis ojos se posan en su entrepierna. Está durísimo.

Cierro los ojos de dolor.

Me atrae hacia su gran pecho desnudo y permanecemos inmóviles bajo el agua durante un buen rato. Siento su enorme erección apretada contra mi vientre.

Lo siguiente que recuerdo es que me envuelve en una toalla y me lleva a la cama. Me seca con cuidado, retira las mantas y me tumba. Noto sus ojos hambrientos escudriñando mi carne mientras yazco desnuda boca arriba en su cama. La misma cama a la que, hacía sólo unas horas, me había atado.

Intento resistirme, pero mis ojos se cierran solos.

—Duérmete —son las últimas palabras que oigo.

Me despierto sola y me incorporo sobresaltada. ¿Qué? ¿Fue una pesadilla? Entonces siento que el dolor me atraviesa la cabeza y miro a mi alrededor, a la fría lata de metal en la que estoy, y se

me desploma el corazón.

Es verdad. Dios, es verdad.

—¿Hola? —llamo. ¿Seguirá él aquí? ¿Quizás está en el baño? Me levanto con pesadez y voy al baño arrastrando los pies. Estoy muy adolorida. Siento que me han arrancado todos los músculos del cuerpo. El baño está vacío y vuelvo a sentarme en la cama.

¿Qué demonios voy a hacer?

Frunzo el ceño mientras intento recordar cómo acabó la noche anterior.

Ni siquiera recuerdo haberme dormido.

Estoy desnuda y me paso los dedos por el sexo para ver si estoy mojada. ¿He practicado sexo? ¿Ha tenido sexo conmigo mientras estaba inconsciente?

Visualizo lo duro que estaba en la ducha y se me revuelve el estómago. Claro que tuvimos sexo. Los hombres como él cogen lo que quieren, cuando quieren.

Le llamaban Mac.

Me dirijo a un ojo de buey y me subo a la cama para mirar a través de él. La vista está a un metro sobre el nivel del mar y puedo ver de cerca el chapoteo del mar mientras llueve a cántaros.

Joder, esto es una pesadilla.

Vuelvo a desplomarme en la cama y miro a mi alrededor. Necesito un arma… pero ¿realmente voy a ser capaz de matar a diez hombres? Incluso si lo consigo, ¿quién conducirá el barco de vuelta a la costa?

Exhalo un suspiro de derrota y me levanto, volviendo a las gavetas para sacar un jersey grande y ponérmelo. Este barco está helado.

La puerta se abre y doy un paso atrás. Es él.

Me mira a los ojos e inclina la cabeza en señal de reconocimiento.

Asiento con la cabeza y bajo la mirada.

Pone un plato de comida sobre el escritorio. —Come —murmura.

Me dejo caer sentada en la cama y él se gira y se pone las manos en las caderas mientras me mira. Por primera vez desde mi captura, lo miro bien. Es alto, quizás 1,80 m, musculoso, con el pelo rubio miel de unos cinco centímetros de largo y rizado en las puntas. Su piel es aceitunada y sus grandes ojos son marrones. En cualquier otra circunstancia, sería guapo. Ahora sé que eso está muy lejos de la verdad. Las apariencias engañan. Es un criminal asesino.

—Quédate en la habitación —murmura.

Mis ojos se encuentran con los suyos.

—Aquí estás a salvo.

Lo miro fijamente, no sé ni cómo responder a esa afirmación.

—Mantén la puerta cerrada. —Hace una pausa—. O vendrán por ti.

No contesto.

—Respóndeme —me dice enfadado.

—Sí. —Asiento con la cabeza.

Se gira y, con una última mirada, se marcha y oigo el clic de la puerta cuando la cierra tras de sí.

Permanezco un momento sentada en la habitación en penumbra mientras intento procesar lo que acaba de decirme. Mantén la puerta cerrada o vendrán por ti. Estoy segura en esta habitación, pero no lo suficiente. Me ha dicho que no soy lo bastante mujer para él. Por primera vez, mis pensamientos se dirigen a Todd y Melissa, que probablemente estén ahora mismo en plena pasión. Ni siquiera sabrán aún que he desaparecido y probablemente piensen que me marché

enfadada a alguna parte. La tristeza me invade al darme cuenta de que probablemente ni siquiera les importaría que lo supiera.

Me acurruco en su fría y dura cama de prisión y me permito llorar.

Nunca me había sentido tan sola. Creo que por fin he tocado fondo.

Me despierto al sentir que la cama se inclina. Abro los ojos somnolientos y veo a Mac sentado en la cama a mi lado. Por la iluminación puedo decir que está oscuro y que ha estado fuera todo el día.

—No comiste.

Le quito la vista y miro fijamente a la pared.

Él se levanta y va al baño a ducharse. Yo sigo mirando a la pared.

No tengo palabras. Nada que decirle, en cualquier caso.

Vuelve a entrar a la habitación con una toalla alrededor de la cintura. —Llegamos a Puerto Rico dentro de veintiocho días. Puedes bajarte allí.

Ruedo sobre mi espalda y lo miro frunciendo el ceño en señal de pregunta.

Deja caer la toalla para vestirse y, sin pensarlo, mis ojos recorren su cuerpo antes de apartar la mirada.

—Pero estarás por tu cuenta cuando lleguemos. No quiero tener nada que ver —dice.

Sacudo la cabeza. Típico. ¿Qué clase de hombre secuestra a una chica y luego la deja sola en un muelle de Puerto Rico?

—Me voy a cenar —afirma mientras se sube los pantalones por la cintura.

Lo miro mientras el odio me gotea por todos los poros.

Muérete.

Señala el plato de comida fría que hay sobre el escritorio. —Ya sabes dónde está la tuya.

Pongo los ojos en blanco, le doy la espalda y vuelvo a mirar a la pared.

Oigo el clic de la puerta cuando se marcha.

Me siento más humana, después de haber comido algo y bañarme. Estoy tumbada de espaldas a la puerta cuando lo oigo entrar. La habitación está iluminada por la lámpara del escritorio y ya tenía unas horas fuera.

Me pongo boca arriba y lo miro.

—¿Comiste? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

Se desviste hasta quedarse en calzoncillos y entra al baño. Se lava las manos y le oigo lavarse los dientes. Luego viene y se mete en la cama a mi lado.

Permanecemos en silencio durante un buen rato.

Por fin, lo rompe. —¿Por qué llorabas? —Lo miro con el ceño fruncido en la oscuridad.

Se tumba de lado frente a mí y juguetea con la manta. —Cuando saliste de la discoteca al muelle trasero… ¿Por qué llorabas?

Dudo antes de responder. —No me gustaba la canción que estaban tocando —susurro en la oscuridad.

Él no cuestiona mi mentira y yo no doy más detalles.

CAPÍTULO 3

Roshelle

MAC LEE en la cama mientras yo estoy sentada en el escritorio. No hemos hablado. ¿Qué podríamos decirnos? Por desgracia para mí, se ha producido un acontecimiento extraño. Un elefante se ha mudado a la habitación. Es grande y rosado y huele mucho a química sexual. No, no es eso. Sé que no puede serlo. Es imposible que lo sea, pero cuando me mira, por alguna razón, mi estúpido corazón se acelera…

¿Puede sentirlo?

¿Puede sentir cómo mi cuerpo reacciona al suyo? Es francamente incómodo, sobre todo en esta maldita situación. Estamos durmiendo en la misma cama. Lo peor de todo es que me está comenzando a provocar entablar conversación con él. Aunque sé que es porque no hay nadie más y que es propio de la naturaleza humana querer comunicarse, es inquietante.

—Me voy a dormir —anuncia antes de levantarse. Se quita lentamente la camiseta por la cabeza. Instintivamente, mis ojos bajan por su torso antes de detenerme y apartar la mirada. El calor de su mirada penetra en el aire y alzo la vista para encontrarme con sus ojos oscuros clavados en los míos.

Se siente la electricidad entre nosotros y mi corazón empieza a palpitar en mi pecho. Aprieta los puños que le cuelgan a los lados como si intentara controlarse. Aire… aquí no hay maldito aire. Durante mucho tiempo, en el silencio, nuestros ojos permanecen firmemente fijos.

Es tan… masculino. No puedo creerlo.

Qué pesadilla. Toda esta situación me repugna. Voy al baño y me meto en la ducha mientras intento calmar mi ansiedad. No necesito esta mierda.

Camino de un lado a otro en la habitación que ha sido mi prisión durante los últimos cuatro días. Cierra la puerta tras de sí por la mañana y no vuelve hasta bien entrada la noche, sólo regresa para traerme comida. Mi único consuelo es que no me toca cuando vuelve. Es un ambiente tóxico y estoy segura de que si permanezco aquí otros veinticuatro días me volveré loca. Cuanto más lo pienso, y lo he pensado mucho, más sé que tengo que intentar pedir ayuda a alguien. Fui testigo de un asesinato y no hay forma de que me dejen salir de esto. Soy un testigo vivo y eso me convierte en una gran amenaza. Tal vez me tiren por la borda después de divertirse… nadie lo sabrá. El crimen perfecto.

Mi pensamiento viaja a Melissa y Todd. Estoy segura de que ya saben que he desaparecido y me hierve la sangre pensar que saben que yo sé lo imbéciles que son los dos. Apuesto a que creen que estoy tirada en un hotel con el corazón roto en algún lugar al borde del suicidio.

Estúpidos de mierda.

Estoy furiosa, no con el corazón roto. No podrían importarme menos.

Supongo que eso es probablemente lo único bueno que ha salido de todo esto. He adquirido una nueva perspectiva de la vida.

La gente que te jode no merece la pena.

He terminado siendo una alfombra a la puerta de una casa. Se acabaron las amistades falsas y los novios sórdidos que tienen el cerebro en la polla. Cuando salga de este barco, voy a patear algunos culos, y Todd y Melissa están en lo más alto de mi puta lista.

Primero tengo que pensar en una forma de llegar a la torre de control…

Salir de esta habitación sin que me vean no será fácil. Ya elaboré todos los planes de huida posibles y todos me parecen demasiado arriesgados. Sin embargo, no estoy segura de hasta qué punto es un riesgo cualquier cosa, pues parece que he perdido toda perspectiva sobre esta situación.

Oigo girar la llave en la cerradura, se abre la puerta y aparece él. Acaba de terminar su jornada, tiene el pelo revuelto y lo que parece grasa de motor en la cara.

Frunzo el ceño al verlo. Normalmente no tiene este aspecto cuando llega a casa después de un día de trabajo.

—¿Qué haces en este barco? —le pregunto.

Sus ojos parpadean sorprendidos de que me dirija a él.

—Soy Ingeniero Náutico —responde.

Se me cae la cara de sorpresa. No me lo creo. Levanto las cejas. —¿Tú? —pregunto.

Él tuerce el labio. —¿Qué se supone que significa eso?

Cruzo los brazos delante de mí y enarco una ceja en señal de pregunta. —Nada.

Sus ojos se clavan en los míos.

—No me pareció que tuvieras mucho cerebro, eso es todo —murmuro en voz baja.

Sacude la cabeza, indiferente. —Iba a llevarte a la zona común a cenar esta noche. —Se quita la camiseta por encima de la cabeza y mis ojos se posan en su pecho grande y ancho—. Pero viendo que te estás haciendo la sabelotodo, puedes quedarte aquí sola otra vez. —Desaparece en el baño y oigo cómo se enciende la ducha.

Iba a salir conmigo. Mi mente empieza a vibrar. Iba a salir conmigo. ¿Y si salía con él un minuto para pedir ayuda? ¿Funcionaría?

Echo un vistazo al baño. Está desnudo. Nada nuevo, se ha desnudado delante de mí toda la semana. Empieza a frotarse jabón y mis ojos pasan entre sus piernas. Joder, es enorme. Nunca vi un hombre así y cuanto más lo pienso, más dudo que me haya violado. Me dolería si lo hubiera hecho y no es así.

Levanta la vista y yo bajo los ojos fingiendo que no lo estaba mirando y, cuando levanto lentamente la vista, sonríe ampliamente.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta.

Le miro, inexpresiva. —No. En realidad, me gustaría arrancarme los ojos.

—Entonces, ¿por qué miras? —Su mano enjabonada le acaricia la polla mientras se la lava.

—No lo hacía —murmuro distraída por las sacudidas de su mano.

—Mi polla se siente mejor de lo que parece. —Sonríe mientras se lava.

Me trago el nudo de nervios que tengo en la garganta y mis ojos se posan en el suelo para impedir que mis ojos descarriados lo observen. Miro fijamente las baldosas del suelo durante un rato mientras lo espero. —¿Dónde está la cena? —le pregunto. Tengo que ser amable y conseguir que me invite a salir. Es la única persona que puede sacarme de esta habitación sin que nadie se dé cuenta.

—Tenemos una zona de habitaciones y entretenimiento en el otro extremo del barco.

Frunzo el ceño mientras pienso. —¿Cuánta gente trabaja en este barco? —pregunto.

—Estás muy conversadora esta noche —responde secamente.

Dios, demasiado, demasiado rápido. No he hablado con él en toda la semana y ahora le hago la pelota. Tiene razón. Necesito calmarme y usar la cabeza. Permanezco un rato en silencio.

—Veinticuatro —responde por fin.

Pienso un momento. En realidad no recuerdo cuántos hombres participaron en el ataque de la otra noche y siento que mi inquietud aumenta con sólo recordarlo. Quizás debería quedarme aquí. No soporto la idea de enfrentarme a ellos. Me levanto y vuelvo a sentarme en la cama. Unos minutos después entra en la habitación y deja caer la toalla para vestirse. Sus rizos húmedos le cuelgan sobre la cara y su piel bronceada tiene el brillo de la ducha. Huele a jabón limpio. Maldito infierno.

—¿Tienes que estar siempre desnudo? —exclamo, agitada por su buen aspecto—. No quiero verte el culo.

—Me estoy vistiendo y, para que conste, acabas de mirarme los huevos en la ducha.

Entorno la cara, horrorizada. —No lo hice.

—Sí lo hiciste.

Entrecierro los ojos. —Como quieras.

Sonríe con complicidad y saca unos calzoncillos negros ajustados. Lo veo en cámara lenta mientras se agacha, se los sube por las piernas y se reajusta la polla.

Mmm.

Saca sus jeans oscuros y una camiseta azul claro, y después de vestirse se sienta en la cama para ponerse los zapatos. Lo miro en silencio.

—¿Quieres venir o no? —me pregunta.

—Estarán… —dudo.

—¿Estarán qué?

—¿Estarán ellos allí?

Asiente mientras se amarra el zapato.

—Ah. —Hago una pausa—. Entonces probablemente no.

—No te harán daño. —Lo miro a los ojos intentando encontrar sinceridad en sus palabras—. Estaré allí. —Me responde.

Me quedo quieta, no sé si sinceramente podré obligarme a salir de la habitación. Me aterrorizan.

Se levanta. —Vale, como quieras. Quédate aquí.

Mierda, tengo que ir a la torre de control. Me levanto bruscamente, presa del pánico. —¿Qué me pongo? —tartamudeo avergonzada.

Sus ojos se posan en mi atuendo de pantalón de pijama holgado y camiseta. Frunce el ceño como si estuviera pensando. —Ven conmigo.

—¿Adónde? ¿Adónde vamos? —pregunto mientras retuerzo las manos delante de mí, nerviosa —. ¿Esto es un truco?

—susurro.

Él frunce el ceño. —¿Un truco para qué?

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras mis ojos parpadean hacia la puerta. —¿Para entregarme a ellos?

Sacude la cabeza, molesto. —No. Si quisiera entregarte, te entregaría y punto.

Mis ojos se clavan en los suyos. ¿Por qué no me entrega?

No lo entiendo en absoluto.

¿Qué planes tiene para mí?

—¿Vienes o no? —vuelve a preguntar.

Maldita sea, ésta puede ser mi única oportunidad de salir viva de esta nave. Asiento rápidamente antes de cambiar de opinión.

Abre la puerta y sale al pasillo, y yo me asomo por el marco.

Mi corazón empieza a bombear de más.

—¿Vienes?

Lo sigo tímidamente mientras avanza a grandes zancadas por el pasillo hacia la gran sala de la fiesta que oí la otra noche.

Llegamos a unas escaleras y lo miro con el ceño fruncido.

—Por aquí arriba. —Me señala las escaleras.

Dios mío. ¿Adónde me lleva? Sufriré un infarto en cualquier momento. Llegamos a la planta de arriba, recorre el pasillo y llama a una puerta. Mis ojos se abren de par en par y doy un paso atrás. Oh, no. ¿Qué está haciendo?

La puerta se abre y una guapa chica rubia se planta ante nosotros.

—Hola, Mac. —Sonríe de forma sexy.

—Hola, Chels. —Me hace un gesto y ella se queda boquiabierta. Cruzo los brazos nerviosamente. ¿Qué hace una chica en este barco del terror?— ¿Tienes algo de ropa que le puedas prestar? —pregunta.

Me mira de arriba abajo y me encojo en el sitio. ¿Quién es? Duda un momento. —Sí, supongo. —Abre la puerta y nos hace un gesto para que entremos.

Me coge de la mano y me lleva a su habitación. Miro nerviosa a mi alrededor mientras me aferro con fuerza a su mano. Hay espejos en la pared y una elegante lámpara de encaje que cuelga a poca altura. Una cama grande. La habitación es femenina. ¿Eh? ¿Vive en este barco? Desaparece de nuevo al baño, saca el rímel y empieza a aplicárselo. —La ropa está en el armario, sírvete —dice.

Abre el armario y empieza a buscar en los cajones y a sacar cosas mientras las revisa.

Bien, ¿qué está pasando aquí? No lo entiendo en absoluto. Echo un vistazo al baño y veo que se está pintando los labios de rojo. Lleva un vestido negro ajustado y escotado que no deja nada a la imaginación. Está guapísima. Sale del baño y se echa al hombro su pequeño bolso dorado.

—Nos vemos arriba.

—Sí, claro —dice él, distraído con la tarea que tiene entre manos.

Sale de la habitación y cierra la puerta tras de sí.

Espero un momento mientras él sigue mirando la ropa.

—¿Quién es? —le pregunto.

—Chelsea —responde mientras me entrega algo de ropa.

—¿Vive en este barco? —le pregunto.

—Ajá.

Cojo la ropa que me dio.

—Póntela —me exige.

Frunzo el ceño. No pienso vestirme aquí, delante de él. Pone los ojos en blanco. —En el baño.

—Ah, vale —susurro. Me meto al baño y me pongo la ropa que eligió para mí. Una falda corta de tartán rosa y morado, con cintura caída y pliegues, y una camiseta blanca con tirantes. Necesito un sujetador. Asomo la cabeza por la esquina de la puerta del baño y él se levanta de la cama. —Mmm.

—Mmm, ¿qué?

—Necesito ropa interior —susurro avergonzada.

Levanta una ceja e intenta ocultar su sonrisa burlona. Se levanta, rebusca en un cajón y me pasa unas bragas. —No podrás llenar su sostén. —Sonríe satisfecho.

Lo miro sin comprender.

—Tiene las tetas grandes.

Oh. Dios, qué vergüenza. Vuelvo al baño y cierro la puerta para ponerme las bragas blancas de encaje. Me miro en el espejo y me estremezco. Tengo un aspecto horrible. Tengo el ojo morado y un pequeño corte en el puente de la nariz. ¿Qué aspecto tendría hace cuatro días cuando ocurrió esto por primera vez? Cojo un poco de corrector de su neceser de maquillaje e intento arreglarme un poco la cara. Cepillo mi largo pelo oscuro, que se está encrespando hasta el olvido por culpa de su champú de mierda, cojo una banda para el pelo y me lo recojo en una coleta alta.

Vuelvo a salir a la habitación y sus ojos me recorren de la cabeza a los pies; un rastro de sonrisa cruza su rostro.

Contengo la respiración mientras espero su reacción. Sus ojos oscuros me desnudan lentamente.

Se levanta bruscamente y da un paso adelante, acercándose demasiado. —Pareces comestible —susurra mientras su enorme cuerpo invade mi espacio.

Retrocedo sin pensarlo, con nuestros ojos fijos el uno en el otro.

Mi mirada se posa en su lengua, que sale para lamerle el labio inferior.

El cazador y su presa.

La electricidad salta entre nosotros.

—¿Quieres seguir viva, bonita? —me pregunta mientras me pasa el dorso de los dedos por la cara.

Asiento sutilmente. Mis ojos caen al suelo mientras su respiración se agudiza. Sus dedos me queman la piel.

—Tenemos que mostrar a la tripulación a quién perteneces —susurra.

Mis ojos se encuentran con los suyos y frunzo el ceño. ¿De qué está hablando? El impulso primario de darle una patada en las pelotas es abrumador, pero sé que para seguir viva lo necesito de mi lado.

Se inclina, acerca su boca a mi oreja y su aliento hace que se me ponga la carne de gallina. Cierro los ojos, consternada. Maldita sea.

—Tengo que mostrar a mis compañeros de tripulación a quién perteneces. —Su aliento me rocía el cuello y siento un cosquilleo que me llega hasta los dedos de los pies.

Lo miro con ojos de horror.

—Veamos lo buena actriz que eres —susurra en tono sombrío.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si quieres sobrevivir, tienes que seguirme el juego.

—¿Seguirte el juego? —Frunzo el ceño.

—Seguirme el juego de que eres mía —murmura, distraído, con los ojos siguiéndole los dedos mientras me los pasa por los labios—. Haz como si te gustara que te tocara. —Las yemas de sus dedos recorren mi cuello y cierro los ojos—. Aunque no tendrías que actuar mucho. —Se inclina y me besa suavemente la oreja—. ¿Lo harías? —susurra.

Dejo caer la cabeza, consternada, sabiendo que tengo que cambiar de tema o acabaré de espaldas en esa cama en un segundo.

Me pasa la mano por la larga coleta y por el pecho.

Levanto los ojos para verlo y el asco se apodera de mí al sentir que mis pezones se endurecen bajo su contacto.

En cámara lenta, se inclina hacia mí y me susurra al oído. —Te gusta que te toque. —Su aliento en mi cuello vuelve a ponerme la piel de gallina.

Sacudo la cabeza, nerviosa. —No, no me gusta. —Balbuceo.

Me hace rodar el pezón entre sus grandes dedos y se me endurece aún más.

Ay, Dios mío.

—Sí, y lo sabes. —Gruñe antes de clavarme los dientes en la oreja.

—No —suspiro mientras siento que las rodillas se me van a caer encima.

—Mentirosa —susurra mientras vuelve a lamerme la oreja.

Dios mío. Cierro los ojos. —Por favor —vacilo mientras intento pensar—. Por favor, déjame en paz.

Me sujeta la mandíbula agresivamente y tira de mi cara para vernos directo a los ojos.

Mis instintos de lucha empiezan a dispararse, pero intento desesperadamente controlarlos. Contrólalos, me recuerdo. —Por favor —susurro.

Sus ojos se posan en mis labios y sonríe sardónicamente.

—Por ahora.

Me invade una sensación de inquietud. Me molesta cómo reacciona mi cuerpo ante él, cómo se acelera mi corazón cuando me mira. Su tacto es eléctrico.

Como si leyera mi mente, sonríe de forma sexy, me coge de la mano y me lleva con él hacia la puerta.

Entramos en el amplio y desordenado salón y veo que los ojos de todo el mundo se levantan al vernos. Me siento mal. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? Se eleva sobre mí y me coge de la mano. Echo un vistazo al lugar. Hay una cocina grande con un chef. Delante hay seis mesas y sillas donde algunas personas comen. A la izquierda hay un televisor de plasma super grande. Delante hay salones dispersos sin orden en particular. Al fondo hay un bar con una mesa de billar y otra de ping-pong. La habitación es enorme y agradable… no es en absoluto lo que esperaba. De hecho, todo este barco no es lo que esperaba. Creía que los barcos de contenedores debían estar sucios y descuidados. Me pongo nerviosa mientras espero sus instrucciones y nos acompaña a la cocina.

—¿Sólo dos? —me dice el chef.

Miro fijamente al cocinero. ¿Será parte de todo esto? ¿Me ayudaría?

—Gracias —responde Mac.

Luego me lleva de la mano a la barra del fondo y otro hombre sonríe detrás de ella. Retrocedo al verle. Es uno de los hombres de la otra noche.

Mac siente mi miedo y me rodea los hombros con el brazo para protegerme.

Dejo caer los ojos al suelo mientras intento concentrarme en la tarea que tengo entre manos.

—¿Qué quieres beber? —pregunta Mac.

—Coca-Cola light —respondo sin emoción.

Echo un vistazo a la mesa de billar, donde veo a seis chicas con ropa sexy jugando. Frunzo el ceño. Más chicas… Oh, gracias a Dios. Me ayudarán. Solo necesito hablar con ellas a solas. Mac me agarra con más fuerza por los hombros. Echo un vistazo a la habitación y veo a unos quince hombres. A algunos los reconozco, a otros no.

Ninguno se sorprende en absoluto de verme aquí. Todos saben que estoy secuestrada y no les importa.

¿Qué puta clase de barco es este?

Coge nuestras bebidas, las lleva a la zona de la mesa del comedor y me acerca una silla. Me siento. Siento los ojos en mi espalda. Él se sienta frente a mí y coge su Coca-Cola. —¿Estás bebiendo Coca-Cola? —le pregunto. Todas las noches de esta semana ha vuelto a la habitación oliendo a cerveza o whisky. ¿Por qué esta noche es diferente?

—Esta noche estoy de guardia —responde.

Frunzo el ceño. Olvido que esto es realmente un trabajo.

Mi mirada se desvía hacia las chicas que juegan al billar y las veo mirarse y hablar entre ellas. ¿Qué estarán diciendo?

¿Van a ayudarme?

—¿Quiénes son las chicas? —pregunto.

Él da un sorbo a su bebida mientras parece contemplar la posibilidad de darme la respuesta. —Las chicas de la tripulación.

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

Vuelve a dar un sorbo a su bebida.

—¿Son las esposas de algunos de los hombres? —le pregunto.

Sonríe mientras sus ojos se clavan en los míos. —Son las putas de todos los hombres.

Me invade el horror.

Me inclino hacia delante. —¿Prostitutas? —susurro mortificada.

Él levanta una ceja. —Llevamos mucho tiempo en el mar.

Me echo hacia atrás, indignada. No tengo palabras. Vuelvo a mirarlas. —¿Así que simplemente se acuestan con quien les da la gana? —Sonríe satisfecho.

—¿Las chicas se acuestan con todos ustedes? —Frunzo el ceño.

—Se divierten y están bien atendidas. —Se encoge de hombros.

El miedo me invade. —¿Las secuestraron? ¿Será ese el plan para mí? —susurro asustada.

Él frunce el ceño. —No. —Sacude la cabeza—. Van y vienen cuando quieren. Siempre tenemos seis, pero las chicas cambian en diferentes puertos.

Vuelvo a sentarme en la silla. No me entra en la cabeza este tipo de estilo de vida.

—Todas tienen alguna mierda de la que intentan escapar. Este barco es su lugar seguro. La mayoría hacen unos cuantos viajes al año. Van rotando. —El cocinero saca dos platos de un estofado de ternera y verduras con puré de papas y verduras, y nos deja comer en silencio, aunque mi mente se agita al pensar en la vida que deben llevar esas mujeres. Comemos y luego tomamos el postre, admito que la comida está mucho mejor cuando está caliente.

Llega un hombre, se sienta junto a Mac y empiezan a hablar. Mi mente empieza a zumbar y miro a mi alrededor, a las salidas. ¿Cómo llego a la torre de control desde aquí? Los latidos de mi corazón aumentan mientras imagino el escenario de que me atrapen. A la derecha hay un baño y luego la puerta principal por donde vinimos. Si vuelvo por ahí, son unos cien metros por el pasillo, luego subo las escaleras y vuelvo otros cien metros hasta el otro extremo. Según mis cálculos, desde aquí estamos más cerca de la torre de control. ¿Dónde está la puerta? Sigo mirando a mi alrededor despreocupadamente.

Joder, qué confusión. Retiro mi silla.

—¿Adónde vas? —suelta.

—Yo… —dudo—, tengo que ir al baño.

Sus ojos penetrantes se clavan en los míos. Mierda.

—Te enseñaré dónde está —dice.

—Gracias —respondo. Maldita sea.

Me coge de la mano, me acompaña hasta el baño y me sigue hasta dentro.

Frunzo el ceño. —No pasa nada. Puedo ir al baño sola.

Echa un vistazo rápido a su alrededor antes de volver a salir. Estaba comprobando que no había nadie aquí dentro conmigo. Voy al baño y salgo para encontrármelo sentado en un taburete de la barra. Me tiende la mano para que me una a él. Maldita sea, ¿por qué me mira como un halcón? Me acerco lentamente. Me coloca entre sus piernas y me rodea la cintura con los brazos mientras habla con otro hombre al que no he visto antes.

Sigo buscando una salida por encima de su hombro.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta.

Levanto la vista hacia todo el alcohol.

—Un whisky con Coca-Cola, por favor —dice Mac antes de esperar mi respuesta.

Frunzo el ceño. —No, no quiero. No me gusta el whisky —respondo.

—Pero a mí sí y quiero besarte.

Mi cerebro falla. ¿Eh?

El hombre con el que está hablando sonríe satisfecho.

—Hasta luego, tío. —Se levanta y se va.

El camarero se marcha para prepararme la bebida.

Desliza la mano por debajo de la banda de mi falda y me frota el vientre, sus dedos rozan mi vello púbico antes de besarme la oreja por detrás. —Te sientes bien —susurra. Mierda, mierda, mierda.

Tengo que salir de aquí. Me volteo, me inclino hacia su oído y le susurro. —¿Qué haces?

—Les estoy enseñando que eres mía —me susurra al oído mientras me lo muerde—. Este es el momento en el que demuestras que te gusto.

—¿Pasándome los dedos por el vello púbico? —susurro enfadada.

Sonríe en mi cuello. —Sí, exactamente. Ya le vas cogiendo el truco. Sígueme el juego.

—A nadie le importa —le susurro enfadada al oído.

Me lame el cuello de arriba abajo y un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Por qué tiene que afectarme así? —Todos los que están en esta sala nos están viendo. Si no eres mía, supondrán que eres suya —susurra.

Me echo hacia atrás y mis ojos asustados se clavan en los suyos.

—Bésame —susurra en voz baja.

—¿Qué? —balbuceo asustada.

Me acerca la cara y sus labios rocían suavemente los míos. Dios mío.

Su lengua entra lentamente en mi boca y, sin poder evitarlo, cierro los ojos. Su lengua profundiza cada vez más y pierdo todo sentido de la realidad. Su brazo me rodea la cintura y me acerca a él. Mis pechos se aplastan contra su pecho y su mano me aprieta contra él. Nunca me habían besado así. Siento su gran erección contra mi muslo y mi interior empieza a derretirse.

La realidad se impone y me aparto. ¿Qué demonios estoy haciendo?

—Acabo de perder el puto apetito. Regreso a la habitación.

—Aún no estoy listo para volver —replica, enfadado por haber detenido su beso.

—No te pedí que vinieras. —Sonrío con desprecio.

—Si no estás conmigo…

Lo interrumpo. —No estoy contigo. Métetelo en la puta cabeza. —Me zafo de su agarre y vuelvo a la habitación sola, mientras todos los presentes lo ven. Me arriesgaré con los demás. No

voy a quedarme ahí besándome con ese imbécil de mierda.

Vuelvo furiosa a la habitación con él pisándome los talones.

Estoy enfadada, jodidamente furiosa conmigo misma, en realidad.

Abre la puerta y me empuja hacia dentro mientras se queda en el pasillo y, sin decir una palabra, cierra la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 4

Roshelle

LA REALIDAD me golpea con fuerza cuando oigo el frío clic de la puerta al marcharse. Entro al baño y enciendo la ducha, me desnudo y me meto lentamente mientras empiezan a caer las lágrimas. Cojo el jabón y me froto la piel presa del pánico. Me lavo y me lavo y me lavo hasta que mi piel está en carne viva. Necesito quitarme esta sensación de suciedad y de zorra.

Él también lo sabe. Sabe que disfruté de ese beso. Lo sintió. En ese momento, me poseyó.

Estoy tumbada en la oscuridad, de espaldas a la puerta cuando entra, cinco horas después. La habitación está en silencio y pesada por mis lágrimas. Esta noche lloré un océano.

No porque sea la víctima en esta circunstancia de mierda, sino porque he participado voluntariamente.

Lo besé sin luchar. Cedí a mi lujuria.

Algo que juré que nunca haría. Soy tan mala como Melissa cuando cedió a su lujuria. Su cuerpo la llevó a la tentación.

Entra, deja las llaves en el escritorio y noto sus ojos mirándome en la oscuridad. Al cabo de un momento entra al baño y oigo cómo se abre la ducha. Mi corazón late muy deprisa y sé que se estará lavando para lo que está por venir. Oh Dios, no. No puedo hacerlo. Por favor, no me obligues a hacerlo.

La ducha se apaga y unos minutos después se arrastra desnudo hasta la cama, a mi lado. Cierro los ojos y finjo dormir.

Se tumba boca arriba unos instantes y yo permanezco en silencio… ¿sabrá que estoy despierta?

Suelta un fuerte suspiro y se da la vuelta para quedar de espaldas a mí. Frunzo el ceño.

¿Qué hace?

Permanezco inmóvil, pero mi corazón y mi mente están revueltos mientras espero el ataque. Espero y espero.

No llega y diez minutos después su respiración regulada me dice que está dormido.

Me despierto y siento algo caliente bajo mi cabeza. Me quedo dormida unos minutos, con algo de satisfacción incluso. Esto se siente bien.

Espera un momento. Salto, ¿qué demonios está pasando aquí? Estoy envuelta alrededor de Mac y él tiene su brazo bajo mi cabeza.

Nuestras piernas están entrelazadas y mi cuerpo está medio extendido sobre el suyo.

Está empalmado.

Me separo de él de un salto, asustada, miro su cara, y veo que sigue durmiendo.

Gracias a Dios. Me levanto, voy al baño, cojo una manta y me envuelvo en ella para sentarme en el escritorio. Me siento en la penumbra mientras lo veo. Su pelo rizado, besado por el sol, está esparcido por la almohada y su piel es morena dorada. Un crecimiento oscurecido de tres días ensombrece su mandíbula cuadrada, apenas ocultando sus grandes hoyuelos… Es un hombre

grande, de más de 1 ,90 m de estatura y complexión ancha. Su cuerpo está repleto de músculos y tiene una marcada V que va desde el bajo vientre hasta la ingle. Bajo la mirada y siento un dolor sordo en lo más profundo de mi cuerpo. Mi memoria me recuerda lo duro que estaba anoche y lo bien que se sentía debajo de mí en aquel taburete… lo caliente que me tenía por su beso. Ese beso.

Si así es cuando actuamos, imagínate cuando estemos solos en la habitación. Cierro los ojos arrepentida. Basta ya.

Tiene la espalda cubierta de tatuajes, y otros tantos repartidos en los brazos. Una cicatriz grande, gruesa y morada le rodea las costillas del lado izquierdo. Me pregunto qué le habrá pasado. Por cómo se ve, no debe ser muy antigua. ¿Lo apuñalaron? ¿Se habrá peleado? Miro fijamente hacia delante mientras pienso. Tengo problemas más importantes en la cabeza que Mac. Es el sexto día. Ya debe haber una búsqueda a gran escala en casa. Quizás hayan encontrado mi auto. No han tocado mis cuentas bancarias ni mi teléfono. Sé que Melissa y Todd ya deben haber confesado a la policía su sórdida aventura. No desearían verse implicados en nada de esto. La policía probablemente piense que me suicidé en alguna parte.

Nadie se enteraría si me mataran aquí. Desaparecí literalmente sin dejar rastro. Me pregunto si había alguna cámara de seguridad en el callejón de la discoteca, y quién era el tipo que mataron.

¿Quién apretó realmente el gatillo?

¿Murió? ¿Lo conocían? ¿Por qué lo mataron? Ojalá pudiera recordar aquella noche, pero todo estaba muy borroso. Hoy llegaré a la torre de control aunque sea lo último que haga. Tengo que encontrar la forma de salir de esta nave. En realidad, hace tiempo que no compruebo si hemos tocado tierra. Me pongo de pie, me acerco y miro por la ventanilla. Agua hasta donde alcanzo a ver. Maldita sea. En cuanto vea tierra voy a correr y saltar por la borda. Me arriesgaré con los tiburones. Cualquier cosa es más segura que esto.

Mis ojos recorren al hombre desnudo en la cama, profundamente dormido y boca arriba. Sus prominentes músculos abdominales se muestran a través de su piel y su amplio pecho sube y baja al respirar. Tiene una mano en la polla y la otra detrás de la cabeza. Me invade la inquietud, no porque tenga miedo de lo que pueda hacerme. Más bien porque temo que me guste. No se parece a ningún hombre que haya conocido. Duro, rudo, sexual. Hace que otros hombres con los que he estado parezcan niños pequeños.

Por un momento, me permito imaginar cómo sería el sexo con él y me viene a la mente la imagen de él tirándome y dándome duro. Dios, sería tan jodidamente caliente. Es tan fuerte y está tan bien dotado. Me imagino arrodillada encima de él, mirándome con su mano tiernamente en mi nuca.

Aparto los ojos con asco. Escúchate, Roshelle, maldita idiota. Aquí intentas seguir con vida, no protagonizar una porno al estilo de los Piratas de Penzance. Ahora sé por qué lo llaman el síndrome de la cabaña. Estoy alucinando.

Se remueve y me quedo quieta. Se agarra la polla y se la acaricia varias veces mientras se despierta. Al final, sus ojos somnolientos se abren y me encuentran al otro lado de la habitación.

—¿Qué miras? —Bosteza estirándose.

—Nada —le respondo.

Se levanta despreocupadamente y se dirige al baño, con el culo desnudo.

Miro al suelo para no mirar y le oigo ir al lavabo y luego lavarse las manos. Me envuelvo en la manta para protegerme.

Ojalá no se sintiera tan cómodo estando desnudo a mi lado.

Vuelve a salir y se pone unos calzoncillos.

—Chelsea vendrá a buscarte y te vigilará durante la comida de hoy —me dice con indiferencia mientras enciende la tetera—. Estoy trabajando y no tendré tiempo.

—Dijo que vendría sobre las doce. —Frunzo el ceño en señal de pregunta.

—Llamé y la vi anoche cuando volvía hacia aquí. —Prepara las dos tazas de café.

Lo miro fijamente. Fue a su habitación. Se acostó con ella anoche, por eso no me tocó.

Me paro, sin saber qué pensar. Esto debería ser un alivio, pero de algún modo siento que… ni siquiera sé lo que siento. Voy al baño y cierro la puerta tras de mí. Me meto en la ducha caliente y dejo que el agua caiga sobre mi cabeza durante diez minutos mientras pienso. El corazón me martillea y no sé por qué. Intento pensar racionalmente, pero no puedo. ¿Me ha salvado de tener que hacerlo? Es algo bueno. Si se las está follando, no me está follando a mí. Eso es lo único que importa. ¿Con qué regularidad se la folla… a ella? Se abre la puerta y entra, jugueteando antes de coger su desodorante. Sus ojos bajan por mi cuerpo y yo lo fulmino con la mirada y enarco una ceja.

—Lárgate.

Sus ojos bajan por mi cuerpo.

—Fuera —le digo bruscamente.

Con una sonrisa de satisfacción, sale de nuevo al dormitorio.

Termino de ducharme y vuelvo al dormitorio, en el momento en que lo veo levantar una silla y volver al escritorio. ¿Qué hace? Tenía la silla delante del armario. ¿Qué buscaba en el armario? Hago como que no me doy cuenta y voy a coger algo para ponerme de sus cajones, pero coge una bolsa y me la lanza. —Te traje algo de ropa.

Me dan ganas de decirle: ¿Por qué, para que te imagines que soy una maldita prostituta? Me contengo. Me importa una mierda. Quiero irme a casa. Cojo la bolsa, molesta por mis estúpidos sentimientos, vuelvo al baño y saco la ropa que me ha dado. Reviso la bolsa y saco la escasa ropa. Que se joda. Está bromeando. Asomo la cabeza por la puerta. —Odio esta ropa. Grita que me follaría cualquier cosa.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro. —¿Lo harías? Frunzo el ceño. —¿Qué?” —Te follarías cualquier cosa.

Entrecierro los ojos. —No, no lo haría. —Vuelvo a vestirme en el baño.

Me pongo un vestido corto, de flores y color melocotón.

Al final vuelvo a entrar en la habitación y me lo encuentro vestido para ir a trabajar. —Tengo que irme. —Asiento una vez. —Nos vemos esta noche.

—Como quieras —respondo, monótona—. No creo que vaya a cenar esta noche.

—Como quieras. —Con eso sale de la habitación, pero hoy no cierra la puerta.

Frunzo el ceño. ¿Qué? Me levanto y abro la puerta, que está abierta. Se gira para mirarme.

—¿Adónde vas? —pregunta.

Me encojo de hombros. —¿No cerrarás la puerta?

—No. —Se vuelve hacia mí—. Ya reclamé mi propiedad. Ahora deberías estar bien.

—Ah. —Frunzo el ceño, confundida—. ¿Reclamaste qué?

—pregunto.

—Mataré a cualquiera que te toque y ellos lo saben.

—Pero si me matan antes, ¿qué sentido tiene?

—No lo harán.

Frunzo el ceño. —¿Estás seguro?

Asiente una vez encogiéndose de hombros.

Me doy la vuelta, vuelvo a la habitación y cierro la puerta. Me dejo caer en la cama y pienso en ello un momento.

¿Significa eso que se ha corrido la voz de que estoy prohibida? ¿Estaré segura ahora para pasear? Él parece creer que sí, pero tal vez no le importe que me cojan. Mmm, interesante. Mis ojos miran hacia el armario. ¿Qué hacía ahí arriba? Abro las puertas dobles y miro hacia arriba. Está alto… sea lo que sea lo que estaba mirando, está alto. Cierro la puerta principal, acerco la silla al armario y me subo a ella para echar un vistazo. Los jerséis y la ropa doblada están en hileras ordenadas. Vaya, bastante ordenado para ser hombre. Saco con cuidado los jerséis y la ropa. No, aquí no hay nada. Debía de estar buscando un jersey. Me agacho y frunzo el ceño. No llevaba ropa de abrigo y su ropa de trabajo no se guarda en este armario. Vuelvo a subirme a la silla y tanteo de nuevo. ¿Qué demonios hacía aquí arriba? Golpeo la pared del fondo y hace un ruido extraño. Frunzo el ceño. ¿Eh? Golpeo y resuena. Mis ojos se abren de par en par.

Mierda, es una pared falsa. Con renovado propósito, empiezo a tantear a mi alrededor con desesperación. Quizás tenga un arma aquí arriba y pueda utilizarla para hacer que pidan ayuda. Tanteo a los lados y también hace un ruido extraño. Estoy sudando mientras me estiro para alcanzarlo. Empujo hacia arriba el techo y de alguna manera se levanta. Oh, mierda. Lo deslizo un poco hacia un lado, subo la mano y tanteo los paneles de madera.

Miro hacia la puerta. Si vuelve ahora seguro que me mata. Siento un estante y no veo qué demonios estoy haciendo, pero tanteo y encuentro algo.

Mierda.

Bajo una pequeña bolsa negra con cierre y la escondo rápidamente debajo de la almohada. Luego me vuelvo a subir, tanteo de nuevo y encuentro un iPhone.

El premio gordo.

Me bajo de un salto y lo escondo debajo de la almohada; luego vuelvo a colocar todo en su sitio y muevo la silla a su lugar habitual. Cierro el armario, llevo mis cosas al baño y cierro la puerta. Enciendo el teléfono y se ilumina la pantalla.

Sonrío ampliamente.

Sí.

Voy a llamar y aparece el mensaje *no hay señal* . Joder. Vuelvo a intentarlo y sigue sin aparecer nada. Joder. Me dirijo a la bolsa con cierre y la abro.

Pasaportes. Dos pasaportes.

Mmm… Abro el primero. Joel McIntyre. Su rostro fuerte me mira desde la foto. Es su pasaporte. Abro el segundo y me mira la misma cara, pero con el nombre de Stace Williams.

Frunzo el ceño. Es extraño. ¿Por qué tiene dos pasaportes con nombres distintos?

Joder, ¿quién es este tío? Miro las fechas en que se hicieron. El pasaporte de Stace tiene siete años, pero el de Mac sólo doce meses.

Mac es un nombre falso.

Lo pienso un momento. Mac es un alias. Primero tendría el pasaporte verdadero. Miro la fecha de nacimiento: 12 de septiembre de 1989.

Eso significa que tiene 27 años, una edad que me parece correcta. Habría supuesto que ésa era su edad.

Cojo el teléfono y lo hojeo. Nada irregular. Voy a sus imágenes y veo una foto de una chica atractiva y un niño pequeño.

Se me desploma el corazón. Dios mío. Tiene a alguien en casa y un hijo. Me siento mal por

esta pobre chica. Me viene a la mente la desgraciada Chelsea y lo que hizo anoche.

La odio. Y lo odio aún más a él.

Inquieta porque esta foto me ha molestado, sigo pasando las imágenes. Imágenes de un trozo de papel. ¿Por qué toma imágenes de un trozo de papel?

Hago clic en él para ampliarlo y frunzo el ceño. Es un informe de algún tipo

1267 - CC - Recoger el 10mo - Café

1208 - H - Recogida después de la entrega - Té

1190 - I - Recogida 14 - Estatua

1211 - H - Recogida 11 - NA

1130 - CC - no revelado - Libro

1140 - DMD - Recogida después de la entrega - Estatua

1289 - WP - PAD - Suelo

Frunzo el ceño mientras leo la lista… ¿Qué significa eso y por qué le hizo una foto?

No tengo ni la más remota idea de lo que estoy mirando o para qué.

Sigo deslizando el dedo y veo otra foto de la chica y el chico, pero esta vez están con otro hombre. Sonrío antes de darme cuenta. Es la familia de este hombre, pero ¿quién es?

Mmm. Paso a los correos electrónicos… nada fuera de lo normal. Reviso sus correos e imágenes durante más de una hora y, con un poco más de información sobre Mac, o Stace, y un millón de intentos más de entender el contexto, vuelvo a dejar las cosas donde las encontré. Mañana volveré a revisarlas si sigo aquí.

A las doce en punto, llaman a la puerta. No quiero ir a comer con esta estúpida, pero si consigo ganarme su confianza, quizás me ayude a salir de este barco. Una débil y molesta vocecita me susurra desde lo más profundo que quizás ella vuelva a tener a Mac esta noche.

Me molesta que se acueste con ella.

No debería molestarme. Debería alegrarme. Resoplo abatida y abro la puerta.

Tres chicas se paran ante mí. —Hola —murmuro.

—Hola. —Chelsea finge una sonrisa. Es una falsa rubia pechugona y las otras dos murmuran algún tipo de saludo falso. Una tiene el pelo largo y pelirrojo y la piel pálida. Es guapa y de aspecto dulce. La otra tiene el pelo negro azabache y la cara muy dura. Se nota que ha tenido una vida complicada.

Les tiendo la mano y pasan por delante de mí hacia la habitación.

—No necesito que me cuiden. Estoy bien. —Suspiro.

Chelsea pone los ojos en blanco. —Mac me dijo que tenía que vigilarte.

La miro fijamente… Me cabrea. —Bueno, Mac no está aquí.

—Mmm, qué pena. —Sonríe a las otras chicas mientras mira alrededor de la habitación.

La fulmino con la mirada mientras siento que me escuece la espalda. —Me alegra que no esté. Me retienen aquí contra mi voluntad, ¿sabes?

Chelsea esboza su primera sonrisa sincera. —Pobrecita. Estar retenida como esclava sexual de Mac debe ser duro. —Ensancha los ojos para acentuar su opinión. Las otras dos se ríen.

¿Se acostó con él anoche o no? Joder, necesito saberlo. ¿Por qué me molesta si lo hizo?

—Dejémonos de estupideces —suelto—. ¿Puedes ayudarme a salir del barco o no?

Chelsea se sienta en el escritorio y se balancea en la silla.

—¿Qué te ha dicho Mac? —pregunta.

—Me dijo que me dejará marchar en el próximo puerto —respondo.

Ella se encoge de hombros. —Entonces te dejará marchar.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—Cumple lo que dice. —Se levanta—. Vamos a comer.

Me paro en el sitio, no quiero ir a ninguna parte con estas chicas.

—¿Vienes? —La pelirroja sonríe mientras las otras dos salen por la puerta y recorren el pasillo delante de nosotras.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Ángela. —Sonríe tímidamente—. ¿Y tú?

—Roshelle —le contesto.

Enlaza su brazo con el mío mientras caminamos por el pasillo.

—Mira, sé que no es lo ideal, pero espera tu momento y luego vete. Si intentas huir, te arrepentirás.

Mis ojos asustados sostienen los suyos y, de algún modo, siento que esta chica no es tan mala.

—Por alguna razón Mac te está protegiendo. Acéptalo. Ojalá me protegiera a mí —añade.

—¿Cómo llegaste aquí? —susurro para que las otras dos chicas no puedan oírnos.

Ella se encoge de hombros. —Una serie de malas decisiones.

La miro mientras caminamos.

Se encoge de hombros. —Vivo en el barco la mayor parte del año. Aquí estoy a salvo, los chicos me cuidan.

Me trago el sabor a asco que tengo en la boca. —¿Te acuestas con todos ellos? —pregunto sin pensar.

—Me acuesto con dos de ellos. —Sus ojos descienden al suelo—. Me preocupo por los dos. No es convencional, pero los tres somos felices.

Le clavo los ojos. No me entra en la cabeza este estilo de vida. —¿Así que los tres tienen sexo en grupo?

Se encoge de hombros. —Sí, y uno a uno.

La miro mientras mi cerebro falla. —Lo siento. —Sacudo la cabeza—. Es que no estoy acostumbrada a esto.

—Lo sé. —Sonríe y me coge la mano—. Por eso él… —se interrumpe a mitad de la frase.

Frunzo el ceño mientras entramos en la sala común. —¿Qué quieres decir? —le pregunto en voz baja—. ¿Por eso qué? —susurro.

—Mac es… —Hace una pausa—. Diferente.

Por alguna razón me gusta esta pandillera. Tiene una cualidad honesta.

Miro a mi alrededor. —¿Cuál es su historia? —pregunto.

—¿Quién, Mac? —Asiento con la cabeza.

Ella se encoge de hombros. —No lo sé. Es reservado, pero cuando llegó…

—¿Cuándo fue eso? —la interrumpo.

Ella entrecierra los ojos mientras piensa. —No lo sé. Quizás hace ocho meses. —Hace una pausa como si estuviera pensando en contarme el siguiente dato—. Se decía que era un desertor de la Marina.

Mis ojos se abren de par en par.

—Pero no sé si es verdad, porque vino de Chelsea. —Se inclina para susurrar y que nadie la oiga. Sonrío satisfecha. Me gusta que ella tampoco confíe en Chelsea.

—Continúa —susurro.

—Al parecer, uno de los hombres le dijo que sabe demasiado para haber tenido el trabajo que decía haber tenido antes de estar aquí. Algo no cuadra.

Mis ojos parpadean hacia Chelsea cuando pasa frente a nosotras. —¿Ella…? —No quiero preguntarle con qué frecuencia se acuesta con él, pero de todos modos parece entender lo que estoy pensando.

—No a menudo —responde mientras se sienta a la mesa—.

Sólo muy rara vez y cuando llevamos mucho tiempo en el mar.

Me levanto, incapaz de sentarme. —¿Has…? —pregunto, mientras observo a las demás chicas que ahora están en el bar. Ella niega con la cabeza. —No. Mis hombres no tienen en alquiler. Oh, Dios. En alquiler. Me siento mal. Esto está jodido.

—¿Sabes si se han acostado juntos? —pregunto mientras señalo a las otras chicas con la barbilla.

Ella asiente sutilmente. —Creo que no desde hace tiempo.

Me dejo caer en el asiento de al lado. No puedo creer que esté teniendo esta conversación con ella. Dios, seguro que anoche se folló a una de ellas. —Cuanto antes salga de este barco, mejor. —Suspiro mientras mis ojos miran fijamente por los grandes ventanales.

—Faltan un par de semanas para que toquemos tierra.

—Lo sé. —Suspiro, sumida en mis pensamientos.

—¿Quieres beber algo? —pregunta mientras se levanta.

Asiento con la cabeza. —Sí, por favor. Una Coca-Cola light. —La veo desaparecer hacia la barra.

Las chicas vuelven y almorzamos en relativo silencio, con la mente en vilo. No sé qué me ha perturbado más, si el comentario de que me dejará marchar y me limitaré a esperar mi momento, el hecho de que quizás sea un marine desertor o el comentario de que se las folla a todas. Tiene razón, es diferente a los demás hombres, pero no sé por qué. Lo que sí tengo claro es que Chelsea no me gusta. Es una auténtica zorra maleducada. Las otras cuatro parecen simpáticas, pero ella es… No sé ni por dónde empezar con lo que no me gusta de ella. Tiene un comportamiento pasivo-agresivo con las otras chicas y habla por encima de ellas constantemente. Me acerco a los grandes ventanales que dan al barco y veo a Mac y a tres hombres de pie en la cubierta hablando de algo, señalando hacia los contenedores. Los miro durante un rato. Uno de ellos lleva banderas y los otros dos hablan por radio.

Mac está mirando al aire con la mano protegiéndose la cara del sol. ¿Qué está buscando? Miro al aire y veo un helicóptero planeando sobre el barco.

¿Qué demonios pasa?

Socorro.

¡La ayuda está aquí! Mis ojos se mueven frenéticamente. Ha llegado la ayuda y corro hacia la puerta.

—Roshelle —grita Ángela.

Corro por el pasillo hacia las escaleras y ella me persigue.

—¡Para! —grita—. Roshelle, para.

Subo las escaleras de dos en dos y llego arriba justo a tiempo para ver cómo se abren las puertas del helicóptero y bajan dos hombres enormes con ametralladoras.

Me detengo en seco.

Ángela me agarra del brazo por detrás. —¿Estás intentando que te maten, joder? —susurra enfadada.

—Me ayudarán —susurro frenéticamente mientras mis ojos se mueven entre ella y el helicóptero.

Ella niega con la cabeza. —La gente que viene a este barco no te ayuda.

Lo veo mientras Mac saluda a un hombre trajeado que ha bajado del helicóptero y los dos guardaespaldas armados lo observan. Hace un gesto hacia los contenedores y todos se acercan y desaparecen de mi vista.

Mis ojos se posan en Ángela. —No lo entiendo.

—No tienes por qué. Agacha la cabeza y quédate cerca de Mac. Esa gente te matará. En realidad, no, desearás haber muerto en vez de vivir cuando hayan acabado contigo. Son unos malditos criminales de gran poder.

Frunzo el ceño, aún sin saber si debería salir corriendo. Las armas me desaniman.

Ángela me coge de la mano e intenta llevarme de vuelta escaleras abajo. —Todos los días vienen helicópteros a recoger cosas.

Frunzo el ceño. —¿Por qué?

Ella sacude la cabeza. —No puedes ser tan estúpida.

La miro sin comprender, porque es evidente que lo soy.

—Éste no es un barco de carga normal.

Sigo mirándola fijamente.

—Es un barco de drogas.

CAPÍTULO 5

Roshelle

ME EXTIENDO EN LA CAMA, sumida en mis pensamientos. Después de almorzar hoy con las chicas, mi mente se ha disparado.

Puede que me haya salvado.

Quizás me secuestró para salvarme la vida. Si por ellos fuera, me habrían matado allí mismo. Ya había un cadáver, ¿qué más da dos? Durante seis días he vivido con él, lo he despreciado, he aborrecido mi cuerpo por haberme excitado de algún modo con él, y ahora yazco aquí sintiéndome de algún modo agradecida por su intervención. Aquella noche las cosas podrían haber sido muy distintas. Intento recordar, y aunque está borroso, sé con certeza que él no fue uno de los hombres que me pegaron. Recuerdo concretamente que me dijo que me dejaría en paz. ¿Por qué?

Chelsea dice que no cree que sea quien dice ser. Sé que es cierto.

Se llama Stace. Sonrío. Es un nombre mucho más bonito que Mac.

¿De dónde salió Mac?

Me levanto, me acerco a la ventanilla y miro el mar. ¿Qué pretendes, Stace? ¿Cuál es tu motivo? ¿Qué te ha llevado a adoptar este estilo de vida?

Debería volver pronto y me pongo a buscar algo en mi bolsa de mierda la ropa para vestirme. Saco los tres vestidos, las faldas y los tops y los extiendo sobre la cama. También hay un bikini blanco en la bolsa. ¿Dónde demonios me pondría eso? Uno a uno, me los pongo delante y me miro en el espejo. Todos parecen una mierda. La puerta chirría para anunciar su llegada y volteo para mirarlo mientras su enorme cuerpo invade la habitación.

—Hola —me dice mientras entra en el baño y se lava las manos.

—Hola —le digo mientras siento que se me agitan los nervios.

Vuelve a entrar en la habitación. —¿Fuiste a comer?

—Sí, tus chicas me llevaron a comer —respondo sin pensar mientras me siento en la cama.

—No son mis chicas. —Mis ojos se clavan en los suyos—. Ni de lejos —murmura en voz baja mientras se tumba en la cama a mi lado.

Permanezco en silencio un momento mientras contemplo la posibilidad de decirlo y sé que probablemente no sea prudente, pero me está quemando por dentro. Necesito decirlo. —¿Mac?

—Lo miro, insegura de decir lo correcto.

Levanta una ceja en señal de pregunta.

—Gracias —murmuro. Sus ojos se clavan en los míos—. Sé que me salvaste.

No contesta, pero sigue mirándome atentamente.

—No tenías que salvarme, no tenías que protegerme de ellos. —Se pone de lado para mirarme mientras me siento a su lado—. Y… —Frunzo el ceño mientras intento articular mis pensamientos—. Te agradezco que fueras con Chelsea la otra noche.

La sorpresa se dibuja en su rostro. —¿Chelsea? —Sonríe satisfecho, y dudo sin saber qué decir —. ¿Crees que fui a ver a Chelsea? —Asiento rápidamente.

Me coge la mano y la estrecha entre las suyas. —¿De verdad crees que Chelsea podría apagar el incendio que tú provocaste?

Mi cerebro falla mientras lo miro fijamente. —Supongo que si te pica hay que rascarse.

Sonríe de forma sexy mientras se tumba boca arriba, con sus rizos rubios y desordenados sobre la almohada, y sonríe ampliamente mostrando esos hoyuelos descarados. —Si fuera un buen chico, te diría que me he masturbado en la ducha antes de venir a la cama para evitarte tener que chupármela. —Sus ojos se posan en mis labios y lo noto hasta el fondo. Me trago el nudo nervioso que tengo en la garganta.

—¿Estarías mintiendo? —susurro. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación? No debería importarme si lo hizo o no.

Sus ojos oscuros y sensuales se clavan en los míos, pero no responde. —¿Tregua? —pregunto esperanzada.

Asiente con la cabeza. —Tengo que hacerte un pasaporte nuevo para que puedas escabullirte de aquí sin que te vean cuando lleguemos a puerto. Un helicóptero traerá uno para ti dentro de unos días. Mañana te haré una foto.

—De acuerdo. —Esbozo mi primera sonrisa esperanzada en una semana. Se toma en serio lo de ayudarme a salir viva de aquí. Quizás no sea tan malo. Me siento aliviada de que hayamos tenido esta conversación y permanecemos un rato en silencio—. ¿Puedo preguntarte algo? —le pregunto. Él sonríe como si le gustara el rumbo que está tomando esta conversación—. Ya sabes que nosotros… —Dudo. No sé muy bien cómo decirlo—. ¿Le dices a todo el mundo que soy tuya?

Me coge la mano mientras me mira. —Como cuando te toco —susurra en voz baja.

Asiento nerviosa. Oh, vaya. —Es que… —Vacilo de nuevo mientras mi ritmo cardíaco se acelera por su contacto eléctrico—. No estoy acostumbrada.

—Evidentemente.

—Sólo quiero que quede claro que sabes que no vamos a tener sexo cuando volvamos a la habitación.

Se queda en silencio y sus ojos se entrecierran como si pensara.

—Quiero que puedas parar. ¿Puedes prometerme que podrás parar después de que finjamos? —Levanto las cejas a modo de pregunta. No quiero excitarlo afuera sólo para volver y encontrarme con que es incapaz de parar. Si conoce los límites, quizás esto funcione después de todo.

—¿Podrás tú? —respira mientras sus ojos vuelven a posarse en mis labios.

Asiento nerviosa. Claro que puedo.

—Quiero abandonar este barco con dignidad —murmuro—. No soy de las que se acuestan con cualquiera.

Sonríe sarcásticamente. —Qué autosuficiente eres. —Se levanta de la cama—. No tienes por qué preocuparte, Roshelle. Me rascaré el picor en otra parte. —Entra en el baño.

—Bien. —Esa era la respuesta que quería, pero por alguna razón se me desploma el corazón —. Gracias —le digo. Oigo cómo se enciende la ducha y entonces deja caer la ropa delante de la puerta y no puedo apartar la mirada. Se gira hacia mí y su polla está dura. Esa cosa siempre está durísima.

—¿Puedes traerme una toalla? —me pregunta.

¿A qué está jugando ahora? Trago saliva, nerviosa, y asiento con la cabeza. Cojo una toalla del armario de la ropa blanca y entro en el baño para ponerla en el lavabo.

—¿Estás de guardia esta noche? —le pregunto.

Sacude la cabeza mientras se enjabona. —No.

Sonrío tímidamente. Me siento incómoda con lo que acabo de decir y ahora estoy aquí contemplando a esta musculosa máquina sexual. Pero me siento mejor por haberlo dicho. Ahora sabe lo que siento y no me sentiré como si le estuviera tomando el pelo. Es sólo una actuación, eso es todo.

—He pensado que podríamos tomar unas copas —dice despreocupadamente.

Yo sonrío.

—Ver un poco la televisión.

—¿Veremos cómo acaba la noche? —murmuro.

Sonríe sexy mientras se acaricia el cuerpo con la mano enjabonada. —Sí, supongo que sí.

Media hora después, entramos en la sala común tomados de la mano, con su fuerte cuerpo sobresaliendo por encima del mío. Las miradas de los miembros de la tripulación me dicen que aún no están convencidos de que haya apostado por él. —Vamos a tomar algo. —Me señala el bar.

Nos dirigimos a la barra, él se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con sus grandes manos. —¿Nos pones dos whiskys con cola? —le pregunta al camarero.

—Claro —responde el tipo. Es un tipo distinto al de la otra noche y miro alrededor a los hombres para ver si reconozco a alguno. Los labios de Mac se posan en mi cuello y su mano sube hasta tocarme el pecho. Realmente odio esto. Lo odio. De veras lo odio, me recuerdo a mí misma. Sus manos recorren mi cuerpo de arriba abajo como si hubiera estado esperando todo el día para tocarme, y mi cuello se estira instintivamente para dejarle espacio para besarme.

—¿Ya me sigues el juego? —susurro.

Me muerde y se me pone la piel de gallina. —Sólo les hago saber que eres mía —murmura en mi piel.

Oh, Dios mío. Cierro los ojos cuando sus labios rozan la longitud de mi cuello, él se siente…

Una intensa excitación empieza a nublarme el cerebro y entro en pánico. —No creo que te refieras a eso en absoluto —suspiro.

Se aparta para mirarme, sus ojos oscuros se clavan en los míos y levanta una ceja en forma de pregunta. —¿Qué se supone que significa eso?

No se lo está diciendo a ellos, me lo está diciendo a mí, y mi maldito cuerpo está de acuerdo. —¿Me estás diciendo que te pertenezco o les estás diciendo que te pertenezco?

Me agarra con fuerza y me devuelve a su cuerpo con agresividad. —Vamos a dejar una puta cosa clara.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y frunzo el ceño mientras me recorre una sacudida de miedo.

Se inclina y me susurra al oído: —No necesito decirte que eres mía. No me importa que lo seas, pero no me tomarás por un puto tonto. Te estás volviendo un poco santurrona, Roshelle. Me estás enfadando.

Me zarandea y frunzo el ceño contra su boca cuando me aprieta la mejilla.

—Cuando estás en esta habitación, eres mía. Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga. —Me muerde el cuello con fuerza y me encojo—. No malinterpretes mis modales como una debilidad. Será tu puta ruina.

—¿Pero dijiste…? —susurro.

—Si quiero tocarte aquí fuera, te tocaré aquí fuera. —Me quedo mirándolo mientras mi cerebro sufre. Me siento confundida.

El camarero vuelve con nuestras bebidas, las coge y se acerca directamente a la esquina, donde nos esperan dos taburetes, y toma asiento.

Frunzo el ceño mientras me mira para que lo siga. Me acerco tímidamente y él abre las piernas y me arrastra entre ellas.

Mis ojos asustados se clavan en los suyos. Aquí fuera es otra persona.

—Bésame —gruñe.

—¿Qué? —susurro.

—Quiero un puto beso. —Sus ojos oscuros se posan en mis labios.

Oh, diablos. Miro nerviosa a la gente que nos rodea fingiendo no mirar. Me agarra violentamente por la nuca y me arrastra hacia él. Su boca succiona mis labios cerrados y mis ojos se cierran instintivamente. Me besa una y otra vez hasta que no puedo soportarlo. Finalmente, mi cuerpo sucumbe y mis dos manos se deslizan alrededor de sus grandes hombros musculosos. Sus manos me agarran por detrás y acercan mi cuerpo al suyo.

—¿Sabes lo jodidamente dura que me la pones? —me susurra en los labios mientras me rodea fuertemente con sus brazos.

Mis ojos no se apartan de los suyos. ¿Qué está haciendo?

¿Esto forma parte de la ilusión?

Una idea recorre mi pequeño cerebro, ahora tan grande como un puto guisante.

No, es una idea estúpida. No debería incitar al tigre que lleva dentro. Podría salirnos el tiro por la culata, pero quiere que parezca que estamos follando de verdad. Nos besamos un momento más. No, maldita sea. Quiere la ilusión, entonces se la daré con toda la fuerza.

—¿Cuánto vas a chuparla esta noche? —le susurro al oído.

Sus ojos se oscurecen y sus manos me aprietan el culo. —Eso me gusta más.

Lo beso suavemente mientras mi lengua recorre su boca abierta. —Apuesto a que tu enorme polla sabe muy bien —le susurro en los labios.

Me besa casi agresivamente mientras su mano se levanta y me agarra un puñado de pelo.

—Quiero sentir tus arcadas alrededor de mi polla —jadea—. Podría follarte la boca deliciosamente, nena.

Sonrío mientras mi lengua roza sus labios y mi mano recorre su pelo. —Por favor —le suplico.

Pone los ojos en blanco y me besa con fuerza.

Siento que mi excitación aumenta y, Dios mío, ni siquiera estoy bromeando, podría tomármelo todo y me lo bebería. Nos besamos durante otros diez minutos en la oscuridad y no sé si alguien nos está viendo y, estúpidamente, ya ni siquiera me importa. No recuerdo haber estado nunca tan excitada.

Por fin nos llaman para cenar y, a regañadientes, aparta sus labios de los míos. Me recorre el trasero con las manos mientras me mira atentamente. Daría cualquier cosa por saber lo que está pensando. La sangre bombea con fuerza por mi cuerpo y necesito desesperadamente una ducha fría. Al final nos levantamos y me lleva al comedor.

Estoy agotada.

Me siento en la mesa mientras mi excitación palpita con fuerza entre mis piernas. No puedo imaginarme el aspecto que debo tener. Tengo la cara sonrojada y el pelo revuelto. Nunca he…

Miro estupefacta la mesa que tengo delante. Ni siquiera puedo coger el cuchillo y el tenedor.

¿Qué demonios? Mi cuerpo palpita y, aunque él actúa ante los demás como si me hubiera follado hasta la sumisión, la verdad es que no le ha hecho falta. Ahora le estoy suplicando en secreto que me la chupe.

No tengo ni idea de lo que me pasa. Yo no soy así. Coge nuestra cena y la pone delante de donde estamos sentados a la mesa y luego vuelve al bar y coge dos whiskys con cola más sin decir una palabra. Mis ojos lo miran desde el otro lado de la habitación, con unos jeans azules ajustados y una camiseta blanca que abraza cada uno de sus músculos. Sus tatuajes se asoman por debajo de la camiseta. Se eleva por encima de todos los hombres del bar y siento que me estremezco al verlo. Joder, esto es ridículo. No estoy segura de si este espectáculo de dominación es para la gente que nos rodea o para hacerme saber lo mucho que mi cuerpo lo desea… y realmente lo desea. En cualquier caso, estoy totalmente jodida. Mientras él se va, Chelsea y Ángela van por su cena y se sientan a mi lado en la larga mesa.

Vuelvo a la realidad de golpe. Una mirada a sus grandes tetas de zorra en mi cara y mi excitación se disipa al instante.

—Hola. —Chelsea finge una sonrisa.

—Hola —respondo mientras corto el pollo.

Ángela sonríe cálidamente mientras me pone la mano en la pierna.

—Dios, Mac es como un animal contigo. Lo he estado viendo.

Trago saliva incómoda. Soy una zorra.

—Mac es un animal con todas las mujeres. Deberías verlo conmigo —murmura Chelsea con sarcasmo en su copa de vino.

Ángela y mis ojos se cruzan y sigo comiendo en silencio. Sé que esto no debería cabrearme, pero lo hace, joder. Mac vuelve y toma asiento y mis ojos furiosos parpadean hacia él. Imagino a todas las chicas del barco haciendo cola para follárselo y me pongo enferma. ¿Qué demonios pasa aquí cuando están solas en el mar?

Tú no eres así, Roshelle.

Ya he compartido a un hombre. ¿Por qué demonios iba a compartir voluntariamente a otro?

Un hombre de aspecto europeo se acerca y habla con un hombre rubio. Mac levanta la vista y lo fulmina con la mirada, con la mandíbula apretada por la ira, y mis ojos siguen al hombre a través de la mesa del comedor.

—¿Quién es? —le pregunto a Ángela.

—Stucko —susurra mientras baja la cabeza.

—¿Quién es? No lo había visto antes. —Frunzo el ceño.

—Mejor para ti. Es un desgraciado —susurra.

Miro a Mac, que lo está mirando abiertamente al otro lado de la habitación. Me doy cuenta de que no hay mucho amor entre estos dos.

—Así que faltan veintiún días para Puerto Rico. —Ángela sonríe mientras intenta entablar conversación.

—Me muero de ganas. —Chelsea sonríe y luego mira a Mac—. Mac y yo pasamos unas noches bastante salvajes en Puerto Rico, ¿verdad?

Él sigue comiendo con la cabeza gacha. No contesta ni reconoce lo que ella acaba de decir.

Tengo una visión de ellos follando en una discoteca y me hierve la sangre, aunque sé que estoy haciendo el ridículo. Soy incapaz de controlarlo.

—¿Qué tienes planeado para mí en este puerto, Mac?

—Sonríe sexy por encima de la mesa.

Mastico mi comida en silencio mientras miro fijamente mi plato.

—Basta, Chels. Deja de joder. —Gruñe.

Ángela abre mucho los ojos en su copa de vino. —Incómodo —murmura.

Seguimos comiendo en silencio y, al final, Chelsea se levanta para ir a la barra y Ángela empieza a hablar con un hombre que se sienta a su lado. Mac me pone casualmente la mano en la parte superior del muslo y yo se la quito discretamente por debajo de la mesa. Me mira fijamente y levanta la ceja en un desafío silencioso.

Me inclino hacia él y le susurro al oído: —No me gusta que tu rascadora me aburra con sus asquerosas historias sobre ti. Volveré a la habitación.

—Al infierno —me gruñe al oído mientras me agarra de la mano.

—Quédate aquí y fóllatela en la mesa de billar —le susurro enfadada mientras me zafo de su agarre.

—No sería la primera vez —me responde.

Asiento y finjo una sonrisa mientras mis ojos se clavan en los suyos. Dudo un momento, sorprendida de que haya dicho eso. Sorprendida de que alguien dijera eso. —Por eso estoy fuera de tu alcance, pero gracias por recordármelo.

Se le cae la cara de vergüenza y se echa hacia atrás en la silla. Sé que le molestó. —Limítate a tus putas. —Me levanto, tiro la servilleta sobre la mesa y salgo del salón común por el pasillo. Siento que el corazón me late con fuerza. Sé que va a perder los papeles, pero no puedo enrollarme con él, o debería decir fingir que me enrollo con él, sabiendo perfectamente que ella está esperando su turno después de que me vaya a la cama. ¿Qué mierda de situación es ésta? ¿Por qué me importa? Me molesta mucho que me importe. Sé que todos comparten cama, pero yo ni siquiera puedo compartir pareja para besar. Voy a quedarme en la habitación el resto del viaje.

No volveré a hacerme esto.

No puedo fingir que esto me parece bien. Maldita sea, no lo está. Me dirijo a la puerta y miro la escalera metálica que lleva al piso de arriba. Necesito aire fresco. Subo y salgo a la terraza. Me recibe una luz brillante y contemplo la luna llena mientras ilumina una línea resplandeciente en el agua bajo ella. La brisa marina me rocía la cara y una calma instantánea me invade. Inhalo profundamente y una sonrisa cruza mi rostro. Aquí arriba es agradable. El sonido del océano golpeando el costado del barco me recuerda lo remoto que es este lugar de la Tierra. ¿Cómo sobrevive esta gente en estas condiciones durante tanto tiempo?

Me acerco a un costado del barco y contemplo el mar oscuro y frío. El motor del barco suena como un zumbido y oigo el mar golpeando los costados del barco.

Piratas. Piratas modernos. Regidos por sus propias reglas, sin nadie a quien rendir cuentas, excepto a ellos mismos. Durante un largo rato, contemplo el mar y pienso cómo y por qué la gente de este barco vive así. ¿No extrañan tierra firme? ¿No echan de menos tener su propia casa, su propio hombre o mujer a quien amar?

Mis pensamientos se dirigen a Todd y mi confusión me devuelve diferentes emociones todas en una. Lo extraño. Lo odio. Me alegro de haberlo descubierto. Ojalá nunca lo hubiera descubierto. Una parte de mí sabe que iban a decírmelo y a esforzarse por estar juntos. Miro fijamente el agua. ¿Están juntos ahora?

¿Desde cuándo?

Me doy la vuelta, me apoyo en la barandilla lateral y vuelvo a mirar los contenedores de barco alineados en filas. Me pregunto en qué lugares emocionantes habrán estado. Las cosas que

habrán visto. Si pudieran hablar, seguro que tendrían una historia interesante que contar. Miro fijamente el gran contenedor naranja que tengo delante. La puerta tiene un candado y en el extremo superior izquierdo hay un número.

1230

Un pensamiento cruza mi mente y frunzo el ceño al mirarlo.

Se parece a…

Me muerdo la uña del pulgar mientras intento recordar. Esa imagen del trozo de papel del teléfono de Mac tenía números. Números como éste. Miro a mi alrededor, a los contenedores que me rodean.

1130
1163
1145

Entrecierro los ojos mientras pienso. No recuerdo qué había escrito junto a los números. Tendré que volver a mirar su teléfono mañana, cuando se vaya a trabajar.

¿De quién era ese papel y por qué le hizo una foto? Si hubiera sido suyo, no habría necesitado hacerlo, habría tenido una copia impresa.

Mmm, interesante. Permanezco de pie un rato más y a cada momento mi mente empieza a acelerarse un poco más.

Camino en la oscuridad mientras miro fijamente los contenedores. Paso la mano por el duro extremo metálico de un contenedor. Hay millones y millones de dólares en drogas en este barco.

Si mis sospechas son ciertas, Mac sabe exactamente de qué drogas se trata y en qué contenedores se guardan. Vuelvo a mirar hacia el agua mientras pienso.

Y ahora, sin que él lo sepa, yo también.

Madre mía.

¿Víctima de las circunstancias o se le presentó la oportunidad? El mundo funciona de formas extrañas y si todo lo que ocurre tiene un motivo, ¿cuál es el mensaje más profundo que se esconde tras esto?

¿Por qué estaba en aquella discoteca en medio de ninguna parte aquella noche en particular?

¿Por qué vi lo que vi? ¿Por qué este barco en particular? ¿Por qué él?

Miro fijamente a la pared en la oscuridad mientras tanteo el universo en busca de respuestas. Sin poder mirar su teléfono oculto porque no sé cuándo va a volver, me siento frustrada. Han pasado cuatro horas desde que lo dejé en el comedor y no ha venido a buscarme. Tal vez ya no le importe lo que me pase. Tal vez me engañaba a mí misma pensando que alguna vez le importó. ¿Por qué iba a importarle? Mientras pienso, permanezco tumbada en la oscuridad lo que me parecen horas.

Oigo el ruido de la llave en la puerta y cierro los ojos y finjo dormir. Entra sin hacer ruido y siento que se queda un momento en el extremo de la cama mientras me mira. Se desnuda, va al baño y se mete en la cama detrás de mí. Siento que mi cuerpo se relaja ahora que está en casa y espero poder dormir por fin. Me rodea la cintura por detrás con sus grandes brazos y se acurruca en mi espalda. No debería gustarme, pero, por alguna enfermiza razón… me gusta.

No recuerdo nada más mientras me dejo llevar por el sueño.

Mac

Me despierto al sentir cómo mi polla hace un esfuerzo por escapar de mis calzoncillos. Dios, esta cosa tiene mente propia cuando estoy tan cerca de ella. Echo un vistazo y veo que está despierta y tumbada de lado frente a mí.

—Hola —murmuro somnoliento.

—Hola. —Sonríe suavemente.

Su pelo largo, oscuro y chocolate le cae por los hombros y tiene ese aire de « acabo de despertarme y necesito que me follen » . Lleva una de mis camisetas y un par de mis calzoncillos, y nunca había visto algo tan excitante.

Por eso estoy fuera de tu alcance.

Sus palabras cortantes de anoche me pesan sobre los hombros. Tiene razón. No tengo ningún derecho sobre ella y me recordó cuánto tiempo hace que no estoy con una mujer decente.

Me mira atentamente y sé que tiene algo en mente.

—¿Qué? —le pregunto.

Traza un círculo en las sábanas que tenemos debajo con el dedo índice mientras piensa en la siguiente pregunta. —¿Has…? —Hace una pausa—. ¿Siempre has vivido así? —pregunta.

La miro fijamente un momento. —¿Siempre he sido… malo, quieres decir?

Ella asiente suavemente.

Miro fijamente al techo. —No, no siempre. —Entrecierro los ojos mientras pienso un momento—. En realidad, retiro lo dicho. Siempre he sido así.

Frunce el ceño como si no me creyera.

Mi mirada se dirige hacia ella. —¿Es esta la parte en la que quieres que te diga que soy un policía encubierto y que estoy aquí para salvar el mundo? —le pregunto.

El rastro de una sonrisa se dibuja en su rostro. —¿No eres policía?

Sonrío soñoliento. Esta mujer me mata. —No. —Sacudo la cabeza—. No soy policía.

—¿FBI, quizás? —pregunta esperanzada.

Sonrío. Deja de ser tan jodidamente sexy. —No.

—¿Fuerzas Especiales?

Pongo los ojos en blanco. —Ves demasiada puta televisión, Rosh.

Me mira un momento como si estuviera pensando en algo importante. —¿Puedo preguntarte algo, Mac?

Asiento con la cabeza mientras mis ojos se posan en sus labios perfectos. Dios, lo que daría por tenerlos alrededor de mi polla. La veo desnuda y arrodillada mientras me la chupa y me endurezco aún más. Reajusto sutilmente mi longitud bajo las mantas. —Sí —respondo distraído por mis pensamientos caprichosos.

—¿Sabes que me vas a conseguir un pasaporte nuevo? —Frunzo el ceño mientras escucho. ¿Adónde quiere llegar? Asiento con la cabeza.

—¿Puedes conseguirme un pasaporte con otro nombre? —pregunta.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros mientras sus ojos permanecen pegados a las mantas que tenemos debajo.

Levanto la mano y le acaricio la cara. —¿De quién huyes, cariño?

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —De mí. Huyo de mí.

CAPÍTULO 6

Mac

EL PESO de sus palabras me aplasta el pecho como una mordaza. La miro fijamente, incapaz de asimilar la idea.

—¿Por qué querrías huir de ti? —le pregunto.

Vuelve a bajar los ojos hacia las mantas, avergonzada.

Me acerco y le rozo el labio inferior con el pulgar. —¿No tienes a alguien en casa esperándote? —pregunto. ¿Qué le pasa a esta chica? Hay algo que no me cuadra. Siempre he pensado que ocultaba algo. Aunque está asustada, no está ni de lejos tan aterrorizada como imagino que estaría una mujer que ha sido secuestrada tras presenciar un asesinato. Ha aprendido a desprenderse de sus emociones. ¿Por qué?

Sacude suavemente la cabeza.

¿Cómo puede ser? —¿Y tu familia? —le pregunto.

Duda un momento antes de responder. —Mi madre murió hace unos años y mi padre no es bueno.

Frunzo el ceño. —¿Abuelos? ¿Hermanos?

Se levanta como si le molestara mi línea de interrogatorio. —¿Puedes ayudarme o no? —suelta.

Entorno los labios mientras contemplo su petición.

—Puedo si me dices algunas cosas.

Sus ojos se cruzan con los míos. —¿Cómo qué?

—Como, ¿por qué? —Sigue mirándome fijamente, pero no contesta—. ¿Crees que puedes huir de tus problemas?

—No quiero huir. Quiero empezar de nuevo.

Levanto una ceja a modo de pregunta. —Empezar de nuevo tú sola sería difícil.

Ella se encoge de hombros. —¿Qué vas a hacer? Explícame cuáles serían tus planes.

Me tumbo y pongo las manos detrás de la cabeza mientras espero su respuesta, sus ojos miran mis bíceps antes de apartarlos y me muerdo el labio inferior para ocultar mi sonrisa burlona. Puede fingir que no me desea todo lo que quiera. Sé que su cuerpo tiene otras ideas.

Traga saliva mientras piensa. —Voy a bajarme en Puerto Rico y he pensado que quizás podría intentar conseguir un trabajo o algo. —Sus grandes ojos marrones se cruzan con los míos y se encoge de hombros—. Ya me las arreglaré.

La miro un momento. No sabe mentir, ya tiene un plan, estoy seguro.

—Así que quieres salir de la red. ¿Hacerte invisible, incluso mala? —pregunto sarcásticamente.

Ella sonríe con tristeza. —Creo que ser mala sería más fácil.

—¿Por qué?

—Al menos sabría qué esperar de la gente.

Frunzo el ceño mientras la miro. ¿Qué le habrá pasado para que sea así? Mi mente se dirige inmediatamente a la noche que la encontramos en la discoteca y a las lágrimas que corrían por su rostro mientras salía a trompicones por la puerta trasera del callejón.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto.

—Bueno… —Vacila mientras articula sus pensamientos—. Si espero lo peor, nunca me sentiré decepcionada.

Levanto una ceja a modo de pregunta. —¿Lo peor?

—Las mentiras. —Se levanta y coge una toalla del suelo.

Me apoyo en el codo mientras la miro. —¿La gente te miente? —le pregunto.

—Todos —murmura mientras desaparece en el baño para deshacerse de la toalla.

—Eso no es cierto. Yo nunca lo he hecho —le digo.

Ella reaparece, se apoya en el marco de la puerta y sonríe.

—Sí, lo hiciste.

—¿Cuándo?

—Cuando me dijiste que te llamabas Mac.

Levanto las cejas. ¿Cómo sabe que no me llamo Mac? —Nunca me presenté ante ti, ¿y por qué crees que no me llamo Mac?

—¿Acerté? —Sonríe de forma sexy con una ceja levantada.

Sonrío y niego con la cabeza. —No.

—Pensaba que no. —Se agacha, recoge mi ropa del suelo y empieza a ordenarla.

—¿Puedes dejar de limpiar y venir a hablar conmigo un momento?

—No hay nada que hablar. O quieres ayudarme, o no quieres.

—¿Y si no te ayudo?

—Entonces seguiré agobiada por los préstamos estudiantiles y lidiando con el imbécil de mi ex novio.

Una sonrisa que soy incapaz de ocultar cruza mi rostro.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta.

—Entonces, ¿tienes un ex?

—Sí. —Sonríe—. ¿Y esto es gracioso porque?

Ensancho los ojos. —La palabra clave es ex. Eres agente libre.

Me mira inexpresiva. —Sí, libre excepto por la parte del pequeño secuestro al que me mantienes contra mi voluntad.

Sonrío ampliamente. —Un detalle sin importancia. —Sus ojos se encuentran con los míos y me doy cuenta de que está luchando contra una sonrisa.

—Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias…

—Que no fue así.

—Pero si lo hubiéramos hecho.

—Sí.

—Si nos hubiéramos conocido digamos… —Dudo mientras pienso en un escenario—. En tu trabajo, por ejemplo, y te pidiera una cita. ¿Saldrías conmigo?

Esta vez sí que muestra una sonrisa. —¿Me habrías invitado a salir? —Se detiene un momento—. Si fueras normal y no te gustaran las rameras, quiero decir.

Me río a carcajadas mientras vuelvo a atraerla hacia mí y agarro sus dos manos. —Soy normal.

Se inclina sobre mí y sonríe mientras su pelo cuelga en mi cara. —No eres normal, joder, y todo este barco del infierno que tienes aquí está lleno de putas. Putas que compartes con tus compañeros de trabajo. —Finge un escalofrío de asco.

Al mundo exterior le parecería raro. A decir verdad, por primera vez desde que estoy aquí, estoy deseando volver a esta cabaña cada noche después del trabajo. Esta mujer hermosa, inocente y ardiente en mi cama es casi demasiado para soportarlo.

La deseo.

Quiero que me desee y moveré el infierno para asegurarme de que lo haga.

Levanto la mano y le paso los dedos por el pelo chocolate oscuro mientras me mira fijamente. —No me interesan las rameras, Rosh.

—¿Qué te interesa? —Sus ojos buscan una respuesta en los míos y tengo que contenerme para no incorporarme y tomar sus labios entre los míos. No puedo tocarla en el dormitorio, me recuerdo.

—Tú —respondo inmediatamente. Ni siquiera puedo fingir que no la deseo. El arrepentimiento me invade y vacilo un instante—. Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias —respondo.

—La cuestión es discutible porque no lo hicimos.

—Sonríe con tristeza, se suelta de mí y se levanta.

Mi cara se desencaja ante su rechazo.

—Entonces, ¿eso es un sí? ¿Me ayudarás? —pregunta.

Me recuesto y la miro un momento mientras me pongo las dos manos detrás de la cabeza. ¿Por qué me resulta tan atractiva la idea de ser la única persona del planeta que sabe dónde está?

—Puedo ayudarte a desaparecer —respondo.

Ella esboza una sonrisa de agradecimiento. —Gracias.

Me levanto y la rodeo con los brazos por detrás, y ella se gira y apoya la cabeza en mi pecho. Permanecemos largo rato abrazados y desearía que no me hubiera mostrado su lado vulnerable… porque ahora, no sólo tengo el impulso primario de follármela, sino también la necesidad de protegerla. En la situación en la que me encuentro en este barco, sinceramente no sé si puedo ofrecerle protección, o qué pecado es el peor de los males.

Roshelle

La puerta se cierra tras él y se marcha a trabajar. Espero diez minutos y doy golpecitos con el pie, impaciente. Tengo ganas de volver a entrar en su armario. Me acerco de puntillas a la puerta y la abro para mirar a la izquierda por el pasillo, y luego a la derecha. No lo veo por ninguna parte.

Todo está en silencio y no hay moros en la costa. Es hora de trabajar.

Cierro la puerta, echo llave y tomo la silla para levantarla y acercarla al armario y subirme con cuidado. Me pongo de pie, me asomo a la oscuridad y palpo por encima de mi cabeza. Mi torpe mano trepa y no consigo alcanzar el falso techo. Me estiro más y casi me caigo de la silla.

Maldita sea, ¿por qué no puedo encontrarla hoy? La última vez la hallé de casualidad. Salto un poco y golpeo el tejado y, efectivamente, se suelta. Empujo el falso techo hacia arriba y lo deslizo hacia un lado. Tanteo a mi alrededor y por fin localizo el teléfono buscado. Mis ojos miran a mi alrededor con culpabilidad y vuelvo a colocar el tejado en su sitio, cierro el armario y vuelvo a colocar la silla en el escritorio. Después saco papel y bolígrafo, me encierro en el baño

y tomo asiento en el suelo. Primero pulso en imágenes y voy directamente a la foto de la chica atractiva y el chico joven. ¿Es su familia? ¿Quién es esta chica? Me deslizo hasta llegar a la foto de los dos con el joven y la estudio un momento. Él la rodea con el brazo y ella apoya la cabeza en él. Parecen una pareja… una familia. Recorro las imágenes una vez más y vuelvo a ésta. Frunzo el ceño mientras pienso. No, estoy segura de que es la familia de otro tipo… no la de mi Mac.

Pongo los ojos en blanco, disgustada conmigo misma. No es *mi* Mac. Ay, Dios. Concéntrate, maldita idiota. Sigo repasando las imágenes hasta que llego a la que busco. El informe.

1267 - CC - Recoger el 10mo - Café
1208 - H - Recogida después de la entrega - Té
1190 - I - Recogida 14 - Estatua
1211 - H - Recogida 11 - NA
1130 - CC - no revelado - Libro
1140 - DMD - Recogida después de la entrega - Estatua
1289 - WP - PAD - Suelo

¿Qué significan?

Vale, el contenedor 1267 tiene algo de café. CC… ¿qué es CC? Me muerdo la uña del pulgar un momento mientras contemplo esto. Saco papel y bolígrafo y empiezo a copiar la nota.

¿Qué demonios es CC?

¿Dónde está Google cuando lo necesito desesperadamente?

El contenedor 1208 tiene algo en el té y la recogida es después de la entrega. ¿Después de la entrega? ¿Eso significa después de llegar a Puerto Rico? ¿Y qué es H?

¿H… H… H es para…?

Se me abren los ojos. Joder. H es heroína. Pienso un momento. Mierda, CC debe de ser cocaína.

Me tapo la boca con las dos manos, asombrada. La cocaína está escondida en el café y la heroína en el té.

Carajo. Esta mierda es muy seria. Mi ritmo cardíaco se acelera y parpadeo acelerada y nerviosa. ¿Y si me pillan copiando esto?

¿Por qué lo tiene? ¿Y si lo descubren copiando esto? ¿De quién lo ha copiado?

Mierda, sigo bajando por la lista.

1140 - DMD - Recogida después de la entrega - Estatua
1289 - WP - PAD - Suelo

1140. DMD. ¿Qué es la DMD? ¿Qué es DMD? Dios, realmente necesito averiguar qué significa toda esta mierda. Sea lo que sea, está en una estatua. Me pregunto qué tamaño tendrá la estatua.

Me doy golpecitos con el pie mientras pienso. Vale, lo primero que tengo que hacer es encontrar el contenedor e intentar entrar en él. ¿Qué contenedor quiero? Repaso la lista con el bolígrafo. Tiene que ser lo bastante pequeño para que yo…

Tengo que preguntarle cómo voy a salir de este barco. ¿Quizás me registren?

Hay tanto en lo que pensar. Vuelvo a poner el teléfono en su sitio y, tras esconder cuidadosamente mi nota, me meto en la ducha.

Dejo que el agua caliente corra sobre mí mientras intento idear un plan.

Voy a hacerlo, mamá. Esta es mi oportunidad y la voy a aprovechar. Voy a liberarme.

—¿Preparada para irnos? —me pregunta Ángela desde el pasillo cuando abro la puerta.

Sonrío, agradecida de que haya sido tan amable conmigo y haya venido a buscarme para llevarme con ella a pasar el día.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—¿A la cubierta superior?

Frunzo el ceño.

—Encima de la sala de control tenemos un lugar que llamamos cubierta superior. Allí arriba están las tumbonas, el gimnasio y todo lo demás.

Levanto las cejas, sorprendida. —¿Tumbonas?

Se ríe. —No te emociones demasiado, está muy lejos de Ibiza. Tienes bañador, ¿no?

—Mmm. —Frunzo el ceño—. Creo que sí, en esa bolsa de cosas. Déjame mirar. —Revuelvo la bolsa de plástico y encuentro el bikini blanco—. Aquí está. —Me encojo mientras lo levanto y lo reviso.

—Póntelo. —Sonríe.

—Vale. —Me meto en el baño y me pongo el diminuto bikini. —Date prisa —me llama Ángela.

—Oh Dios, es jodidamente obsceno —le respondo gritando. —Déjame ver.

Abro la puerta tímidamente y me miro en el biquini blanco de lycra, apenas ajustado.

Ángela levanta las cejas en señal de aprobación. —Muy bonito. A Mac le vas a encantar con eso puesto.

Frunzo el ceño mientras intento estirar la parte de arriba para que me cubra más las tetas.

—¿Tú crees?

Sonríe cálidamente. —Ya lo creo.

La miro. Quiero preguntarle tantas cosas sobre él. ¿Por qué está en este barco olvidado de Dios? ¿Cuánto hace que se acostó con Chelsea? ¿Tiene a alguien esperándolo en casa? ¿Es realmente simpático e increíblemente guapo, o estoy alucinando y desarrollando el síndrome de Estocolmo? Sé que no deberían importarme las respuestas a mis preguntas y, para ser sincera, cuanto menos sepa de él, mejor. Es un medio para un fin. Me mantendrá a salvo hasta que salga de este barco y eso es todo lo que necesito saber. El resto no importa. Ojalá realmente no me importara… pero, de algún modo y secretamente, sí. Cojo mi toalla. Diez minutos después me conducen a la cubierta superior.

—Aquí está. —Ángela levanta los brazos—. Nuestro paraíso particular.

Me río a carcajadas. —Sí, ya lo veo. —La zona tiene unos diez metros cuadrados y hay diez tumbonas blancas en semicírculo, y el suelo está cubierto de hierba falsa. Es el epítome de los años ochenta. A la izquierda hay una gran sala de cristal que alberga el gimnasio. Veo a un tipo haciendo ejercicio. Ángela extiende la toalla sobre una silla y se tumba. —Siéntate.

Extiendo mi toalla, me siento a su lado, me tumbo y cierro los ojos. El sol es cálido y acogedor.

Permanecemos largo rato acostadas en silencio. —¿Cuánto tiempo dijiste que llevabas en este barco? —le pregunto.

Ángela frunce el ceño mientras piensa. —Un par de años.

La fulmino con la mirada. —Explícame eso de los dos hombres.

Ella sonríe con los ojos cerrados mientras aspira el sol. —Si me hubieras preguntado hace diez años si ésta era la vida que imaginaba para mí.

La miro.

Ella niega con la cabeza. —De ninguna manera habría imaginado ser feliz aquí, viviendo como

vivo.

—¿Lo eres?

—¿Soy qué?

—¿Feliz? —Frunzo el ceño, porque no puedo imaginar que ella pueda serlo.

Ella sonríe ampliamente. —Nunca he sido tan feliz.

Me echo hacia atrás y miro al sol mientras sus palabras dan vueltas en mi cabeza.

—Cuando dejé de lado mis aspiraciones infantiles y me permití vivir el momento, dejé de sentirme decepcionada por todo.

La miro. —¿Qué quieres decir? —le pregunto.

Se encoge de hombros. —Pensaba que para ser feliz tenía que tener tres hijos y una cerca blanca en las afueras con el marido perfecto.

—Así es como me siento yo —murmuro.

—Todo es una puta mierda. Todo.

Pienso un momento. —Es que no entiendo… —Me detengo, sabiendo que no es asunto mío y que no debería hacer comentarios.

—¿Cómo es que estoy con dos hombres? —pregunta.

Levanto la mano para protegerme la cara del sol. —Supongo.

—Yo tampoco pude durante mucho tiempo. Nunca quise que acabara así y aún recuerdo la noche en que los conocí. Eran más o menos las cuatro de la madrugada y caminaban por la calle después de salir de una discoteca. Mi novio acababa de darme una buena paliza y yo tenía el labio sangrando y corría mientras intentaba alejarme de él.

La miro mientras imagino el escenario en mi mente.

—Jack me agarró y yo gritaba histéricamente. —Hace una pausa.

—¿Quién, tu ex? —le pregunto.

—Sí. Se puso como una fiera porque Jack me tenía en sus brazos y me dio una fuerte patada por detrás.

—Joder —susurro—. Suena agitado.

—Lo fue. Rick se volvió loco y empezaron a pelearse a puñetazos. —Hace una pausa mientras piensa un momento—.

Era un sujeto algo desagradable, mi ex.

—¿Qué pasó entonces?

—Jack se aseguró de que yo estuviera a salvo y luego ayudó a Rick a luchar contra él.

—Dios. —La miro un momento. No puedo imaginarme que me golpee un novio. ¿Debe haber sido horrible?

—En fin, para abreviar, no quería ir a casa porque sabía que él iría allí a buscarme. Me ofrecieron alojarme esa noche.

Sonrío.

Ella me mira. —¿Qué?

—¿Así que volviste al barco y te los follaste a los dos? —Me río mientras sacudo la cabeza.

—No, nada de eso. —Sonríe ampliamente—. Volvimos a casa de Jack y dormí en la habitación de invitados.

Sonrío al imaginármelo.

—Eran unos caballeros perfectos. El matrimonio de Jack acababa de romperse y Rick se estaba recuperando de un corazón roto.

—¿Jack estaba casado? —pregunto.

Ella asiente. —Sí, la zorra se la jugó cuando estaba en alta mar.

—Ah.

—De todos modos, acabé quedándome en la habitación libre en casa de Rick durante una semana con ellos dos. Sólo como amigos.

Sonrío. —Sí, claro.

—No, en serio. Sólo éramos amigos, no había nada de citas incómodas. Ellos hablaban de sus mujeres y yo de mi chico abiertamente. De alguna manera formamos un vínculo.

La veo dudosa. Esta historia parece demasiado buena para ser verdad. —¿Entonces qué?

Se encoge de hombros. —Luego tuvieron que volver al mar, así que me ofrecieron quedarme en el apartamento mientras estaban fuera como lugar seguro.

—¿Ah, sí?

Ella asiente y sonríe. —Sí, y me recompuse un poco y ahorré algo de dinero para devolvérselo cuando volvieran.

—¿Cuánto tiempo estuvieron fuera?

—Ocho semanas.

—¿Así que te quedaste en su casa sin pagar alquiler durante ocho semanas?

—Sí. Me dejaron allí a mis anchas.

—Vaya, qué bien.

—Lo sé. Hablábamos por teléfono mientras no estaban y… —Hace una pausa mientras recuerda—. Cuando volvieron estuvieron en casa seis semanas. Había planeado mudarme en cuanto volvieran, pero no me dejaron.

Frunzo el ceño. —¿Y cómo se pasa de tres amigos a tres amantes?

—Después de un mes viviendo con los dos, empecé a sentirme atraída por los dos. Cosas diferentes en cada uno.

Frunzo el ceño. —¿Como qué?

Se encoge de hombros. —Jack es cariñoso, dulce y atento.

Me adora y yo a él.

—¿Y Rick? —le pregunto.

—Rick está bueno… como si necesitara follármelo toda la noche, bueno.

Me río. Dios, conozco esa sensación. Me viene a la mente cierta persona.

—Una noche salimos a cenar y nos tomamos unas copas. Me contaron que los dos habían querido pedirme una cita, pero como sabían que le gustaba al otro, no lo habían hecho.

Sonrío. Esta historia es genial. —¿Qué dijiste?

Se ríe. —Les dije que a mí también me atraían los dos y que me iría al día siguiente, ya que era evidente que las cosas se estaban complicando.

La miro mientras está tumbada con los ojos cerrados para protegerse del sol. —¿Y después? —le pregunto.

—Esa noche, cuando me iba a la cama, Jack entró en mi habitación y me dio un beso de buenas noches. Hubo lengua.

Me muerdo el labio inferior mientras imagino el escenario. —Ah.

—Y entonces entró Rick y me preguntó si él también podía besarme.

—¿Y dijiste que sí? —Ya estoy sentada en la silla.

Asiente con la cabeza. —Sigo sin creérmelo. Nos besamos un rato en la cama… los tres.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Entonces los chicos también se enrollan juntos?

Ella niega con la cabeza. —No. Al principio no.

—Dios. —¿Significa eso que ahora sí?

—De todas formas, acabamos haciéndolo aquella noche. Los tres. No fue algo obsceno ni vulgar. Me adoraron y nunca me había sentido tan cuidada en mi vida.

Frunzo el ceño. —¿Te penetran ambos a la vez?

Ella sacude la cabeza. —No. No durante mucho tiempo. Al principio sólo eran juegos preliminares, yo besaba a los dos y ellos se turnaban para hacerme el amor. Tardo en llegar al orgasmo, así que puedo aguantar mucho tiempo. Y luego, al año siguiente, incursionamos en el sexo anal.

Me quedo sentada mientras escucho. Creo que es la historia más interesante que he oído nunca.

—Y luego, durante el año siguiente, aprendí a recibirlos a los dos.

—¿Cómo es eso? —pregunto. Sólo he leído libros subidos de tono como éste. Nunca he hablado con nadie que lo haga de verdad.

Ella sonríe ampliamente. —Lo mejor que te puedas imaginar. Que dos hombres de los que estás enamorada puedan estar dentro de ti al mismo tiempo es una locura.

—¿Los amas a los dos?

—Desesperadamente.

—¿Y ellos te aman a ti?

Ella asiente y sonríe. —Y hace poco han empezado a amarse ellos.

—¿Qué? Dios mío. —Suelto una risita—. ¿Follan? ¿Es decir… entre ellos? —pregunto.

—No. Ha sido un proceso. No son gays y nunca se han sentido atraídos por los hombres, pero sólo follamos los tres juntos.

—¿Nunca es uno a uno con ninguno de ellos?

Ella niega con la cabeza. —No. No lo haré.

—¿Por qué no?

—No quiero arriesgarme a enamorarme más de uno que del otro. Como dice el dicho: Si no está roto, no lo arregles.

Asiento con la cabeza. —Buena observación.

—Últimamente he estado pensando que no es justo que yo pueda acostarme con otras dos personas y ellos no. Así que les he pedido que experimenten el uno con el otro, por así decirlo.

Me siento en la silla. —¿Y qué dijeron?

—Bueno, no lo dije de repente. Me había dado cuenta de que eran más cariñosos entre ellos. Pasamos mucho tiempo desnudos y en la cama juntos. Es normal que se sintieran cómodos con el cuerpo del otro. Por ejemplo, cuando estábamos en la ducha me lavaban a mí, pero luego también se lavaban el uno al otro, y cuando nos acurrucábamos nos abrazamos los tres y esas cosas.

Sonrío mientras la miro.

—Una noche, estábamos en la cama y les pregunté si estaría bien que se besaran. Me di cuenta de que los dos querían hacerlo, pero estaban nerviosos y no querían que los tacharan de homosexuales. Les dije que sería muy excitante y que podían intentarlo por mí. Les aseguré que lo que pasara entre nosotros tres quedaría entre nosotros tres.

—¿Se besaron? —le pregunto.

Ella asiente. —Fue la cosa más hermosa y jodidamente caliente que he visto en mi vida. Creo que les sorprendió lo natural que fue.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Tengo que salir más. —Así que estamos dando pasitos de

bebé. Nos estamos acercando y no pasará mucho tiempo antes de que los tres nos follemos de verdad.

—¿Qué se hacen… entre ellos, quiero decir?

—No le cuentes nada de esto a nadie —responde mientras sus ojos parpadean.

Sacudo la cabeza. —No, nunca lo haría.

—Todos nos besamos y todos nos la chupamos. Puedo ver cómo se enamoran el uno del otro cada día un poco más. Las miradas prolongadas y la ternura entre ellos son evidentes. Se sienten cómodos tonteando, pero para un heterosexual es un gran paso penetrar analmente a otro hombre.

Sonrío. Dios, esta no es la historia que imaginaba. Creía que era una prostituta a la que los dos le pagaban por quedarse.

—Cuando ocurra será precioso y yo seré la afortunada que estará allí cuando ambos pierdan la virginidad, por así decirlo. —Sonríe.

Me recuesto en mi silla sin habla. Ya puedo morir. Es la historia más interesante de la vida.

—¿Y cómo acabaste en el barco? —Frunzo el ceño.

—No podía estar sin ellos y prefería estar aquí aburrida que vivir sola en casa.

Sonrío y tomo su mano. Gracias por decírmelo. No tenías por qué hacerlo.

—Como dije, en cuanto dejé atrás mis creencias morales, empezó mi felicidad. No puedo imaginar mi vida con nadie más ni estar con uno y no con el otro. Somos un paquete. Los tres inadaptados.

Oigo el ruido de una puerta detrás de nosotros y volteo para ver a Mac y a tres hombres que entran en el gimnasio. Levanta la vista y sonríe con sensualidad mientras sus ojos bajan por mi cuerpo. Me saluda sutilmente con la mano.

Siento que el corazón me da un vuelco en el pecho y le devuelvo el saludo. Lo veo empezar a estirarse mientras habla y ríe con sus dos amigos. Se sienta y empieza a hacer abdominales y cada vez que se inclina hacia delante y toca con los codos las rodillas, siento que se me aprietan las entrañas. Aunque lleva una camiseta blanca y unos pantalones cortos deportivos azul marino, puedo ver cómo se flexionan todos los músculos de sus hombros y brazos. Me quedo sentada mirándolo durante un buen rato. Nunca había estado con nadie como él. Está cubierto de tatuajes y lleno de misterio, y sin embargo creo que puede ser lo más sexy que he visto nunca. Aparto los ojos de él, disgustada conmigo misma. ¿Estás jodiendo? Te secuestró y te retiene aquí contra tu voluntad. Miro fijamente al mar mientras pienso. Eso no es cierto y lo sé.

Me secuestró para salvarme la vida. Ahora todo ha cambiado entre nosotros. Los sentimientos que siento por él han cambiado. No le temo, no lo odio y, si soy totalmente sincera conmigo misma, me siento más segura y feliz cuando estoy en su compañía. Hoy no me ha mentido sobre su verdadero nombre. ¿Por qué me siento tan feliz y aliviada de que no me haya mentido?

—¿Cómo van las cosas entre Mac y tú? —pregunta Ángela, interrumpiendo mis pensamientos.

—Oh. —Dudo antes de responder—. Bien —respondo rotundamente.

Ella levanta las cejas. —¿Sólo bien?

Me encojo de hombros. —Todo lo bien que puede estar, supongo.

Ella asiente, sumida en sus pensamientos, y permanecemos en silencio un rato más. Mis ojos vuelven a mirarlo dentro del gimnasio. Ahora está haciendo dominadas en una barra alta y lo veo subir y bajar con facilidad. Sus bíceps y sus hombros son enormes y las venas le recorren la cara interna de los antebrazos. Me derrito al verlo. Su pelo rubio arena le cuelga desordenadamente sobre la cara, y su mandíbula cincelada tiene una ligera sombra que la cubre. Es tan… ¿Qué se

sentiría al tenerlo dentro de mí? Mis ojos se posan en su trasero y lo imagino encima de mí, sujetándome a ese culo caliente mientras me bombea con fuerza con su polla enorme. Joder. Sería tan bueno. Me muerdo el labio inferior para no sonreír ampliamente. Nunca había visto a un criminal con unos dientes tan blancos y rectos. Probablemente llevaba ortodoncia, lo que implica que creció con un poco de dinero detrás de su familia.

—¿Sabes mucho de Mac? —le pregunto.

Ángela frunce el ceño con la cara al sol y los ojos aún cerrados. —Lo aceché una vez en Facebook cuando estábamos en tierra firme. No tiene redes sociales.

—Mmm. —Frunzo el ceño—. ¿Tiene novia o mujer?

Ella niega con la cabeza. —No, creo que no. Los chicos dicen que no.

Permanezco en silencio. La pregunta que realmente quiero hacer me quema los labios.

Ángela debe notar mi preocupación por preguntar. —¿Qué? —Sonríe.

—¿Con qué frecuencia…? —Hago una pausa. Ni siquiera puedo decirlo en voz alta porque es asqueroso—. ¿Se acuesta con las chicas del barco? —murmuro.

Ángela se encoge de hombros. —No muy a menudo. —Me mira—. Creo que sólo es una cosa de tiempos desesperados que exigen medidas desesperadas. Recuerda que es un hombre y que estamos aquí mucho tiempo.

—¿Todas? —pregunto en voz baja.

Ella se encoge de hombros y me toma de la mano.

—Ninguna durante mucho tiempo.

Frunzo el ceño. —¿Cuánto tiempo es mucho tiempo?

—No lo sé. Un par de meses, supongo. Sólo ha sido muy tarde por la noche, cuando está bastante borracho, y parece apurarse para largarse de allí en cuanto termina.

—¡Qué asco! —susurro y vuelvo a apoyar la cabeza en la silla, desesperada.

—Imagino que es un cabrón caliente. —Dice sonriendo.

Sonrío ampliamente. —¿En serio? —Levanto una ceja a modo de pregunta.

Ella se ríe y se tapa la cara con las manos. —Oh, Dios. No me digas que es un fiasco en la cama y arruines la fantasía que tengo de él en mi mente.

—¿Sabes guardar un secreto? —le pregunto. Dios sabe por qué, pero me siento más cerca de Ángela de lo que probablemente debería. Tiene una cualidad honesta que me gusta mucho.

—Sabes que puedo —responde.

La miro a los ojos. —No sabría si es un buen polvo porque no tenemos relaciones sexuales.

Se le cae la cara de vergüenza. —¿Qué? —susurra—.

Pensaba que tenían sexo como conejos.

Sacudo la cabeza, avergonzada. —No.

Ella pone mala cara. —Entonces… ¿no?

Sacudo la cabeza rápidamente. —No.

—Pero ustedes están uno encima del otro en el salón común.

—Lo sé. Es para que los otros chicos no intenten turnarse conmigo. Mac dijo que si me reclamaba como suya, no lo desafiarían.

—Joder —susurra sorprendida—. Es verdad, no se atreverían. —Se tapa la boca con las manos y sacude la cabeza—. ¿Cómo demonios lo besas así y no vuelves a la habitación y lo follas hasta reventarle los sesos?

Me encojo de hombros. —No lo sé.

Ella frunce el ceño. —¿Quieres hacerlo?

Me encojo de hombros. —Es ridículo. —Me detengo un momento. ¿Por qué le digo esto?

—Puedes confiar en mí —susurra.

—Me repugna sentirme atraída por alguien como él. Alguien que secuestra y mata a gente.

Ángela asiente. —Sólo te secuestró porque los demás te habrían matado en el acto. Secuestrar chicas no es para nada su estilo.

La miro un momento. ¿Puedo creer lo que dice? —Sólo necesito que pasen las próximas dos semanas y salir de aquí con vida.

—Lo harás. —Responde rápidamente.

—¿Crees que me dejarán ir? —pregunto.

—Mac tiene la última palabra aquí. Lo que él dice se hace y si él dijo que estabas a salvo, entonces estás a salvo.

Asiento con la cabeza mientras me recuesto e inhalo la vitamina D.

—¿Por qué no solo…? —vacila.

La miro. —¿Sólo qué?

—¿Por qué no te limitas a disfrutar de él?

Frunzo el ceño. ¿Qué quieres decir?

—Estás en este barco durante unas semanas. Es evidente que ambos se sienten atraídos. Déjate llevar y diviértete. Pronto todo esto será un recuerdo y tú volverás a los aburridos suburbios y él será un chico guapo que te salvó la vida y con el que desearás haberte acostado cuando tuviste la oportunidad.

Sacudo la cabeza y sonrío suavemente. —No suelo dejarme llevar.

—¿Y adónde te ha llevado eso?

Frunzo el ceño.

—Hasta ahora no te has dejado llevar y ¿dónde te ha llevado? ¿Eres feliz? ¿Tu cuerpo está saciado? —Pero…

Me interrumpe. —No hay peros. Si lo quieres, tómalo.

Durante otra hora nos tumbamos como lagartos al sol y yo lo veo como un águila mientras se ejercita. Las palabras de Ángela resuenan en mi cabeza repetidamente. ¿Por qué estoy siendo tan egoísta? ¿Qué estoy esperando? ¿Una proposición de matrimonio del príncipe Harry o algo así? Quizás debería seguir mi instinto y permitirme aprovechar al máximo este tiempo. ¿Qué puedo perder? Desapareceré de la vida en un par de semanas. Con cada ejercicio que hace, cruza por mi mente otra imagen sucia de las cosas retorcidas que imagino que podría hacerme: de lo que es capaz ese cuerpo pecador. No sé si es el sol o el aceite que me rocía, o el maldito calor de su cuerpo mojado con un brillo de transpiración, pero me siento muy acalorada en cuanto sale a buscarme.

—¿Lista para irnos? —me pregunta mientras se eleva sobre mi tumbona. Levanto la vista y veo sus ojos hambrientos bajar por mi cuerpo casi desnudo y luego volver a encontrarse con los míos mientras se lame los labios.

Sonrío y levanto la mano para que la tome en la suya. Me levanta de la silla y cojo el vestido y la toalla en la mano.

—Voy a volver, Ángela. ¿Nos vemos en la cena? —le pregunto.

—Vale. —Sonríe mientras nos mira atentamente.

Nos giramos y caminamos hacia la escalera cuando la mano de Mac cae sobre mi trasero mientras abro la puerta. —Un caballero me abriría la puerta. —Sonrío.

Él se inclina y me besa suavemente los labios. —Un caballero no puede hacer varias cosas a la

vez, y en este momento, la mente de este caballero está en tu culo en ese bikini blanco y en las cosas que podría hacerle.

Sonrío en sus labios y vuelvo a besarlo mientras su mano me aprieta el trasero. Me aprieta con fuerza y mis hormonas empiezan a bombear. Por un momento nuestros ojos se quedan fijos. Me coge la mano y seguimos hacia nuestra habitación mientras el corazón me late con fuerza en el pecho.

¿Qué es esto?

¿Siente esta atracción como yo?

No quiero entrar. Quiero quedarme aquí fuera y seguirle el juego tocándome un rato. Sus manos se sienten tan bien en mi piel.

Llegamos a nuestra puerta y miro por el pasillo hacia la sala común. —Quisieras… —Dudo. Dios, ¿sueno necesitada?—. ¿Quieres subir a la sala común a tomar una copa o algo?

—pregunto.

Un rastro de sonrisa cruza sus labios y sé que sabe exactamente a qué estoy jugando. —Vale. ¿Puedes envolverte con la toalla?

Me miro.

—No voy a montar un espectáculo para mis compañeros de trabajo. Tu cuerpo es solo mío para mirarlo.

Me invade una excitación que no debería existir y sonrío, envolviéndome el pecho con la toalla mientras bajamos a la sala común.

Se acerca a la barra. —¿Qué quieres beber? —pregunta. Miro a mi alrededor. Es la primera vez que estoy en esta sala completamente vacía. No hay ni un alma.

—Un escocés —murmuro. Sé que recuerda haberme pedido esa bebida porque le gustó el sabor de mis besos la otra noche. Me pregunto si nos besaremos ahora. Me sirve un whisky con Coca-Cola y luego se sirve un agua helada—. ¿No vas a tomar nada? —pregunto, sorprendida. Esta noche no trabaja.

Niega con la cabeza mientras sus ojos oscuros y sensuales se clavan en los míos. —No esta noche. —Sus ojos bajan hasta mis labios y vuelven a subir hasta mis ojos.

—¿Por qué no? —le pregunto.

Enarca una ceja. —Tengo otros planes.

—¿Cómo cuáles?

—Digamos que… —Hace una pausa—. Quiero que mis reflejos sean muy agudos.

Me trago el nudo nervioso que tengo en la garganta. —Oh —murmuro. Coge nuestras dos bebidas, se sienta sobre un gran sillón doble, acerca una mesita a su lado y deja las dos bebidas en ella. Luego se tumba de espaldas a la parte alta del sillón y palmea sobre el espacio vacío, invitándome.

—¿Nos acostamos? —pregunta con su voz ronca.

Trago saliva nerviosa. Esto es raro. Sé que sólo estamos siguiéndonos el juego, pero esto me parece diferente. Me tumbo de espaldas, nerviosa, y me pone la mano tiernamente en el vientre a través de la toalla antes de apoyarse en un codo sobre nosotros.

—¿Disfrutaste tu entrenamiento? —le pregunto nerviosa.

Huele tan caliente.

Se inclina y me besa suavemente el hombro. —Sí —susurra en mi piel.

Siento que el aire abandona mis pulmones y busco en mi cerebro algo inteligente que decir. Su mano me toca el vientre y dejo de respirar. Se inclina y me besa suavemente en el cuello y se me

cierran los ojos. Dios, qué bien se siente.

Vuelve a besarme.

—¿Tienes idea de lo jodidamente comestible que estás con ese bikini? —me susurra al oído.

Le sonrío en la nuca. —No, ¿por qué no me hablas de mi bikini? —murmuro mientras cierro los ojos.

Siento su sonrisa en mi cuello y me muerdo los labios para ocultar mi gemido.

—No es el bikini lo que me vuelve loco.

—¿Qué es? —Respiro.

—Tú.

Sonrío. —¿Te estoy volviendo loco?

—Demente —susurra mientras atrae mis labios hacia los suyos. Su lengua recorre suavemente mi boca abierta y me besa profundamente. Joder. Noto cómo su erección crece contra mi pierna y tengo que concentrarme para mantener las piernas juntas.

Esto es una locura. —Aquí no hay nadie. No tenemos por qué seguir el juego —le susurro en la boca mientras mi lengua baila con la suya.

—Ya no quiero seguir el juego, Rosh. —Me besa de nuevo antes de volver a posar su boca en mi cuello.

—¿Qué quieres? —Respiro. Es tan bueno en esto.

—Quiero que me desees de verdad.

No puedo contenerme, lo agarro por la nuca y tiro de él hacia mí. El beso es profundo y apasionado y, demonios, si no es el mejor beso que me han dado nunca. Su mano se desliza por debajo de la toalla y recorre mi vientre desnudo, sube hasta mi pecho y luego baja por mis caderas.

Más abajo, más abajo. Joder. Tócame más abajo.

Nuestros besos se vuelven desesperados. Está medio encima de mí y noto su enorme erección clavándose en el costado de mi pierna.

—Dime que me deseas tanto como yo a ti —susurra contra mis labios mientras su mano me frota la piel de un lado a otro—. Dímelo.

Incapaz de responder a pesar de mi excitación y de sus labios sobre mí, asiento con la cabeza. Lo deseo. Demonios, lo deseo aquí mismo, en este salón, ahora mismo.

—Dilo —respira con fuerza.

Levanto su mano y la pongo sobre mi sexo. —Tócame —susurro—. Tócame de verdad.

CAPÍTULO 7

Roshelle

UNA MIRADA DE PLACER se le dibuja en la cara mientras desliza su mano por la parte delantera de la braguita de mi bikini y mis piernas se abren instintivamente. Sus dedos grandes y fuertes se deslizan por mi carne húmeda.

—Joder, sí —susurra para sí mientras se le cierran los ojos.

Oh, Dios mío. Mi cabeza rueda hacia la tumbona. Sus labios toman los míos con renovado propósito. —Estás muy mojada, nena.

Intento controlar mi respiración errática.

Desliza uno de sus grandes dedos en mi cuerpo y ambos inhalamos de placer.

—¿Qué te parece esto? —respira en mis labios mientras mete y saca los dedos. Mis rodillas se levantan ligeramente y de repente soy consciente de que estamos en un lugar público.

—La toalla. Pon la toalla sobre nosotros —gimoteo.

—Volvamos a la habitación —murmura.

Sacudo la cabeza. —No. Nos quedaremos en público un rato más, gracias.

Me sonríe sombríamente. —¿Tienes miedo de lo que te voy a hacer cuando te tenga a solas? —Me muerde el omóplato y me pone la carne de gallina.

Sus grandes labios se posan en los míos y mi espalda se arquea sobre la tumbona, excitada.

Joder. —Un poco —murmuro.

—Deberías tenerlo. Nunca he deseado tanto a una mujer. —Introduce tres de sus enormes dedos en mi interior. Gimo y me tenso.

—Relájate. Te tengo, Rosh. No te haré daño.

Vuelve a besarme suavemente y, al notar mi miedo, mantiene los dedos quietos mientras deja que mi cuerpo se aclimate a su intrusión.

Asiento suavemente con la cabeza mientras intento calmarme.

—¿No estás acostumbrada a los hombres grandes? —me pregunta preocupado.

Sacudo la cabeza, nerviosa. —No.

Sonríe en mis labios mientras me besa. —Va a ser divertido enseñarte a tomarme.

Se me cierran los ojos. Joder, ¿en qué me estoy metiendo? Sus jodidos dedos son enormes y duelen, y no están ni cerca del tamaño de su polla. Quizás sea una mala idea.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Abro las piernas al máximo y levanto un poco el trasero para permitirle un mayor acceso.

—Eso es, Rosh —susurra tranquilizador—. Túmbate y disfruta. Deja que te relaje un poco.

Saca los dedos con cuidado y luego los vuelve a meter, haciéndome gemir de aprobación. Se echa hacia atrás y bombea lentamente los dedos mientras me mira con asombro.

—¿Te sientes bien, nena? —susurra.

—Sí. —Asiento con la cabeza mientras lo beso suavemente, sintiendo una oleada de excitación. Me encanta que me llame nena—. Demasiado bien.

Me besa mientras sus dedos perfectos se ponen a trabajar y el sonido de la excitación húmeda de mi cuerpo flota pesadamente mientras estamos tumbados en la silenciosa habitación. Su erección se clava en el músculo de mi pierna y la aprieta contra mí lentamente.

Me tiembla la respiración y he perdido todo pensamiento coherente. Sus dedos trabajan con más fuerza, más agresivos, y cada bombeo es más profundo que el anterior. Lo beso agresivamente.

—Estás tan jodidamente apretada y preparada para mi polla. —Gruñe.

Acelera el ritmo y me quedo con la boca abierta mientras el salón se balancea casi con violencia. Dios mío, Dios mío. Empiezo a estremecerme y coloco mi mano sobre el dorso de la suya mientras me penetra con fuerza. Noto cómo se flexionan los músculos del dorso de su mano.

Sintiendo lo cerca que estoy, sonríe contra un lado de mi cara. —Eso es, Rosh. —Me besa—. Dámelo, nena. —Su pulgar roza mi clítoris mientras sus dedos se hunden profundamente y me tambaleo hacia delante cuando un orgasmo más fuerte que el infierno me roba la capacidad de hablar. Me sacudo, mi cuerpo se estremece alrededor de sus dedos mientras me besa con ternura y me devuelve a la Tierra.

El corazón me martillea en el pecho cuando me besa suavemente. Sin agresividad, sin excitación, sólo besos suaves y dulces.

Eso ha sido perfecto. Él es perfecto.

—¿Podemos volver a la habitación? —me susurra en la mejilla.

Oh, mierda. Mi cara cambia.

Frunce el ceño. —¿Por qué esa cara?

Me incorporo nerviosa mientras mi subidón por la excitación desaparece al instante y es sustituido por el miedo. Sacudo la cabeza. —No es nada malo —jadeo—. Yo… —Dudo. Dios, esto suena tan patético—. Sólo quiero tomármelo con calma.

Yo no estoy… —Me detengo, no quiero parecer idiota.

—¿No estás qué?

—No estoy acostumbrada a esto de acostarme con cualquiera. Sé que tú sí, pero…

Me besa. —Me gustaría mucho volver a la habitación y deshacerme de este calentón que tengo en los pantalones. Puedes ver si deseas. —Levanta una ceja descaradamente para hacerlo más atractivo.

Mis ojos se abren de par en par. — ¿Me dejarías ver cómo te masturbas?

—¿Por qué no? —Parece sorprendido de que me parezca extraño. Sólo he tenido unas pocas parejas y sé que no tengo mucha experiencia, pero nunca me vi en una situación en la que un hombre se masturbara delante de mí. Me estremezco de excitación al verme arropada con su confianza y en su físico. Nuestros ojos se conectan. Madre mía. Puede que sea el hombre más sexy del planeta.

—¿Qué vas a hacer? —susurro.

Sonríe sexy. —Seguro que se me ocurrirá algo.

Sonrío al levantarme y nos besamos un momento mientras me envuelve el pecho con la toalla y me estrecha entre sus fuertes brazos. Suena su localizador.

—Joder —susurra en voz baja. Después de leer el mensaje, pone

los ojos en blanco—. Tengo que ir a trabajar un rato. Te acompañaré a la habitación primero.

Caminamos de la mano hasta llegar a la puerta y nos giramos y miramos el uno al otro.

—No tardaré mucho.

Me siento como si me acompañara a casa mi guapa primera cita y tengo esa sensación de mariposa en el estómago. Me inclino hacia él y lo beso suavemente. Paso los dedos por su barba de dos días y mi mano se detiene en su mandíbula. —Nos vemos pronto —susurro.

Me besa de nuevo y luego otra vez y sonríe mientras arruga la cara. —A la mierda el trabajo. Vamos dentro. —Me río. —Vete.

Con un suspiro y poniendo los ojos en blanco, me da un rápido picotazo y se aleja a grandes zancadas por el pasillo hasta perderse de vista.

Me subo a la silla del baño y trato de verme en el pequeño espejo del tocador. Me doy la vuelta y me miro el trasero con el ajustado vestido negro. Después de que Mac se fuera esta tarde, le hice una visita a Ángela y le pedí prestado uno de sus vestidos. No sé si estoy delirando, si tengo fiebre de camarote o si simplemente me estoy volviendo loca de remate, pero siento que esta noche es un poco diferente a mis otras noches en el barco.

Estoy nerviosa. Estoy emocionada. Estoy petrificada.

Nunca había vivido así, tirando la cautela al viento y sin pensar en el mañana. Pero esta tarde ha sido tan, tan agradable en sus brazos, y creo que Ángela tiene razón: me he pasado toda la vida reservándome para tipos agradables y hombres honorables, y todos me han tratado como basura. Me han mentido, me han engañado, por no hablar de que me han robado el respeto por mí misma. Estoy harta.

He terminado con esto de ser la víctima. Retomaré el control de mi vida ahora mismo.

Mac es malo, incluso un criminal, pero me salvó la vida y me ofreció protección cuando la necesitaba desesperadamente. Dentro de dos semanas me habré ido y nadie podrá encontrarme, ni siquiera él. Así que voy a tomar el consuelo de sus cálidos brazos y la sensación de seguridad que me da durante el poco tiempo que pueda.

Dios sabe que voy a estar sola durante mucho tiempo después de esto en el puto Puerto Rico.

Miro el reloj de pared. ¿Dónde estará? Lleva fuera unas horas y dijo que no tardaría. Pongo la silla en su sitio, aliso las sábanas, doblo y guardo la ropa que trajimos de la lavandería esta tarde. Vuelvo al baño y compruebo de nuevo mi aspecto. Maldita sea, a lo mejor ni siquiera viene a cenar. Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Silencio absoluto. No hay televisión ni radio. ¿Cómo se mantiene cuerdo en este entorno durante tanto tiempo él solo? No me extraña que siempre esté cachondo.

Llaman a la puerta. ¿Por qué llama? Abro la puerta y veo a Ángela parada frente a mí. —Vine a buscarte para cenar.

Se me cae la cara de vergüenza. —¿Dónde está Mac?

—Aparentemente algo está pasando. No lo sé. Los chicos tampoco han vuelto aún. —Chelsea dijo que los vio y dijeron que fuéramos sin ellos.

—Oh, vale.

—Espero que todo esté bien —murmura mientras caminamos por el pasillo.

—¿Qué quieres decir?

—En este barco pasan cosas.

—¿Como qué? —Frunzo el ceño.

—Bueno… ya sabes qué clase de barco es éste y algunos personajes de mala muerte entran y salen volando. Sé que un helicóptero llegó esta tarde. Espero que el intercambio haya ido bien.

—Oh —murmuro, distraída. Dios mío—. ¿Ha pasado algo antes?

—Una vez mataron a un tipo. Intentó estafar al traficante y lo mataron a tiros.

Mis ojos se abren de par en par, horrorizados. —Joder —susurro—. ¿Quién fue?

Se encoge de hombros. —Un idiota que trabajaba aquí.

Realmente no lo conocía. Al parecer, era misterioso. —Quiero decir ¿quién le disparó?

Se encoge de hombros. —No lo sé. Uno de ellos.

—¿Mac? ¿Fue Mac? —¿De verdad es capaz de hacer este tipo de cosas?

—¿Quién sabe? No me cuentan mucho. Me entero de casi todo a través de Chelsea.

—¿Qué hicieron?

—Tiraron su cuerpo por la borda. —Santo cielo. No lo puedo creer.

—Es verdad.

Ángela me mira a los ojos y sonríe ampliamente. —Te ves muy bien.

Me miro y sonrío. —Gracias por prestármelo. Me encantaría decirte que te devolveré el favor, pero no tengo nada que prestarte.

Me coge la mano. —Tu amistad es un regalo y me la ofreciste.

Qué cosas más bonitas dice. Se me hace un nudo en la garganta. No tiene ni idea de lo mucho que significa para mí. Nunca me había sentido tan sola como en las últimas dos semanas. Ha sido tan agradable tener a alguien con quien hablar hoy. Me aprieta la mano como si supiera que dio en el clavo. Tomamos asiento en nuestra mesa habitual con tres de las chicas. Hasta ahora no había prestado mucha atención a las otras chicas y las observo. Una tiene el pelo negro y un aspecto algo rudo, mientras que la otra es una rubia no muy natural, parece que tiene unos treinta años. Son atractivas, pero es evidente que han tenido una vida dura. La tercera chica es Chelsea, la clara favorita de los chicos. Es atractiva y tiene un cuerpo de infarto, pero lo que la distingue de las demás es su confianza y su personalidad extrovertida.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde están los chicos? —pregunta Ángela.

Las otras dos chicas se encogen de hombros y Chelsea se apoya en la mesa. —Por lo visto alguien la ha cagado y Jack ha tenido que reprenderlos esta tarde, y luego Rick y él han acabado peleándose.

Ángela se queda boquiabierta. —¿Quién… J-Jack y Rick se están peleando? —balbucea.

Chelsea niega con la cabeza. —No. Rick acabó peleándose con Stucco y luego tuvieron que llamar a Mac para arreglarlo.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir.

Chelsea señala con la barbilla a la chica del pelo negro señalándole que se calle. Oh… la chica de pelo oscuro debe ser íntima del tipo del que están hablando. Esperamos hasta que se distrae cuando alguien entra a hablar con ella.

—¿Qué pasó? —susurra Ángela.

—No lo sé, al parecer Mac acabó volviéndose loco y tuvieron que quitárselo de encima antes de que lo matara.

Mis ojos se abren de par en par. Joder. Stucco es el tipo asqueroso que me pegó.

Escuché a Mac decir que quería una razón para matarlo esa noche.

—¿Cómo empezó? —susurra Ángela.

—Aparentemente Stucco fue atrapado entrando en la cabaña de Simmo.

—¿Qué estaba haciendo? —susurra Ángela.

—Buscando algo.

—¿Como qué? —susurro.

—No lo sé, pero era sospechoso, y para colmo, cuando llegó el helicóptero en medio de todo este caos no encontraron la llave del contenedor que venían a vaciar.

—Joder —susurra Ángela.

—¿Qué hicieron? —pregunto.

—Mac tuvo que abrir el contenedor con unas cizallas enormes. Parecía un idiota delante de los clientes. Estaba que echaba humo.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Dónde se suponía que estaba la llave?

—Todas las llaves se guardan en la oficina principal, pero esta tarde cuando fueron a buscar la llave había desaparecido.

—Mierda —susurra Ángela.

—Mac se está volviendo loco porque significa que tenemos un ladrón como parte de la tripulación.

—¿Cree que es Stucco? —pregunto.

Chelsea se encoge de hombros. —Ni idea, pero no me gustaría estar en el pellejo de esa persona cuando la descubra.

Me siento y doy un sorbo a mi bebida. Mmm. Muy interesante. Hay llaves en la oficina. Todo el mundo entra en la oficina, así que todo el mundo es sospechoso. Bebo para ocultar mi sonrisa burlona. Esto podría ser más fácil de lo que imaginaba. ¿Pero y si ahora cierran el armario?

Mierda. Esto realmente podría estropear mis planes. —¿De dónde sacó las cizallas? —susurro.

Los ojos de Chelsea parpadean hacia mí por hacer una pregunta estúpida. —Abajo en el nivel tres está el nivel de mantenimiento, todas las herramientas se guardan ahí abajo.

—Oh —respondo. Nivel tres. Tengo que comprobar el nivel tres.

La chica del pelo oscuro saluda y se levanta para reunirse con alguien detrás de nosotros y todos nos giramos. Es Stucco. Ella lo besa en los labios y se acercan al bar.

—Entonces, ¿está con él? —pregunto.

Chelsea se encoge de hombros. —Están juntos, pero ella también está con otros hombres. Ahora duerme casi todas las noches en su cabaña. No tardará mucho en reclamarla y negarse a compartirla.

Frunzo el ceño. Dios, qué sitio más raro. Los miro mientras cogen sus bebidas del bar y se sientan en el sillón de enfrente. Él se sienta y ella se sienta en su regazo, dejando que las manos de él suban y bajen por la parte superior de su muslo.

Entra un tipo. Es alto y moreno y está bastante bueno, la verdad. ¿Quién es? —Hola Chels. —Sonríe.

Ella se levanta inmediatamente y camina a su alrededor para besarlo en la mejilla, y desaparecen hacia la mesa de billar.

Me dirijo a Ángela. —Dime el alto rango de esta nave. ¿Por qué llamaron a Mac para arreglar las cosas?

—Vale, solía haber un capitán del barco… —¿De quién es este barco? —interrumpo.

—Vikinos.

Frunzo el ceño.

Ángela sacude la cabeza. —Es un tipo muy malo. Mafioso. No viene por aquí. De hecho, nunca lo he conocido, sólo he oído hablar de él. —Mira a su alrededor para ver si alguien puede oírnos—. Es conocido por torturar a sus víctimas hasta la muerte. —Se me cae la cara de miedo y de repente me siento mal.

—Aparentemente hace miles de millones en drogas cada semana. Es grande… quiero decir enorme.

—Joder —susurro—, continúa. Antes había un capitán.

—Sí. Pero había peleas constantes y no podía controlar a la tripulación, así que hace un año

más o menos lo despidieron… o lo asesinaron. No estamos seguros.

Mis ojos se abren de par en par.

—Nunca volvió y Mac vino en su lugar.

—¿Qué hace Mac aquí?

—Su papel es el de ejecutor, pero también es ingeniero naval, así que se ocupa de las operaciones.

—¿Eh?

—Hace cumplir las normas y se asegura de que las cosas funcionen bien.

—¿Cómo consiguió el papel de ejecutor? ¿Qué hizo para conseguir este trabajo?

Ángela se encoge de hombros. —Eso es lo que a todos nos gustaría saber. Vino del mismo campamento de Vikinos.

—Oh —susurro—. ¿Así que Mac es realmente malo? Malo, malo de verdad.

Sus ojos se abren de par en par. —Cariño, todos en este barco son jodidamente malos. ¿Cómo crees que consiguieron este trabajo? Pero creo que Mac es duro… no sé. —Se encoge de hombros—. Sé que todos los hombres le tienen un miedo de mierda.

Maldita sea, en este momento es la única persona que no me da miedo. Diablos, qué desastre. Ahora estoy teniendo orgasmos por un asesino a sueldo o algo así. No podría inventar esta mierda aunque lo intentara.

Ya tengo suficiente carga emocional. Tal vez debería golpear esto en la cabeza incluso antes de que comience. ¿Antes de que empiece qué?

¿Qué voy a hacer exactamente?

No. Basta.

Vive el momento, ¿recuerdas?

Diviértete mientras puedas. Esto es sólo un poco de diversión. No significa nada. Deja de analizarlo todo.

Durante los diez minutos siguientes, veo cómo un hombre tras otro entra después del trabajo recién duchado y listo para su cena nocturna. Van a la barra a tomar una copa y luego toman asiento junto a sus amigos. Miro la puerta con expectación mientras Ángela habla con otra chica que ha tomado asiento junto a nosotras.

¿Dónde está? ¿Por qué tarda tanto? Me vienen a la cabeza las palabras de Chelsea de que tuvieron que apartarlo de ese tal Stucco porque quería matarlo. ¿Significa eso que se pelearon a puñetazos? Quizás esté herido. Empiezo a sentir que aumenta mi ansiedad y vuelvo a echar un vistazo a Stucco, que está en la esquina, sentado de espaldas a la barra. Joder, yo también odio a ese imbécil. Necesito una copa.

—Voy al bar, ¿quieren algo? —pregunto a las chicas.

—¿Puedes traerme un vino blanco? —Ángela pregunta.

—A mí también. —La chica sentada a su lado sonríe. ¿Cómo se llama? Maldita sea, tengo que recordar estas cosas. Debo parecer una zorra por no recordar el nombre de nadie.

Me dirijo al bar y hay un poco de cola, así que me pongo al final de la fila.

—No te preocupes por él —Oigo susurrar a la chica del pelo oscuro.

Escucho su conversación. Miro hacia atrás y veo a Stucco y a su chica sentados de espaldas a mí, sin saber que estoy aquí. Me giro hacia el frente y finjo no escuchar.

—Va a conocer a su creador muy pronto —susurra enfadado Stucco—. El motín está creciendo.

Frunzo el ceño. ¿De quién hablan?

—Espera tu momento —responde—, ya tendrás tu oportunidad.

—No sé si puedo.

—Basta —susurra.

—La próxima vez que lo encuentre solo, lo mataré. Está muerto.

—¿Cómo vas a matar a Mac sin un arma? No es físicamente posible. Él es un arma en sí mismo.

Mis ojos se entrecierran. Y él te matará primero, cabrón.

—¿Cómo? —vuelve a preguntar.

—Necesito una manera de volver a la bóveda de municiones. Él tiene la única llave.

Maldita sea, habla en serio. ¿Y hay un depósito de munición? Me paso las manos por el pelo mientras finjo que no me afecta lo que oigo detrás de mí.

—¿Dónde guarda la llave? —ella pregunta.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo, y cuando lo haga va a ser muy divertido ver cómo se muere el cabrón.

La adrenalina empieza a fluir por mi torrente sanguíneo. Una cosa es pegarme e intentar violarme en medio de un grupo de hombres sin agallas, pero conspirar para matar a la única persona en la que confío en este barco del terror abandonado por Dios es algo totalmente distinto.

Se me hiela la sangre.

No puedes matar a Mac si ya estás muerto, hijo de puta.

¿Quizás tenga que acelerar mi plan?

Cojo las bebidas, me dirijo de nuevo al bar, y me siento en nuestra mesa. Me quedo en silencio por diez minutos mientras intento procesar lo que acabo de oír.

¿Debería decírselo, o es que ese idiota solo se está desahogando?

Las palabras de Ángela vuelven a mí. Todos los hombres le tienen miedo. Lo llaman el ejecutor. Estoy bastante segura de que puede arreglárselas solo, pero no lo sé. Necesito pensar en esto por un tiempo. Sé que tiene que tener cuidado con las llaves de la cámara de munición, así que quizás se lo diga. Parece que ya están todos y Ángela está en la encimera de la cocina con sus chicos. Los observo a los tres juntos. Todos miran el menú y ella coge a uno de la mano mientras el otro está de pie detrás de ella con la mano en su culo. Parecen tan naturales juntos y nadie se fija en ellos. No me extraña que le guste estar aquí, donde puede vivir sin ser juzgada. ¿Qué se siente tener en la cama a dos hombres guapísimos que te aman? Ni en un millón de años habría imaginado que sus hombres estaban enamorados el uno del otro. Los dos son tan alfa. Miro hacia la puerta y veo entrar a Mac con una camiseta negra y unos pantalones que le sientan de maravilla. Su pelo recién lavado cuelga en rizos justo por encima del cuello. Sobresale por encima de todos los que lo rodean y puedo ver cada músculo a través de su camiseta. Es un magnífico espécimen. Sus ojos me encuentran en la habitación y una sonrisa se dibuja en su rostro mientras me guiña un ojo antes de acercarse.

—Hola, siento llegar tarde. —Me roza tiernamente la mejilla con las yemas de los dedos. Dios, qué bien huele—. ¿Comiste?

—me pregunta mientras me pasa el pulgar por el labio inferior.

—No. Te estaba esperando. —Le sonrío.

—De acuerdo. —Me pone la mano en el hombro y mira el menú—. ¿Qué quieres?

Entorno la cara. —¿El pollo, tal vez?

—Sí, bien. —Desaparece hacia el mostrador de la cocina para pedir. Me quedo en mi asiento

mientras mis ojos están pegados a él como pegamento. Pide nuestros platos y luego levanta la mano en un gesto de beber y yo niego con la cabeza y señalo mi vaso lleno sobre la mesa. Él asiente y va a la barra a por una cerveza. Se queda un rato hablando con un grupo de hombres. Lo observo y me doy cuenta de algo muy evidente en lo que no me había fijado antes. Es diferente a los demás hombres de aquí. Es callado, reservado y melancólico. Es realmente difícil leer lo que está pensando o qué emoción está conteniendo en su interior. ¿Es un mecanismo de defensa que utiliza como yo, o es un comportamiento natural?

—No puedes quitarle los ojos de encima, ¿verdad? —Ángela susurra, sacándome de mis pensamientos.

Avergonzada, sonrío al suelo. Ella me golpea con el hombro.

—Seguí tu consejo esta tarde —me inclino y susurro.

Frunce el ceño.

—Hoy nos enrollamos de verdad.

Sonríe ampliamente y me golpea en la pierna debajo de la mesa. —Sí.

Doy un sorbo a mi bebida e intento borrar la estúpida sonrisa de mi cara.

—¿Cómo fue?

Me encojo de hombros. —Bien. —Me río y abro los ojos—.

Muy bien.

—¿Y? —Se inclina y susurra—: ¿Lo… lo hicieron?

Sacudo la cabeza. —No.

—¿Tal vez esta noche?

Me encojo de hombros mientras siento las mariposas subir por mi estómago. —¿Quién sabe?

Ella lo mira mientras habla con los otros hombres y mis ojos siguen los suyos.

—En serio, míralo —murmura moviendo la cabeza—, sabes que tienes una gran ventaja sobre cualquier chica de aquí.

Frunzo el ceño. —¿Cómo es eso?

—Creo que podrías quedártelo si quisieras.

—¿Qué? ¿No? —Sacudo la cabeza—. No quiero quedarme con nadie.

—Piénsalo. Él es guapísimo. Tú eres preciosa. Él está aquí todo el tiempo y estoy bastante segura de que no tiene a nadie en casa. ¿Quién sabe lo que puede pasar?

—Sólo son dos semanas. —Pongo los ojos en blanco.

Se sienta frente a mí y yo me siento culpable, esperando que no se dé cuenta de que estábamos hablando de él. Nuestras miradas se cruzan a través de la mesa y sonrío, con el corazón acelerado. ¿Se da cuenta de lo nerviosa que me pone?

Echa la cabeza hacia atrás para beber su cerveza y sus sensuales ojos no se apartan de los míos. Me doy cuenta de que está pensando en el rato que pasamos juntos en el salón.

Estaba duro y encima de mí, y yo estaba húmeda y abierta.

Desde entonces no he vuelto a pensar en otra cosa.

Se sentía tan condenadamente bien.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto mientras todos desaparecen a nuestro alrededor.

—Estuvo bien —responde, divertido ante mi intento de charla trivial con él.

Doy un sorbo a mi bebida y él frota el lateral de su zapato contra el mío en señal de reconocimiento silencioso. —¿Qué tal la tarde? —me pregunta.

—Tenía otros planes, pero salió bien. —Respiro.

Sonríe mientras se lleva la cerveza a los labios. —Ya somos dos.

Llegan nuestras comidas y comemos en relativo silencio. Todo el mundo a nuestro alrededor habla y ríe a carcajadas, pero él está callado y pensativo. Me pregunto si estará pensando en los problemas que tuvo esta tarde en el trabajo. Miro a Stucco, que está hablando con otros tres hombres de mal aspecto en un rincón. En su cara aparecen moratones evidentes y su comentario sobre el creciente motín me hace pensar. Si un grupo de hombres se volviera loco aquí, podría ocurrir algo realmente malo. Una de las chicas enciende la música y las luces de la discoteca, y algunas personas empiezan a bailar. Ángela y los chicos se fueron a jugar al billar y parece que la mesa se ha separado.

—¿Quieres bailar? —pregunto nerviosa.

—Yo no bailo.

—Oh. —Hago una pausa—. ¿Cómo… quiero decir, qué haces para relajarte?

Sus ojos oscuros sostienen los míos y después de un momento responde. —Eyaculo.

Visualizo a esta bestia visceral eyaculando. Maldito infierno.

—Oh —susurro intentando encontrar una respuesta inteligente en mi cerebro. —Podemos hacer eso, si quieres. —Levanta una ceja sexy.

—¿Hacer qué? —Inhalo mientras mis ojos bajan para observar su lengua mientras se desliza y recorre su gran labio inferior.

—Mírame eyacular.

El aire abandona mis pulmones. —¿Quieres que mire?

—susurro.

—Mucho —respira.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Me trago el nudo en la garganta. Joder.

Antes de que me dé cuenta, me arrastra de la mano hasta su habitación, donde abre la puerta. —Quítate los zapatos y túmbate en la cama —dice.

¿Eh? Frunzo el ceño en señal de pregunta mientras él se va al baño y reaparece con una gran toalla blanca, que extiende sobre las sábanas.

¿No me va a tocar?

—Quítate la ropa interior y túmbate.

—Mmm.

Me interrumpe. —Ahora. —Se gira, enciende la lámpara junto a la cama y apaga la luz principal. El ambiente cambia instantáneamente a sexual.

Oh. Me bajo las bragas por las piernas, me las quito y me tumbo en la cama con mi corto vestido negro. Él se coloca en el extremo de la cama y sujeta el cuello de la camiseta, tirando lentamente de ella por encima de la cabeza, dejando al descubierto su torso dorado y tatuado. Mis ojos hambrientos se posan en el abdomen ondulado y la V de músculo que desaparece dentro de sus jeans. No tiene pelo en el pecho, pero sí un rastro de vello arenoso desde el ombligo hasta el pubis.

Se me seca la boca.

Se quita los zapatos de una patada y veo cómo se baja lentamente los jeans por las piernas. Está delante de mí en calzoncillos negros ajustados. Puedo verlo todo a través de los calzoncillos, aunque no hace falta. Tiene la polla dura por encima de la cintura.

Dios mío. Empiezo a sentir cómo la excitación se apodera de mí cuando un chorro de crema me inunda.

Con los ojos fijos en los míos, se agarra la polla y la bombea con fuerza a través de los calzoncillos.

Morí y me fui al cielo de los chicos malos. —¿Qué quieres ver? —pregunta.

—Quiero ver cómo haces para acabar cuando estás solo —susurro.

Sin expresión alguna, se baja los calzoncillos por las piernas y deja al descubierto su enorme y dura polla. Es gruesa y larga y puedo ver cada vena de su cabeza hinchada. Tiene el vello púbico corto y bien cuidado, y tengo que juntar físicamente las piernas.

Nunca he visto a un hombre así, nunca he visto a un hombre actuar así.

Se da la vuelta y coge una botella de aceite del cajón de arriba y se sienta a mi lado en la cama, encima de la toalla, en la penumbra.

—¿Quieres ver cómo me hago venir?

Mis ojos se posan en su polla y asiento con la cabeza, incapaz de hablar por mi excitación.

Me siento como si estuviera teniendo una experiencia fuera del cuerpo. Estas cosas no me pasan a mí. Los hombres así no me pasan a mí. ¿Estoy soñando?

Se tumba hacia atrás y abre lentamente la botella de aceite y empieza a verterlo sobre su polla y su estómago.

Se me contrae el pecho y siento que no puedo respirar. Me apoyo en el codo mientras me tumbo a su lado, con los ojos absortos en la sensación visual. Abre las piernas y, cogiendo su polla con firmeza, la acaricia lentamente.

Me quedo con la boca abierta.

Acaricia de nuevo y los músculos de su estómago se contraen en la subida.

—¿En qué piensas cuando haces esto? —susurro. Su mano se desliza arriba y abajo mientras me observa. —En el coño. Un coño húmedo e hinchado.

Mi cuerpo se estremece ante su respuesta. Joder. Este es el mejor porno que he visto nunca…

Sus caricias se hacen cada vez más fuertes, la cama empieza a balancearse y siento cómo me estremezco de excitación al ver cómo la pre-eyaculación se acumula en la punta de su cabeza. El sonido del aceite deslizándose por su mano llena la habitación y él se echa hacia atrás y cierra los ojos de placer mientras su mano se sacude con más fuerza. Cada músculo de su torso bombea.

Verlo así es demasiado. Dios mío. Bombea con más fuerza y sus caderas empiezan a levantarse para encontrarse con su mano al son de su piel abofeteando.

— Necesitas follarme — respiro — , necesito que me folles ahora.

CAPÍTULO 8

Roshelle

SONRÍE OSCURAMENTE y se muerde el labio inferior mientras sus ojos vuelven a cerrarse. La cama sigue balanceándose. —No estoy bromeando —le digo. Se levanta de la cama y se arrodilla a mi lado. —Tócame —susurra, con los ojos fijos en los míos—, tócame de verdad esta vez.

Ay, Dios.

Me inclino y lo tomo con la mano. Lo acaricio con fuerza y él sisea en señal de aprobación. Sin poder evitarlo, inclino la cabeza y le lamo la punta, pruebo el sabor salado de su crema. Mis entrañas empiezan a estremecerse. Sabe tan bien. Me lo llevo hasta el fondo de la boca, y no es fácil porque es muy grande.

—Eso es —susurra con aprobación mientras me pone la mano con ternura en la nuca. Succiono con fuerza y él gime profundamente—. Buena chica —susurra, haciéndome cerrar los ojos de placer.

Lo chupo una y otra vez y él pierde el control, agarra mi cabeza entre sus manos mientras empieza a follarme la boca. Jadea y gime de placer, lo que me excita aún más. Cada vez que se mueve, puedo ver cada músculo de su torso flexionarse en la habitación semi-iluminada. Esto es de otro mundo.

—Necesito tocarte —susurra mientras se saca de un tirón de mi boca y me pone de pie con un rápido movimiento. Me pone de espalda y me baja lentamente la cremallera del vestido.

—¿Tienes una cola para el pelo? —me pregunta mientras me besa suavemente la nuca.

Asiento con la cabeza mientras se me pone la carne de gallina. —En el baño.

Desaparece y vuelve con mi goma del pelo y se coloca frente a mí mientras me recoge suavemente el pelo por encima de la cabeza y lo ata en un moño desordenado. Luego se inclina hacia mí y, con una mano en la mandíbula, me besa larga y lentamente, su lengua baila con la mía como pidiendo aprobación.

—Así está mejor, cariño, ahora puedo verte —susurra.

Frunzo el ceño. Por alguna razón esto parece muy íntimo. No lo es, sé que no lo es. No es el tipo de hombre que hace cosas íntimas. Pero, diablos, simplemente lo parece.

—Bésame —susurra.

Nos besamos en la habitación poco iluminada, de pie junto a la cama. Él está completamente desnudo y yo estoy completamente vestida y, para ser sincera, si me besara así llegaría al orgasmo y sería feliz para siempre.

Cualquier cosa después de este beso es un bonus.

Durante diez minutos permanecemos en esta posición como si el tiempo se hubiera detenido. No hay ninguna urgencia por terminar esto, y es como si él lo estuviera disfrutando tanto como yo.

—¿Sabes lo hermosa que eres? —susurra entre besos.

Sonrío, incapaz de responder.

—¿Sabes cuántas noches me he tumbado a tu lado en esta cama imaginando precisamente esto?

Cierro los ojos y me sostengo con más fuerza a sus musculosos hombros mientras nuestro beso se intensifica.

—No debería estar haciendo esto —susurra de nuevo como si luchara internamente contra la decisión.

—Sí, deberías. —Respiro—. Quiero esto. Te quiero así.

Nos besamos y cuando abro los ojos me doy cuenta de que los suyos están firmemente cerrados mientras me besa. Está aquí conmigo. —Quítame el vestido.

Sus ojos se oscurecen, me aparta de él y me baja lentamente el vestido. Retrocede y sonríe mientras me mira de arriba abajo.

Su sonrisa es contagiosa. —¿Por qué sonríes? —le pregunto.

—Por ti.

—¿Qué pasa conmigo?

—No tienes ni idea de lo jodidamente preciosa que eres. —Pasa el dorso de sus dedos por mis pechos mientras sus ojos siguen sus dedos—. Es como si te hubieran hecho de mi catálogo de cosas favoritas… Solo para mí —susurra maravillado.

Sonrío y enarco una ceja a modo de pregunta.

—Me gusta el pelo oscuro. Tú tienes el pelo oscuro. —Me toca el pelo por encima de la cabeza—. Me encantan los ojos marrones. —Se inclina y me besa suavemente en los párpados —. Me gustan las tetas naturales y llenas, y estas son las mejores que he visto nunca. —Se inclina y besa cada uno de mis pechos con reverencia.

Se me hincha el corazón.

—Me gustan las curvas. —Me pasa la mano por las caderas—. Estas caderas están de puta madre.

Sonrío y lo beso suavemente. Para ser un criminal de corazón frío, este hombre sabe exactamente qué decir.

Desliza su mano entre mis piernas y frota las yemas de sus dedos por mi carne. —No sabía cuánto quería a mi mujer apretada.

Mis ojos sostienen los suyos. Su mujer.

—Hasta que te conocí, ni siquiera sabía que me gustaban estas cosas.

—¿Y ahora? —susurro.

—Quiero inhalarlos. Quiero ahogarme en tu cuerpo y olvidar todo lo malo que me ha pasado.

Se me corta la respiración. —¿Cómo puedo hacerte olvidar todo lo malo? —susurro mientras tomo sus labios entre los míos.

—Tienes un don. —Nuestras lenguas se deslizan una contra la otra.

—¿Un don? —pregunto.

—Para hacerme olvidar dónde estoy… Quién soy.

Es lo más perfecto que me han dicho nunca. Nuestro beso se vuelve desesperado y lo sujeto por la nuca. —Tienes que hacerme el amor. Por favor —le suplico.

Sonríe tristemente en mis labios y sus manos caen a mi trasero. —Te llevarás una triste decepción.

Frunzo el ceño.

—Yo no hago el amor.

—¿Por qué no?

—No sé cómo.

—¿Por qué?

—Nunca lo he sentido. No tengo ni idea de lo que tendría que hacer para que alguien se sintiera querido.

Se me derrite el corazón, siento que el afecto me invade por completo y tomo su cara entre mis manos. —¿Puedo contarte un secreto? —le susurro.

—Sí. —Sus ojos me atraviesan como si pudiera ver mi alma.

—Acabas de hacerme sentir más amada que ningún otro hombre.

Frunce el ceño como si no comprendiera.

—Yo tampoco sé si alguna vez me han amado, Mac.

Se inclina, me besa y junta nuestras frentes como si pensara.

—Pero sé que quiero estar aquí, haciendo esto contigo —respiro mientras lo beso suavemente.

Se tumba en la cama, me atrae hacia él y empezamos a besarnos. No es el beso duro y agresivo que esperaba. Es tierno, suave.

Hermoso y diferente a todo lo que he sentido antes.

—Móntame —me susurra—, tómame.

Dios mío. Me pongo a horcajadas sobre él y recorro su cuerpo de un lado a otro mientras sus manos guían mis caderas. Nos besamos durante un buen rato, y yo estoy hinchada, húmeda y preparada. Se pone un preservativo, se agarra a la base y lo sostiene. Tengo que levantarme de rodillas para permitirle la entrada. Se introduce en mí y yo me quedo quieta.

Ay… joder, es grande.

Sintiendo mi miedo, susurra. —Está bien, cariño, puedes conmigo.

Asiento nerviosa y me muevo de un lado a otro para intentar soltarme mientras sus manos guían suavemente mis caderas.

Forcejeamos unos instantes mientras él intenta calmarme.

Realmente es demasiado grande. —No creo que pueda tomarlo todo, Mac —susurro desesperada mientras caigo sobre su pecho.

—Stace —susurra en mis labios. ¿Eh? Me echo hacia atrás mientras lo veo a los ojos sin comprender—. Me llamo Stace.

Mi corazón se detiene. —¿Stace? —susurro.

Asiente y nos miramos fijamente a los ojos.

Sonrío suavemente mientras los ojos se me llenan de lágrimas. No me mintió. —Encantada de conocerte, Stace —suspiro contra sus labios.

Me besa y me agarra la nuca mientras nuestra excitación se dispara. Incapaz de controlarse por más tiempo, su mano empieza a arrastrarme hacia delante y hacia atrás contra su polla y siento que podría romperme. Dios, qué bien se siente.

—Abre las piernas. —Medio gruñe—. Quiero entrar, ahora.

Abro las piernas todo lo que puedo y me agarra los dos huesos de la cadera y entra de un sólo golpe.

—Ahh —grito mientras mi cuerpo se estremece.

—Shhh —me tranquiliza mientras me besa la mejilla—. No pasa nada. Tranquila.

Se queda quieto para que me acostumbre a la sensación. Me levanto despacio, él se desliza y luego vuelve a su sitio. Volvemos a hacerlo despacio y me mojo tanto que mi cuerpo se relaja.

—Joder, sí —susurra al sentirlo.

Me levanta y me vuelve a bajar con fuerza. —Buena chica. Te sientes tan bien.

Gimo mientras todo mi cuerpo zumba por su posesión.

Acelera el ritmo y en un momento estamos a tope. Tiene las piernas abiertas debajo de mí y yo estoy a horcajadas sobre él.

La cama se balancea con fuerza contra la pared y su mandíbula se afloja al verme rebotar sobre él.

—Te ves tan sexy cabalgando mi verga —jadea.

Si pudiera contestarle, lo haría, pero ahora mismo estoy ocupada teniendo la mejor experiencia sexual de mi vida.

—Oh Dios —grito mientras mi cabeza rueda hacia atrás—. Tengo que correrme ya.

—Todavía no. —Se levanta, y en un movimiento rápido estoy debajo de él mientras sostiene una de mis piernas entre nosotros. Su gran polla trabaja enérgicamente mientras atraviesa mi carne.

—Joder, Rosh —jadea mientras me penetra—. Nunca había tenido sexo tan bueno.

—Oh Dios —jadeo—. Yo tampoco —grito. Esto es sexo de otro mundo.

El ardor.

La posesión.

Las costuras se están rompiendo.

—Joder —grita mientras se mueve hacia delante y se estremece violentamente.

—Stace —grito mientras el orgasmo me destroza.

Entra y sale lentamente mientras vacía completamente su cuerpo en el mío.

Con el corazón bombeándome con fuerza por el pecho, caigo de espaldas y él cae encima de mí. Nos quedamos en silencio, jadeando, sin poder hablar. Estoy en estado de shock por lo que acaba de ocurrir en esta habitación.

Está callado porque… no sé por qué.

¿En qué está pensando?

Con un largo beso, se separa lentamente de mí y se tumba boca arriba. Los dos miramos al techo y mi corazón sigue latiendo a doble velocidad.

Tras un largo rato de silencio, rompo el hielo. —Pensé que habías dicho que no podías hacer el amor.

Sus ojos se desvían hacia mí. —Sí, bueno… —Hace una pausa mientras contempla su respuesta—. Me pillaste en un momento de debilidad.

Sonrío y él se levanta lentamente y entra al baño. Me quedo tumbada un momento mientras escucho cómo se enciende la ducha. La hermosa sensación de intimidad que compartíamos hace diez minutos ha desaparecido.

—¿Te meterás en la ducha conmigo o dormirás aceitada esta noche? —llama.

Me levanto lentamente. —Ya voy. —Entro en el baño y él se hace a un lado en la ducha y yo me meto a su lado. Coge el jabón y empieza a lavarme, sin mediar palabra, sonríe y me besa en los labios.

Le sonrío y le rodeo el cuello con los brazos, agradecida de que, aunque la pequeña ventana de intimidad haya desaparecido, sigamos estando bien.

Stace

Me siento a la mesa mientras bebo mi café. Subí a desayunar a la sala común para despejarme. Rosh seguía durmiendo cuando me fui.

Me siento como si me hubiera atropellado un camión.

En las tripas, en las pelotas, en la cabeza.

¿Por qué le dije mi verdadero nombre? ¿Por qué anoche sentí algo que no debería haber sentido, y por qué desearía volver atrás y hacerlo de nuevo tan jodidamente perfecto?

Nunca había sido así. Ella es tan…

Me paso las manos por el pelo, frustrado. Esto no estaba en el plan. Concéntrate.

Respiro para tranquilizarme, recojo el desayuno de Rosh y el café para llevar de la cocina y continúo mi camino de vuelta a la habitación. Al doblar la esquina y volver al pasillo, veo a Stucco caminando delante de mí. ¿Qué hace ese cabrón aquí abajo? Su habitación está en el otro extremo de la nave. Retrocedo y me agacho detrás de la esquina para poder ver lo que hace. Cuando se acerca a mi puerta, me asomo por la esquina tras la que me escondo. ¿Va a entrar en mi habitación? Hoy no estoy de humor para esta puta mierda. Estoy deseando meterle una bala a este gilipollas. Joder, Rosh está ahí dentro. Me quedo quieto mientras espero. La puerta de nuestra cabaña se abre y Rosh sale vestida con una de mis camisetas y mis calzoncillos. Se me corta la respiración y siento que mis instintos protectores entran en acción. Si la toca, lo juro por Dios.

Está muerto.

Me asomo por la esquina mientras observo.

Ella lo ve y entrecierra los ojos. — ¿Qué haces aquí? — le pregunta.

— Cállate, puta. — Se burla.

— Vete al infierno — le suelta, y cuando ella se gira para entrar en la habitación, él la agarra del brazo. Doy un paso adelante y entonces ella lo empuja con fuerza y él sale volando hacia atrás.

Espero a ver qué pasará. Lo sigue hasta el pasillo y lo empuja de nuevo.

¿Eh? ¿Qué coño está haciendo?

Lo sujeta por el cuello y lo empuja contra la pared.

¿Pero qué…? Parpadeo para ver si me lo estoy imaginando. Él la agarra por el cuello y ella hace rápidamente algún movimiento practicado y lo tumba de espaldas.

Le golpea con fuerza la cabeza contra el suelo mientras empieza a estrangularlo con el antebrazo en la garganta.

Él forcejea mientras intenta levantarse y, sin embargo, ella lo tiene inmovilizado con fuerza.

— ¿Qué haces aquí? — se burla.

— Vete al infierno — gruñe.

— No tienes ni puta idea de con quién estás tratando. — Le da un fuerte puñetazo en la cara.

— Oí tu pequeño plan de anoche, imbécil — le grita mientras se agacha y lo agarra por el pelo y lo devuelve de golpe al suelo — . Esta es tu primera y única advertencia. Si te acercas a Mac… Si siquiera piensas en Mac… — Lo empuja de nuevo — . Si lo miras, te mataré.

— Estás tan loca como él — gruñe mientras intenta ponerse de pie para escapar de su ataque.

Ella le da una patada y él vuelve a caer al suelo.

Tengo los ojos muy abiertos. ¿Qué coño está pasando aquí?

— No he olvidado el golpe bajo que me diste en la mandíbula la primera noche que estuve aquí.

— Lo volveré a hacer — replica.

Ella se ríe a carcajadas mientras le da un fuerte rodillazo. — Hazlo. — Hace una pausa — . El marica no es tan duro cuando está solo. — Siento que mi polla se endurece.

Ella lo empuja hacia delante y él cae de espaldas. — Te estoy observando.

Se arrastra sobre manos y rodillas para escapar de ella.

— Acércate a Mac y te prometo que te mataré.

Se levanta, corre por el pasillo y sube las escaleras y, tras pasarse los dedos por el pelo, Rosh se gira y entra despreocupadamente en nuestra habitación, cerrando la puerta tras de ella.

Me quedo inmóvil, con la mente a mil por hora. ¿Quién demonios es?

Roshelle

Me agacho y me lavo las piernas. Estoy enojada. Cuando me desperté esta mañana Mac no estaba aquí, y sé a ciencia cierta que tenía el día libre. ¿Dónde está?

Huyó, muerto de miedo, ¿todo porque tuvimos un momento anoche? Ni siquiera fue el sexo. Eso sí, el sexo fue jodidamente increíble. Hubo una ventana de diez minutos antes.

Miro fijamente al espacio mientras lo recuerdo:

— « *Nunca lo he sentido. No tengo ni idea de lo que tendría que hacer para que alguien se sintiera querido* » *—dijo. Nunca ha amado a nadie.*

¿Por *qué?*

— « *Tienes un don* » *. —Nuestras lenguas se deslizaron una contra la otra.*

— « ¿Un *don?* » *—le pregunté.*

— « *De hacerme olvidar dónde estoy, quién soy* » .

¿Por qué quiere olvidar quién es?

Pongo los ojos en blanco, disgustada conmigo misma por sentirme tan apegada esta mañana. Sólo ha sido sexo. Muy, muy buen sexo. No significa nada. Tengo que concentrarme en el plan y no en la polla monstruosa con la que me acuesto.

La puerta del baño se abre y él aparece.

—Buenos días —dice mientras sus ojos bajan por mi cuerpo.

—Buenos días —respondo mientras continúo lavándome—.

¿Adónde fuiste?

—Te traje algo para desayunar.

Sonrío. —Gracias.

Se apoya con el trasero en el mueble del baño y cruza los brazos delante de él como si estuviera pensando en algo. Sigo duchándome y vuelvo a mirarlo. Tiene ese aire. Es cínico y sabelotodo, todo en uno.

—¿Pasa algo? —pregunto.

Una fría emoción que desconozco cruza su rostro. —¿Por qué iba a pasar algo? —pregunta con sarcasmo.

Me encojo de hombros. Dios, está actuando raro. —Dímelo tú.

Sigue mirándome y su actitud engreída empieza a molestarme. —¿Vas a entrar? —le pregunto.

No contesta.

—Mira. O entras conmigo o puedes salir, no empieces con tus juegos mentales de mierda.

Se levanta indignado. —¿Juegos mentales de mierda?

—suelta—. ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Significa que si tienes algo que decir, o lo dices o te largas.

—No estoy aquí para conversar —se burla.

—¿Para qué estás aquí entonces?

—Estoy mirando el culo que estoy a punto de follarme —gruñe.

Oh el descaro. —Pues saca la polla y ponla a funcionar.

Se saca la camisa por la cabeza con rabia. —Me haces enojar.

Sonrío. —Lo mismo digo.

Se arranca los pantalones, los tira a un lado y se abalanza sobre mí. Antes de que pueda responder, me levanta y me empala en su polla. Grito mientras me aprisiona contra la pared y rodea su cintura con mis piernas. Sus ojos oscuros observan mis labios y su boca se afloja. Dios mío. Se me cierran los ojos ante la abrumadora sensación de su posesión. Me penetra de golpe y me levanta sobre él.

—Ahh, cuidado —grito.

Me atraviesa y creo sentir que me desgarro.

—Me estás haciendo daño —murmuro, pero la verdad es que no. Ni siquiera se acerca. Es un buen dolor, un dolor adictivo.

—Vamos a dejar una cosa jodidamente clara. —Bombea con fuerza—. No actúes como alguien que no eres. —Entra de nuevo y me mareo por la fuerza de esta bestia. ¿De qué está hablando?

—No estaba actuando —murmuro mientras me penetra con fuerza de nuevo y lo siento todo el camino hasta el cuello.

—¿Cuándo no has actuado? —gruñe, las venas de su pecho y hombros bombean por la adrenalina.

—Cuando te dije que te deseaba.

Me bombea con fuerza de nuevo y los dos gritamos. Esto es demasiado bueno. Está hecho para llenarme.

—¿Sí? —grita.

—Dios, sí.

Vuelve a entrar en mi cuerpo mientras ambos nos agarramos con fuerza.

—Te deseo a ti más que nada.

Toma mis labios entre los suyos y me besa. Incapaz de contenerme, me estremezco cuando un orgasmo me atraviesa. Desencadena el suyo y él gime mientras siento cómo su semilla caliente me quema por dentro.

Nuestras lenguas bailan durante un largo rato y, de repente, la bestia se amansa. Nuestras caricias se vuelven suaves, tiernas. Le beso la mejilla y luego la cara y, abrumada por la emoción, empiezo a darle besos suaves en toda la cara. Me abraza con fuerza, como si estuviera procesando algo, y siento el impulso desesperado de protegerlo.

—¿Por qué te comportas como un loco? —susurro.

Retira su cuerpo del mío y mis piernas caen al suelo.

Me deja lentamente sobre las baldosas.

—Me estás volviendo jodidamente loco —susurra como confundido.

—Stace. —Lo beso y lo rodeo con los brazos.

—¿Qué? —responde contra mi frente mientras me abraza.

Tengo la sensación de que ni siquiera puede mirarme.

—Te cubro las espaldas, cariño, puedes confiar en mí.

Bajo de puntillas por la oscura escalera mientras miro a mi alrededor con culpabilidad. Son las siete de la tarde y Stace lleva una hora en el gimnasio, mientras yo debería estar preparándome para la cena. El barco está en silencio mientras todos se preparan para la noche. El motor es el único sonido constante. Estoy agotada y creo que he tenido el mejor día de mi vida. Stace tenía el día libre y lo pasamos en la cama.

El hombre es un auténtico dios del sexo.

Hace que los otros hombres con los que he estado parezcan ridículos intentos por calentarme. No puedo creer lo que me he estado perdiendo todo este tiempo. Su seco sentido del humor me hace reír y es todo es diferente entre nosotros. Hablamos sin parar de tonterías, ninguno pregunta sobre la vida del otro. No estoy segura de querer saber cómo ha sido su vida y cómo vive o por qué tiene un nombre falso, y no creo que a él le interese la mía. Aunque no estoy segura de eso. Emite señales contradictorias y yo paso de sentirme la única mujer del mundo para él, a lo que realmente soy… una compañera de piso a la que se folla para pasar el rato. No me hago ilusiones de que esto sea algo más de lo que es, pero diablos, es divertido. No sé nada más de él de lo que sabía esta mañana, sólo que no estaba bromeando y que realmente le gusta eyacular para relajarse. Ah, y el pequeño hecho de que probablemente voy a ir directo al infierno porque cuando me asaltó en la ducha esta mañana sin previo aviso, los dos nos olvidamos totalmente del condón. Me aseguró que siempre lo usa y que yo soy la primera, pero ¿no es lo que dicen todos los hombres a las chicas estúpidas que se dejan llevar por el momento? Me he puesto la inyección, así que al menos no pienso en el embarazo. Sonrío ampliamente. Bebé Stace… ¿no sería genial?

Me quedan diecisiete días en el barco. Diecisiete días para encontrarme con la libertad. Llegar al final de la escalera y encontrarme con unas grandes puertas rojas. ¿Qué pasa si atravieso las puertas y hay alguien al otro lado? Joder, no puedo ver dónde se abren. Entrar en esta sala de mantenimiento no es una opción. Me pregunto si estará vigilada todo el tiempo. Me detengo un momento a pensar. Si me descubren aquí, ¿qué digo? ¿Qué carajo hago yo husmeando aquí abajo?

Mierda, tengo la mente en blanco. No puedo pensar en nada. Exprimo mi cerebro por cinco minutos hasta que finalmente se me ocurre algo. Estoy buscando a Stace. Mierda, quiero decir Mac. Estoy buscando a Mac. Sí, si alguien me pregunta simplemente estoy buscando a Mac. Me dijo que iba a arreglar algo y vine a buscarlo. Es sencillo y, lo más importante, creíble. Abro la puerta tímidamente y me asomo. La habitación está a oscuras y el sonido de los motores es fuerte y agitado. Es enorme, con máquinas por todas partes y puertas que conducen a habitaciones. Bien, ¿qué estoy buscando? Camino por el enorme pasillo mientras busco lo que necesito. Llego a una habitación, abro la puerta y encuentro escritorios con computadoras en cada uno de ellos. Mis ojos se abren de par en par. Mierda, ¿tienen Internet? Cierro la puerta, me siento y miro la computadora que tengo delante. Tiene líneas rojas en forma de remolino. ¿Qué diablos significa eso? Voy a la siguiente computadora y tiene una especie de gráfico. El tercero tiene algo más con todos los colores y remolinos. Si pulso una de las teclas, ¿sonará una alarma?

Pienso por un momento. Esto podría significar mi libertad, pero ¿de verdad quiero arruinar los planes que tengo para salvarme?

Me estoy salvando, ¿recuerdas?

Decido ceñirme a mi plan original y vuelvo a la zona principal.

Veo un cartel que dice « Herramientas » encima de una puerta.

Sí.

Entro en la gran sala y cierro la puerta tras de mí. Recorro los pasillos en busca de lo que necesito. Saco el cajón de arriba… nada.

El segundo cajón se desliza y sonrío ampliamente. Bingo.

Cojo el destornillador largo y puntiagudo, y luego miro los otros que están a su lado. Cojo otros dos y me los meto en el pantalón. Sigo abriendo los cajones hasta que encuentro una cuchilla larga. La levanto y sonrío.

Aquí estás, cariño. Ven con mamá.

CAPÍTULO 9

Stace

SE TUMBA de lado y me sonríe suavemente mientras sujeta mi mano. Su larga melena oscura está esparcida por la almohada y su piel está empapada de sudor por nuestras actividades carnales de hace unos instantes. Nunca me había follado a la misma mujer tantas veces seguidas en toda mi vida. No me canso de ella. Me está volviendo loco y eso me pone furioso. Mi pecho sube y baja mientras intento recuperar el aliento.

Maldita puta hermosa y mentirosa. Tengo tantas preguntas. ¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí y por qué siente la necesidad de protegerme? ¿Dónde aprendió a luchar?

Pienso un momento mientras yacemos en la quietud, tomados de la mano. Policía. ¿Es policía?

Joder.

Está intentando llegar a Vikinos.

Caí directamente en la maldita trampa. Condenado idiota.

Tiene que ser policía, ¿qué más podría ser? Mi mente se remonta a cuando la encontramos saliendo por la puerta trasera. No fue una coincidencia en absoluto que ella presenciara ese golpe, ¿pero entonces estaba llorando? ¿Por qué lloraba? Pienso por un momento. ¿Tenemos un topo en el barco que les ha avisado?

Joder, estoy tan confundido.

Lo pienso un momento. ¿Y si ella actuó de forma vulnerable sabiendo que yo la protegería?

Me atrapó. Me atrapó de verdad. Pensé que no rompía ni un plato.

— ¿Estás bien? — susurra, interrumpiendo mis pensamientos.

Finjo una sonrisa, la tomo en mis brazos y le beso la frente.

— Sí, nena. Tengo muchas cosas en la cabeza.

— ¿Cómo qué?

Mi furia hierve peligrosamente cerca de la superficie. ¿No le gustaría saberlo? — Cosas del trabajo, nada de lo que debas preocuparte.

Desliza su pierna de arriba sobre la mía y siento que mi polla se vuelve a endurecer. Joder, ya está bien de erecciones. Mi mente sigue divagando. Voy a tener que matarla. Su pierna se desliza contra la mía y siento que me endurezco aún más.

¿Cómo? Necesito entrar en la caja fuerte del arma. No puedo matarla con mis manos. Eso ya lo sé.

Se acurruca suavemente en mi pecho y suspira feliz. Joder.

Esto es llevar *Dormir con el enemigo* a un nivel completamente nuevo.

Se apoya en un codo, me sonríe, se inclina y me besa suavemente los labios. Se me cierran los ojos. No puedo mantenerlos abiertos cuando me besa.

— Quería hablarte de algo — murmura.

— ¿Sí?

— Anoche, mientras cenaba, oí hablar a Stucco y a esa sucia del pelo negro.

Mis ojos se clavan en los suyos y cruzo los brazos detrás de la cabeza.

— ¿Y?

— Dijo que iba a matarte.

— Es un cabrón y amenaza con matarme todas las semanas. — Le paso los dedos por el pelo largo y oscuro sin pensar. Sus grandes y hermosos ojos me miran fijamente y siento que se me oprime el pecho.

— Dijo que necesitaba entrar en la caja fuerte del arma.

Frunzo el ceño. Debe haberlo oído de verdad. Si no ¿cómo iba a saber lo de la caja fuerte?

— ¿Y me dices esto porque…?

Entorna la cara como si yo fuera estúpido. — Porque no quiero que te pase nada. Creo que necesitas llevar un arma para protegerte de este motín que están planeando.

Sonrío. Es una buena actriz y probablemente deberían darle un Oscar. — No tienes que preocuparte por mí. Puedo cuidarme solo.

Se incorpora y las mantas caen dejando al descubierto sus pechos. Instintivamente, mis ojos se posan en ellos, estiro la mano y le cojo uno mientras pienso.

— Stace — susurra.

Mis ojos se encuentran con los suyos. ¿Por qué le dije mi verdadero nombre? Es la primera persona a la que se lo he dicho. Idiota.

— Cariño, escúchame. — Alarga la mano y me roza el labio inferior con el pulgar —. Estás en peligro y no puedo protegerte.

— No necesito que me protejas.

— Pero, lo haré. Por favor, que lo sepas.

Nuestras miradas se cruzan y quiero preguntarle quién es y por qué está aquí, pero no puedo. Sé que no puedo confiar en ella. Ojalá pudiera, porque una mujer nunca me había hecho sentir así… nunca.

— Debes preocuparte por tu propia seguridad — murmuro a modo de advertencia.

— ¿Puedes conseguirme una pistola? — pregunta inocentemente.

Me muerdo el labio inferior para ocultar mi sonrisa. ¿Tiene que estar bromeando? — ¿Sabes disparar?

Se encoge de hombros. — Un poco.

Le subo la mano por el muslo y deslizo un dedo en su sexo chorreante. Está caliente como lava fundida. Añado otros dos dedos y ella gime y abre las piernas para mí. — ¿Dónde aprendiste? — le pregunto.

Cierra los ojos y arquea la espalda mientras la bombeo con la mano. — Mi padre solía llevarme al campo de tiro. — La bombeo fuerte con la mano y ella grita. Quiero gritarle mentirosa.

Quiero matarla ahora mismo por mentirme y hacer que me desespere por estar dentro de ella mientras lo hace.

Chúpamela — le exijo mientras le agarro la cabeza y la empujo hacia abajo. Me dedica una sonrisa carnal mientras desaparece por mi cuerpo. Gime de placer y el sonido libera un chorro de eyaculación previa. Mi boca se afloja de placer. Qué rico.

Me tumbo y cierro los ojos mientras pienso en una forma de matar a la bella embustera

mientras me chupa hasta dejarme seco.

Me siento en mi despacho y repaso los últimos informes de mantenimiento. Acaba de anochecer y llevo aquí todo el día. Mierda, tengo mucho que hacer esta semana. Es abrumador, para ser sincero. Hay que cambiar a los rotadores y los de reemplazo están todos de salida. Tengo seis helicópteros en camino y tengo que revisar las llaves y asegurarme de que están todos aquí. No puedo soportar otra cagada como la última recogida. Me vi tan incompetente. Mi mente se va a Stucco y a la paliza que le di la otra noche. No quería parar, y si no hubiera querido cagarla, no lo habría hecho. No me extraña que quiera matarme. Aunque hay una cosa que me ronda por la cabeza… lo de la bóveda de las armas. Ella la mencionó, así que realmente lo escuchó decirlo. Puede que esta vez vaya en serio. ¿Quién sabe? Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro al recordar a Rosh pateándole el culo a ese imbécil en el pasillo. Incluso ella puede ganarle. Una emoción desconocida me recorre cuando pienso en Rosh. Tengo una visión de ella sobre mí, riendo a carcajadas y despreocupada… besándonos. Me han decepcionado muchas personas en mi vida y realmente nunca me había importado.

Esta vez es diferente.

* * *

Espero a que los últimos empleados abandonen sus puestos en la torre de control para llamar a Chris, mi contacto en tierra firme.

— ¿Necesitas algo más antes de irme? — pregunta Jack.

Sonrío. — No, amigo, vete. Me quedan algunas horas de trabajo que hacer aquí.

— Vale, nos vemos luego. — Recoge su escritorio y espero a que baje las escaleras. Hojeo mi agenda hasta llegar a un número de teléfono que he disfrazado como código de orden en un pedido, y lo marco.

Ring, ring. Espero. Vamos, contesta, contesta. Ring, ring.

— Hola — responde una voz alegre.

Una sonrisa instantánea cruza mi cara. — Hey, Chris.

— Hey — llama emocionado — , Stace, hermano. ¿Dónde has estado, amigo?

Me río a carcajadas. — Te extraño, bastardo. — Me balanceo en mi silla de lado a lado. Es bueno oír su voz. Chris fue mi mejor amigo durante toda la escuela, e incluso ahora que vivo en un universo lejano al suyo, sigue siendo mi mejor amigo. Trabaja para el Gobierno de los Estados Unidos y tiene contactos en todas partes. Un diplomático, nada menos.

— Hey. Tengo grandes noticias.

Sonrío. — Sí, ¿cuáles son?

— Me voy a casar.

— ¿Qué? ¡Imposible! — Me río — . Dale a Elsa mi más sentido pésame.

Es la zorra más afortunada de la Tierra por poder tener sexo conmigo de por vida. Puedo oír la felicidad en su voz.

— Felicidades, amigo. — Sonrío. Elsa es su novia del instituto; la quiere desde que tenía doce años.

— ¿Vas a ser mi padrino?

Se me cae la cara de emoción. — ¿De verdad?

— De verdad.

— Sería un honor. — Hago una pausa. No puedo creer que me lo haya pedido.

— Gracias, significa mucho.

Chris sabe que me he equivocado de camino y, sin embargo, su lealtad no ha flaqueado ni una sola vez. No hace preguntas y yo daría literalmente mi vida por protegerlo.

Justin, mi hermano, él y yo éramos inseparables durante todo el colegio. Las cosas que hacíamos.

Dios, hicimos desastres.

— La boda es el próximo año en abril. Asegúrate de estar en casa.

Sonrío. — De acuerdo.

— ¿Sigues en ese barco?

— Sí.

— ¿Estás bien?

— Sí, estoy bien. ¿Has visto a mamá? — le pregunto.

— Mamá ha dicho que está bien. Te extraña, por supuesto.

La culpa me invade. Debería estar más cerca de ella.

— Escucha, necesito un favor.

— ¿Qué?

— Conocí a una chica…

No, no puedo follármela. Estoy con alguien — interrumpe.

Me río. — Ella no estaría contigo de todos modos, gordo idiota.

— En fin. — Se ríe — . Continúa.

— Algo no cuadra. ¿Puedes comprobar sus antecedentes por mí? — Levanto su carné y leo los datos.

— Sí, no te preocupes. ¿Cómo se llama?

— Roshelle Myers.

— ¿Cómo se escribe?

— R.O.S.H.E.L.L.E — deletreo — , M.Y.E.R.S.

— ¿Fecha de nacimiento?

— 14 de octubre de 1993. — Su cumpleaños es dentro de cuatro semanas. Hago las cuentas. Tiene 24 años y va a cumplir 25.

— ¿Dirección?

Leo su dirección en voz alta.

— ¿Qué pasa con esta chica? — pregunta.

— Me enrollé con ella hace un par de meses y hemos chateado por Internet, pero tengo la sensación de que no es quien dice ser. Solo quiero comprobarlo todo antes de irnos juntos de vacaciones para ahorrarme problemas más adelante.

— ¿Crees que está casada?

Entorno la cara. — Sí, tal vez. — Intento pensar qué más necesito — . Quiero todos los detalles. Trabajo, relaciones actuales y pasadas, condenas. Afiliaciones, cosas así.

— Estoy en eso. Lo pasaré ahora, pero tarda unas 24 horas en dar respuestas.

¿Así que si te llamo mañana por la noche deberías tenerlo?

— Sí. — Hace una pausa — . Es bueno saber de ti, hombre.

Sonrío tristemente, ojalá las cosas volvieran a ser como antes.

— Lo mismo digo. Cuida de tu preciosa chica.

— Con un poco de suerte estará embarazada y cachonda el año que viene por estas

fechas.

Me río y me froto los ojos con la mano. — Oh Dios. No puedo ni imaginarme a tu pobre hijo lidiando contigo como padre. Pobre cabrón.

Se ríe. — Hablamos mañana.

— Adiós. — Cuelgo.

Y vuelve a hacerse el silencio en la oficina. Pronto, Roshelle Myers, sabré quién eres en realidad.

Pongo las manos detrás de la cabeza e inhalo profundamente mientras me reclino en la silla.

Van a ser veinticuatro horas muy largas.

Roshelle

Camino por la cubierta del barco entre los contenedores mientras la luz se va desvaneciendo. El atardecer es el momento más tranquilo del día aquí; todo el mundo vuelve a sus camarotes para prepararse para la cena. Stace sigue trabajando y algo le pasa. Lo siento diferente a la primera noche que dormimos juntos. Algo cambió ayer por la mañana cuando fue a buscarme el desayuno. ¿Será que me vio golpear a Stucco?

Joder. ¿Por qué hice eso? Casi arruino mi estrategia.

Voy a tener que eliminar a Stucco antes de que mate a Stace o el plan se irá por la borda. No necesito esta mierda.

Sonrío suavemente para mis adentros al pensar en Stace: el hermoso y sexy Stace. Lo único que lamento es no habernos conocido en otras circunstancias, como él dijo. Si no fuera un asesino relacionado con esta nave.

Somos tan buenos juntos. Podríamos haber tenido algo.

Maldita sea.

Ahora mismo, sin embargo, necesito concentrarme en mi tarea. Sigo caminando lentamente por la cubierta desierta. El sol apenas se sumerge bajo el horizonte y la luz se desvanece rápidamente. Miro los números de la parte superior de los contenedores mientras camino entre ellos. ¿Dónde está?

Sigo caminando y caminando. El otro día me pareció verlo por aquí. Me detengo en el sitio y miro hacia atrás desde donde vine, y luego hacia delante. Es como un juego de memoria. Todo parece igual. Pensé que estaba por aquí cerca de este rojo y vuelvo hacia esa dirección. Y ahí está.

1140

Miro a mi alrededor para ver si alguien me pilló, y me parece que no. Atravieso rápidamente el callejón entre las sombras, tomo el candado y lo reviso. Es una llave normal.

Bien.

Entrecierro los ojos mientras pienso. Tengo que entrar en el centro de control para encontrar el armario de las llaves. Pero, ¿cómo voy a hacerlo?

Stace está ahí ahora.

¿Puedo fingir que voy a visitarlo? Sí, ¿por qué no?

En cinco minutos estoy al pie de la escalera del centro de control y llamo a la puerta. No responden. Vuelvo a llamar y miro las ventanas de arriba. Mmm, ¿quizás ya terminó su turno?

Espero unos minutos más. Maldita sea, era la oportunidad perfecta para entrar mientras no hubiera nadie.

Golpeo una última vez.

—¿Qué haces? —una voz severa detrás de mí reclama mi atención.

Doy un respingo del susto y volteo para ver a Jack, el hombre de Ángela, de pie detrás de mí.

—Oh, hola. —Sonrío—. Estaba buscando a Mac. ¿Sabes si está aquí?

Abre la puerta con su llave. —Sí, creo que sí. Pasa adelante.

Estupendo. —Vale, gracias. —Lo sigo escaleras arriba y llegamos al nivel superior, a una gran sala de computadoras con máquinas, portátiles, y estaciones de trabajo por todas partes. Mis ojos lo encuentran al otro lado de la habitación, sentado en su escritorio, y cuando me mira siento que me derrito un poco. Ha sido un largo día sin él.

Basta ya.

Lleva una camisa de trabajo de alta visibilidad y pantalones cargo azul marino, el pelo rubio arena le cuelga sobre la frente. Sus ojos color chocolate y su mandíbula cuadrada me derriten. ¿Cómo podría una mujer de este planeta evitar caer por él?

Incluso con ropa de trabajo y botas de acero, parece orgásmico.

Cristo todopoderoso. Debo enfocarme.

—Hola. —Sonrío, esperando secretamente que se apresure a tomarme en sus brazos.

—Hola —murmura antes de volver a su computadora. Me retumba el corazón y espero nerviosa sus instrucciones. Dios, esto no va a funcionar en absoluto.

—Mac, ¿has visto ese email? —Jack pregunta—. Volví para asegurarme de que sí.

—¿Cuál? —responde, distraído.

—Vikinos volará el 29.

Los ojos de Mac vuelan hacia Jack y luego hacia mí… Mierda.

—Rosh ¿puedes darnos un minuto? —pregunta.

—Mmm, claro. ¿Tienes un baño aquí arriba que pueda usar?

Frunce el ceño distraído. —Sí, por el pasillo de la izquierda.

—Gracias.

Me doy la vuelta y avanzo por el pasillo. Mierda, quería oír esa conversación. El 29. ¿Cuántos días faltan para eso? Ni siquiera sé qué puto día es. Escudriño el despacho en busca de un teclado o algo. No hay nada. Avanzo por el pasillo y veo dos despachos. Me muerdo el labio y me volteo hacia los hombres.

¿Me oirán si abro esta puerta?

Mierda.

Abro lentamente la puerta y está vacía, salvo por las taquillas del personal. Paso a la habitación contigua y abro la puerta. Me quedo con la boca abierta.

Bingo.

Toda la pared del fondo es un tablero con llaves que tienen números encima.

Mierda, mierda, mierda, me van a atrapar. Busco rápidamente la que quiero.

¿Dónde está? ¿Dónde está? Mis ojos dan vueltas frenéticamente y, por fin, en la esquina inferior derecha, encuentro la primera y luego la otra.

1140 y 1289

Cojo las llaves y vuelvo a la puerta y miro hacia atrás. Maldita sea.

Es evidente que falta la llave superior. ¿Qué hago? Ya sé. Saco la llave de mi habitación y la pongo rápidamente en el gancho, bajo del número 1140. La segunda llave no se nota tanto, ya que está en la fila superior. Luego deslizo la llave del contenedor en el llavero de mi habitación… nadie lo sabrá nunca.

Salgo de la habitación y me meto al baño. Me siento en el retrete con una sonrisa exagerada en la cara.

Apártate, James Bond.

Se tumba a mi lado en la cama mientras lee su libro. La habitación está a oscuras, iluminada únicamente por la lámpara que hay junto a la cama. Son las diez de la noche y él está en calzoncillos y camiseta. Yo estoy duchada y huelo a jabón, desnuda, pero él ni siquiera ha mirado en mi dirección.

Está diferente.

Algo cambió.

Hace dos días no podía quitármelo de encima ni aunque lo intentara. Ahora… nada.

—Ese Código Divinci debe ser un libro interesante, ¿eh? —pregunto.

—Mucho —murmura mientras pasa la página sin levantar la vista.

—No sabría decirte. —Hago una pausa mientras intento que me mire—. Nunca lo he leído.

Se pasa la lengua por la boca como si pensara, pero no contesta.

Me pongo de lado y dejo caer a propósito las mantas para dejar al descubierto mis pechos.

Se atrapa el lateral del labio inferior con los dientes, como si intentara no reaccionar, pero ni se inmuta. ¿Qué haces, imbécil? —No estoy cansada —anuncio.

—Lee un libro. —Señala una caja llena de libros bajo su escritorio.

Pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama. Estoy desnuda y me agacho a propósito y deslizo la caja con el trasero hacia él. Lo veo en el espejo del baño detrás de mí y sus ojos se levantan para observarme, aunque finge no hacerlo.

Sonrío con satisfacción. Me siento en el suelo y empiezo a revisar los libros.

Leo los títulos en voz alta.

—El diablo de plata, de Victor LaValle. El país de octubre, de Ray Bradbury. Monstruos rotos, de Lauren Beukes. Últimos Días, de Brian Evenson.

Curvo el labio con disgusto. —¿Este es tu estilo de lectura?

—Frunzo el ceño.

Levanta la vista. —Me gusta el horror.

Ensancho los ojos. —Aburrido.

Su mandíbula hace un tic molesto. —¿Qué te gusta leer?

Me inclino a propósito, mostrando mi culo desnudo. —Me gusta lo obsceno.

—Se nota —responde mientras pasa la página con enfado.

Me puse la mano en la cadera. —¿Cómo que se nota?

—Porque eres una maníaca sexual.

Sonrío. —Puedes grabar eso por favor y mostrárselo a mis ex novios.

—¿Por qué lo haría? —responde rotundamente.

—Porque todos se quejaban de que odiaba el sexo.

Sus ojos se levantan de su libro como si de repente le interesara. —¿Lo hacías?

—¿Con ellos? —pregunto.

Asiente con la cabeza.

—Más o menos.

Me ve a los ojos sin apartar la mirada. —¿Lo odias conmigo?

—Eres el primer hombre con el que lo he disfrutado.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Hago una pausa—. Quizás porque sé que nunca llegaremos a nada y tengo que despedirme de ti pronto.

Nos quedamos quietos mientras nos miramos fijamente, el aire crepita entre nosotros.

—Lo haces bien para alguien que supuestamente odia el sexo —murmura.

—Es fácil una vez que encuentras a un hombre que sabe qué hacer. —Levanta una ceja—. Sabes cómo hacerme desearlo.

Reajusta su longitud bajo las mantas. —¿Lo deseas?

—pregunta.

—Dios, lo deseo —respiro.

—¿El sexo?

—Tú, Stace. Te deseo a ti.

Se agarra la polla a través de las mantas y sus ojos atormentados invaden los míos.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto.

—¿Cómo así?

—Como si yo fuera el enemigo.

—¿Lo eres?

Frunzo el ceño. ¿Por qué habla con acertijos?

—Supongo que sí. Soy alguien que tomaste contra su voluntad y que ahora… —Me detengo. Yo tampoco lo entiendo.

—¿Que ahora qué?

—Que ahora sólo se siente segura cuando está en tus brazos y sé que eso está mal. —Frunce el ceño—. Me estoy volviendo jodidamente loca. —Vuelvo a tirar el libro a la caja con disgusto—. Me enferma escucharme admitirlo en voz alta.

—¿Te hago sentir enferma? —me pregunta.

Sonrío tristemente. —Deberías.

—Eso no fue lo que pregunté.

Sacudo la cabeza, nuestros ojos se clavan y, tras un momento, respondo: —No.

—¿Qué piensas al respecto? —pregunta.

—Esa es la cosa. No puedo pensar cuando estoy contigo.

Frunce el ceño como si comprendiera.

—Cuando me tocas, nada más importa —respiro.

Permanece en silencio.

—Te extrañé cuando estabas en el trabajo hoy. —Baja la cabeza. —No lo hagas.

—Sé que no debería hacerlo. —Finjo una sonrisa mientras intento justificar mis sentimientos —. Debería odiarte.

—Deberías —suelta.

Me acerco y me siento en la cama a su lado. Sus ojos se cruzan con los míos. —Bésame —le digo.

La habitación está llena de un deseo desenfrenado, tan denso que se podría cortar con un cuchillo.

Levanta la mano, me acaricia la cara y me besa suavemente.

Mis ojos se cierran instintivamente. —Stace —respiro. Siento que estoy a punto de romperme,

esto es demasiado. La intimidad que siento con él es demasiado. Necesito odiarlo. ¿Cómo voy a hacerlo?

Como si percibiera mi miedo, susurra: —Shhh.

Entorno la cara mientras nos besamos. —Esto tiene que acabar —me dice.

—Lo sé.

—Última vez —murmura contra mis labios.

Lo beso y siento que me levanto del suelo. —De acuerdo.

* * *

Miro a la izquierda, miro a la derecha. Es poco más de mediodía y no hay moros en la costa.

Stace ha convocado una reunión sobre la visita de Vikinos la semana que viene. Tienen que poner todo en orden. Esta es probablemente mi única oportunidad en la que todo el mundo está preocupado. Las chicas están en la cubierta superior tomando el sol, y todo el personal está en el nivel de mantenimiento revisando las operaciones. Les dije a todos que iba a estar durmiendo.

Recorro las filas hasta llegar al contenedor que necesito y saco las dos llaves. No sé cuál es cuál. Giro la primera llave y no funciona. Joder.

Cojo la segunda llave, la agito un poco y se abre. Sonrío mientras miro a mi alrededor con culpa. Abro el candado, quito la llave, la vuelvo a poner en la cerradura y la giro hasta que parece cerrada. Abro la puerta y me asomo. A oscuras, saco la pequeña linterna que cogí el otro día de la planta de mantenimiento y miro a mi alrededor. Decía que debajo del suelo. Entro y tiro lentamente de la puerta para que parezca cerrada desde fuera.

Me pongo la linterna en la boca, me agacho y doy unos golpecitos al suelo. Sí… Está bajo el suelo. Camino alrededor del perímetro del contenedor concentrándome en el suelo. Necesito encontrar un trozo que pueda arrancar. ¿Cómo lo hago sin hacer ruido?

A la mierda.

Pienso un momento.

Detrás de mí hay algunas cajas de madera. Tal vez debajo de ellas encuentre un espacio para levantar. Muevo una a un lado, y luego la que está debajo, y finalmente la caja de abajo, es muy larga y tiene una grieta en la parte superior. Sí… Pongo la linterna en la grieta y tiro hacia arriba mientras la uso como herramienta. Después de diez minutos de duro trabajo la tapa de madera se levanta.

Retiro el cartón destrozado y sonrío.

Una caja de rifles de francotirador M98B de Barret. ¡Síií!

Menos mal que estaban donde tenían que estar. Rebusco en la caja pero no hay balas.

Joder.

Desmonto la caja de arriba y sigo sin nada. Mierda, al diablo con esto.

Desmonto la caja superior y finalmente encuentro una caja metálica que contiene la munición.

Me quedo quieta un momento y dejo que la euforia se apodere de mí. Tomo, desmonto el rifle y cargo el arma. Cargo otra y saco todas las balas. Luego me paro y vuelvo a poner las cajas donde estaban.

Mi corazón bombea con fuerza. Camino hacia la parte delantera del contenedor y me coloco de espaldas a la puerta.

Frunzo el ceño.

Oigo pasos.

Contengo la respiración y cierro los ojos. Mierda, mierda, mierda.
¿Quién está ahí? —grita la voz masculina.

CAPÍTULO 10

Roshelle

DIOS MÍO.

Cierro los ojos y agarro la pistola tan fuerte que siento que me romperé los dedos.

—Soy yo —responde una voz de hombre.

—¡Joder! ¿Oíste eso? —gruñe uno.

—Sí, lo escuché.

—¿Cómo? —pregunta el otro hombre.

Frunzo el ceño. ¿Quién es y de qué hablan? ¿Por qué se reúnen al lado de este contenedor en particular? Dios, estoy jodida. Están entrando aquí para tomar las armas.

Permanezco inmóvil intentando contener mi frenético corazón.

—Tiene que parecer un accidente.

¿Quién está ahí fuera? ¿De quién hablan?

—¿Cuándo?

—No estoy seguro. Esta semana. Tiene que irse antes de que llegue Vikinos para que podamos echarle la culpa.

—Esa maldita chica que supuestamente recogimos por accidente es policía.

—¿Qué? —suelta el otro hombre.

Mis ojos se abren de par en par. Joder… ¿Por qué pensarían que soy policía?

—Sí, me atacó el otro día, y me advirtió que no me acercara a él.

A la mierda todo. Están hablando de Stace.

Contengo la respiración. Por favor, que no me encuentren.

—La trajo hasta aquí como una pequeña guardaespaldas con derecho. No fue casualidad que saliera por la puerta de atrás de ese bar justo en ese momento.

Frunzo el ceño.

—Haré una llamada por avería del motor esta semana en algún momento de la noche, y cuando salga nos ocuparemos de él.

—Tiene que parecer un accidente.

—Sí, así será. Irá en la bebida.

—De acuerdo.

—¿Stucco? —Se escucha la voz de Stace a través de la radio que lleva uno de ellos.

—¿Sí? —Stucco responde por el equipo.

—¿Por qué no estás aquí en la reunión? —gruñe Stace, enfadado.

—Ya voy.

—Date prisa, carajo —dice antes de colgar.

—Joder. No puedo esperar para matar a este maldito. Se lo está buscando. —Stucco gruñe.

—Sí, bueno, asegúrate de matarlo bien.

—Estoy en ello —responde Stucco—, es hombre muerto.

Mi corazón late sin freno y sé que necesito esta pistola ahora más que nunca. Van a matarlo. Sabía que no lo estaba imaginando.

—Será mejor que volvamos.

—Vale, nos vemos abajo —responde la voz del hombre.

¿Quién es el otro hombre? Stucco está trabajando con alguien.

¿Qué están tramando y de qué piensan culpar a Stace?

Espero diez minutos en silencio. ¿Se habrán ido?

Empiezo a sudar, hace mucho calor aquí. Me imagino a los refugiados que se han visto obligados a viajar en estas cosas durante meses. No puedo imaginar semejante horror. Abro lentamente la puerta unos centímetros y me asomo. El viento arrecia, pero la costa parece despejada. Salgo corriendo, dejo las dos pistolas en el suelo y vuelvo a cerrar rápidamente el contenedor. Me agacho, recojo las armas y miro a mi alrededor con nerviosismo. Por favor, que no me atrapen. Envuelvo las armas en una toalla que traje y vuelvo rápidamente a nuestra habitación. Empujo la puerta para abrirla. No la pude cerrar porque no tengo mi maldita llave, y eso ya es arriesgado de por sí. Ese estúpido de Stucco podría estar husmeando por aquí. Tiro las armas debajo de la cama y luego les pongo otra toalla encima. Ahora no tengo tiempo de esconderlas. Tengo que llegar al otro contenedor mientras están todos ocupados. Me pregunto cuánto durará esta reunión.

Las armas eran lo principal que necesitaba conseguir… y ahora, voy por la guinda del pastel.

Subo de nuevo a la cubierta y doy un vistazo alrededor, confirmando que sigue desierta. Saco la otra llave y camino por la última fila de contenedores. Es más fácil pasar desapercibida por estar en la última fila. Abro la cerradura, sigo el mismo procedimiento y cierro la puerta tras de mí.

Exhalo mientras enciendo la linterna. Joder, qué calor. Estoy sudando como un cerdo.

Bien, ¿qué estoy buscando? Estatuas.

Decía estatua.

En este contenedor hay cajas, probablemente unas veinte en total. Abro la de arriba y veo que la caja está dividida en doce cuadrados de cartón. En cada cuadradito hay una pequeña estatua de gato de cerámica de unos quince centímetros de alto. Reviso la caja, las saco una a una y las agito. Nada. Todas parecen vacías.

Si fuera a esconder algo en una estatua, ¿dónde lo pondría?

Pienso un momento. La caja de abajo. Rápidamente empiezo a apartar las cajas una a una hasta que llego a la última. La abro, saco las estatuas de gato una a una y las sacudo.

Nada.

Joder.

Abro la siguiente caja y la siguiente caja. Quizás no hay nada aquí. Me rasco la cabeza con frustración mientras el sudor me gotea por la frente.

Oh mierda, tal vez leí mal la foto. ¿He cogido bien el recipiente? Abro otra caja y la primera estatua que cojo y agito resuena cuando algo golpea los bordes interiores.

Mis ojos se abren de par en par y vuelvo a agitarlo. Clink, clink, clink.

Sí, es éste. Rápidamente compruebo los otros de la caja.

Nada.

Debe ser aquí.

Con prisa vuelvo a dejar las cajas como estaban y me dirijo de nuevo a la puerta. Abro lentamente la puerta y me asomo. No hay moros en la costa. Envuelvo mi pequeña figurita en la

toalla, salgo y vuelvo a cerrar rápidamente el contenedor.

Mi corazón late muy rápido y no puedo creer que esté haciendo esto.

¿Quién soy?

Vuelvo a la habitación, entro, cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella, aliviada, mientras jadeo.

Apesto. Estoy empapada de sudor. Cojo mi estatua de gato, entro al baño, cierro la puerta y echo el pestillo tras de mí. Enciendo la ducha y miro a mi alrededor. Tengo que abrir la estatua. Lo haré más tarde.

¿Cuándo?

¿Cuándo voy a tener la oportunidad de saber que Stace estará ocupado?

Hazlo ya. Abro la puerta del baño y me asomo para asegurarme de que no regresó a casa, la vuelvo a cerrar, levanto la estatua por encima de mi cabeza y la tiro al suelo. Rebota.

Mierda.

Lo vuelvo a levantar y la lanzo y vuelve a rebotar. Mierda.

Lo vuelvo a levantar y la tiro con fuerza hacia abajo y se estrella contra el suelo.

Me quedo mirando la cerámica rota un momento, asombrada.

Mis ojos se abren de par en par. Mierda… tenía razón.

Diamantes.

Diamantes más grandes que la uña de mi pulgar. Dorado claro y rosa nebuloso. Algunos son de un blanco brillante. Dios mío, estos deben valer una fortuna.

Apenas puedo respirar.

Voy al dormitorio, cojo un calcetín del cajón de la ropa interior de Stace, vuelvo al baño y cierro la puerta. Me siento en el suelo, rebusco entre la cerámica rota y recojo los diamantes, metiéndolos al calcetín de uno en uno.

Cuarenta y dos diamantes en total. ¿De quién son?

Con cuidado, ato el calcetín por el extremo, recojo la cerámica rota y la meto en una bolsa de plástico. Voy a tener que tirar esto por la borda en cuanto tenga ocasión.

Me meto en la ducha y dejo que el agua fría me moje.

Santo cielo. Lo logré.

A veces la vida me sorprende, pero no tanto como yo misma.

¿Qué tan estúpida puede llegar a ser una chica?

¿Por qué demonios pensé sinceramente que había algo entre este criminal y yo?

* * *

Me como lo que me queda de papas y verduras mientras lo observo con ella. Estamos cenando, son las ocho de la tarde, y Stace llegó tarde después de trabajar todo el día. Pensé que se sentaría a mi lado, como siempre.

Supongo que hoy no.

Esta noche buscó su cena y se sentó junto a Chelsea, dejándome sola. Ni siquiera volteó a verme, estoy harta de sus juegos mentales.

Que se joda.

Esta es la maldita gota que derramó el vaso. ¿Quién coño se cree que es?

Estoy furiosa. Furiosa de que piense que puede tratarme así. Furiosa porque no lo vi venir. Furiosa porque mis sentimientos son heridos por otro imbécil.

Estoy harta de los hombres.

Ángela se acerca y se sienta a mi lado. —¿Qué está pasando con ustedes dos?

Me encojo de hombros. —Nada.

Lo observa mientras habla y ríe con Chelsea y otra chica rubia. —¿Están peleados? —Ella frunce el ceño.

—No que yo sepa.

Frunce el ceño. —Qué raro —murmura.

Me bebo mi último trago. —Puede que vuelva a la habitación.

No puedo esperar a salir de este puto barco —murmuro.

—Sí, seguro. —Ella suspira.

Me paro.

—¿Vas a decirle algo? —pregunta.

—No. ¿Por qué molestarse?

—Deberías preguntarle cuál es su problema.

—No me importa —respondo secamente—, puede follársela toda la noche.

Sus ojos sostienen los míos. —No lo dices en serio.

Finjo una sonrisa. —Sí, la verdad es que sí.

Me levanto y me dirijo a la cocina, pido un postre para llevar y espero a que me corten la tarta de queso. Si voy a deprimirme esta noche, mejor hacerlo con estilo. Cojo mi tarta de queso y, cuando salgo, él me llama la atención.

—Me voy —anuncio.

Asiente, sin inmutarse. —Nos vemos. —Vuelve a su conversación.

¿Está jodiendo? ¿Cuál es su problema? —¿Puedo hablar contigo un momento, por favor? —le pregunto.

—¿Sobre qué?

Lo fulmino con la mirada, él pone los ojos en blanco y se levanta a regañadientes.

Salgo de la sala común y me sigue.

Me volteo hacia él. —¿Qué estás haciendo? —susurro.

Frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me hablas?

—No sabía que tenía que hacerlo.

Cruzo los brazos con rabia delante de mí. —¿Es así?

Se encoge de hombros. —Voy a salir con Chelsea esta noche. —Mis ojos se clavan en los suyos—. Estoy un poco aburrido en la misma cabaña de siempre. —Hace una pausa—. ¿Sabes a lo que me refiero?

Creo que me habría dolido menos si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Enróllate con alguien si quieres —responde con indiferencia—, seguro que alguien más puede hacer el trabajo.

Me trago el nudo en la garganta. Me dolió.

De todas las cosas que podría decirme… Sugerir que soy una zorra es la peor.

Dejo caer la cabeza en estado de shock. ¿Cómo se responde a semejante comentario? Me doy la vuelta y me alejo antes de que vea las lágrimas que brotan de mis ojos.

No puedo más.

Stace

Sin moverme del sitio, la veo alejarse de mí por el pasillo.

Debería sentir algo distinto de lo que siento. Debería estar eufórico por librarme de esa zorra conspiradora, no arrepentido.

Lo que debería estar haciendo es enrollarme con Chelsea de verdad, no quedarme aquí deseando irme a casa con Rosh.

Jódete por ser policía.

Vete a la mierda por ser la primera chica que me ha gustado en mucho tiempo.

Me arrepiento de no ser un hombre mejor, de que ella tuviera razón. Que se joda por demostrarme una y otra vez por qué estoy fuera de su alcance.

Se lo merece, me recuerdo. Se merece sentirse

traicionada por mí porque eso es lo que yo siento de ella. El acto que me mostró en esos primeros días fue lo que captó mi atención. Ella tenía esta fuerte voluntad de vulnerabilidad, y me pareció tan condenadamente excitante.

Menuda actriz.

De todos modos, ahora no tengo tiempo de preocuparme por ella. Me dirijo a la torre de control para llamar a Chris. Estoy ansioso por ver quién es realmente la pequeña señorita inocente.

Dos horas más tarde me siento en mi mesa y miro el reloj. He llamado a Chris cada media hora y los resultados siguen sin llegar. Resoplo frustrado. Venga, venga. Golpeo el bolígrafo mientras pienso. Si es policía, tengo que matarla. No tengo elección. Ha visto demasiado. Sé que ella no ha tenido una radio para contactar de nuevo por lo que no saben nada todavía. Pero si se va, seguro que lo sabrán. Me froto la frente con frustración. No quiero matarla. Joder, ¿qué coño se cree que está haciendo aquí? Me sujeto el labio inferior con los dedos mientras pienso, preguntándome si estará trabajando con alguien. ¿Tenemos un topo en esta embarcación que ha llamado a las autoridades? Entrecierro los ojos al recordarla saliendo por la puerta trasera aquella noche.

Estaba llorando. Dio una buena pelea. Debí haber sabido entonces que no era una chica normal.

Suena el teléfono y contesto de inmediato. — Hola.

— Hola, Stace. — Es Chris.

— ¿Tienes los resultados? — pregunto.

— Sí.

Vacila y yo frunzo el ceño. — ¿Qué?

— ¿Cuánto hace que no sabes nada de esta chica? — Me muerdo el labio mientras pienso mi respuesta antes de contestar.

— Un rato.

— Sé por qué — responde.

— ¿Por qué?

— La han dado por desaparecida. Está en todas las noticias.

Entorno la cara. Por supuesto que iba a descubrirlo.

— ¿Qué le pasó?

— Al parecer, pilló a su novio enrollándose con su mejor amiga en un club nocturno. — Frunzo el ceño mientras escucho.

— Se largó y creen que se ha suicidado en algún sitio.

Su mejor amiga y su novio. ¿Qué carajo? Por eso estaba llorando.

— De todos modos, es enfermera — continúa.

Vuelvo a fruncir el ceño. — ¿Enfermera?

— Sí, UCI.

— ¿Pensé que era policía?

— No, ¿te dijo eso?

Sacudo la cabeza, distraído por lo de la mejor amiga y el novio. — No, sólo pensé… — ¿Pensaste qué?

— Una vez hice sparring con ella en el gimnasio y sabía pelear. Supuse que era policía.

— No, no es policía. Es socia de un gimnasio de kickboxing. Hace ejercicio regularmente.

— ¿Tiene familia? —l e pregunto.

— Eso es lo raro. No hay rastro de ella antes de su decimoctavo cumpleaños.

Frunzo el ceño. — ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que ella no existía hasta que cumplió los dieciocho.

— No lo entiendo. — Frunzo el ceño.

— En la mayoría de los casos, eso significa que se ha cambiado el nombre en cuanto ha cumplido la edad.

— ¿Por qué haría eso?

— ¿Quién sabe?

— ¿Quién era ella antes? —pregunto.

— Puedo averiguarlo, pero esa información tarda más o menos una semana.

Tienen que revisar registros y demás. ¿Realmente importa de todos modos?

Me acerco el teléfono a la oreja mientras pienso.

— Me refiero a que probablemente esté muerta — responde.

Sacudo la cabeza. Dios, nadie la está buscando. No me extraña que quiera empezar de nuevo.

— ¿Con quién vive? — le pregunto.

— Vivía con su mejor amiga.

— La chica que se follaba a su novio. — Frunzo el ceño.

Esto es increíble.

— Esa misma.

Se me cae el corazón. — ¿Cómo saben que se suicidó?

— No lo saben. Al parecer, la amiga y el novio habían salido juntos de la ciudad y ella los siguió y se volvió loca justo antes de desaparecer. La policía encontró su auto en el estacionamiento del club nocturno cuando se denunció su desaparición dos días después.

— Aparte de lo de aparecer a los dieciocho años, ¿hay algo más inusual? — le pregunto.

— No. Es enfermera y trabaja duro. Va al gimnasio. Es reservada y nunca ha tenido problemas con la ley. Unos cuantos novios. Cinco para ser exactos.

— ¿Cuánto tiempo estuvo con este último tipo? — No sé por qué quiero saberlo, pero quiero.

— Un par de años.

El remordimiento me invade. Probablemente ella lo amaba. Recuerdo su cara cuando entró por la puerta de atrás y le dije que estaba aburrido y que iba a pasar la noche con Chelsea. Qué imbécil tan débil. Realmente está fuera de mi puta liga.

— Escucha, tengo que ir a una reunión. Te llamaré en cuanto tenga los datos de su nacimiento.

De acuerdo, amigo. Gracias. Como una semana, ¿no?

— Sí, habla pronto.

Cuelga y me siento un momento en el despacho en penumbra mientras asimilo su historia. Sacudo la cabeza con incredulidad. Su novio debe de estar jodidamente loco como para engañarla. Estúpido imbécil. Pienso un momento. Tengo que sacarla de esta embarcación antes de que llegue Vikinos. No la quiero aquí después de que la mierda se hunda. Me siento en la silla y respiro hondo.

¿Qué debo hacer?

Me muerdo la uña del pulgar y pienso un momento. Necesito una pieza nueva para el motor. Aunque no es urgente, podría fingir que lo es. Enciendo la computadora y escribo un correo electrónico.

Para: Colombia Docking Security
Asunto: Solicitud

Se solicita permiso para atracar durante 48 horas para mantenimiento urgente no programado del motor.

Espero su respuesta.

Mac.

Entro en la cabina y me encuentro a Rosh tumbada de espaldas a la pared, con la lámpara del escritorio encendida y la habitación tenuemente iluminada.

— Hola. — Espero su respuesta, pero no llega. Se queda callada.

Me doy cuenta de que está despierta. Sin saber qué decir, me ducho sin decir nada más.

Después de ponerme los calzoncillos, me tumbo a su lado. Ella se levanta violentamente, toma una manta y una almohada y se tumba al suelo.

— ¿Estás loca? — pregunto.

— Vuelve con Chelsea, pedazo de mierda — gruñe.

Sonrío en la oscuridad. Ahí está, la brujita fogosa que tanto me gusta.

— Tú duermes en la cama y yo dormiré en el suelo — respondo.

— Vete a la mierda. No me hagas ningún favor.

Me tumbo en el suelo a lo largo de la parte inferior de la cama. — Estoy fuera de la cama, toda tuya. — Es muy duro en este piso, me arrastro para tratar de ponerme cómodo.

— Preferiría morir antes que dormir en tu cama — suelta.

Me río entre dientes y ella me da una fuerte patada con el pie.

— Ay.

Ambos nos tumbamos en el frío y duro suelo mirando al techo.

— Creía que eras policía — murmuro en la oscuridad.

Se queda callada.

— Te vi patearle el culo a Stucco… Lo que me encantó, por cierto — añado.

Aun así, no dice nada.

— Hice que te buscaran. Estaba esperando los resultados esta noche.

Se sienta indignada. — ¿No pensaste en preguntarme?

Te lo repetiré, pensé que eras policía. No creí que pudiera confiar en ti.

Vuelve a tumbarse en el suelo de forma dramática.

— No puedes.

— Bien. Tampoco puedes fiarte de mí — respondo.

— Nunca lo hice. Estoy cansada, así que vuelve con Chelsea. Tu parloteo es molesto . — Ella suspira.

Sonrío ampliamente en la oscuridad y el silencio vuelve a apoderarse de nosotros.

— Creen que te suicidaste.

Duda un momento. — Sabía que lo harían — susurra casi para sí misma.

— ¿Quieres que lo mate?

De nuevo, una larga pausa.

— Lo haré. Si quieres, también la puedo matar a ella — añado con una sonrisa burlona.

— No me tientes. — Suspira.

— ¿Así que eres enfermera? — pregunto mientras la miro en la oscuridad.

— Sí.

— Es un trabajo genial. — Me encojo de hombros — . Debe ser gratificante salvar vidas.

— Salvo las vidas que los traficantes como tú se llevan.

Una rápida patada al estómago me golpea.

— No trafico con drogas.

— Los envías. Es lo mismo.

Pienso un momento. — ¿Quién eras antes de cumplir los dieciocho?

— No sé de qué estás hablando — responde ella inmediatamente.

Sí, lo sabes. Surgió que tuviste un cambio de identidad a los dieciocho años. ¿Qué escondes?

Ella permanece en silencio.

— Estoy a punto de ayudarte a desaparecer del planeta. Merezco saber la verdad.

— Te mereces a Chelsea, eso es todo lo que te mereces.

Vuelve a su verdad.

— Quiero la tuya.

— No quiero la tuya, así que déjame en paz.

Durante diez minutos permanecemos en la oscuridad, perdidos en nuestros propios pensamientos.

Los míos son arrepentimientos, los de ella son… no sé qué.

Finalmente, tras un largo silencio, habla. — Mi padre era malo.

Frunzo el ceño.

— Siempre fue un delincuente de poca monta, pero mi madre pensó que podía cambiarlo. Quedó embarazada de mí por accidente… — Su voz se entrecorta como si estuviera muy lejos.

Espero pacientemente a que termine. — ¿Así que se casó con él? — le pregunto.

— Sí.

Frunzo el ceño. Me doy cuenta de que es difícil para ella volver a hablar de esto.

— Cuando yo era un bebé, empezó a meterse al crimen organizado y mamá amenazó con dejarlo. — Hace una pausa — . Le dio tal paliza que pasó una semana en el hospital.

Cuanto más me cuenta, más se enfría la habitación.

Cuando yo tenía dos años lo apresaron, y mamá lo vio como una oportunidad para escapar. Huimos a un pueblo en el campo y nos cambiamos el nombre.

Se hace de nuevo el silencio.

— Cuando tenía cinco años nos encontró.

Frunzo el ceño y ella deja de hablar. Tras una larga pausa le pregunto: — ¿Qué pasó?

— Le disparó a mi madre y me secuestró.

— ¿La mató? — susurro.

Ella sacude la cabeza. — No. La policía recibió el dato de dónde me tenía escondida y lo atraparon. Volvió a la cárcel. — ¿Y tu madre?

— Sobrevivió, pero nunca volvió a estar bien. Vivíamos al borde del miedo, cambiando de ciudad y de nombre cada pocos años. Nunca tuvimos amigos duraderos y siempre estábamos sin dinero. Ni siquiera nuestra familia sabía dónde estábamos.

No puedo imaginarme crecer así. A pesar de todos mis defectos, mi infancia fue un sueño.

— Luego, tres días antes de cumplir dieciocho, volvió a encontrarnos.

Me incorporo y la miro en la oscuridad. Tiene los ojos vidriosos y la voz débil. Es un recuerdo doloroso para ella. Tiene un aire distraído, como si hubiera derramado muchas lágrimas.

— Me ató y tuve que mirar. — Hace una pausa y sé que lo está viviendo como si estuviera sucediendo de nuevo — . Le cortó la garganta y la dejó desangrarse.

Joder.

— Vi cómo se le iba la vida.

Esta vez soy yo quien no tiene palabras.

— Era tan hermosa — susurra — . La única persona en la que siempre pude confiar.

No sé qué decir, así que permanezco en silencio y, al cabo de unos diez minutos, respondo: — ¿Qué te hizo a ti?

— Nada, sólo me llevó para vengarse de ella por dejarlo.

Dos de sus hombres me llevaron a un hotel.

Frunzo el ceño. — ¿Tiene hombres?

— Ahora sí. Al principio era sólo él, pero ahora tiene ayuda. Me llevaron a un hotel e iba a recogerme en unos días, pero por suerte para mí alguien fue asesinado en la habitación de al lado, así que vino la policía e hizo registros aleatorios en todas las habitaciones. Me encontraron y me metieron al programa de protección de testigos.

Frunzo el ceño y la miro. Dios, esto no es lo que esperaba.

— ¿Y te convertiste en Roshelle Myers?

— Sí.

— ¿Siempre has estado sola?

— Sí — responde ella, monótona —, solía tener este pequeño escenario perfecto en mi cabeza. Me ayudaba a superar los días difíciles.

— ¿Cómo qué?

Sonríe. — Salí a cenar con mi madre y mi padre a un restaurante caro, mi padre era un médico muy respetado. Amaba a mi madre y vivíamos en una casa lujosa. No tenía preocupaciones y la vida era perfecta.

Sonrío al imaginarme el escenario que está montando.

— Un chico guapísimo se nos acercaba en la cena y le preguntaba a papá si podía bailar

conmigo y mi padre decía que no porque era demasiado protector.

CAPÍTULO 11

Roshelle

Sujeto con fuerza la invitación a la fiesta. Me tomó ocho años recibir una invitación a una fiesta, ésta es la primera.

Estoy muy emocionada y corro hasta casa con mis amigos para contárselo a mamá. Doy la vuelta a la esquina y se me cae la cara de tristeza al ver a mamá arrastrando una gran maleta por la escalera de entrada.

Oh no, otra vez no.

—¿Mamá? —pregunto mientras camino hacia ella.

Ella finge una sonrisa valiente. —Tenemos que irnos, cariño.

Sacudo la cabeza. —Pero… No quiero ir. Por fin tengo amigos. Tengo una fiesta. Miro a los tres amigos que viven en mi calle. No tienen ni idea de lo que está hablando. Ojalá yo no la tuviera.

—Despídete de tus amigos, cariño. —Les hace un gesto mientras me coge de la mano y me aparta el pelo de la cara. Se me llenan los ojos de lágrimas. —Tengo una fiesta el sábado. Ellen me ha invitado a su fiesta. ¿Podemos quedarnos hasta el sábado? —susurro.

A mamá se le cae la cara de dolor y mira a mis amigos mientras todos esperan. —La próxima vez —murmura.

No habrá próxima vez.

—Despídete, Rosh —me dice mientras aprieta mi mano.

—Toma, vas a necesitar esto. —Me pasa un gran sobre amarillo—. Dentro tienes tu nuevo pasaporte y tres facturas de servicios públicos a tu nombre para que puedas abrir una cuenta bancaria.

—Gracias. —Miro el sobre que tengo en la mano, mi billete a la libertad, y lo agarro con fuerza. El barco está atracando en Colombia mientras hablamos y Stace, quiero decir Mac, me dejará bajar. Los planes han cambiado y ahora no voy a Puerto Rico, por lo visto, pero me parece bien. Así me alejo más rápido de él… de él y de Chelsea. Estoy enfadada conmigo misma porque sus palabras de anoche sobre que se *aburría* en nuestro camarote me cortaron como un cuchillo, y sólo quiero alejarme de él cuanto antes.

No es bueno para mi cordura, pero tampoco estoy seguro de que Colombia sea una opción mucho más segura. Sin embargo, me alegraré de librarme de esta maldita fiebre de cabina.

—Tendrás que solicitar tú misma el permiso de conducir y es posible que tengas que volver a pasar por el programa de aprendizaje, no podemos pasar de ahí.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo.

—Probablemente sea mejor abrir unas cuantas cuentas bancarias en cuanto llegues a tierra firme, porque los servicios públicos todavía están al día.

—Sí, de acuerdo. —Mis ojos se clavan en los suyos—. Gracias.

Frunce el ceño mientras me mira.

—Lo digo sinceramente. No tenías que salvarme, pero lo hiciste. —Sonrío suavemente.

Se mete las manos en los bolsillos mientras mira fijamente hacia abajo como si tuviera miedo de tocarme. Tiene una buena razón. Me siento inestable después de que fuera con Chelsea anoche. Si me toca, caerá.

—¿Me das un beso de despedida? —pregunta esperanzado.

La electricidad salta entre nosotros.

—No. —Lo corto antes de que tenga tiempo de contraatacar. ¿Por qué querría besarlo? ¿Para que otro puto idiota me desgracie la vida? No, gracias. Sola y a salvo es una opción mucho mejor.

Frunce el ceño en señal de pregunta.

—No quiero besarte. Terminé con lo nuestro. Fue divertido mientras duró, ¿dejémoslo así?

Mueve la cabeza con frustración, como si supiera que estoy mintiendo descaradamente.

La bocina del barco suena con fuerza.

Miro hacia la puerta de nuestro camarote y encojo la cara mientras siento la adrenalina dispararse por mi torrente sanguíneo. —¿Esto es todo?

Asiente con la cabeza.

—¿Cómo voy a salir del barco. ¿Van a registrarme o algo?

Sacude la cabeza. —No, pensarán que eres una de las chicas que viajan con nosotros. Venimos aquí con regularidad. Nos conocen.

Asiento con la cabeza mientras pienso.

—Entonces, les mostrarás tu pasaporte.

—¿Cómo me llamo? —Abro rápidamente el sobre y luego el pasaporte. Se me cae la cara de horror. Mi rostro inexpresivo y horrible me mira fijamente, y parezco uno de los más buscados de América—. ¿No podías haber elegido una foto peor? —tartamudeo—. Oh, es lamentable. —Miro el nombre, Rebecca Williams.

Me dio su apellido, aunque no sabe que yo sé cuál es.

—¿Rebecca? —pregunto.

Se encoge de hombros como avergonzado. —Realmente no puedo imaginarte con un nombre que no empiece por R.

—¿De dónde salió Williams?

—Me gusta, eso es todo —responde despreocupado.

Sonrío ampliamente. —Es un bonito nombre. —Vuelvo a entrecerrar los ojos ante la foto y hago una mueca de dolor—. Dios, qué horror.

Me lo quita y lo estudia con una sonrisa sarcástica. —No está tan mal.

Mis ojos se abren de par en par. —¿No está tan mal? Es una verdadera mierda.

Se ríe a carcajadas y es un sonido que me cala hasta los huesos. —Tienes un aspecto un poco malvado, si te soy sincero.

Me quedo boquiabierta por lo que acaba de decir. —No eres un caballero. Al menos podrías fingir que es una buena foto.

Deja caer su mano sobre mi trasero. —Nunca dije que fuera un caballero.

Levanto la vista hacia él y vuelvo a sentir electricidad entre nosotros. Los dos nos quedamos quietos mientras la sentimos, nuestros ojos se buscan.

Ojalá…

¡No, basta!

Me suelto de sus garras y él baja la cabeza.

—Necesito ir al baño —murmuro.

—De acuerdo. —Duda un momento mientras me observa—. ¿Nos vemos en cubierta?

Asiento con la cabeza y entro al baño. Espero unos minutos, corro a mi escondite y saco mis diamantes del calcetín. ¿Dónde demonios voy a meterlos? El bulto en el fondo del calcetín es grande, demasiado grande para ponerlos ya sabes dónde, como había planeado. ¿Debería dejarme algunos? ¡Nunca!

Joder, ¿de verdad voy a colar diamantes robados en Colombia?

Mi corazón martillea. ¿Y si me pillan?

¿Y si no lo hacen?

Me permito imaginar que me salgo con la mía. Mi vida dará un giro completamente diferente. Tendré dinero, mucho, mucho dinero. Sin identidad, podré viajar sola por el mundo y sin dolor.

Desato el calcetín, saco los diamantes y los pongo uno a uno sobre el lavabo. Luego me quito el sujetador y palpo el interior de cada copa. Con esto debería bastar.

Con la navaja de Stace, hago un pequeño agujero en la parte superior de cada copa y deslizo los diamantes en el forro de cada una. Me lo pongo y luego los empujo hacia abajo para que se asienten debajo de mis dos pechos. Sacudo las tetas para ver si se me van a salir y sonrío ampliamente.

Debería ser un maldito inventor o algo así.

Cojo el bolso y echo un último vistazo al camarote que ha sido mi cielo y mi infierno durante los últimos catorce días. Empecé este viaje atada a su cama y lo terminé deseando estar atada a él.

Ni en mis sueños más salvajes podría inventar esta mierda. No podría inventarlo.

Recuerdo a ese hermoso hombre sobre mí, su cuerpo en el mío.

La forma en que me miraba, la forma en que me hacía sentir.

Con una última, profunda y arrepentida inhalación, salgo de mi prisión y subo a cubierta.

Hace calor, mucho calor.

De hecho, diría que la lava fundida no se calienta tanto.

Estoy haciendo cola ante la oficina de aduanas, en el lado colombiano del muelle, para salir del barco, y estoy sudando como un cerdo.

Dios mío, déjame salir de aquí con vida. Si me encuentran los diamantes, estoy muerta. Probablemente sólo disparan a la gente en los muelles de aquí.

No se harán preguntas y ni siquiera él me protegerá, eso lo sé seguro.

Cuento a la gente que tenemos delante. Uno, dos, tres… Diez, son diez los que van delante y otros ocho ya pasaron. Todo el mundo está súper ansioso por pisar tierra firme.

Observo el suelo de cemento bajo nosotros, petrificada de hacer contacto visual con alguien por si pueden darse cuenta de que estoy mintiendo… o robando, sea lo que sea esto.

Hay una mujer y dos hombres que comprueban los pasaportes y parecen conocer a todo el mundo, ya que charlan y se ríen alegremente con la tripulación mientras pasan.

Stace me aprieta la mano y se inclina para besarme la mejilla. —¿Puedes relajarte?

Finjo una sonrisa y asiento con la cabeza.

Me pasa el brazo por los hombros despreocupadamente. —¿Qué quieres hacer hoy, cariño? —me pregunta en voz alta para que lo oigan los demás.

Fuerzo una sonrisa falsa. —No lo sé. Nunca había estado aquí, estoy muy emocionada. ¿Cuándo tenemos que volver al barco? —respondo.

—Salimos del puerto mañana a las 6 de la tarde.

—¿Así que pasaremos la noche en Colombia? —Frunzo el ceño. Asiente con la cabeza y me guiña un ojo con su sonrisa pícara y juvenil.

¿Eh? ¿Me lo dice para que los demás escuchen o me lo dice porque quiere que yo lo sepa?

Sólo quiero salir de aquí con mis diamantes. El sudor corre entre mis pechos. —Hace un calor de mierda —susurro molesta—. No puedo con esto.

Levanta la ceja con sensualidad. —¿A quién quieres engañar? Eres caliente por definición.

Sonrío y dejo caer la cabeza mientras el corazón me da un vuelco en el pecho.

Déjalo ya. Deja de ser tan malditamente simpático, imbécil.

Por fin llega nuestro turno, y Stace toma las riendas y entrega los pasaportes de ambos. —¿Cuántos barcos han hecho en los últimos días? —pregunta como distracción.

Los dos hombres responden algo. No sé lo que dicen por qué lo único que oigo es mi corazón de ladrón intentando escapar de mi pecho. El tipo mira nuestros dos pasaportes, sonríe y nos los devuelve antes de hacernos pasar por el torniquete.

Dios mío.

Ha terminado.

Me muerdo el labio inferior para no esbozar una amplia sonrisa.

Stace me lleva a un taxi y, sorprendentemente, sube detrás de mí. ¿Eh?

El conductor se gira. —¿Hacia dónde?

—Bogotá —responde Stace—. Hotel Bog.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Hotel Bog? —pregunto—. ¿Es una broma?

Sonríe moviendo la cabeza. —Es bonito. Créeme.

Asiento y pienso un momento. —¿Te dejamos en algún sitio antes?

—No, claro que no. —Señala sutilmente al conductor con la barbilla.

Miro al conductor y sus ojos nos observan por el retrovisor.

Mierda. Me volteo y miro por la ventanilla con fastidio. No te puedes fiar ni de un puto taxista. El viaje es largo, más de una hora, pero no me importa. Voy colgada de la ventanilla como un perro, deleitándome con el paisaje. El lugar es colorido y vivo… tan diferente a cualquier sitio en el que haya estado antes.

A cada milla que nos alejamos del barco, siento que recupero un poco más de mi yo positiva.

Estoy haciendo esto.

Realmente estoy haciendo esto. Tengo un pasaporte falso, los medios para tener mucho dinero y la posibilidad de ir a cualquier parte del mundo sin trabas.

Nunca me había sentido tan libre y me cuesta borrar la estúpida sonrisa de mi cara. Como si me leyera el pensamiento, Stace también me mira sonriendo.

¿Puede sentir lo feliz que soy?

Por fin, después de lo que parece una eternidad, llegamos y el taxi se detiene. Me asomo fuera del auto mientras mi valentía se disipa al instante. Stace salta y paga al conductor, pero yo permanezco sentada donde estoy mientras intento calmar mis nervios. Tiene buena pinta, no es en absoluto lo que imaginaba. Echo un vistazo a la calle. Es concurrida y estrecha, con árboles bordeando la acera. Todos los porteros parecen respetables y esto parece bastante ostentoso. Pensaba que me iban a dejar en algún gueto. La puerta del auto se abre de repente. Me sobresalto y doy un respingo. Stace me frunce el ceño en el auto. —Debes bajarte.

Asiento con la cabeza demasiado rápido.

—¿Estás bien? —pregunta.

Finjo una sonrisa. —Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Salto del auto.

Estoy bien cuando tengo que fingir que soy valiente. Lo he hecho toda mi vida. Actuar con valentía es mi lugar seguro.

Cuando actúo con valentía. Me siento valiente.

Entramos en el vestíbulo y Stace se acerca al mostrador. —Tenemos una reserva a nombre de Williams —le dice a la sexy recepcionista rubia.

Los ojos de la recepcionista se posan en sus brazos y luego bajan por su musculoso cuerpo. Sus ojos se detienen demasiado en él para mi gusto y la fulmino con la mirada. Sigo aquí, ¿sabes? ¿Qué grosera? Sí, está bueno, pero también es mi novio de mentira.

Ojos fuera, zorra.

—Sí, señor. —Ella sonríe sexy mientras sus ojos se clavan en los de él. Él le devuelve la sonrisa sabiendo exactamente lo que está pensando.

Santo cielo. Si así es como funcionan las cosas en Colombia, puede que tenga que asesinar a alguna perra.

Mis ojos parpadean entre los dos con fastidio.

¿Olvidaron que estoy aquí?

—Cuando termines de mirar lascivamente a mi marido, me gustaría ir a nuestra habitación, por favor —vocifero, sin poder evitarlo.

—Por supuesto, señora Williams —murmura avergonzada y deja caer su atención en la computadora y teclea furiosamente.

¿Por qué acabo de decir eso? Siento que se me calientan las axilas de vergüenza. Miro a Stace y me sonríe como un gato de Cheshire.

—No —digo con una mirada sucia. Aparto la mirada, enfadada por haberle mostrado mi lado celoso.

Déjame aquí y vete. Realmente, realmente necesito que te vayas.

Mete las dos tarjetas de plástico en un sobre y se lo entrega. —La reserva es para catorce noches y están en la suite de Lujo como solicitó en la planta superior.

—Gracias —responde mientras toma las tarjetas.

¿Catorce noches? Frunzo el ceño mientras le sigo hasta el ascensor y la puerta se cierra tras nosotros.

—¿Me reservaste catorce noches? —pregunto.

—Sí —responde mientras observa cómo el dial situado encima de la puerta sube los pisos.

—¿Por qué?

—Así sé que tienes un lugar seguro hasta que te las arregles. Esto puede ser una sorpresa para ti, pero yo no estoy exactamente emocionado por dejarte aquí sola.

—Oh. —Sonrío agradecida—. Gracias.

Permanecemos en silencio mientras se abren las puertas y lo sigo por el pasillo hasta la habitación. La abre y me quedo inmóvil. Guau. Es esplendorosa… súper esplendorosa.

Una preciosa cama de matrimonio tapizada en color crema con un cabecero de tachuelas y un enorme salón de piel color caramelo. Unas cortinas transparentes cubren la pared del fondo, llena de luz natural. Detrás de la cama hay una pared de cristal color café, y al asomarme veo una enorme bañera con hidromasaje y un baño de mármol.

Me río a carcajadas.

Sonríe orgulloso de sí mismo. —¿Está bien?

—¿Bien? —Si pudiera abrazarlo, lo haría—. Es la habitación más bonita que he visto nunca.

Se acerca a la ventana y abre la cortina para mirar la calle, como si estuviera pensando. —Te llevaré de compras y luego volveré directamente al barco —responde sin apartar los ojos de la calle.

Mi buen humor decae al instante. —Oh, vale. —Sí, tiene razón, tiene que irse. Claro que tiene razón—. ¿Por qué necesitamos ir de compras?

—Ropa. No tienes nada.

Me encojo de hombros. —Ah, está bien. Realmente no soy una persona de cosas.

Se gira y me mira sorprendido. —¿No te gustan las cosas?

Sacudo la cabeza.

—A todas las mujeres les gustan las cosas.

—No soy todas las mujeres. He prescindido de cosas la mayor parte de mi vida y sé con certeza que las cosas no me hacen feliz.

Nos miramos fijamente durante un largo rato antes de responder finalmente. —Te conseguiremos lo que necesitas.

—No tengo dinero.

—Te abriremos una cuenta bancaria mientras estemos aquí. —Rebusca en su bolso, saca un fajo de billetes y me lo pasa—. Aquí tienes cinco mil para depositar.

Frunzo el ceño mientras miro el grueso fajo de dinero que tengo en la mano. —¿Me estás dando dinero?

—Claro que sí. ¿Cómo vas a vivir si no tienes dinero?

Miro el dinero que tengo en la mano, abrumada por su amabilidad.

—Te lo devolveré —tartamudeo.

—No es necesario. Gano mucho.

El remordimiento me revuelve el estómago. Le he robado sus diamantes y él se muestra amable y me da el dinero que tanto le ha costado ganar. Bueno, técnicamente no son sus diamantes, pero supongo que es lo mismo. Es el jefe del barco y están bajo su vigilancia. ¿Y si se mete en problemas por mi culpa?

¿Y si lo matan?

Oh no, mi mente empieza a acelerarse. ¿Y si lo matan? ¿Y si lo torturan hasta la muerte y piensan que estaba en esto conmigo? No, no lo harían. Culparía a Stucco, eso es lo que yo haría. Alguien ya estaba robando en la nave. La llave se perdió recuerda.

Joder.

¿Debería confesarlo?

No. No seas estúpida.

El aire de la habitación cambia y siento pánico y náuseas.

Miro su ancha espalda mientras mira a la calle perdido en su propio mundo. ¿En qué estará pensando?

¿Está tras de mí?

No quiero que me lleve de compras ahora. Quiero alejarme de él todo lo posible. Me siento culpable. Sé que él se siente algo culpable por dejar que me lleven, por tirarme el dinero y todo eso. ¿Y si sabe que lo he tomado y me está tendiendo una trampa para ver si realmente sigo adelante?

Odio esto. No estoy hecha para ser una maldita criminal.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por su voz profunda y ronca. —Vamos. —Se acerca a la puerta y me hace salir.

Momentos después, estamos caminando por la recepción y me coge la mano. El corazón me da un vuelco.

No hemos intimado desde que me dijo que se aburría en la cabaña y se iba con Chelsea, y no ha intentado tocarme en absoluto. No es que yo lo haya querido. Probablemente tenga suerte de que no lo haya hecho, para ser honesta, porque podría haberle cortado la mano.

Una parte de mí, la parte insegura, se pregunta si se apartó de mí cuando se enteró de mi jodida familia, de que estuve arruinada y escondiéndome toda mi vida. De mi propia sangre asesinando a la madre de su hija delante de él. Sé que no debería sentir vergüenza y que no es culpa mía, pero siento como si, a los ojos de los demás, me manchara.

Empaña mi inocencia.

¿Cómo me presentaría un futuro novio a sus padres o a sus amigos?

No podría. Nunca podría contarles mi historia con sinceridad porque nunca sería aceptada. Nadie querría que su hijo se casara con alguien como yo, con la carga emocional que tengo. Sólo puedo traer peligro a sus vidas y dolor. Soy buena trayendo eso y por eso mamá nos mantuvo a distancia de la gente normal.

Mis hijos nunca tendrán libertad mientras yo viva en Estados Unidos con mi padre vivo. Él siempre me encontrará.

Es el último pensamiento que acabo de tener el que me muestra el camino.

Necesito hacer esto.

Me merezco un nuevo comienzo en el que nadie me deba nada.

Le miro directamente a los ojos. —Vamos de compras.

Esto es dinero de la puta droga y tengo tanto derecho a él como cualquiera de esos cabrones.

Caminamos de la mano por la calle y se me dibuja una enorme sonrisa en la cara. Abrimos una cuenta bancaria sorprendentemente fácil. Stace se volvió loco y vamos cargados de bolsas de compras. Me compró camisones y bañadores, maquillaje y cepillos para el pelo, ropa interior, vestidos, un sombrero y tres pares de zapatos. Intenté pagar con el dinero que me dio pero no me dejó. Lo curioso es que las cosas que me eligió no son para nada de mi estilo, pero como a él le gustaron en mí, yo también las quise. Como si de alguna manera su opinión fuera la única que importara. Ahora soy una persona nueva. Puedo ser quien quiera ser.

Se detiene delante de una boutique de diseño. —Entremos aquí. —Miro el costoso mobiliario.

—Parece demasiado caro. No necesito ropa elegante.

—¿Y si tienes una cita? Necesitarás algo bonito que ponerte.

Le sonrío asombrada. —¿Una cita con quién?

Se encoge de hombros y me sonríe con sensualidad. —Un bastardo con suerte.

Se me hincha el corazón. Lo sigo a la tienda y empezamos a mirar los vestidos colgados.

—¿Cuánto hace que no tienes una cita? —le pregunto mientras hojea lentamente los vestidos del perchero.

Entrecierra los ojos mientras piensa. —No sé. Mucho tiempo. Creo que todavía estaba en los Marines. Quizás cinco o seis años.

Me quedo con la boca abierta. —¿Fuiste Marine?

Me mira y sonríe con sensualidad. —Sí. Yo era un Marine.

Me pongo las manos en las caderas y lo miro asombrada.

—¿Qué? —Sonríe.

—Eso es tan… —Sacudo la cabeza mientras intento articular mis palabras—. Jodidamente sexy.

Cambia de semblante. —¿Y ser un criminal en un contenedor de transporte no es sexy para ti?

—Bueno. —Oh, mierda, eso salió mal—. Sólo quise decir…

Me interrumpe. —Sé lo que querías decir. —Sigue mirando los vestidos.

Se traslada al otro estante junto a la ventana y se concentra en su tarea. Yo, sin embargo, tengo un millón de preguntas y lo sigo a todas partes como la persona molesta que soy.

—¿Qué hiciste en los Marines?

—Fui ingeniero náutico y piloto de helicópteros.

Lo imagino con su uniforme gris pilotando un helicóptero, y un estremecimiento de excitación recorre mi desviado torrente sanguíneo. Habría sido un piloto de helicópteros jodidamente hermoso.

—Un piloto —jadeo.

—De helicópteros. —Frunce el ceño.

—Helicópteros, aviones, lo mismo.

—No, en realidad no. Son aviones diferentes. —Me sonríe y yo le devuelvo una amplia sonrisa.

Sigue hojeando el perchero, distraído en su tarea mientras saca un vestidito negro. —Me gusta este.

Se lo quito sin siquiera mirarlo. Estoy demasiado ocupada con mi fantasía de *Top Gun*.

—¿Cuánto tiempo estuviste en los Marines? —le pregunto.

—Seis años.

Me muerdo el labio inferior mientras pienso. Me entrega otros dos vestidos.

—¿Por qué te fuiste?

—Extrañaba mi casa.

Frunzo el ceño. —Pero ahora no estás en casa, de todos modos.

Levanta las cejas ante mí y mis diez mil preguntas.

Maldita sea, es la historia más interesante que he oído, y justo cuando está a punto de irse, me la cuenta. Quiero escucharlo todo.

—¿Lo saben en el bote?

—Barco —corrige.

—Ah, sí, barco. —Pongo los ojos en blanco.

—No. ¿Por qué iba a contarles algo personal sobre mí? No son mis amigos.

Sonrío mientras un sentimiento cálido y difuso me recorre. —¿Soy tu amiga?

Sonríe y me pasa el brazo por el hombro. —Me gustaría pensar que sí. —Me atrae hacia él y me besa suavemente la sien. Qué gesto tan dulce. Al instante vuelve a mirar los vestidos y yo me quedo mirándolo con la mente enloquecida.

No quiero que se vaya.

Quiero que se quede conmigo y sea mi amigo. Mi magnífico, hermoso, follable amigo.

Es la primera persona a la que pude contarle mi pasado y ahora él me cuenta el suyo.

Compramos dos vestidos y un par de tacones antes de volver al hotel. Se ha hecho el silencio entre nosotros mientras caminamos de la mano, y me gustaría poder actuar feliz y alegre, pero lo cierto es que realmente no quiero despedirme de él.

Ya está. No volveré a verlo. Llegamos a la habitación y abro la puerta. Entramos y tiramos todas las bolsas al suelo. No estoy segura de qué decir, así que empiezo con cosas superficiales. —¿Quieres una taza de té?

Sonríe, conociendo mi táctica. —No, tengo que irme.

Asiento con la cabeza. Sabía que iba a decir eso.

Se acerca al escritorio, coge el bolígrafo y el papel, garabatea un número y me lo da. —Este es el número de teléfono de mi madre. Si necesitas contactar conmigo. —vacila—. Llámala. Me pongo en contacto con ella cada pocas semanas.

Asiento con la cabeza, tomo el papel y lo doblo por la mitad.

Me observa atentamente. —¿Vas a estar bien?

Asiento con la cabeza mientras mis ojos permanecen fijos en el suelo. No se me dan bien las despedidas. Me he despedido de todos los que me importaban en un momento u otro.

Me pasa los dedos por debajo de la barbilla, me mira a los ojos y nos quedamos mirándonos un momento. Es como si sintiera lo mismo… pero luego no dice nada.

—Deberías irte —susurro.

Asiente con la cabeza.

—Gracias por todo. —Sonrío. Siento que se me salen las lágrimas y necesito que se vaya antes de que las vea. De repente me da miedo empezar una nueva vida sola.

Basta ya.

Me estrecha en un fuerte abrazo y siento por última vez sus grandes y cálidos brazos a mi alrededor. Nos abrazamos durante un buen rato y, sin decir nada más, se da la vuelta y sale por la puerta.

Suelto un gran suspiro mientras mis ojos se llenan de lágrimas. Me acerco a la ventana para verlo alejarse por última vez. Miro la calle y veo a toda la gente pasar alegremente con sus vidas.

Siento una sensación de cierre… de lo que solía ser.

Siento un principio de lo que quiero ser y sonrío.

Sin remordimientos, sin arrepentimientos, sólo con un sentimiento de gratitud por haberlo conocido, aunque sólo fuera un ratito.

Me dio libertad.

Lo veo salir por la puerta principal. Pongo las manos en el cristal y me inclino hacia la ventana para observarlo. Se dirige a la parada de taxis, habla con el conductor y sube al asiento trasero.

A cámara lenta, el taxi arranca y se aleja.

Me dio mi libertad.

Tres horas y un buen llanto después, estoy tumbada en estado de semi-consciencia en el profundo baño caliente.

Está bien llorar a veces, solía decir mamá. Purga lo malo para dar paso a lo bueno. Creo que lloraba por la pérdida de mi vida más que por la pérdida de Stace.

Aunque eso también es una mierda. Ahora estaría de vuelta en su bote. Barco, me corrijo con una sonrisa. Mis diamantes están bien guardados y mañana tengo una cita con un maestro joyero para vender uno de ellos. Tengo que venderlos uno a uno para no levantar sospechas. También concerté una cita para conseguir una caja de seguridad. No puedo guardar los diamantes restantes aquí. Necesito tenerlos en un lugar seguro.

Sonrío en mi estado acalorado y relajado. Todo va según lo previsto y como debe ser… por fin.

Cuando venda todos los diamantes y deposite el dinero en una cuenta en el extranjero, me iré a Europa a empezar mi nueva vida.

Lejos, muy lejos de mi padre, donde nunca volverá a encontrarme.

Salgo de la bañera, me pongo la bata y me envuelvo la cabeza con una toalla. Cojo el menú del servicio de habitaciones y lo hojeo. Echo un vistazo al atardecer. Debería salir esta noche para

celebrar mi nueva vida, pero no me apetece. Me quedaré en casa y mañana haré el esfuerzo de pasar el día haciendo turismo.

Toc, toc, toc.

Mierda, ¿quién es?

Mi ritmo cardíaco se acelera y me acerco sigilosamente a mirar por la mirilla.

Es Stace. ¿Qué?

Abro la puerta a toda prisa. —Hola. —Sonríe nerviosamente. Frunzo el ceño ante su actitud.

—Espero que no te importe que pregunte. —Parece tan nervioso que se me dibuja una amplia sonrisa en la cara—. Te vi abajo cenando con tus padres.

El corazón se me sale del pecho. Se acordó.

—Hablé con tu padre.

Sonrío.

—El doctor.

Me tapo la boca con la mano en estado de shock. Lo recordó todo.

—Me costó mucho convencerlo, pero dijo que podías tener una cita conmigo esta noche.

Lo miro fijamente con ojos borrosos. Traga saliva con nerviosismo.

¿Cómo te llamas? —susurro.

—Stace. —Sonríe suavemente—. ¿Cómo te llamas tú? —pregunta.

—Roshina.

Al oír mi nombre, frunce el ceño.

—¿A qué te dedicas, Stace? —pregunto.

—Soy Marine.

Una amplia sonrisa cruza mi rostro.

—¿A qué te dedicas? —pregunta.

—Soy enfermera de cuidados intensivos.

Me tiende la mano y nos la estrechamos mientras su contacto me produce una descarga eléctrica.

—¿Puedo recogerte a las siete? —pregunta esperanzado.

Asiento con la cabeza mientras mis ojos se clavan en los suyos. No sabe cuánto significa para mí que haya recordado lo que le dije.

—¿Me estás siguiendo el juego con mi historia? —susurro.

Sus ojos sostienen los míos. —Quizás también sea mi historia.

CAPÍTULO 12

Roshelle

LO MIRO fijamente mientras un cúmulo de emociones se arremolina a mi alrededor como un tornado.

—¿Preguntarle a mi padre si puedes llevarme a una cita es tu historia? —susurro.

—Llevarte a una cita normal lo es —responde viéndome a los ojos como si evaluara mi reacción. Está realmente nervioso. Quizás piensa que voy a negarme.

—Las siete suena maravilloso.

Sonríe. —Me quedo abajo, en el siguiente nivel. —Sonrío. Incluso ha reservado una habitación para él.

Se para torpemente frente a mí. —Yo… —Hace una pausa como si no supiera qué decir a continuación—. ¿Te veré a las siete entonces?

Asiento con la cabeza sonriendo. Se da la vuelta y sube por el pasillo. Las puertas del ascensor se abren y él desaparece, muy satisfecho de sí mismo. ¡Joder!

Salto en el acto. Me ha pedido una cita, me ha pedido una cita. Corro a mi habitación y doy puñetazos al aire. Dios mío, ¿qué me voy a poner?

Tengo que ponerme al tope. Irresistiblemente bella.

Abro el armario y encuentro los dos vestidos de cita que compramos hoy. Maldita sea… Ni siquiera les había prestado atención cuando los compramos, estaba demasiado distraída con mis fantasías de Top Gun. Saco el que dijo que era su favorito: un vestido suelto, rosa frío y sin espalda. Tiene tirantes y un escote profundo que se hunde en la espalda. No puedo llevar sujetador con él.

Si hubiera sabido que iba a tener esta cita, habría prestado más atención a sus elecciones y quizás habría elegido algo mejor. Me lo pongo y me miro en el espejo. Me volteo para verme el trasero. Se me revuelve el estómago y sonrío ampliamente. Cojo el teléfono y llamo a recepción.

—Hola, recepción —responden.

—Sí, hola. —Sonrío—. Es la Sra. Williams del 1204.

—Hola, ¿en qué podemos ayudarle?

—¿Su tienda sigue abierta? —pregunto.

—Sí, señora.

—¿Podrían subirme una maquinilla de afeitar y un secador a mi habitación, por favor?

—Por supuesto.

Me miro los dedos de los pies. —Ah, y… y un poco de esmalte de uñas —tartamudeo. Creo que no me he pintado las uñas desde el baile de graduación.

—Por supuesto, señora Williams. ¿De qué color?

Me encojo de hombros. —Un rosa natural, o un color no muy brillante si lo tienes. Algo bonito y femenino.

—Vale, podemos hacerlo.

Sonrío ampliamente. —¿Puedo tomar también un sándwich tostado? —Ya me muero de hambre y no quiero parecer un cerdo en mi cita.

Tanteo el menú. —Mmm. —Escudriño las opciones—. Un club sándwich.

—No hay problema. Serán unos diez minutos.

—Gracias. —Cuelgo, doy una vuelta llena de felicidad y me dejo caer en la cama.

* * *

Me miro en el espejo y observo mi reflejo. Tenía razón, este bonito vestido rosa es increíble, aunque es algo que nunca habría elegido para mí. Es femenino y sexy a la vez. Llevo tacones de aguja con tiras de color crudo y voy arregladísima. Llevo el pelo largo y oscuro alisado, los ojos ahumados y los labios rosas brillantes. Tengo las uñas de las manos y de los pies pintadas y cuidadas.

Me veo bien, sé que me veo bien… pero eso podría ser sólo porque me veía como una mierda total durante las últimas dos semanas. ¿Quién lo diría?

Lo único que me falta es perfume, pero Stace ha elegido mi desodorante, así que supongo que tendrá que bastar. Me huelo las axilas y me encojo de hombros. Huele bien, supongo. Parece que le gusta.

Miro fijamente mi reflejo.

Así es. A diferencia de cualquier cita que he tenido antes, no hay ideas preconcebidas. Sé con certeza que no volveré a verlo después de esta noche. Me entran mariposas en el estómago.

Quizás por eso me parece tan importante.

Esto es todo lo que tenemos.

Esta noche es todo lo que tendremos. Quiero que sea buena para él.

Cierro los ojos cuando me doy cuenta de la realidad.

Quiero desesperadamente que mi recuerdo de él sea feliz y bueno, porque eso es lo que siento que podría haber sido si no se hubiera…

Me detengo. Basta, idiota.

Él es un criminal y tú tienes una noche. Deja de pensar, deja de sentir, joder, y míralo por lo que realmente es.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por su llamada a la puerta. Me pongo la mano en el estómago para calmar los nervios y me miro por última vez en el espejo.

Hora de irse.

Abro la puerta y lo veo de pie, con un traje azul marino y zapatos de vestir. Lleva peinados sus rizos arenosos y está bien afeitado. Mis cejas se levantan solas al oler su aroma celestial.

Lleva un traje. Dios mío, lleva un traje.

Debió salir a comprarlo después de que organizáramos nuestra cita. La noche ya es perfecta.

—Hola. —Sonríe.

Sonrío ampliamente. —Hola. —La electricidad salta entre nosotros.

Sus ojos bajan por mi cuerpo. —Estás preciosa —susurra.

Mi pobre corazón no aguantará mucho y, incapaz de hablar, sonrío tontamente. Me da vértigo.

—¿Estás lista para irnos? —pregunta.

Sonrío, cojo mi bolso y me lleva al pasillo.

El restaurante es oscuro y taciturno, con mesas iluminadas por velas. Nos sentamos en la zona al aire libre, en el patio situado entre dos edificios altos. Las luces de hadas cuelgan en diagonal

sobre nosotros, de edificio a edificio, creando un romántico dosel. Grandes plantas en macetas rodean el borde. Nos tomamos de la mano todo el camino hasta aquí, sumidos en una profunda conversación sobre lo que nos rodea. Parece que Stace es todo un viajero de Google y podía contarme todo sobre el paisaje y los edificios a medida que pasábamos por delante de ellos. La música de salsa suena por todo el local y los asistentes son todos veinteañeros o más. Una charla ruidosa y relajada resuena por todas partes.

—Gracias. —Sonrío al camarero mientras llena mi copa de champán. Luego llena la de Stace.

Levanto mi copa. —Un brindis.

Acerca su copa a la mía.

—Por los nuevos comienzos.

Sonríe. —Por los nuevos comienzos —repite. Ambos bebemos un sorbo.

—¿Qué te parece Bogotá? —pregunta.

—Es precioso. —No puedo ocultar mi sorpresa—. No estoy segura de lo que esperaba, pero no era esto.

—Pensé que esto sería mejor para ti que en la misma Colombia. Parecía más seguro y más fácil para ti orientarte.

Sonrío suavemente mientras lo imagino buscando en Google sitios donde dejarme. —Mi seguridad no es asunto tuyo, pero gracias. —Bebo un sorbo de champán—. Está buenísimo. —Le tiendo la copa.

—Mmm, sí que lo es —responde mientras observa el líquido burbujeante en su vaso.

—¿Así que compraste un traje por mí? —Sonrío. Sonríe tímidamente. —Sí, me lo compré.

Nos miramos fijamente sin poder apartar la vista. —Se ve muy bien —susurro.

—Tenía que intentar estar a la altura de mi bella cita. Tenía una ventaja. Ya sabía lo que llevaría puesto.

Su hermosa cita. Oh, vaya.

—Bueno, no has tenido una cita en seis años. —Sonrío descaradamente.

Se ríe. —Eso sí lo escuchaste, ¿verdad?

Sonrío. —Sí, lo escuché. —Tomo un sorbo—. ¿Por qué no has tenido una cita con una mujer en seis años?

Se encoge de hombros y se recoloca la servilleta en el regazo. —No sé. Las cosas no han ido según los planes, supongo.

—¿Cuáles eran los planes?

Se lame el champán del labio inferior y siento que se me aprieta el interior. —Yo sólo… —Duda mientras piensa—. Siempre imaginé que conocería a la persona adecuada y todo lo demás encajaría.

—¿La persona adecuada? —le pregunto.

Asiente con la cabeza.

—Dices la palabra persona como si no te importara que fuera hombre o mujer.

—¿Te molestaría si no me importara? —responde. Me encojo de hombros. —La verdad es que no.

Sonríe con sensualidad mientras sus ojos se posan en mis labios. —Me gustan las mujeres, si esa era la pregunta oculta. Pero eso ya lo sabes.

—¿Y no la has conocido? ¿A tu persona?

Me mira a los ojos y se encoge de hombros. —Tuve una novia seria en la universidad y luego, cuando entré en los marines, se me hizo demasiado difícil serle fiel. Era joven, tonto y estaba

lleno de venidas a diferentes continentes del mundo, lejos de ella. Las escalas se convirtieron en… —Hace una pausa mientras piensa cómo decirlo—. Complicado.

—¿Le rompiste el corazón?

Asiente una vez y puedo ver el remordimiento en sus ojos.

—¿No has tenido una relación desde entonces?

—No.

El camarero se acerca con una enorme fuente de marisco a la parrilla y Stace reorganiza rápidamente la mesa para que quepa.

—Oh, vaya. —Sonrío.

—Gracias. —Asiente mientras el camarero se va.

—¿Y tú? ¿Has tenido cinco novios? —pregunta.

Me quedo con la boca abierta y doy un manotazo en la mesa.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —Cojo la enorme cuchara y empiezo a servirme las gambas—. Oh, esto se ve tan bien.

Se ríe. —Sí, la comida del barco deja mucho que desear, y te dije que te había investigado.

—¿Ahora eres Dick Tracy? —Sonrío mientras le paso el plato.

Su rostro se vuelve serio. —¿Vas a contactar con tu novio?

Entorno la cara. —Joder, no. Es un imbécil.

—¿Lo querías?

Agacho la cabeza y me sujeta la mano por encima de la mesa. Me encojo de hombros con tristeza. —Más o menos pensaba que sí.

¿Sólo pensabas? —repite.

—Fue mi primer novio serio.

—¿Los otros?

—En realidad no eran nada. Sólo cosas de niños. —Espera mi respuesta.

—Nos divertíamos, pero no fue hasta que conocí… —Me detengo.

Joder. Me lleno la boca de comida para callarme.

—¿Hasta que conociste a quién?

Sacudo la cabeza, bebo mi champán y vuelvo a llenar mi copa. Dios, deja de hablar, lengua suelta.

—¿Hasta que conociste a quién? —Sus ojos me dicen que ya sabe lo que iba a decir.

Frunzo el ceño. ¿Cómo lo digo? —Digamos que me has enseñado que una relación es mucho más que tan sólo estar con alguien que te de seguridad.

Frunce el ceño mientras toma su primer bocado de marisco. —¿Eso es lo que hizo? Te hizo sentir segura.

Asiento con la cabeza.

—¿Es eso lo que necesitas de un hombre?

Sacudo la cabeza. —No… —Se me corta la voz.

—¿Qué te he enseñado?

Me río. —¿Por qué estás tan serio? ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Sacude la cabeza, toma mi mano y se la pone alrededor de la cara. —Dímelo, por favor.

Se me pone la piel de gallina al ver mi mano acariciar su hermoso rostro. —Me enseñaste lo que era ser incapaz de… —Frunzo el ceño mientras me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿De qué? —Me da la vuelta a la mano y me besa el interior de la muñeca, su lengua acaricia suavemente mi piel.

Si fuera un gato estaría ronroneando. —Desafiar toda lógica. Desear tanto a alguien que no te importen las consecuencias —susurro.

Nuestros ojos se cruzan y la mirada que me dirige parece que podría dejarme embarazada. Ni siquiera estoy bromeando. Ven aquí, ponte a horcajadas sobre mí y cabalga mi puta polla son sus precisas palabras.

Bueno, eso es lo que me dice a mí.

Como si me leyera el pensamiento, tuerce los labios para ocultar la sonrisa. —Creo que sé lo que se siente —murmura en voz baja.

Me bebo el vaso de un trago. Deja de beber, tonta.

—¿Cómo…? —dudo—. ¿Cómo pasaste de marine a trabajar en ese barco? —pregunto.

Respira hondo, como si supiera que le iba a hacer esa pregunta. —Me tomé un descanso de dos años de la Marina y estaba buscando algún trabajo ocasional.

Frunzo el ceño. —Así que, simplemente pensaste, oh joder, me iré a trabajar en un barco de drogas.

Me mira inexpresivo.

Me muerdo el labio inferior para impedir que se me llene la boca de champán.

Tienes que dejar de hablar ya, estúpida.

—Me ofrecieron un trabajo para llevar y traer a un empresario japonés en su helicóptero privado. Me pagaban bien y era informal. Justo lo que buscaba. No quería estar atado a un puesto porque al final iba a volver a la Marina, y podía vivir en mi ciudad natal mientras lo hacía.

Doy un sorbo a mi champán mientras escucho. —¿Dónde está tu hogar? —pregunto.

—Nueva York.

Sonrío. Nueva York… ¿Quién lo iba a decir? Choco mi vaso con el suyo para celebrar mi nueva información.

Sonríe y da un sorbo a su bebida.

—¿Y entonces?

Se encoge de hombros. —Lo hice durante unos doce meses y era el trabajo perfecto. Trabajaba tres días a la semana sin problemas.

Frunzo el ceño, sintiendo que esta historia no cuadra.

—Llegué a conocer al tipo para el que trabajaba y parecía estar bien. De todos modos, un día estaba esperando en el helipuerto a que llegara en su limusina y se me acercó otro hombre. Su piloto privado se había puesto enfermo hacía poco y necesitaba a alguien en quien pudiera confiar para que lo llevara urgentemente a su barco.

Me reclino en mi asiento, perturbada.

—Me ofreció cincuenta mil dólares. —Frunzo el ceño.

—¿Por un viaje? —tartamudeo.

Asiente con la cabeza.

—Así que lo hiciste.

Asiente con la cabeza. —Estaba recibiendo tres mil por viaje del otro tipo.

Mi corazón se hunde.

Sacude la cabeza disgustado consigo mismo. —Sabía que para que me ofreciera esa cantidad de dinero tenía que estar metido en algo muy gordo. —Hace una pausa.

—Pero lo hiciste de todos modos.

Asiente con la cabeza. —Estaba ahorrando para una casa y ése sería el último depósito que necesitaba.

Sonrío sorprendida. —¿Tienes una casa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Manhattan.

Vuelvo a chocar nuestras copas en señal de celebración. —Bien hecho. —Sonrío—. Qué increíble. Bien por ti.

Sonríe orgulloso.

—En fin —digo mientras sigo comiendo.

—En fin. —Hace una pausa—. De camino al barco, nos pusimos a hablar y me preguntó a qué me dedicaba y le dije que era ingeniero naval. Parecía un buen tipo.

Me quedo sentada, sin saber si quiero oír el resto. Es como si estuviera escuchando la historia de su vida.

—Lo llevé a su barco al día siguiente y me senté en el helicóptero durante dos horas mientras él hacía lo que fuera y luego lo llevé en avión a casa. Me pagó cincuenta de los grandes en efectivo. —Frunzo el ceño.

Sacude la cabeza. —Estuve fuera de casa un total de seis horas y gané cincuenta mil dólares.

—Dios —susurro.

—De todos modos, hice el trabajo y eso fue todo. Sin condiciones, sin preguntas, y volví a trabajar con el otro tipo y compré mi casa.

Sonrío. —Un gran logro.

Sonríe con tristeza en su vaso y sé que hay más de la historia por venir.

—Tres meses después volvió a llamarme.

Una bola de plomo empieza a rebotar en mi estómago.

—Vivía en mi casa, pero era una mierda y necesitaba reformas, y estaba haciendo de todo para conseguir dinero.

—¿Así que hiciste otro trabajo? —pregunto.

Asiente con la cabeza. —Empezó con uno y una semana después con otro y otro. En realidad nunca se habló de cuánto tiempo trabajaría para él. Simplemente me dio el dinero y no hice preguntas.

Lo observo mientras sorbe su bebida.

—Sabías que era malo, ¿no?

Se encoge de hombros. —Sabía que tenía que estar metido en alguna mierda seria por el dinero que tiraba y los guardias que tenía.

Me siento mal.

—Normalmente me sentaba en el helicóptero y lo esperaba, pero un día, cuando estábamos en el barco, pasó algo y mataron a uno de la tripulación. Su guardia, que volaba en el helicóptero con nosotros, mató a este tipo de un disparo, justo delante de nosotros.

Frunzo el ceño, este es el tipo del que Ángela me estaba hablando.

Se frota la frente al recordarlo. —No sabía qué hacer. —Duda—. Los había llevado allí a sabiendas. Tuve que llevarlos de vuelta al continente y entonces me di cuenta de que estaba en su nómina. Mis cuentas bancarias mostraron enormes inyecciones de efectivo durante más de ocho meses. Si ellos caían, yo también. Básicamente, si no los llevaba en avión a casa y me callaba la boca, iría a la cárcel o sería hombre muerto.

—Así que, en efecto, ya eras uno de ellos. —Baja la cabeza avergonzado.

Tomo su mano por encima de la mesa. —¿Por qué no te vas? Empiezas de nuevo. —Sonrío—.

Podrías hacerlo. Sé que podrías.

Finge una sonrisa. —Uno no puede salirse así como así.

Frunzo el ceño.

—La única salida es la muerte. He visto como matan a un hombre tras otro.

Se me hiela la sangre. —¿Qué quieres decir?

—Te pagan tanto que te acostumbras a un cierto estilo de vida y puedes tener vacaciones y tiempo libre siempre que quieras. —Da un sorbo a su bebida—. Es un trabajo perfecto sobre el papel.

—¿Pero no puedes irte? —murmuro.

Sacude la cabeza. —Siempre te encuentran.

Apoyo la cabeza en las manos sobre la mesa. —Dios, Stace, maldita sea. Qué desastre.

Sonríe. —No soy un ángel. Obtuve lo que me merecía. Sabía que no eran buenos, y aun así me dejé seducir por la fruta prohibida.

Su teléfono baila sobre la mesa. Frunce el ceño y le da la vuelta. La palabra «mamá» se ilumina en la pantalla. Le da la vuelta y lo ignora.

—Contesta. —Lo presiono.

—Está bien. La llamaré mañana.

—Insisto, contesta ahora. —Descuelgo el teléfono y se lo paso.

Él contesta. —Hola, mamá. —Su cara cambia dando paso a una sonrisa impresionante. Siento que me estremezco un poco y mi cara refleja la suya.

—¿Estás bien? —él pregunta, su voz es suave y cariñosa.

—Me alegro mucho de oír tu voz —responde. La oigo a través del altavoz del otro lado de la mesa. —A mí también, mamá. —Sonríe.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Bogotá. Colombia.

—Dios mío, Stace, ¿estás a salvo? ¿Estás con tus amigos del barco?

Sonríe ampliamente y sus ojos parpadean hacia mí. —En realidad, mamá, estoy en una cita.

—¿Una cita? —grita ella y él se aparta el teléfono de la oreja.

Suelto una risita en mi copa de champán. —¿Quién es? —Se ríe emocionada.

—Sólo una chica genial que conocí.

Levanto mi copa hacia él en señal de brindis, él coge su copa y la choca con la mía mientras me lanza un guiño sexy.

—¿Cómo es ella, Stace?

Sus ojos se detienen en los míos. —La mujer más bella del mundo.

El estómago me da un vuelco y trato de borrar la sonrisa tonta de mi cara.

—Oh, déjame hablar con ella —suplica su madre.

Se ríe a carcajadas y sé que es porque estamos bebiendo este champán como si fuera agua. —Ni hablar, la vas a asustar. —Se ríe.

—Oh, Stace.

Le tiendo la mano para coger el teléfono y él niega con la cabeza.

—No —dice.

Abro y cierro la mano para que me de el teléfono. Se ríe y vuelve a sacudir la cabeza.

Me levanto, me acerco a su lado de la mesa y le arrebato el teléfono.

—Hola. —Sonrío nerviosamente mientras vuelvo a caer en mi asiento.

—Hola, querida. ¿Estás paseando con mi Stace? —Su voz es cálida y cariñosa. Oh, suena tan

agradable.

—Sí. —Sonrío—. Soy una chica afortunada.

Esta vez es él quien sonríe tontamente.

—¿Está bien? Me preocupo mucho por él.

Finjo una sonrisa mientras se me desploma el corazón. Tiene motivos para preocuparse. Se ha metido en la mierda hasta las cejas.

—Es maravilloso. —Sonrío. Me coge la mano y me besa el dorso.

Oh Dios, es tan…

—Por favor, cuida de él, querida.

Stace pone los ojos en blanco y extiende la mano para coger el teléfono.

Sonrío ante su vergüenza. —Lo haré.

—Prométemelo.

Me río mientras él intenta arrebatarme el teléfono.

—Prometo cuidar de él. —Suelto una risita—. Me quiere quitar el teléfono. Encantada de conocerte. —Me río.

—Adiós, querida. Espero que vengas a conocerme en persona algún día.

Me quita el teléfono y da por terminada la conversación, pero yo sigo pensando *en lo de conocerla en persona algún día*. Lo que daría por poder conocerla en persona algún día.

La realidad, como desgraciada que es, vuelve a mi vida. Basta, es sólo una noche. Cuelga el teléfono y yo finjo una sonrisa.

Sacude la cabeza como avergonzado. —Lo siento, mi madre es… —Duda.

—¿Encantadora? —Sonrío.

Pone los ojos en blanco. —Siempre está preocupada desde Justin. —Hace silencio mientras su semblante se vuelve sombrío.

—¿Desde Justin qué?

—Murió.

—¿Quién es Justin?

—Mi hermano.

—¿Murió?

Asiente solemnemente mientras coge su bebida. —Hace seis meses.

Sostengo su mano por encima de la mesa. —Oh, Stace, lo siento mucho. ¿Qué le pasó?

—Era un año mayor que yo. —Sonríe tristemente al recordar—. Un policía.

Frunzo el ceño mientras escucho. —Siempre fue el niño bueno, hacía sus tareas primero, nos cuidaba a mamá y a mí. —Da un sorbo a su bebida mientras piensa, la tristeza se apodera de él —. Mi padre murió en un accidente de auto cuando teníamos seis y siete años, así que Justin asumió el papel de hombre de la casa.

—¿Tenía familia? —pregunto.

Sonríe y se le ilumina la cara. —Sí, Cindy su mujer y Sebastián su hijo.

No me muevo de mi asiento mientras observo cómo se debate en esta conversación. Se puede aprender mucho de una persona por la forma en que se aflige. Una pieza del rompecabezas encaja en su sitio. La familia de la foto eran su hermano y su familia.

—Siempre fuimos los mejores amigos.

Sonrío y puedo notar el afecto que sentía por su querido hermano.

—Desde pequeños nos metíamos en líos. Andábamos en bicicleta buscando travesuras. —Sonríe con tristeza—. Yo fui el único que acabó encontrando problemas y, sin embargo, fue a él

a quien se llevaron.

Frunzo el ceño. —¿Lo dices como si te sintieras culpable de que él muriera y tú no?

Asiente con la cabeza. —Así es.

Nos sentamos un momento en silencio. —¿Cómo murió?

—Se vio envuelto en un caso en el trabajo y no quiso dejarlo pasar.

Arrugo la cara.

—Se lo dije. —Sacude la cabeza—. Le dije una y otra vez que lo dejara estar, pero no quiso.

Sus ojos se nublan al recordar la muerte de su hermano. —Pensó que podía acabar con ellos y fue solo a un almacén en mitad de la noche para hablar con un informante.

Me quedo petrificada mientras imagino el escenario, solo en un frío almacén a mitad de la noche. Qué terrorífico.

—Era una trampa. Lo ataron y lo torturaron. Lo electrocutaron hasta matarlo.

Mis manos vuelan sobre mi boca en estado de shock.

Sus ojos son fríos, distantes, y mira fijamente al espacio. Sé que se imagina a su querido hermano muriendo solo y sufriendo.

—Stace —susurro—, lo siento mucho.

—Todos tenemos nuestras cargas, Rosh. —Suspira tristemente mientras levanta mi mano y vuelve a ponerla en su cara. No sé si mi mano en su cara es un consuelo para él, pero sin duda lo es para mí. Le paso el pulgar por el labio inferior. Nos miramos a los ojos y me siento tan estúpidamente cerca de este hombre que es una locura.

Sacude la cabeza como si intentara apartar los oscuros pensamientos de su mente y levanta de nuevo su copa. —Otro brindis.

Sonrío ampliamente y alzo mi copa para recibir la suya. —Por los nuevos comienzos. —Nuestras copas chocan y él abre los ojos—. Y por las citas no deprimentes.

Me río a carcajadas y repito sus palabras. —Por los nuevos comienzos y las citas no deprimentes.

Stace

Estamos sentados en la barra de una coctelería. Es tarde, alrededor de las dos de la madrugada. Hemos bebido demasiado, pero no quiero irme a casa. Porque entonces tendré que dejarla marchar y saber que ni siquiera puedo hacer lo que quiero cuando lleguemos a casa no hace más que aumentar la tortura. Su historia era el sueño de una cita respetable, y maldita sea, voy a dársela aunque sea lo último que haga.

Puedo darle un beso de buenas noches. Una vez.

Sólo una vez.

Nos hemos divertido y hablado con tanta facilidad… me sorprende lo mucho que tenemos en común.

Puede que sea la chica más genial que he conocido.

Suena una canción y le tiendo la mano. —¿Te gustaría bailar?

Ella sonríe sexy. —¿No dijiste que no bailabas?

—No bailo en barcos de drogas.

—¿Sólo en las citas? —susurra sorprendida.

Le lanzo un guiño. —Sólo en citas especiales.

Nos dirigimos a la pista de baile y la canción cambia a una canción rara que no he oído nunca.

Play that song
The one that makes me go all night long
The one that makes me think of you
That's all you gotta do

Nos balanceamos al ritmo de la música y me sonríe. —Mírate, bailando como en una cita.

Sacudo la cabeza con una sonrisa y la alejo violentamente de mí, y ella se ríe a carcajadas.

—Deja de hablar, distraes mis movimientos —le respondo mientras la hago girar de nuevo.

Nos acercamos de nuevo y me mira con cariño.

—¿Qué es esta extraña canción hippie? —pregunto.

—No lo sé, pero es mi nueva favorita. —Sonríe inocentemente.

La miro fijamente y me recorren tantas emociones, pero la que más me embarga es el arrepentimiento.

Arrepentimiento por lo que le hice. Arrepentimiento por cómo nos conocimos.

Lamento que esta sensación que me da no pueda durar para siempre.

Empieza a cantarme y sé que es el champán cantando, pero puede que sea lo más perfecto que haya escuchado en mi vida.

Ojalá.

Ya basta. Tengo que salir de este tonto estado de ánimo. Este no soy yo.

Yo no soy así. No hago tonterías.

Vuelvo a girarla violentamente y se ríe a carcajadas.

Lo recordaré, bailando esta canción hippie con esta hermosa chica, su risa sonando fuerte a mi alrededor.

La forma en que me mira, la forma en que se siente en mis brazos.

Con un último giro, la canción termina y la pista de baile se vacía.

Se acerca al DJ.

—Disculpe, ¿cómo se llama esa canción, por favor? —pregunta.

—*Play That Song*, de Train —responde el DJ.

—Gracias —responde—. ¿Lo puedes apuntar en tu teléfono para que no se me olvide? —me pregunta.

Sonrío mientras tecleo el nombre en mis notas. —¿Te gusta esa canción? —pregunto.

—Mi favorita. —Sonríe.

Entramos en el vestíbulo del hotel y en el ascensor. Acompáñala hasta la puerta y dale un beso de buenas noches.

Eso es todo.

Nada más.

Sólo un beso. Un beso.

Lleva toda la vida soñando con una cita perfecta, y maldita sea, voy a dársela aunque sea lo último que haga… y puede que sea lo último que haga. Podría morir mañana porque ya me duelen las pelotas de lo que saben que se están perdiendo.

Nos tomamos de la mano y yo miro al suelo, concentrado en la tarea que tenemos entre manos.

Un beso. Sólo un beso.

Puedo hacerlo. Claro que puedo hacerlo.

—Oh, mira, hay una piscina —susurra emocionada—. ¿Podemos ir a verla?

—Ah. —Dudo. Oh, eso no es una buena idea. Más tiempo a solas—. Claro —responde mi boca antes de consultar con mi cerebro o mi polla… el centro de control de este cuerpo.

Pulsa el botón antes de esperar mi respuesta y enseguida se abren las puertas del ascensor. La zona de la piscina está en el tejado y las luces de los edificios circundantes brillan a lo lejos. La zona está oscurecida con focos en el agua.

—Oh, ¿no es perfecto? —grita.

Se tambalea sobre sus pies y sonrío ante su embriaguez. —Lo es.

Me rodea el cuello con los brazos. —Bailemos otra vez.

La rodeo con mis brazos y la estrecho contra mí. —No tenemos música —susurro.

Me mira fijamente y empieza a cantar la letra de la canción que bailamos.

***—Play that song, the one that makes me go too long*.**

Empezamos a balancearnos y me río porque no se sabe la letra y su voz desafina.

—The one that makes me think of you.

Me trago el nudo que tengo en la garganta. Esto es demasiado.

—That all you gotta do.

Se ríe en medio del silencio. —Sabes que todas mis citas van a ser lamentables después de esta —murmura mientras sus ojos buscan los míos.

—Más te vale —susurro.

—Esta es la parte en la que me besas.

CAPÍTULO 13

Stace

La miro fijamente y, si no lo supiera, juraría que vuelvo a tener 13 años y que éste es mi primer beso. —¿Quieres que te bese? —pregunto.

Ella sonríe cariñosamente y asiente.

Me inclino y tomo suavemente sus labios entre los míos. Sus ojos se cierran y sus labios están suaves y abiertos, como imagino que están bajo el vestido.

¡Basta ya!

Mi polla palpita en agradecimiento ante el último pensamiento, pero es mi lengua la que me devuelve a la realidad. Nos besamos una y otra vez, y con los ojos fundidos, no tengo ni idea de cómo controlarme.

Ya basta. ¡No!

Mis brazos la aplastan y la traigo hacia mí, y ella se derrite entre mis brazos, sus manos van a mi nuca mientras gime suavemente.

No gimas o se acabó.

Su lengua baila suavemente con la mía y yo me acerco cada vez más.

¿Cuánto puede aguantar un hombre?

—Oh, Dios —murmura en mis labios.

¡Joder!

El beso se hace más profundo y esta vez, sin poder evitarlo, la agarro por detrás y aprieto su cuerpo contra el mío para que sienta lo duro que estoy para ella. Tiene que saberlo.

—Stace —gime—, me haces sentir tan bien. —Sus labios se posan en mi cuello y cierro los ojos mientras las rodillas casi se me doblan.

Joder, siento que la excitación empieza a bombear con fuerza por mi torrente sanguíneo.

Para, para, para. ¡Stace, para!

Me mira con esos ojos perfectos e inocentes y sonríe suavemente. —Gracias —susurra.

Le retiro suavemente el pelo de la frente mientras la miro. —¿Por qué? —le pregunto.

—Por enseñarme cómo era. —Mis ojos sostienen los suyos—. Ahora sé lo que se siente.

Mi corazón se desploma y sus labios se unen a los míos por última vez, su lengua roza mis labios y luego se sumerge más profundamente. Tiene razón, esta noche es perfecta. Este beso es mejor que perfecto.

Tengo que darle…

Me detengo.

Su salvavidas… Necesito ser un hombre y darle la fantasía salvavidas que se merece. No se trata de mi fantasía y no tengo derecho a desearla tanto como lo hago.

Me separo de ella apresuradamente mientras ambos jadeamos, intentando recuperar el aliento.

Arruga la cara en señal de pregunta. —¿Qué pasa?

Mi pecho sube y baja mientras intento controlar mis erráticos latidos y sacudo la cabeza.

—Debería acompañarte a tu habitación, Rosh —jadeo.

—¿Por qué? —Sus ojos se oscurecen, se acerca y me saca suavemente la camisa de los pantalones. Se me corta la respiración.

—Porque. —Echo la cabeza hacia atrás y miro al cielo en busca de guía divina. No puedo pensar cuando me tira así de la camisa.

Me pasa la mano por el pecho.

—Porque es una cita agradable. Una cita que se porta bien —murmuro, distraído.

Me desabrocha el botón superior de la camisa. —¿Ah, sí? —me respira al oído tan cerca que puedo sentir su aliento caliente rociando mi piel. Se me pone la piel de gallina.

Asiento con la cabeza, incapaz de hacer que mi boca diga las palabras.

—¿Es porque soy una buena chica? —susurra.

Vuelvo a asentir.

—¿Y tú eres un buen tipo?

Me encojo de hombros. —Esa es la ilusión que intentamos conseguir.

Ella se ríe a carcajadas y yo frunzo el ceño.

—¿De verdad crees que somos buenos? Yo pienso todo lo contrario. —Hace una pausa. ¿De qué está hablando?—. Verás, creo que tú y yo somos solo un *poco* diferentes. —Sus ojos sensuales se clavan en los míos y sé que estoy al borde de la ruptura.

—¿Cómo es eso?

—Los dos pensamos que queremos el bien.

La miro con ojos hambrientos.

—Pero la realidad es que a los dos nos apetece mal —susurra.

Me quedo inmóvil y un ceño fruncido cruza mi frente.

—Creo que, vemos un poco de maldad en el otro —susurra sexy—. Ese poquito de jodido que ambos deseamos.

Sonrío.

—Y es la locura que hay en ti lo que anhelo. —Se agarra el dobladillo del vestido y se lo tira por encima de la cabeza para dejar al descubierto sus pechos desnudos y un tanga blanca de encaje.

Su cuerpo perfecto y tonificado está listo para ser tomado, tan cerca que casi puedo saborearlo.

Se acabó el juego.

—Joder, sí —susurro mientras empiezo a desabrocharme la camisa.

Se baja las bragas por las piernas y se las quita seductoramente.

—Voy a nadar. Los chicos aburridos que se portan bien no pueden entrar en la piscina.

Sonrío mientras me arranco la camisa por los hombros y la tiro al suelo. Salto sobre un pie mientras me quito un zapato y luego el otro, arrancándome los pantalones.

¿Quiere un chico malo? Lo va a tener.

Se ríe y se zambulle en la piscina y yo me zambullo tras ella. La inmovilizo agresivamente contra la pared y la beso con violencia.

Sus piernas me rodean la cintura. Mis manos están en su trasero y la froto arriba y abajo sobre mi polla dura. Dios, está tan caliente y apretada.

El calor que emite me quema vivo.

—Dámelo —súplica—, dame la locura que necesito.

Le pongo las manos en los hombros para hacer palanca y entro con fuerza. Su cabeza cae hacia atrás y grita de placer y dolor.

—Ahh —gime.

La agarro del pelo y arrastro su cabeza hacia atrás para que sus ojos se encuentren con los míos. Con una mano en su hombro, empujándola hacia mi polla, y un puñado de su pelo en la otra, se me va la cabeza.

Tan bueno.

Tan jodidamente bueno.

La agarro por las piernas, me las paso por encima de los hombros y la sujeto con fuerza.

Desgarrándola de arriba abajo mientras gime de placer, veo cómo se le cierran los ojos mientras lidia con el placer.

Ahora es cuando está en su mejor momento, cuando está indefensa. Es mía.

Me pertenece.

Cuando la tengo agarrada y puedo follármela tan fuerte como quiera.

Y joder… lo quiero duro.

Con su espalda apoyada en la pared de azulejos de la piscina y sus dos piernas sobre mis hombros, tengo el control absoluto y me muevo con fuerza a toda velocidad.

Siento cómo se estremece por dentro y sé que está a punto. Le doy más fuerte, más profundo, y ella echa la cabeza hacia atrás y grita con fuerza mientras se corre de golpe, lo que me excita a mí, que grito como ella.

Sigo levantándola para vaciarme por completo. No quiero que termine. Quiero más. Mucho más.

Nuestro beso violento se vuelve suave y cariñoso y ella me coge la cara con las dos manos. Nuestras mejillas se apoyan la una en la otra y ella sonríe suavemente contra mi cara.

Los dos jadeamos mientras intentamos recuperar el aliento y ella suelta una risita en mi hombro y saluda a la pared.

Frunzo el ceño. —¿Qué haces?

Se ríe a carcajadas. —Saluda a la cámara.

—¿Eh? —Volteo para ver una cámara de seguridad pegada a la pared—. Dios mío, joder —tartamudeo. La señalo con de forma exagerada—. Ha sido todo cosa suya. Intentaba portarme bien —le digo a la cámara.

—No es así. —Se ríe mientras me salpica y me quedo con la boca abierta—. Él me obligó a hacerlo —dice en voz alta—. Fue todo él.

—Eso es, te lo ganaste. —La sigo a través de la piscina con el sonido de su risa. La sujeto y la mojo con fuerza y ella se ríe a carcajadas mientras se atraganta.

Ha sido una buena noche.

La mejor. De hecho.

Roshelle

Me froto la frente una y otra vez sobre la superficie dura pero suave, mi almohada es el cálido pecho de Stace. Sus brazos me rodean y sus labios se posan en mi sien, su pecho sube y baja mientras duerme profundamente.

Esto es el Cielo.

Hago una mueca de dolor con los ojos aún cerrados. Me molesta el cuerpo. Más que molestia. De hecho, me atrevería a decir que me duele. Me duele la cabeza por el champán, me duelen los pies por esos estúpidos zapatos altos, y luego mis partes femeninas… bueno, están destrozadas hasta el olvido.

Sonrío. Dios, qué noche. Stace y yo éramos como animales el uno con el otro, y saber que no teníamos futuro sólo añadía leña a las llamas fuera de control.

No teníamos suficiente el uno del otro. Pasamos de follar violentamente contra la pared a hacer el amor en la cama, de nuevo a follar en la ducha, y luego a hacer el amor con suavidad y ternura una y otra vez hasta que, totalmente agotados, nos quedamos dormidos abrazados mientras salía el sol.

Todavía no he tenido suficiente. ¿Podré tener suficiente de este hombre? Lo dudo, para ser honesta. Esto es lo que se siente.

Necesito ir al baño, pero sé que en cuanto ponga un pie fuera de esta cama se acabará.

Nuestro tiempo se acabará. El pavor llena cada una de mis células.

Se agita y siento que sonríe por encima de mí antes de besarme tiernamente la frente. —Buenos días, nena —susurra somnoliento.

Sonrío suavemente. —Buenos días. —Le beso el pecho.

Se mueve y gime. —Estoy jodido. —Su voz es áspera por las copiosas cantidades de alcohol de anoche.

—Creo que la que está jodida soy yo —murmuro secamente.

Siento que sonríe ampliamente mientras vuelve a besarme la cabeza.

Nos quedamos quietos un momento mientras la realidad empieza a calar, sabiendo que tiene que levantarse y marcharse.

Ambos sabemos que sí, pero eso no lo hace más fácil.

Sus labios bajan hasta mi cuello y me besa mientras su mano encuentra su lugar favorito entre mis piernas. —Te necesito una última vez, Rosh —susurra mientras recorre suavemente mi piel con los bigotes de su mandíbula.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar porque el nudo en la garganta ha bloqueado todo sentido. —Lo sé —es todo lo que consigo decir.

Desliza el dedo y sisea en señal de aprobación. —Oh, nena, te sientes demasiado bien. ¿Cómo voy a vivir sin esto? —susurra.

Cierro los ojos para bloquearlo. No quiero que su último recuerdo de mí sea llorando como un bebé.

—Ábrete para mí.

Dejo caer las piernas sobre el colchón y él se levanta sobre mí, apoyándose en el codo. Sus dedos entran y salen lentamente de mi cuerpo mientras me observa atentamente.

—Eres tan… —Su voz se entrecorta.

Nos besamos y no se parece en nada a los besos de anoche. Es un beso de despedida y me rompe el puto corazón.

Se eleva sobre mí y desliza lentamente su longitud de un lado a otro entre mis labios. —¿Te vas a acordar de mí? —me pregunta en un susurro.

Con los ojos vidriosos, asiento con la cabeza.

El horror cruza su rostro al ver mis emociones saliendo a flote.

—Cariño, no —susurra.

Lo agarro por detrás y tiro de él hacia abajo para que me penetre con fuerza, y los dos

jadeamos.

Es tan grande, tan duro y tan jodidamente perfecto. Se queda quieto para que me acostumbre a su tamaño.

Si tan sólo pudiera quedarse quieto para dejarme acostumbrarme a su amor.

Y, al son de mi corazón rompiéndose en silencio, hacemos el amor tierno y hermoso.

Estoy arruinada.

Totalmente arruinada.

Y todo es culpa de Stace.

Estoy en el baño haciendo como que voy al servicio, él ya hizo la maleta, listo para salir. Solo necesito un minuto para recomponerme.

Desayunamos y nos reímos un poco más, aunque ha sido tenso porque los dos sabemos lo que nos espera.

Lo peor es que sé que él también lo siente. No me lo estoy imaginando.

Está aquí y es palpable. Parece real.

Pero no voy a ser la chica necesitada que dejó en Bogotá. Voy a despedirme con felicidad aunque sea lo último que haga. Miro fijamente mi reflejo en el espejo.

—Puedes hacerlo —me susurro.

Cierro los ojos e inhalo profundamente. Diez minutos. Sé fuerte durante diez minutos.

Exhalo el aire y vuelvo a la habitación. Su traje está en su bolsa sobre la cama.

—¿Todo listo? —Sonrío.

Asiente y me dedica una sonrisa ladeada. —No sé si quiero que te quedes aquí sola. ¿No puedes volver a Estados Unidos?

Sacudo la cabeza. —No, he elegido mi camino.

Nos miramos fijamente. —¿Y te ves sola? —me pregunta.

Asiento una vez. —Muy sola.

Como si se sintiera abatido por mi respuesta, coge el traje, se lo echa al hombro y caminamos hacia la puerta antes de salir al pasillo.

Nos besamos suavemente y las caras de ambos se enroscan de dolor.

Se aparta y sus ojos buscan los míos. —¿Y si eres mi persona? —susurra.

Se me llenan los ojos de lágrimas porque sé con certeza que es la mía.

—No lo soy —susurro.

Nos miramos fijamente mientras las emociones encontradas se arremolinan a nuestro alrededor.

—Soy una chica que secuestraste. —Dudo—. Soy una chica que merece más de su persona.

Baja la cabeza avergonzado y me invade el remordimiento por haber dicho eso… pero había que decirlo.

Es lo que es.

Sonríe tristemente. —Adiós.

—Adiós. —Sonrío entre lágrimas. Se marcha en silencio.

Como en piloto automático, me acerco a la ventana, pongo las manos en el cristal y espero a que aparezca por la calle de abajo.

Sale del edificio y las lágrimas ruedan por mi cara mientras sube a un taxi y, sin dudarlo, se marcha de mi vida.

Eso dolió.

Qué día tan loco. Qué día tan, pero tan loco.

* * *

Esta mañana, después de que se fuera, llevé el más pequeño de los diamantes amarillos a tres joyerías distintas y pagué las tasaciones. Me ha costado quinientos dólares, pero las tasaciones han superado el millón, así que valió la pena. Luego tuve que coger un taxi a una hora de distancia para ver a un tipo. No sé quién era, pero al parecer es la única persona que se ocupa de este tipo de cosas. Eso significa que es un criminal de pacotilla.

Después de regatear con él durante más de una hora, acordamos un precio en efectivo de doscientos cincuenta mil dólares. Me estafaron, pero necesito dinero para sobrevivir hasta que encuentre un comprador de verdad.

Sin embargo, me da esperanzas para lo que está por venir. Los otros diamantes son casi el doble de grandes que éste. Así que mi cuarto de millón está ahora en mi cuenta bancaria y los otros diamantes en la caja de seguridad.

No es un mal día de trabajo para una buena chica como yo.

Mi mente se dirige a Stace. El hermoso Stace. Ya estará en su barco, y pienso en él con su uniforme de trabajo que me hace sonreír.

Estoy en un taxi de vuelta al hotel. Estoy cansada de mis actividades carnales de toda la noche, pero sé que no podré dormir cuando vuelva.

Los diamantes me pesan en la conciencia.

¿Y si le echan la culpa?

No lo harán, no te preocupes, me repito.

Repaso la noche antes de bajar del barco. Todo estaba tan borroso. Pensé que se había ido con Chelsea y me peleé con él. Luego hizo que buscaran mi información y le conté sobre mi pasado. Ni siquiera supe que iba a salir del barco hasta una hora antes, y luego él estuvo en la habitación toda la mañana.

Me asalta un pensamiento enfermizo.

No escondí las armas que tenía escondidas debajo de la cama.

Debería haberlas tirado por la borda. Molesta, miro por la ventanilla del auto.

Dios mío.

Ellos van a saber que yo estuve en los contenedores que transportan. Van a saber que tengo los diamantes.

¡Maldita idiota!

Cierro los ojos mientras mi sangre empieza a bombear con fuerza por mi torrente sanguíneo.

¡Joder!

Durante el resto del trayecto en taxi, me siento mal. Enferma de preocupación por mi estúpido descuido.

Stace culpará a Stucco, sé que lo hará. Espero que lo mate cuando se peleen.

Espera un minuto…

El horror me invade.

No le dije a Stace que Stucco planea matarlo. Me olvidé por completo de que oí esa conversación fuera del contenedor. Las cosas estaban tan agitadas y luego la pelea y luego…

Me llevo las manos al pelo presa del pánico. Iban a hacerle una llamada de mantenimiento en mitad de la noche.

Imagino a Stace caminando solo por el barco en plena noche.

Y esos cabrones…

Dios mío. Pongo la cabeza entre las manos. ¿Qué hago?

Nada. Te saliste con la tuya. No hagas ninguna estupidez.

Esto es dinero de la droga, tómalo, joder. Me siento mal. Lo matarán.

Lo matarán y lo tirarán por la borda y luego le echarán la culpa de los diamantes.

Le echarán la culpa de algo que nunca hizo. Me llevo los pulgares a los ojos mientras pienso.

No, no, no, esto no puede estar pasando. Deja de pensar en ello. Sube a un avión y vete a Europa ahora. Los diamantes estarán allí durante veinticuatro meses si quiero. Durante media hora, me siento en la parte de atrás del taxi con la mente a mil por hora, hasta que por fin el conductor se gira hacia mí por encima del asiento, rompiendo mis pensamientos. —Ya llegamos, señorita.

Echo un vistazo al hotel y después de un momento tomo la decisión más estúpida que sé que he tomado nunca.

—¿Puedes esperar aquí un minuto, por favor, mientras voy a buscar mis cosas? Necesito otro aventón.

—¿A dónde quiere ir, señorita?

Echo un vistazo al reloj de su tablero. Ni siquiera sé si me dará tiempo de llegar, pero maldita sea, tengo que intentarlo o nunca me lo perdonaré.

—El muelle de embarque.

* * *

Me tumbo en la cama en silencio. Son las 8 de la tarde y Stace no ha vuelto de su jornada de trabajo. Llegué al barco y embarqué, sin que nadie se diera cuenta.

Llevamos dos horas navegando y yo en el camarote esperando a que vuelva a casa.

Una parte de mí sabe que no quería que supiera que estaba a bordo hasta que fuera demasiado tarde porque tengo miedo de que no me quiera aquí.

Una parte de mí sabe que moriré un poco si es así.

De todos modos, no estoy aquí por él. Estoy aquí por razones humanitarias, me recuerdo a mí misma. Puede que esté mal, pero no puedo vivir con su asesinato en mi conciencia. ¿Qué clase de ser humano sería si lo dejara morir a sabiendas? De todos modos, no debería ser un gran problema que esté aquí. Sólo faltan dos semanas para llegar a Puerto Rico y entonces tendré tiempo de deshacerme de las armas y avisar a Stace del ataque planeado.

Fue una decisión inteligente volver. Sólo estoy cubriendo mis huellas, eso es todo.

Estoy dando vueltas. Son las 10 de la noche y Stace no ha vuelto a la habitación.

¿Y si ni siquiera se subió al bote… barco, o lo que carajo sea?

¿Y si volvió por mí y yo estoy aquí? Me paso las manos por el pelo, presa del pánico.

Oh Dios, ¿qué demonios hice?

Durante más de una hora camino de un lado a otro con el corazón latiéndome con fuerza.

No está en la nave.

Sé que no está en el barco. Seguro que habría vuelto para cambiarse para la cena.

Empiezo a sentirme mal por mi decisión. Nadie sabe que estoy aquí y él no podría encontrarme en Bogotá aunque lo intentara. Si saben que estoy aquí sola, va a ser una masacre abierta. Pero entonces… tal vez no ahora que me conocen. Sé que Ángela y sus chicos me protegerían.

Calma, calma. Entro en el baño y miro fijamente a la chica que me devuelve la mirada. —¿Qué coño has hecho? —le pregunto a mi reflejo—. No lo sé —respondo—. Idiota —digo.

Y lo que es más importante, ¿qué voy a hacer ahora?

La llave suena en la puerta y me pongo las manos sobre el corazón, aliviada.

Está aquí. Gracias a Dios, está aquí.

Oigo las llaves sobre los cajones y entro en la habitación, está de espaldas a mí.

—Hola.

Se gira y su cara se transforma. —¿Rosh?

Sonrío esperanzada. —Parece que extrañaba la vida náutica.

Se le cae la cara de vergüenza. —¿Qué coño estás haciendo aquí? —gruñe.

—¿Qué? —susurro, sorprendida por su veneno.

—¡No puedes estar aquí! ¿Atraqué el barco para ponerte a salvo y te regresaste, joder? —Está enfadado, furioso, de hecho.

—Yo también te he extrañado —susurro a través de mi dolor.

Sacude la cabeza. —Este barco está a punto de convertirse en una puta pesadilla y no puedo protegerte. Te saqué de este barco por esa razón —gruñe.

—Vine a protegerte —susurro.

—¿Qué? —grita—. No necesito protección, joder.

—S-sí, lo sabes —tartamudeo, tratando de calmarlo—. Olvidé decirte que oí a Stucco planeando con otra persona asesinarte.

—¿Qué? —Su cara se tuerce como si no creyera mi historia.

—Fue la noche que te fuiste con Chelsea y yo estaba tan disgustada.

—Yo no me fui la puta Chelsea —suelta—. Deja de hablar de Chelsea. Me estás cabreando con eso.

—Van a llamar a mantenimiento en mitad de la noche y te van a tirar por la borda.

Frunce el ceño.

—Y recordé que no te lo había dicho y me asusté. —Tomo su mano y la estrecho entre las mías—. Tenía que avisarte y volver al barco era mi única opción. No tenía tu número para llamarte —susurro.

—No necesito tu protección. Puedo arreglármelas solo. —Suspira y puedo ver un atisbo de perdón.

—Sé que puedes. —Hago una pausa y trato de endulzar el trato—. Quería una excusa para verte. —Lo veo a los ojos, esperando encontrar la misma respuesta.

Me mira fijamente mientras las últimas palabras que dije ruedan por su cerebro.

—¿Querías una excusa para verme? —Él entrecierra los ojos—. ¿Pensé que sólo era el tipo que te secuestró?

Sonrío suavemente mientras le acaricio la cara con la mano. —Tal vez no. Quizás seas más.

Se acerca y sé que puedo ser perdonada. —¿Cuánto más? —susurra contra mis labios.

Le sonrío. —Deja de hacer preguntas estúpidas y dame las gracias.

Me agarra bruscamente por detrás y me besa, y yo me río en sus labios.

—Deja de hacer estupideces —gruñe.

—No puedo, me sale natural —respondo.

Me tira sobre la cama y yo reboto riendo.

—¿Así que ahora estás aquí por decisión propia? —pregunta sombríamente mientras se desabrocha lentamente el cinturón de los pantalones.

El deseo corre por mi sangre y asiento con la cabeza. —Ajá.

—Aquí para mí. —Hace una pausa y levanta la ceja—. ¿Por elección propia?

—Sí —respiro mientras veo cómo sus pantalones se deslizan lentamente por sus piernas.

—Así que, legalmente puedo hacer lo que quiera contigo ahora. —Ronronea sexy.

Me recorren escalofríos. —Sí —susurro con expectación—. ¿Qué quieres?

Sus ojos oscuros sostienen los míos. —Joder, todo.

* * *

El localizador nos despierta del sueño. Miro el reloj y veo que son las cuatro de la mañana. Stace se da la vuelta y mira el reloj. Sé que está pensando lo mismo que yo.

Se levanta y lee el mensaje.

Me incorporo. —¿Qué dice?

No contesta y va al baño, encendiendo la luz. —¿Qué dice? —le pregunto.

—Hay un problema en la sala de máquinas —responde secamente.

Oh no, salto de la cama. —Es una trampa. Es esto. Te digo que es una trampa. Esto… esto es de lo que les oí hablar —tartamudeo.

—También podría ser un problema en la sala de máquinas —responde.

—No vayas. No puedes ir.

Se sube la cremallera de los pantalones y se pasa la camisa por los hombros. —Puedo arreglármelas solo.

—Voy contigo —digo bruscamente mientras busco algo de ropa.

—No vas a venir conmigo, joder. ¿Qué vas a hacer?

Pongo las manos en mis caderas desnudas con indignación. —Puedo luchar, sabes.

Sonríe y me besa rápidamente en los labios. —Puedo luchar mejor. Vete a la cama. Pronto estaré en casa. —Y sin más sale de la habitación.

Oh, no. Oh no, no, no. Cojo algo de ropa del cajón y me la pongo, luego me tiro al suelo, saco el rifle y le pongo el silenciador.

Hago clic para preparar la munición.

Le advertí a ese cabrón que no se metiera con él.

Abro la puerta de la cabina y me asomo al oscuro pasillo.

Empieza el juego.

CAPÍTULO 14

Roshelle

AVANZO SILENCIOSAMENTE por el pasillo en la oscuridad hasta llegar a la escalera, luego miro hacia abajo desde donde he venido, aliviada de que aún no haya nadie. Echo un vistazo a la escalera que sube y, aunque me parece la opción más segura, sé que ese lado del barco es el enemigo en este momento. Si caes por la borda, estás muerto. Pensar en el frío y duro nivel de mantenimiento me pone los pelos de punta, pero bajo de todos modos aferrada al arma en mis manos. Bajo de puntillas por las escaleras que sólo están iluminadas por la señal de salida. El sonido del motor es fuerte y ruidoso. El corazón me late muy deprisa y no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar cuando llegue abajo. Joder, ¿por qué dejé que volviera aquí, a esta embarcación infernal?

Llego al último escalón y me asomo lentamente por la esquina para ver que no hay nadie. El motor hace ruido y zumba. Con la pistola en la mano, me adentro en la habitación.

¿Y si ya está muerto?

No, la llamada fue hace unos momentos.

Oigo que alguien baja las escaleras por donde acabo de llegar y me agacho en un pasillo oscuro.

Mierda. ¿Quién es ese?

Me quedo aplastada contra la pared mientras escucho, y entonces veo pasar a Stucco. Mierda, es verdad.

Este es el momento.

Mi corazón empieza a martillear y veo que se mete algo en el bolsillo trasero.

¿Eso era un cuchillo? Frunzo el ceño. No era tan grande como para ser un arma. Me asomo por la esquina oscura y él grita: —Mac, ¿estás aquí?

Escucho y sé que Stace está aquí abajo haciendo exactamente lo mismo que yo. Aplastado contra una pared en algún lugar escuchando al cabrón. Me pregunto a qué velocidad late su corazón.

—¡Mac! —Vuelve a llamar.

—¿Cuál es el problema? —Stace responde finalmente apareciendo por la esquina trasera.

—La junta en el rotador se salió.

Hay una densa tensión entre ellos.

—No, no es así. Esa es una mentira descarada —responde Stace con calma.

—Pero…

—No hay peros. Acabo de comprobarlo. —Se burla.

Stucco lo mira fijamente.

—Un pajarito me dijo que planeas dejarme sin sentido. —Stace sonríe sarcásticamente—. Buena suerte. Estoy esperando, guapo.

—Jódete —sisea Stucco.

—Estoy harto de tu puta mierda. Tienes algo que decir o hacer. —Empuja a Stucco en el pecho como desafiándolo—. Hazlo ahora.

Oh, mierda.

Stucco corre hacia él y Stace le da un fuerte puñetazo en la cara, pero Stucco vuelve y le da un golpe en la mandíbula y Stace se tambalea hacia atrás.

Oh, no. ¿Qué hago? Sujeto con fuerza la pistola. ¿Qué demonios hago?

Stace corre hacia él y lo derriba contra el suelo, luego se le echa encima y luchan un rato rodando. Ruedan una y otra vez hasta que Stace consigue la ventaja y lo golpea con fuerza en la cara repetidamente.

Vuelvo a mi escondite a la vuelta de la esquina. Mierda.

—¿Qué estás haciendo? —Mac le grita en la cara. Lo llamo Mac porque es quien es en este momento. No hay ni rastro de mi hermoso Stace aquí.

Le golpea la cabeza contra el hormigón. —¿Qué coño quieres? —vuelve a gritar.

Stucco forcejea e intenta golpearlo, pero no tiene ninguna posibilidad contra la fuerza de Mac.

Como si perdiera el control, lo golpea continuamente hasta que Stucco queda inconsciente.

Permanezco oculta, perturbada por lo que acabo de presenciar y, sin embargo, enfermizamente orgullosa.

Tenía razón. No me necesitaba para nada.

Veo cómo Stace le da la vuelta, comprueba su bolsillo y saca una jeringuilla llena de algo. La mira con desconfianza.

Oigo a alguien bajando las escaleras. Oh, no. Me aplano contra la pared en la oscuridad.

—¿Qué está pasando? —Oigo que pregunta una voz masculina. Me asomo por la esquina y veo a uno de los colegas de Stace de la torre de control.

—Este maldito acaba de atacarme y le encontré esto. —Stace levanta la jeringuilla y el tipo se la quita.

Oh no, no confíes en él. No confíes en él. No le des la jeringa.

—Maldito idiota. —Suspira—. Lo encerramos y nos ocuparemos de él mañana —responde secamente.

Lo cogen de un brazo cada uno y lo levantan casi que arrastrándolo escaleras arriba, sin duda lo encerrarán en la torre de control.

Me apoyo en la pared y respiro hondo. Eso estuvo cerca.

* * *

Una hora más tarde me tumbo en la habitación a oscuras y me pregunto con quién me estoy acostando.

Estaba frío y calculador esta noche. Sin remordimientos, sin empatía.

Sin miedo.

Golpeó la cabeza de Stucco contra el suelo hasta dejarlo inconsciente, sé cómo empezó la historia de Stace, pero ¿cómo acaba?

Mi madre me dijo que mi padre empezó con delitos menores y mira en qué monstruo se convirtió. ¿Es esto lo que ella sentía por él cuando se conocieron? ¿Sabía que estaba metido en alguna mierda mala, pero no le importó de todos modos? ¿Estaba cegada por el porcentaje de lo bueno y pensaba que él iba a dejar atrás esa vida? Pero entonces, ¿qué se suponía que debía hacer Stace? Era atacar o ser atacado e incluso yo estaba preparada para matar a Stucco a tiros.

Tal vez sea yo.

A lo mejor soy yo la que está jodida.

Ya ni siquiera lo sé.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por su regreso a la cabaña. Entra en el baño y se mete en la ducha, sin decir nada. ¿De verdad cree que estoy dormida?

Diez minutos después se mete en la cama a mi lado.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Nada —responde en voz baja.

Frunzo el ceño en la oscuridad. —¿Estaba Stucco allí?

—No.

¿Por qué miente?

Nos quedamos en silencio mientras mi mente empieza a dar vueltas.

—¿Estás bien? —pregunto.

Se da la vuelta y me toma en sus brazos. —Lo estoy ahora que estoy a tu lado. —Me besa suavemente el hombro.

Una mentira y una verdad en la misma frase. Mi placer y mi dolor.

* * *

—¿Recuerdas aquella vez en México en la que hubo que sobornar al control fronterizo? —dice un hombre y en la mesa todos ríen a carcajadas.

Estamos cenando y los hombres intercambian historias sobre Vikinos. Llega mañana y el barco se ha puesto las pilas para prepararse. Por lo visto, es la primera vez que viene a la embarcación en más de ocho meses y viene en un vuelo de un día para comprobar las operaciones. Por lo que sé, Stace es el único que lo conoce personalmente. Los otros hombres simplemente no saben cuán personalmente.

Yo también tengo preguntas.

Cuando dijo que llegó a trabajar para él, ¿fue como uno de sus sicarios o es que he visto demasiadas películas?

La forma en que me mintió sobre la pelea con Stucco la otra noche sólo ha sembrado la semilla de la duda en mi mente. ¿Me estaba diciendo la verdad sobre su pasado o lo que desearía que fuera la verdad? ¿Realmente ha sido metido inocentemente en esta vida, o es un criminal de toda la vida como pensé al principio?

No sé qué le pasa esta semana, pero está cada vez más agitado ante la inminente llegada de Vikinos. Me ha dicho mil veces que no puedo salir del camarote mientras Vikinos esté en el barco. Incluso esta tarde me ha dicho que si abandona el barco de repente, me quede con Ángela y los chicos hasta que lleguemos al muelle y ellos me cuidarán.

¿Está pensando en irse con Vikinos?

Estoy confusa, pero no me molesto en hacer preguntas porque me responderá con mentiras. Me sigo repitiendo que no fue más que una mentira blanca, y probablemente intentaba que dejara de preocuparme por él.

Pero una mentira blanca es una mentira negra para mí. Todas duelen lo mismo.

La conversación a mi alrededor me devuelve al momento.

—Ah, y odia a los polis —dice uno.

—Sí —dice alguien más—. ¿Recuerdas el almacén que tenía?

—La freidora de cerdos, la llaman —dice otro.

Todos los hombres estallan en carcajadas y Stace baja la cabeza y aprieta la mandíbula con rabia.

Frunzo el ceño mientras le observo. Está visiblemente alterado por la conversación.

¿Por qué?

—¿Por qué lo llaman *la freidora de cerdos*? —pregunto. Quiero saber por qué le afecta tanto.

—Ata a policías y los tortura hasta la muerte. Electrocuta a los cabrones. Cocina el puto cerdo.

Todos los hombres estallan en carcajadas y Stace se bebe su cerveza y se queda mirando al suelo con una mirada asesina.

El suelo se balancea bajo mis pies mientras uno todas las piezas del rompecabezas.

Dios mío.

El hermano de Stace. Vikinos mató al hermano de Stace.

Está aquí por venganza.

Mis ojos buscan los suyos y él sabe que lo sé. Aparta la mirada con rabia.

Me pongo de pie. —Estoy cansada. Me voy ya. Nos vemos. —Miro a Stace—. ¿Vienes?

Asiente y, sin decir palabra, me sigue. Caminamos hasta la habitación en silencio y él abre la puerta. Entramos y cierra lentamente la puerta tras nosotros.

—¿Estás aquí por venganza?

Asiente una vez.

—¿Vas a intentar matarlo? —susurro enfadada.

—Sí.

Sacudo la cabeza. —Stace, no. Te matará. Tiene guardias.

—No me importa.

—¿Qué? —grito—. ¿Qué quieres decir con que no te importa?

—No me importa si muero. Por eso te saqué de la nave. No quiero que estés aquí para ver esto.

Mi cara se cae. —Stace, no.

Se levanta solemne, como resignado a su destino. —He esperado en este puto barco durante seis meses para tener mi oportunidad y la voy a aprovechar. No puedo atraparlo en tierra firme, pero aquí… —su voz se entrecorta.

Sacudo la cabeza con nerviosismo. —Vámonos. Podemos empezar en otro sitio. —Sostengo sus dos brazos mientras intento hacerlo entrar en razón—. Podemos huir y… —Finjo una sonrisa y hago una pausa mientras intento endulzar el trato—. Y tu madre puede venir con nosotros.

—No —dice rotundamente—. Murió por mi culpa, mi hermano murió mientras intentaba sacarme de este barco. Estúpidamente pensó que podría atraparlo. Pero sé que la única forma de hacerlo es matándolo. Tomé mi decisión. Va a pagar. Ojo por ojo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. —¿Y yo qué? —susurro.

Me mira a los ojos, levanta la mano y me acaricia suavemente la cara. —Agradezco haber conocido a mi persona antes de morir —susurra.

Mis lágrimas rompen la barrera y ruedan por mi cara. —Stace, no. —Sacudo la cabeza—. Por favor, por mí… no lo hagas.

Me envuelve en un abrazo.

—No me hagas perderte a ti también —sollozo en su hombro.

Me abraza durante un buen rato y al final responde: —Cariño, no soy tuyo. Le pertenezco. No tengo nada que perder.

* * *

Me siento a la luz del amanecer sola en el escritorio de la cabina. Stace se fue a trabajar a las cinco de la mañana para preparar la llegada de Vikinos a las diez.

Estoy con el alma en vilo, rezando a mi madre para que lo salve. Hoy me ha prohibido salir de la cabaña y ya me ha traído comida suficiente para una semana.

Como si pudiera comer algo de eso. Me siento mal.

No puedo imaginar lo que ha sido para él vivir en este barco sabiendo que su dueño asesinó a su hermano cuando intentaba salvarlo.

La culpa que debe sentir.

* * *

Él coge el cuchillo, le corta el cuello y ella suelta un gemido ahogado.

Mis ojos se abren de horror. —No —grito—, basta, basta. Suéltala —grito mientras las lágrimas corren por mi cara. Muevo la cabeza de un lado a otro frenéticamente mientras intento liberarme de las cuerdas que me atan a la silla. La silla se balancea mientras intento escapar desesperadamente.

*—Tú, animal. ¡Suéltala! —*grito*. Sacudo la cabeza con más fuerza—. No, no, no, no, mamá. Mamá, mírame. Mírame —grito—, mamá, aguanta. Aguanta.*

Su mirada se vuelve vacía y yo encojo la cara de dolor. La habitación empieza a dar vueltas y mis ojos se posan en el mar de sangre que corre por su cuerpo y cae al suelo.

*—Mamá. ¡Mamá! —*grito*—. ¡Suéltala, joder! —grito—. Mátame. Mátame —grito—. ¡No, no puedes hacer esto! Por favor, no lo hagas —sollozo.*

—Esto es lo que pasa cuando me desobedeces, mi Roshina. —Su voz profunda gruñe.

Ella se estremece mientras intenta decir algo.

—Te amo, mamá —grito.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro y luego su cabeza cae mientras gotea lo último de su vida.

Volteo a ver al Diablo. A mi padre. —Te odio. Te odio, joder. Te mataré —grito mientras me pongo como una fiera e intento soltarme de la silla.

Su dura mano me golpea en la cara.

Me lamo el labio inferior como si aún pudiera saborear la sangre de sus golpes. Se me llenan los ojos de lágrimas ante el horrible recuerdo y, seis años después, aún puedo sentir cómo la vida de mi hermosa madre se escapa de su cuerpo.

Sé lo que siente Stace. Lo entiendo mejor que nadie

Me quedo mirando la pared durante horas hasta que al final sé lo que tengo que hacer.

Necesito hacer esto por él hoy. Necesito matar a Vikinos.

El sol baila sobre el agua, y el reflejo de la barandilla metálica es desalentador. Me apoyo en la pared del otro extremo del pasillo.

Las mujeres están escondidas, los hombres están todos en sus puestos, y Stace y otros dos hombres están en la cubierta haciendo señas al helicóptero.

Lo oigo planear sobre la embarcación y cierro los ojos mientras me preparo para lo que voy a hacer.

El infierno está a punto de desatarse.

Cierro lentamente los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, estoy nuevamente frente al asesinato de mi madre.

Matar o morir.

El helicóptero se acerca lentamente y, en cuanto pasan por donde pueden verme, me adelanto y apoyo el fusil en la barandilla para mirar por el ocular de cristal.

Vuelvo a poner el dedo en el gatillo y espero. He repasado todos los escenarios posibles en mi cabeza un millón de veces, y sinceramente creo que es la única forma de tener una oportunidad de atraparlos desprevenidos. Si espero, me arriesgo a que Stace intente acabar con él primero y entonces puede que sea demasiado tarde. Esta es la única manera en que puedo garantizar la seguridad de Stace.

Diez años de práctica en un campo de tiro y todo se reduce a esto.

Si fallo, estoy muerta.

Si disparo, también estoy muerta.

Pero Stace estará vivo y sabrá que lo quiero. Se me nublan los ojos y sacudo la cabeza para disipar la niebla. Concéntrate.

Miro por el lente del objetivo y cuento tres hombres en el helicóptero. El piloto, un guardia y luego él.

Apunto y observo cómo el piloto realiza una técnica de aterrizaje.

—Sólo sal del helicóptero —susurro.

Aprieto con fuerza el gatillo mientras el corazón me martillea con fuerza en el pecho.

—Matar o morir —respiro.

Stace se acerca al helicóptero, abre la puerta y yo entrecierro los ojos mientras me armo de valor.

Santa… puta mierda.

El guardia sale y estrecha la mano de Stace, y yo sigo su cabeza con la pistola. Vuelvo al helicóptero y sigo a la siguiente cabeza. Lleva un traje oscuro, claramente caro, se baja lentamente y estrecha la mano de Stace.

Entrecierro los ojos. —Solo un poco a la izquierda —susurro mientras mi mano tiembla por los nervios. Él se mueve un poco—. Eso es. —Se mueve hacia la izquierda, apunto y aprieto el gatillo. No acierto y la confusión se apodera de mí. Todos los hombres comienzan a correr.

Joder.

Vuelvo a apuntar y, con los latidos de mi corazón bombeando furiosamente, aprieto el gatillo, y esta vez, el hombre del traje cae a cubierta.

Apunto al guardia y le disparo en el muslo. Él también cae desplomado.

Lo hice.

Con la adrenalina por las nubes, bajo corriendo las escaleras metálicas.

Las alarmas empiezan a sonar y sé que todo el mundo está mirando. Con mi pistola en las manos, corro por la cubierta hacia ellos.

Stace me mira horrorizado.

—¡Rosh! —grita—. ¡No!

El piloto toma una pistola y yo levanto mi rifle y le disparo en la pierna.

—¡Sube al helicóptero! —grito.

—¿Qué? —Stace grita.

—¡Entra en el puto helicóptero! —grito por encima de las sirenas.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita.

—Salvando tu vida. —Señalo el helicóptero con mi arma—. Sube.

Miro hacia abajo y frunzo el ceño. ¿Qué demonios pasa? Le doy una patada al hombre del traje para verle la cara y retrocedo mientras el horror se apodera de mí.

¡Dios mío!

¡Oh, Dios mío!

Con renovado pánico, apunto con la pistola a Stace. —No me hagas matarte a ti también, idiota. ¡Entra!

—¡No! —grita—. ¿Qué coño estás haciendo?

Las sirenas gritan sobre nosotros y sé que tengo minutos antes de que lleguen los refuerzos.

Tiro al suelo a escasos centímetros de los pies de Stace. —Lo juro por Dios, entra de una puta vez.

Sacude la cabeza, sube al helicóptero y yo subo tras él.

—Llévanos arriba.

Frunce el ceño. —¿Qué? —grita.

—Sube, maldita sea. Estamos a un minuto de que nos maten.

Se rasca la cabeza asustado y arranca el helicóptero, y yo cierro la puerta tras de mí. Despegamos temblorosamente justo cuando dos miembros de la tripulación aparecen en cubierta armados.

Nos elevamos más y más y más alto, y oigo las balas pasar zumbando a nuestro lado.

Despega y volamos en el aire despejado y yo pongo la cabeza entre las manos y encojo la cara de pánico.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita por encima del motor.

Jadeo. —Te estoy salvando la vida, idiota. —Me paso las manos por el pelo—. De nada, por cierto.

Sacude la cabeza y se pasa la mano por la cara.

—No fue a Vikinos a quien mataste —grita.

—¡Lo sé! —le grito con frustración. Dios mío, ¿cómo pude ser tan estúpida?

Frunce el ceño y me mira. —¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres?

Lo miro fijamente a los ojos.

—Me llamo Roshina Vikinos. Soy su hija.

CAPÍTULO 15

Stace

MIS OJOS SE ABREN DE PAR EN PAR antes de parpadear hacia ella, y luego de vuelta al cielo, luego de vuelta a ella, y luego de vuelta al cielo, una y otra vez.

—¿Que tú eres quién? —grito por encima del motor.

—Ya me escuchaste —grita.

Sacudo la cabeza con incredulidad. —¿Su… su… su hija? —balbuceo—. ¿Eres la hija de Vikinos?

Ella asiente.

—No puedo creerlo —grito mientras volamos cada vez más alto.

—¿Crees que yo sí? —balbucea.

Me doy cuenta y pongo la cabeza entre las manos. El helicóptero se inclina un poco.

—¿Stace? —grita.

Agarro la palanca de control y vuelvo a levantar el helicóptero.

Mi mirada se desvía hacia ella con enfado. —Así que nos tendiste una trampa. Todo esto fue una trampa para llegar a él.

—¿Qué? —grita—. ¡Me secuestraste, idiota! ¿Cómo pude haber preparado esto?

—Realmente esperas que crea que esto es una coincidencia. —Sacudo la cabeza—. No soy tan estúpido. —Hago una mueca.

—Parece que sí —responde ella.

La fulmino con la mirada y ambos alzamos la mirada al cielo. El motor es ruidoso y ahoga cualquier otro ruido.

Se gira y mira por encima del hombro hacia el barco que desaparece en la distancia. Ahora mismo deben estar pidiendo refuerzos.

—¿En qué estabas pensando al dispararle a tres personas delante de todo el mundo? —Me enfurezco.

Se encoge de hombros. —Pensé que era él. Pensé que iba a derribarlo antes de que algo saliera mal. No voy a darle la oportunidad de matarte.

—No era él —suelto.

—¡Lo sé! —grita frustrada—. Era mi tío.

Se me cae la cara de espanto mientras mis ojos vuelven a parpadear hacia ella. —¿Le disparaste a su hermano?

—Él también torturó al tuyo. Deja de hacerte el inocente. Era matar o morir y ese tipo al que disparé es tan malvado como mi padre. No tengo remordimientos. Ninguno.

Buen punto.

Permanezco en silencio y volteo para mirar por encima del hombro por donde vinimos.

El sonido de las aspas del helicóptero resuena con fuerza en la cabina. —Dijiste que ibas a matarlo. Dijiste que pensabas que ibas a morir. No podía dejar que eso pasara —grita

por encima del motor.

—¡Al menos habrías estado a salvo! —ladro con rabia.

—¿A quién intentas engañar? Nunca estaré a salvo mientras él esté vivo.

Me paso la mano por el pelo, frustrado, mientras mi cerebro empieza a desbocarse.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

No respondo. Sólo mantengo la vista en el cielo.

—¿Qué vamos a hacer, Stace? —grita aterrada.

—¡Cierra la puta boca y déjame pensar! —le grito.

Miro el mar mientras volamos a gran altura. Un entorno tan hermoso y tranquilo y, sin embargo, estamos en medio de una pesadilla. Me doy la vuelta y vuelvo a mirar por encima del hombro, medio esperando que nos persiga un helicóptero. Sé que no tienen recursos, pero mi formación militar me deja siempre en estado de alerta.

—¿Por qué no era él? ¿Por qué no estaba en el maldito helicóptero?

Se pasa las manos por el pelo, frustrada.

Mis ojos furiosos se dirigen a ella. —Algo que podrías haber comprobado antes de armar todo este problema.

Me fulmina con la mirada. —Eres un puto cobarde. ¿Lo sabes? Suéltame. Me vieron apuntarte con la pistola. Vuelve corriendo y suplica perdón. —Ella sacude la cabeza—. Cúlpame a mí. —Parece tomar una decisión antes de dejarme hablar—. De todas formas, tienes que alejarte de mí. Corres más peligro conmigo cerca.

Sacudo la cabeza con furia. Jodidamente increíble.

—Lo digo en serio —grita, sus ojos se mueven continuamente entre el cielo frente a nosotros y de vuelta a mí.

Mi rostro permanece solemne y sin emoción.

—Le hice una promesa a tu madre —dice.

Mis ojos se posan en ella y encojo la cara. —¿Qué?

—Le dije a tu madre que cuidaría de ti.

—Eso era sólo una forma de hablar —digo bruscamente—, no quería decir que me cuidaras literalmente.

—Sí, lo hizo. Sé que lo hizo. —Hace una pausa—. ¿Qué ibas a hacer? ¿Cuál era tu brillante plan? —grita por encima del fuerte sonido de las aspas sobre nosotros.

Sacudo la cabeza. —Cuando lo tuviera a solas, iba a romperle el cuello o asfixiarlo o algo menos jodidamente dramático que tu estrategia de Arma Letal. Confiaba en mí y podría haberlo matado cuando me quedara a solas, pero tú has jodido todas las posibilidades de que eso ocurra, ¿no? —Me golpeo el costado de la cabeza con rabia—. Qué estúpido.

Pone los ojos en blanco. —Oh sí, eso suena muy seguro. Como si sus guardias hubieran dejado que eso pasara. Ya estarías muerto si fuera por tu plan.

—Al menos le habría apuntado a la persona correcta. —Me burlo. Ella finge una sonrisa sarcástica.

Nos sentamos en silencio durante veinte minutos y yo miro continuamente el océano detrás de nosotros.

Nadie nos sigue, pero sé que es una falsa sensación de seguridad.

Se avecina una tormenta.

—¿Qué vamos a hacer? —Suspira.

Me encojo de hombros y seguimos volando mientras busco en mi cerebro un plan lógico.

Si nos hago caer al agua, tenemos más posibilidades de que no nos encuentren, pero tengo que llevar a Rosh a tierra firme sana y salva, lo que sería arriesgado. Si vuelo directamente a tierra firme seguiremos en el radar del barco. Sé que aún pueden vernos y saben exactamente dónde estamos. Tengo que volar por la costa al menos un par de cientos de kilómetros y luego ir tierra adentro. No hay otra opción. Miro por encima del hombro y finalmente tomo una decisión. Conecto el sistema de navegación por satélite y espero las coordenadas. Aparecen y volteo a la derecha.

—Aterrizaremos y esconderemos el helicóptero. Hay otro helicóptero pequeño en la nave, pero no hay otro piloto a bordo y tú eliminaste al otro. Tenemos alrededor de una hora, según mis cálculos antes de que alguien pueda estar en el aire para buscarnos.

Me observa atentamente.

—Probablemente haya un dispositivo de rastreo en este.

Sus ojos se abren de par en par, horrorizada, y empieza a mirar frenéticamente a su alrededor.

—No lo encontrarás, pero sabrán dónde aterrizamos.

—¿Así que aterrizamos y huimos? —pregunta ella.

Asiento con la cabeza mientras permanezco sumido en mis pensamientos.

—¿Dónde vamos a aterrizar?

Acciono algunos interruptores y me pongo los auriculares mientras viramos aún más a la derecha. —Colombia.

* * *

Una hora más tarde.

—Prepárate —le advierto mientras se agarra a las correas del cinturón de seguridad.

Cierra los ojos.

—Tranquilo… tranquilo —le digo al helicóptero.

Se agarra al cinturón con fuerza. Llevamos un rato sobrevolando tierra mientras busco un lugar seguro donde aterrizar.

Este parece un lugar tan bueno como cualquier otro. Está desierto, nadie en kilómetros, con un prado relativamente llano.

—Calma, pequeña —le murmuro al helicóptero.

El helicóptero planea sobre el suelo y yo me coloco suavemente hacia abajo. Rosh deja caer la cabeza entre las manos, aliviada. —Gracias a Dios —susurra—. ¿Cómo diablos trabajas de esto cuando es tan aterrador como el infierno?

Me acerco a ella y le desabrocho el cinturón antes de quitarme el mío.

Esperamos a que se detengan las cuchillas. Abro la puerta y me bajo para ayudarla a salir.

—Espera un segundo, déjame coger mi mochila. —Se agacha y coge su mochila y su pistola.

—¿Has traído una mochila? —Frunzo el ceño.

—Sí. —Ella sacude la cabeza—. ¿Crees que soy estúpida? —Salta al suelo.

—Sin comentarios —murmuro secamente mientras comienzo a caminar.

Se apresura a seguirme. —Tengo tus dos pasaportes y el mío y nuestras carteras y tu teléfono.

Entrecierro los ojos. ¿Cómo sabe que tengo dos pasaportes? Me doy la vuelta y empiezo a correr. —Sígueme el paso —le digo.

—Eso hago —responde ella.

Es una zorra con pelotas, lo reconozco. Me doy la vuelta, le quito la mochila y me la pongo en la espalda. —¿Qué hay aquí? —pregunto mientras aparto la hierba de mi camino.

—Justo lo que te dije —dice—. Ah, y te traje un suéter —añade desde detrás de mí.

Me quedo quieto y volteo hacia ella. —¿Me trajiste un suéter? —Frunzo el ceño.

Ella asiente rápidamente. Yo sonrío.

Ella me devuelve la sonrisa. —Ahora que lo pienso, parece un poco ridículo.

Me echo a reír, a carcajadas. Esta maldita mujer será mi muerte.

—No te lo piensas dos veces antes de dispararle a tu tío que creías que era tu padre, pero te acuerdas de traerme un suéter.

—Podría hacer frío —exclama avergonzada.

—Con eso me basta. —Sacudiendo la cabeza, me doy la vuelta y empiezo a caminar. El terreno es demasiado duro para correr. Acabaremos rompiéndonos una pierna. Caminamos deprisa al borde de un bosque bajo las copas de los árboles que nos protegen del cielo.

Caminamos por durante más de una hora y hace calor.

—Apesto —dice desde detrás de mí—. Necesito desodorante. —Se sacude los insectos mientras camina—. ¿Supongo que no tienes en tus bolsillos?

Joder. Sigo caminando y la ignoro. Nada nuevo. La he estado ignorando todo el camino.

Estoy tan cabreado. Todos mis planes se arruinaron en tres minutos de locura.

—¿Crees que nos falta mucho? —pregunta. No contesto.

Seguimos caminando durante otra media hora. —¿Vas a seguir ignorándome?

—Sí —digo bruscamente.

—¿Por qué?

Me volteo, enarco una ceja y la fulmino con la mirada un instante antes de volver a mi paso rápido. Tiene que estar bromeando.

Caminamos otra hora.

—¿Cuánto falta? El pueblo parecía estar mucho más cerca. ¿Vamos por el camino correcto? —pregunta.

—Deja de parlotear y camina más rápido —grito.

Finalmente llegamos a una granja y me agacho para hacer una evaluación de riesgos de la zona. Hay una gran casa de piedra y tres autos parados. Me pregunto si habrá alguien en casa. Me pongo en cuclillas detrás del edificio mientras miro a mi alrededor, y entonces, sin dudarlo, Rosh se acerca directamente al auto estacionado en el camino de entrada y se sube.

Miro a mi alrededor con nerviosismo. Mierda. ¿Qué está haciendo ahora? La fulmino con la mirada y sacudo la cabeza con rabia.

Esta mujer tiene ganas de morir… y puede que sea yo quien la mate.

Quita la tapa de la parte delantera del auto y lo pone en marcha.

Arranca a la primera.

—Entra —dice.

Miro a mi alrededor. Esto es genial. Cuando encuentren el helicóptero, van a llamar a las

puertas de las casas más cercanas. Ella acaba de decirles dónde estamos. Echo un último vistazo a mi alrededor, corro hacia el auto, subo y ella acelera justo cuando un hombre y una mujer salen corriendo de la casa.

Ya no puedo controlar mi ira. —¿Qué coño estás haciendo? —grito.

—¿Ahora mismo? —Ella me mira—. Estoy robando un auto.

—¿Piensas un poco las cosas antes de hacerlas o sólo actúas como si estuvieras sola en esto? —grito.

Me mira y frunce el ceño. —¿Qué se supone que significa eso? —El auto vira en la curva a toda velocidad y ella casi pierde el control. El auto se desvía y ella vuelve a enderezarlo.

—¡Para el puto auto! —grito—. ¿Sabes siquiera conducir?

—Sí, puedo conducir.

—¡Fuera! Yo conduzco. Para el maldito auto ahora. —Sus ojos parpadean entre la carretera y yo.

—¿Cómo sabes puentear un auto? —grito.

—Una vez tuve un novio que no tenía las llaves de su auto, así que le hicimos un puente para usarlo. —Se encoge de hombros—. Nunca imaginé que sería útil.

Se detiene y yo corro hacia el lado del conductor mientras ella salta sobre los asientos. Arranco a toda velocidad.

Nos sentamos en silencio mientras me concentro. Las carreteras están llenas de tierra y el terreno es difícil, montañoso y con muchas curvas.

Su pelo vuela por el aire que entra por las ventanas abiertas. —No me des un sermón sobre si discuto las cosas contigo. ¡Ambos sabemos que no discutes nada conmigo! De hecho, me mientes directamente.

La fulmino con la mirada. Creo que nunca he estado tan cabreado con una mujer en mi vida. Es absolutamente exasperante. —¿Cuándo he mentido? —le grito—. ¿Cuándo?

—¿Estaba Stucco en la sala de mantenimiento? —Se burla sarcásticamente—. No, Stucco no estaba allí, no pasó nada —me imita con voz grave y falsa.

Entrecierro los ojos.

—Yo estaba allí, imbécil. Te vi pelear con él.

—¿Qué estabas haciendo allí? —grito.

—Esperando para apoyarte con mi pistola. —Ella sacude la cabeza enfadada—. De la misma forma que lo hice hoy.

—Hacer algo sin un plan no es cuidarme. ¡Es joder mis planes, Roshelle! —grito.

—Es Roshina —suelta.

No puedo creerlo. No puedo creerlo.

Seguimos conduciendo un rato y al final llegamos a una señal.

Colombia – 60kms

Por fin.

—Volveremos a Colombia, dejaremos el auto y cogeremos un taxi a Bogotá. Aún tienes la reserva para otros diez días en el hotel. Podemos pasar desapercibidos allí hasta que todo se calme. Haz un plan —sugiero.

Su rostro se suaviza y esboza su primera sonrisa del día. No puedo evitar alargar la mano para sostener la suya. —Vale —murmura mientras sus ojos asustados se clavan en los míos.

Hay algo increíblemente hermoso en su valentía, su increíblemente estúpida valentía

kamikaze. Me atrae en un nivel que no comprendo, y aunque estoy más que furioso con ella, mi deseo de protegerla y cuidarla es máximo.

Hoy estaba dispuesta a morir por mí… por su causa.

Es lo bastante valiente para ser peligrosa y, a la vez, lo bastante vulnerable para morir.

Mi peor pesadilla.

Es el último pensamiento que no puedo soportar y sé que necesito sacarla del país de forma segura como prioridad.

Vikinos no la va a atrapar. No va a poner un maldito dedo sobre ella. El daño que ya le ha hecho es inconmensurable. Si soy sincero conmigo mismo, sé por qué ella dispara primero y pregunta después. Ha sido empujada más allá del punto de retorno y ya no le importa lo que le pase. La necesidad de venganza la ha consumido tanto como a mí. ¿Qué posibilidades hay de que ambos tengamos el mismo objetivo? Dos personas que se encuentran al azar y tienen una conexión, ambas con sed de la sangre del mismo hombre.

No sé qué hacer con todo esto. Es una sobrecarga de información. Tengo que hacerme a la idea de que es su hija. La idea de que la mate me asusta más que cualquier otra cosa.

Esto no es bueno.

Una complicación que no necesito.

Como estaba previsto, dejamos el auto en una calle desierta y cogemos un taxi a Bogotá. Dos horas muy silenciosas después llegamos al hotel.

Roshelle

Atravesamos la recepción del hotel y bajo la cabeza. Quería volver aquí con Stace algún día, pero no en estas circunstancias. Como si pudiera leer mi frágil mente, me agarra la mano tranquilizadoramente. Entramos en el ascensor, me envuelve en sus brazos y tira de mí hacia él. Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos.

Estoy en casa.

No me importa lo que haya hecho hoy, él está aquí conmigo. Está vivo.

El resto es pura semántica.

Subimos a la habitación y caminamos sin fuerzas. Sin mediar palabra, entra al baño, abre la ducha y yo me dirijo a la ventana, descorro las cortinas y miro hacia abajo.

Tengo una sensación de pesadez, como si llevara el peso del mundo sobre mis hombros. Más que agotada, siento que podría dormir durante una semana.

Vivimos de prestado.

Viene detrás de mí y me rodea con los brazos. —¿Estás bien? —me pregunta. Es la primera vez que me toca desde esta mañana. No me había dado cuenta de lo mucho que sus caricias significan para mí.

—No lo sé —murmuro mientras contemplo la ciudad—. ¿En quién convertí, Stace? —susurro.

Me besa un lado de la cara mientras sus ojos se unen a los míos para mirar más abajo y, al cabo de un momento, responde: —En alguien que me importa.

Me volteo hacia él y el nudo en mi garganta se hace realmente grande. Se me llenan los ojos de lágrimas ante la calidez de su tacto y la suavidad de sus palabras. —Hoy no quería dispararle a la persona equivocada —susurro mientras mis ojos buscan su perdón.

Me besa suavemente. —Lo sé, cariño.

Sacudo la cabeza mientras las lágrimas comienzan a caer. —No puedo dejar que mueras en sus manos. —Sacudo la cabeza nerviosamente—. No puedo perderte a ti también.

—Shhh —susurra mientras me aparta el pelo de la cara—. Vamos a la ducha.

Me lleva al baño y nos desnuda lentamente a los dos antes de meternos bajo el agua fría. Me abraza con la cabeza apoyada en su pecho mientras las lágrimas ruedan por mi cara.

Lo sabe.

Sabe que es el principio del fin.

* * *

Me despierto con la habitación en penumbra, sabiendo que es temprano por la noche. Después de nuestra ducha de una hora de hoy, nos tumbamos y debo de haberme quedado dormida. La adrenalina me ha golpeado como un camión. Stace está tumbado de lado frente a mí, con la mano en mi cadera desnuda.

—Hola. —Sonrío tímidamente. ¿Por qué siempre me mira dormir?

Se inclina hacia delante y me besa suavemente los labios. —Eh. —Me vuelve a besar—. Estabas hecha polvo.

Sonrío suavemente y acerco mi mano a su cara. —¿Has dormido?

Sacude la cabeza. —No.

Lo observo, sabiendo que tiene algo en mente.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Entrecierra los ojos como si intentara juntar las palabras en su mente, y después de un momento responde. —Tengo que volver.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—Nunca tendré la oportunidad de matarlo si no vuelvo ahora.

El miedo me invade al instante y me incorporo violentamente. —Nunca tendremos la oportunidad de ser felices si lo haces.

—Escucha. Cálmate. Tú te quedarás aquí.

Sacudo la cabeza. —No.

—Te quedarás aquí donde es seguro y yo volveré y fingiré que me secuestraste. No tiene motivos para dudar de mí. Todavía puedo hacerlo. Sé que puedo.

—No te va a creer. Te has estado acostando con su hija. Te matará de inmediato.

—Tal vez no.

Me pongo en pie de indignación. —¿Puedes oírte? ¿Tal vez no te mate? ¿Por qué te arriesgarías, joder? —grito.

—Porque necesito matarlo por mi hermano. Por tu madre. —Sacude la cabeza mientras intenta articular sus palabras—. Para poder vivir conmigo mismo, joder.

Comienzo a llorar mientras la empatía me invade. —Stace, no. —Doy un paso hacia él y lo beso suavemente y él desliza sus manos alrededor de mi cuerpo desnudo—. Quédate aquí y lucha por nosotros. Necesito que luches por nosotros —susurro contra sus labios.

Me lleva la mano a la nuca y me besa profundamente. Es uno de esos besos de despedida que tanto he llegado a odiar.

—Tengo que hacerlo —murmura en mi boca.

—¿Por qué? —grito mientras me zafo de sus brazos con más vigor—. ¿Para que puedas tener la última palabra?

—No voy a pasar la vida escondiéndome de él.

—Entonces lucharemos —grito—. Un día vendrá por mí y cuando lo haga estaremos preparados. No entres en la guarida del dragón buscando la muerte. No es necesario, Stace. Sólo lo hice esta mañana para alejarte de él. Eres un peligro para ti mismo.

Sacude la cabeza. —Quédate aquí para que yo pueda saber que estás a salvo.

—No.

Me fulmina con la mirada. —Sí.

—Me voy a Europa y voy a olvidarme por completo de mi padre. —Dudo y sacudo la cabeza mientras mis ojos lloran—. Voy a empezar de nuevo y voy a olvidarme de haberte conocido.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Quiero un hombre que se enamore de mí, que quiera formar parte de una familia feliz y no esté empeñado en vengarse de males que no puede cambiar.

—Necesito hacer esto.

—¡No puedes traer a Justin de vuelta, Stace! —grito entre lágrimas.

Sus ojos se desenfocan y caen al suelo.

—No puedes traerlo de vuelta y él no querría que hicieras esto. Él querría que siguieras adelante —susurro a través del nudo en mi garganta—, que empezaras de nuevo.

Permanece en silencio mientras procesa mis palabras y finalmente, tras una larga pausa, responde: —No puedo.

Le doy la espalda y me cruzo de brazos.

Se pone los zapatos. —Quédate aquí.

No le contesto.

Momentos después, oigo cerrarse la puerta y volteo.

Se ha ido.

* * *

Son las 2 de la mañana y estoy entumecida.

Stace se ha ido. Ya está muerto. Ahora estoy de luto.

Estoy tumbada en mi cama con mi whisky con Coca-Cola en su honor, viendo mala televisión.

Éramos tan buenos juntos.

Estoy furiosa con él, furiosa porque me secuestro, furiosa por su seducción, furiosa por dejarme caer en ella.

Por todo.

Tenía que volver.

Qué mierda. Si yo le importara, no se habría ido.

Habría permanecido y luchado porque la pelea llegará a donde yo esté. Siempre lo hace.

Me recuesto y miro al techo mientras el sonido del lamento silencioso me rodea.

Trac, trac.

¿Qué es eso? Miro hacia la puerta y veo que se mueve el picaporte. Alguien intenta entrar.

Me levanto, me acerco a la puerta y observo cómo el picaporte vuelve a sacudirse en la oscuridad.

Alguien está tratando de entrar.

CAPÍTULO 16

Roshelle

ME QUEDO ATRÁS, preguntándome qué debo hacer. ¿Qué voy a hacer?

Mierda. Corro por la habitación, cojo la pistola y me arrastro detrás de la puerta. La cerradura chasquea como si hubieran utilizado una llave y entonces aparece una figura. Frunzo el ceño mientras intento concentrarme.

Conozco esa silueta.

—¿Stace?

—Hola. —Suspira.

—¿Qué coño estás haciendo? Me has dado un susto de muerte —susurro enfadada.

Se gira hacia mí en la habitación en penumbra, me quita la pistola de las manos y la deja sobre el escritorio.

Lo observo un momento mientras me mira fijamente, a pesar de la oscuridad.

—No sé cómo hacerlo —murmura.

—¿Hacer qué?

Vacila. —Alejarme de ti.

Sonrío suavemente. —Espero que nunca aprendas —susurro.

En un segundo está sobre mí, sus grandes labios sobre los míos, sus manos recorriendo mi cuerpo desnudo.

—¿Me extrañaste? —susurra.

—No. —Sonrío contra sus labios—. Decapité a tu muñeco de vudú.

—Brillante —respira contra mis labios con una sonrisa. Me levanta y me tira sobre la cama. Salto y me recorre una sensación de emoción. Está de un humor de locos, del tipo de follar toda la noche.

—¿Dónde estabas? —pregunto.

Se saca la camisa sobre los hombros. —En el bar tratando de obligarme a irme.

Sonrío y me muerdo el labio inferior mientras veo sus pantalones deslizarse por sus piernas. Está semiduro y mis ojos se detienen en su entrepierna.

Oh, él es tan…

Camina hacia un lado de la cama mientras me observa desde arriba. —Piernas abiertas —me dice.

Me tumbo boca arriba y abro las piernas, y él sonríe sombríamente mientras sus ojos se detienen en mi sexo.

—Ahí está —susurra maravillado. Me separa con los dedos para poder verlo todo y cierro los ojos. No importa cuantas veces me mire así, siempre me parece demasiado íntimo, demasiado cercano para lo que se supone que somos.

Se inclina y me lame la carne y veo que su polla se endurece al instante. Sus ojos se cruzan con los míos mientras me muerde el clítoris, obligándome casi a saltar de la cama.

Dios mío, es bueno en esto.

—Sabes jodidamente bien —susurra antes de bajar los labios para chuparme. Sus ojos se cierran de placer y mis rodillas empiezan a levantarse solas de la cama. Dios mío. Mi cuerpo empieza a temblar y me agarra los muslos con ambas manos, empujándolos hacia el colchón.

—Abre —Gruñe—. Lo quiero todo. Dámelo.

Me vuelve a morder y mi espalda se arquea sobre la cama. Empieza a comerme de verdad, bigotes en la cara, placer y dolor, y lo único que puedo hacer es agarrarme a su nuca y gemir. Coge sus dedos y desliza tres dentro. Me estremezco.

—Ouch, tómatelo con calma —susurro.

—No —contesta mientras empieza a bombear fuerte de verdad.

Sus dedos entran y salen y la cama empieza a golpear la pared con fuerza.

Santo… joder. Mis entrañas empiezan a licuarse.

Me mira mientras me besa suavemente la cara interna del muslo, pero sus dedos siguen rasgando agresivamente mi sexo. El sonido de mi cuerpo húmedo canta con fuerza en el aire.

Dentro, fuera, una y otra vez, y me estoy volviendo loca de placer.

Me lame de nuevo y empiezo a estremecerme cuando saca todos los dedos inmediatamente.

—Date la vuelta. Te quiero de rodillas —ordena.

Frunzo el ceño. —¿Eh? —¿Para qué?

Me doy la vuelta y me separa más las rodillas.

—Apóyate en los codos.

Me dejo caer sobre los codos y me besa cada nalga con ternura mientras sube suavemente la mano y me acaricia los pechos.

—Tan jodidamente hermosa —susurra, casi para sí mismo. Me pasa suavemente los bigotes por el trasero.

Se me cierran los ojos.

Cielos, nunca había dejado que nadie me hiciera algo así. ¿En qué me ha convertido?

Una loca maníaca sexual, eso es.

Me separa suavemente las mejillas y entonces siento su lengua caliente quemarme el trasero.

Oh…

Cierro los ojos con fuerza y me quedo con la boca abierta. Este no es mi estilo, pero maldita sea si no es la cosa más caliente que he experimentado nunca.

Durante quince minutos, su lengua me lame, me engatusa y me tienta a hacer cosas que nunca antes había contemplado. Siento que me elevo hacia su cara en busca de una conexión más profunda.

Apenas puedo respirar, estoy tan excitada.

Se retira y noto cómo me lubrica el trasero con saliva. Exhalo para intentar calmarme.

Mierda. Dios mío. Dios mío. ¿Está pasando esto?

Desaparece un segundo y oigo el desgarro revelador de un paquete de condones al abrirse. Se acomoda en mi abertura.

—¿No vas a pedir permiso? —pregunto, bromeando, pero medio en serio.

Lentamente hunde dos dedos en mi sexo. —Ahora me perteneces. No tengo que pedírtelo antes de tomar lo que es mío. —Empuja hacia delante y me clava con fuerza en el colchón.

—Ahh. —Oh joder, eso duele. ¡Santa… mierda… ahhh!

—Relájate —gruñe. Sus dedos empiezan a bombear lentamente mi sexo y mi boca se abre con una profunda excitación. Dios, es una sensación nueva. Nunca había hecho esto antes.

Jadeo para tratar de hacer frente a su reclamación.

—Déjame follarte como quiero follarte.

Se desliza lentamente y vuelve a entrar de un solo bombeo.

Ambos gemimos.

Dios mío. Esto es el cielo de los chicos malos en toda su gloria.

Se desliza dentro y fuera, una y otra vez.

Tras unos incómodos minutos, mi cuerpo se afloja por fin y la sensación se convierte en disfrute. Como si percibiera el momento exacto en que empiezo a disfrutar, me da una palmada en el trasero. —Eso es, nena, llévame a casa.

Me levanta las caderas y empieza a tomar lo que quiere, bombeos profundos y duros con sus dedos al ritmo justo dentro de mi sexo.

Nunca había sentido algo tan travieso, tan prohibido y tan jodidamente bueno en toda mi vida.

Me pellizca el clítoris entre los dedos y casi me pongo a cien.

—Oh, sí —ronronea con un profundo gruñido gutural—. Te sientes tan jodidamente bien. Este culo. Este hermoso puto culo.

Nuestros cuerpos se abofetean y estoy cerca… Oh Dios. Este orgasmo va a ser tan fuerte que va a doler.

Vuelve a darme una fuerte nalgada en el trasero, y es la intensidad de la misma y la profundidad de su polla lo que me lleva al límite. Caigo hacia delante, mi cuerpo se convulsiona y grito con la cara contra la almohada.

Acelera el ritmo y me bombea con fuerza y rapidez, y mis piernas se vuelven gelatinosas.

No puedo… no puedo aguantar más.

Duro y profundo. Duro y profundo… tan duro y profundo.

Me agarra por los huesos de la cadera y golpea brutalmente para quedarse enterrado hasta el fondo. Siento la profunda sacudida de su polla. —Oh… Rosh —llama.

Se desliza lentamente dentro y luego vuelve a salir, y yo me quedo quieta con la cara hundida en la almohada.

Mierda. ¿Qué fue eso?

Al final me echa hacia atrás, me sienta en su regazo y me besa por encima del hombro. Su beso es tierno y cariñoso.

Vuelvo a caer sobre su pecho con la cabeza apoyada en su hombro mientras miro al techo, jadeando, sin aliento y completamente abrumada. El corazón me late muy deprisa. Sigue dentro de mí y sus labios me acarician cada centímetro de la cara.

Vuelven a mí sus palabras sobre que soy suya.

—¿Cuándo me convertí en tuya? —susurro en la oscuridad.

Me besa suavemente por encima del hombro, sus labios reclaman los míos con ternura. Es el sexo más íntimo que he tenido nunca. Me siento tan… querida.

Perfección sexual.

Se desliza, me tumba boca arriba, se arranca el condón y se arrastra de nuevo sobre mí. Mis piernas rodean su cintura y mis brazos sus anchos hombros. Su pelo cae desordenadamente sobre su frente mientras me mira. —Cuando volviste al barco por mí —murmura.

Sonrío y me besa suavemente.

—¿Cuándo te convertiste en mío? —susurro.

Vuelve a besarme y su lengua se mueve lentamente contra la mía. La sensación que me produce casi me hace llorar. —Cuando no podía dejarte esta noche.

Nuestras miradas se cruzan y, sin poder evitarlo, digo las palabras que sé que no debo decir.

—Sabes que estoy enamorada de ti, ¿verdad? —susurro.

Sonríe con sensualidad. —Esperaba que lo estuvieras. —Sus labios toman los míos mientras desliza su cuerpo resbaladizo de nuevo en mi sexo.

Sonrío en sus labios. Este hombre va a ser mi muerte.

—Piernas arriba, nena. —Gruñe—. Necesito follarme a mi chica.

—¿No acabas de hacerlo? —Jadeo.

—Apenas estoy calentando.

Hay tres reglas cardinales que cualquier mujer que se aprecie debe cumplir si quiere conseguir alguna ventaja en su relación, y por ventaja me refiero a estar siempre a la delantera.

Regla número uno: nunca dejes que te dé por el culo sin que te lo pida.

Regla número dos: nunca digas *te amo* cuando aún estés borracha por el subidón del orgasmo.

Regla número tres: nunca te sientes en el borde de la bañera y lo mires ducharse con ojos de enamorada en forma de corazón.

Es simplemente vergonzoso porque, ahora mismo, en este minuto, soy la mayor fan de One Direction del mundo y el puto Harry Styles está en mi ducha.

Él también lo sabe. Sus ojos parpadean de vez en cuando para encontrarse con los míos mientras frota el jabón por todo su musculoso físico.

—Entra conmigo. —Sonríe.

—No, soy feliz viendo el espectáculo. —Sonrío.

Su enorme y bronceado cuerpo llena la ducha, y su oscuro y recortado vello púbico es el punto focal de la obra maestra. Está manicurado por todas partes y todo está donde debe estar.

Músculos, polla, pelo, tatuajes… esos traviesos pero bonitos hoyuelos.

Estoy totalmente jodida.

Stace Williams es una obra de arte. Es valioso y adorado por cualquier mujer que tenga la suerte de experimentar alguna vez el placer que él les otorga.

Me siento agradecida por haber tenido la oportunidad de conocerlo, de tocarlo, de que me toque, y me pregunto si no hubiéramos estado encerrados juntos en una habitación si alguna vez hubiéramos tenido nuestra conexión. ¿Me habría mirado siquiera? Me pregunto qué tipo de mujeres persigue normalmente en el mundo real.

Devolviéndome al presente, intenta endulzar el trato dándose unas largas caricias con su mano enjabonada. Mi mente divaga a la primera noche que tuvimos sexo y al espectáculo de masturbación que me dio. Nunca había visto nada igual. Es un recuerdo que tengo en la memoria. Uno que volveré a visitar una y otra vez.

—Tenemos que salir de aquí —responde despreocupado mientras se enjabona el pecho.

—Mmm. —Estoy ocupada mientras mis ojos siguen su mano.

—No podemos ir a ningún aeropuerto porque allí nos estarán buscando. De momento estamos a salvo en Bogotá, pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. —Piensa un momento mientras se lava—. El problema es que no tengo dinero en mis cuentas bancarias a nombre real, pero si accedo a mis cuentas de Mac, sabrán dónde estamos.

Asiento con la cabeza. —Mmm.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Donde sea. —Mis ojos se posan en el gran músculo entre sus piernas. Dios, está colgando, incluso cuando está blando.

—¿Quieres concentrarte? —Interrumpe mis pensamientos.

—Oh, ¿eh? —Veo a su cara con culpabilidad—. Estoy concentrada.

Sus ojos se oscurecen. —Sí, sé en qué te estabas concentrando.

Sonrío porque no se puede negar. ¿Cómo voy a seguir con normalidad si tengo a un dios a toda regla en la ducha?

Me asombra su destreza sexual porque, bueno… es, sencillamente, ridículo.

—Tenemos que movernos hoy —prosigue.

—Sí, probablemente tengas razón. Antes tengo que pasar a recoger algo.

—¿De dónde?

—Una caja de seguridad.

Frunce el ceño. —¿Qué tienes en una caja de seguridad?

—Mmm. —Dudo. Esto puede ir de dos formas. Él va a perder su mierda… O… No lo sé. Creo que va a perder la cabeza.

Me paro y camino un momento. —Bueno, ¿sabes cuando estaba en el bote?

—Barco —corrige.

Pongo los ojos en blanco. —Sí, como quieras. —Hago otra pausa.

—¿Sí? —responde.

—No sabía que me ibas a gustar de verdad.

Me mira inexpresivo y deja de lavarse.

Finjo una sonrisa. —Ya ves.

—Te acostabas conmigo —responde tajante.

—Sí, pero tú me habías secuestrado y yo iba a venir aquí sola, ¿recuerdas? —Su cara sin emoción no me dice nada—. Lo cual… por cierto, habría odiado. —tartamudeo—. Venir aquí sola, es mucho mejor contigo.

Pone los ojos en blanco ante mi mala excusa. —Continúa.

—Entré en un contenedor y robé los diamantes —suelto apresuradamente.

Frunce el ceño.

Entorno la cara mientras espero la erupción.

Me mira sin comprender mientras asimila lo que acabo de decirle y se queda con la boca abierta.

Oh mierda, aquí viene. Salgo corriendo del baño a la habitación y él me persigue, mojado y desnudo.

—¿Tú… tú robaste los malditos diamantes? —balbucea.

Asiento rápidamente. —Estás mojando la alfombra, ¿sabes? —murmuro mientras señalo el suelo como distracción.

Se pone las manos en las caderas desnudas. —¿Me estás diciendo que robaste millones de dólares en diamantes y bajaste del barco como si nada, y ahora están en una caja de seguridad? —Señala al suelo—. ¿Aquí? ¿En Bogotá?

—Ajá —susurro.

Un rastro de sonrisa se dibuja en su rostro y sacude la cabeza. —Justo cuando pienso que no puedes sorprenderme más de lo que ya lo has hecho. —Una sonrisa se dibuja en mi cara, como la suya—. Entonces vas y te pones más sexy y aún más chocante conmigo. —Se abalanza sobre mí y me río a carcajadas. Me echa por encima del hombro y me da una fuerte palmada en el trasero.

—Bájame —grito—, bájame.

Pone la ducha en agua helada y yo pataleo para intentar escapar.

—Tú… —Me desliza por su grueso cuerpo—. Has sido una chica muy mala y necesitas ser

castigada.

El agua está helada y me río a carcajadas mientras me aprisiona contra la pared con su cuerpo.

—¿Quién va a castigarme? —Respiro mientras le sonrío.

—Yo.

* * *

—¿Me da huevos con tocino, por favor? —pregunto a la camarera.

—Quiero lo mismo, gracias —añade Stace.

—Ah, y dos cafés, por favor. —Sonrío.

—¿Eso es todo? —pregunta mientras garabatea en su bloc de notas.

—Sí, gracias.

Estamos desayunando en una cafetería. Esta mañana tuve que salir sola a comprarle ropa nueva a Stace. Su ropa de trabajo de alta visibilidad era como un faro y no es algo que uno llevaría si intentara pasar desapercibido. Compramos ropa y artículos de aseo. También compré una peluca para mí y unas gafas de sol para los dos.

Llevo un vestidito rosa con tirantes de espagueti que me cuelga justo por encima de las rodillas, mientras que la peluca rubia me queda por debajo de los hombros. Llevo una gorra rosa. La verdad es que parezco una Spice Girl. Stace es más difícil de disimular. ¿Cómo ocultar a un gigante hecho de músculos puros y duros? Sus tatuajes son fáciles de distinguir, así que le he puesto una camisa blanca de algodón de manga larga y una gorra para cubrirse el pelo.

Coge mis gafas de sol de la mesa, se las pone y mira a su alrededor. —Estas son mejores que las mías —murmura.

Frunzo el ceño, cojo sus gafas y me las pongo. —¿Por qué? ¿Qué tienen de malo? —Oh, todo se ve un poco azul. Echo un vistazo a nuestro alrededor. Los míos son mejores que los suyos, tiene razón.

—Es que estos me gustan más —me dice.

Le tiendo la mano. —No, vas a estirarlas.

Me mira por encima de las gafas. —Lo único que voy a estirar son tus orificios.

Sonrío y lo miro fijamente mientras mi cerebro falla. ¿Tiene idea de lo sexy que es con esta insinuación sexual que lanza casualmente en nuestra conversación? Estirar mis orificios. ¿Cómo se le ocurre esta mierda? Pero ha dado en el clavo… Me ha estirado al máximo, y algo más. Me volteo y veo a la camarera de pie junto a nuestra mesa con los cafés. No sabe dónde mirar, y es obvio que ha oído lo que él acaba de decir.

Me río y mi mirada se dirige a Stace, que ha bajado la cabeza avergonzado.

—Lo siento, por favor disculpe a mi amigo. Es un idiota. —Finjo una sonrisa.

Sus ojos se abren de par en par y, con manos temblorosas, deposita los cafés en la mesa y sale corriendo hacia la cocina, sin duda para contarles a sus amigas del trabajo lo ardiente y sucio que hablan en la mesa nueve.

—¿Soy idiota? —pregunta con una ceja arqueada.

—Si el zapato encaja. —Paso la página del periódico que tengo delante, avergonzada de que me haga desfallecer como una adolescente en celo, y de que él lo sepa de sobra.

—Oh, encaja —responde en tono sombrío. Levanto los ojos para mirarlo.

—El zapato encaja perfectamente. —Hace una pausa—. Como un guante. —Ensancha los ojos.

Sonrío. —Pervertido —digo mientras vuelvo al periódico y cojo mi café.

—Justo como te gusta.

Sonrío mientras mis ojos se cruzan con los suyos. Ha dado en el clavo. Me gusta… y mucho.

—Necesito un computador —me dice, cambiando de tema—. Necesito investigar.

—¿Quizás deberíamos comprar uno?

Asiente con la cabeza. —Sí, bien pensado. Esa puede ser nuestra próxima parada y luego alquilamos un auto y vamos a la caja de seguridad.

Levanto mi café y él choca el suyo con el mío.

—Hacemos un buen equipo, tú y yo. —Sonrío.

Sonríe a su taza de café mientras sus ojos se posan en mis labios, y siento que se me contraen las entrañas. —En más de un sentido.

* * *

Dos horas después estamos en la empresa de alquiler de autos. Stace está sentado en una fila de asientos al fondo de la oficina mientras conecta el Wi-Fi de nuestro nuevo portátil. Yo estoy a su lado mientras espero a que me llamen al mostrador. Su mano izquierda sube y baja por mi pierna mientras se concentra en el arranque de Internet. Su mano se desliza por mi pierna y luego vuelve a bajar, sube por debajo de mi vestido y vuelve a bajar. Me cruzo de brazos y espero mi turno.

—¿Qué tipo de auto debo rentar? —pregunto.

—Algo discreto.

—¿Dónde lo dejaremos?

—Aún no lo sé. Quizás Chile.

Miro a mi alrededor nerviosa. —¿Cuándo lo sabrás?

—Cuando consiga que este puto Internet funcione y averigüe dónde tenemos que ir a vender los… —Ensancha los ojos.

—Oh, claro —susurro. Sí, claro.

Su mano vuelve a deslizarse por mi pierna mientras observo por encima de su hombro y miro a una mujer de mediana edad sentada en la fila de asientos que nos observa. ¿Qué está mirando?

Su mano vuelve a deslizarse por mi pierna y yo agacho la cabeza para ocultar mi sonrisa burlona.

Oh… eso.

Mírame a mí. Me he acostumbrado tanto a que me toque todo el tiempo que ya ni me doy cuenta de que lo hace. ¿Qué aspecto debemos tener? Yo con un vestido corto de zorra y una peluca rubia, y él haciendo de las suyas, pasándome las manos por la pierna en público mientras se concentra.

—Rebecca Williams —me llama la chica del mostrador. Me acerco a donde está sentada.

—Sí, me gustaría alquilar un auto, por favor. —Deslizo mi pasaporte.

—Permiso de conducir.

Deslizo la licencia internacional de Stace sobre el mostrador y sus ojos se alzan al verlo en la habitación. Vuelve a su computadora y teclea un momento. —¿Qué tipo de auto te gustaría?

—Mmm. —Miro a Stace—. Necesito algo con cristales tintados muy, muy oscuros. —Hago una pausa—. Como ventanas negras. Ah, y aire acondicionado.

Ella levanta la ceja. —¿Vamos a escondidas?

Mis ojos se abren de par en par y vuelvo a mirar a Stace. Oh mierda, ¿qué puedo decir? —Sí, me escapo de mi marido… con mi amante. —Inclino la barbilla hacia Stace y sus ojos se elevan de nuevo hacia él. Está sentado con las piernas abiertas y los músculos a la vista, el epítome de un alfa. Ella sonríe y abre los ojos. —Chica, no te culpo —susurra.

Sonrío. —Lo sé —le susurro.

Teclea en su computadora. —Yo digo, que te diviertas mientras puedas.

—Lo hago. —Sonrío. Si ella supiera cuánto.

Lee la pantalla del computador. —Vale, así que tenemos una SUV, un sedán…

—Mmm. —Hago una pausa—. ¿Algo más?

Pulsa algunos botones más y levanta las cejas. —Tenemos un Ferrari negro.

Sonrío. —¿Un Ferrari?

Me mira y levanta una ceja. —Si vas a caer, probablemente deberías hacerlo con estilo, ¿verdad?

Me muerdo el labio inferior para ocultar mi estúpida sonrisa y ella me devuelve la sonrisa. Estamos pensando exactamente lo mismo. —Exacto —susurro mientras vuelvo a mirar a Stace —. ¿Cuánto sería por dos semanas?

Ensancha los ojos, teclea y espera la respuesta. —Veinte mil dólares.

Pienso por un momento. Si voy a caer debería hacerlo con estilo. Esto es una locura, pero joder, también lo es mi vida.

—Lo tomaré.

Quince minutos después, Stace está sentado en el estacionamiento esperando a que lo recoja mientras trabaja en el portátil, y yo estoy en la parte de atrás recibiendo instrucciones de los chicos de mantenimiento para nuestro Ferrari. Soy como un niño pequeño en Navidad y mi corazón se acelera. Después de muchas instrucciones, por fin me dan las llaves. Subo al bajo vehículo y conduzco hasta la parte delantera para ver a Stace sentado en una silla exterior. Me acerco despacio y acelero el motor. Cuando levanta la vista, sus ojos se abren de par en par.

Bajo la ventanilla. —¿Vas por mi camino? —Sonrío con un guiño exagerado.

Se levanta, se pone las manos en las caderas y sacude la cabeza.

Me río porque sabía que esa sería su reacción.

Camina hacia el lado del conductor y se agacha.

—¿Este es el auto discreto que alquilaste? —Vuelvo a acelerar el motor. —Sí.

—Estás como una puta cabra. Lo sabes, ¿verdad?

Vuelvo a acelerar el motor. —Sí.

Sonríe mientras mira el auto.

—Si vamos a caer, caeremos con estilo. —Sonrío descaradamente.

Se inclina hacia la ventana. —¿Tengo que castigarte cada hora?

—Sí. —Toco el claxon para molestarlo más. Lentamente rodea el auto y abre la puerta del conductor.

—Yo conduzco —dice mientras se desabrocha los pantalones—. Mientras tú bajas con estilo.

CAPÍTULO 17

Roshelle

—DESEO acceder a mi caja de seguridad, por favor —le digo a la malhumorada recepcionista a través de la mampara de seguridad de cristal. Tengo los nervios a flor de piel y me da pánico que llame a la policía o algo así. No parece real que me haya salido con la mía hasta ahora.

Sus ojos brillantes parpadean hacia Stace y lo mira con desconfianza.

Levanta una ceja en un desafío silencioso y yo me paro sutilmente sobre su pie. ¿Cuál es el problema entre estos dos? Ella parece odiarlo y él aparentemente la odia más por las miradas que intercambian.

—Identificación, por favor —exige rotundamente.

Deslizo mi carné sobre el mostrador junto con mis dos tarjetas bancarias. Ella las estudia un momento. —Tengo que fotocopiarlas y la de aquí está rota. Vuelvo enseguida. Tengo que ir a la otra oficina.

—Sí, claro. —Sonrío agradecida.

Desaparece de la vista.

—¿Cuál es su problema? —Stace susurra.

—Tú eres su problema. ¿Por qué la miras así?

—Porque es una puta de mierda.

Pongo los ojos en blanco. —¿Quieres callarte? —susurro.

Reaparece y llama al timbre. Un hombre sale y señala la puerta. Lo seguimos por un largo pasillo hasta llegar al final, donde se abre una gran sala cuadrada con casilleros en todas las paredes. —Al fondo a la izquierda, en la esquina —murmura mientras nos indica la dirección correcta.

—Gracias. —Sonrío—. Nunca habría recordado dónde estaba esto.

Asiente y desaparece por donde ha venido. Sonrío ampliamente y cojo la llave para abrir lentamente la caja de seguridad. Stace se coloca detrás de mí y me pone la mano en la cadera mientras me observa por encima del hombro. —Cuidado con las cámaras —me susurra al oído.

—Lo sé —le susurro. Abro la puerta y veo el calcetín que encierra nuestro tesoro.

Me alejo para dejar que Stace se asome. —¿Mi calcetín? —Levanta una ceja en forma de pregunta—. ¿Un calcetín es lo que elegiste para meterlos?

—Es todo lo que tenía —digo en voz baja—. Los mendigos no pueden elegir. —Meto la mano y trato de desatar el calcetín mientras aún está en la taquilla. No quiero que las cámaras vean lo que estamos haciendo. Está oscuro y mis brazos están confinados.

—¿Cuántos? —susurro.

Piensa un momento. —Los cinco más pequeños. ¿Cuánto tiempo dijiste que podíamos mantener esto aquí?

—Dos años.

—¿Crees que con cinco estará bien? —pregunta.

Pienso un momento. —Sí, tal vez. No quiero llevarlos todos a la vez por si nos consiguen.

—Joder, no digas eso.

Lucho por desatar el calcetín en la oscuridad de la taquilla.

—¿Qué haces? —susurra.

—Trato de desatar la maldita cosa.

Sacude la cabeza. —Déjame hacerlo. —Se hace cargo—. No puedo creer que me mintieras y te llevaras esto —susurra mientras se concentra en el desafío de desatar el calcetín.

Entorno la cara. —Oh, porque nunca me has mentido… Sr. Mac. —Hago una mueca sarcástica.

Pone los ojos en blanco. —Si yo soy el Sr. Mac, entonces tú eres La Sra. Mac. De hecho —susurra—. Eres el más grande Mac de todos los Macs.

Sonrío. Me tiene razón. He dicho algunas mentiras en mi vida.

Por fin consigue desabrochar el calcetín y juguetea con ellos antes de sacarlos del calcetín y colocarlos en el fondo de la taquilla.

—Joder —susurra asombrado.

Sonrío con orgullo. —¿Lo hice bien? —Sé que lo hice, pero solo quiero oírselo decir en voz alta.

Me besa rápidamente en los labios. —Lo has hecho muy bien, cariño. —Señala los cinco más pequeños y yo asiento con la cabeza mientras él los coge. Meto el bolso en la taquilla y él los pone en el compartimento de las monedas.

Sonrío ampliamente y su mano baja hasta el hueso de mi cadera antes de besarme de nuevo, con sus labios posados sobre los míos. —Deberíamos celebrarlo esta noche.

—¿Qué quieres hacer? —Sonrío.

Se encoge de hombros. —Buscar un bar donde pongan esa canción hippie que tanto te gusta.

Le sonrío enamorada mientras la esperanza florece en mi pecho. Otra cita. Es la primera vez que recuerdo haber sido realmente feliz. Conoce mi historia, mi jodida historia, y aun así le gusto. Nadie ha sabido nunca la verdad sobre mi vida a la fuga y la vergüenza que siento por tener un padre tan malvado y jodido. Stace y yo nos reímos, nos divertimos, y nunca antes había tenido esta sensación de pertenencia. Parecía que le pasaba a todos a mi alrededor, pero siempre pensé que estaba fuera de mi alcance. Quiero hablar con él, quiero tomarle que bromeemos, y Dios, quiero follármelo como una estúpida.

Pero sobre todo, quiero llamarlo mío.

Vuelve a meter los diamantes en el calcetín, lo ata y cierra la taquilla. Volvemos a besarnos suavemente y caminamos tomados de la mano hacia la recepción. Me detengo y mi mirada se dirige a la recepcionista. —Un momento. —Lo arrastro hasta el mostrador—. Disculpe —le digo.

Mira hacia arriba como si la estuviera molestando. Esta chica es tan perezosa. Haz tu trabajo, estúpida.

—Sí —responde rotundamente.

—Me gustaría añadir a mi marido a la caja de seguridad, por favor. —Mis ojos parpadean entre Stace y ella.

Stace frunce el ceño y sacude sutilmente la cabeza.

—¿Quieres que tenga acceso total o que sólo sea un doble firmante?

—Acceso total, por favor —le digo.

Levanta las cejas como sorprendida y se levanta. —Tendrás que firmar unos documentos de

autorización. Iré a buscarlos. —Hace un gesto hacia el otro despacho y se detiene un momento —. Normalmente tenemos a otra chica, pero hoy no trabaja. Ah, y voy a necesitar su licencia y la identificación de nuevo, por favor.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza mientras saco mi bolso.

—No necesito acceso —susurra Stace mientras me coge la mano.

—Sí, lo sabes. —Hago una pausa mientras intento pensar en las palabras adecuadas—. Ambos sabemos que mis días están contados.

Se le cae la cara de tristeza. —No lo están. No digas eso.

Levanto la mano y le acaricio la cara. —Me atrapará. Un día me atrapará. Ya conozco mi destino. Así que en ese caso, quiero que tengas los diamantes.

—No dejaré que eso ocurra.

Sonrío mientras una sensación de pavor se apodera de mi estómago. He intentado por todos los medios no preocuparme por la semana pasada, pero la sensación de horror anticipado que me espera es abrumadora. —Estaré preparada para cuando venga. —Hago una pausa—. Voy a dar lo mejor de mí. —Me encojo de hombros—. Nunca se sabe. Cosas más raras han pasado, ¿verdad?

Stace me observa mientras un ceño fruncido cruza su rostro. —¿Cuánto tiempo has vivido así?

—¿Así cómo?

—¿Con miedo?

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras contemplo su pregunta. —Supongo que esa es la cuestión, ya no tengo miedo. El barco me cambió. Tú me cambiaste. —Dudo mientras intento articular mis pensamientos—. Sólo quiero vivir mi vida como si cada día fuera el último, porque podría serlo. —Me encojo de hombros y de repente me invade la emoción, las lágrimas brotan de mis ojos—. Ya no quiero tener miedo.

Stace me mira a los ojos y se inclina para besarme suavemente los labios.

—Te cubro las espaldas, nena.

Le paso los dedos por la barba incipiente y sonrío en sus cálidos labios. —Sé que sí y por eso me siento valiente.

—Ejem —interrumpe la mujer.

Los dos nos volteamos hacia ella, culpables, y ella desliza los papeles por el mostrador. —Firma aquí. —Señala una línea—. Y aquí. —Señala la página siguiente—. Necesito que rellenes tus datos de correo electrónico y tendrás que vaciar la taquilla el 15 de junio de 2019 a las 2:00 p.m.

Sonrío viendo cómo Stace firma sus documentos y se los devuelve. —Les daré una copia a los dos. —Se levanta y sale de la habitación para fotocopiar los documentos y los ojos de Stace encuentran los míos.

—Recuerda esa fecha por si vuelves solo —susurro.

Me besa. —Eso no va a pasar. Nadie en la Tierra podría separarme de ti.

* * *

Me río mientras giro. Stace me da vueltas mientras bailamos solos en nuestra habitación de hotel. Son las ocho de la tarde y llevamos bebiendo cócteles desde las dos. Después de investigar durante casi todo el día, averiguamos que el hombre con el que tenemos que hablar sobre la venta de nuestros diamantes es dueño de un bar a dos suburbios de distancia. No los compra, pero conoce a gente que conoce a gente. Su bar, The Snake Pit, no abre esta noche, pero estará

allí mañana por la noche, así que hemos retrasado dos días nuestros planes de movernos hasta que podamos verlo. La verdad es que me alegro. Me siento segura aquí en nuestra pequeña burbuja. Decidimos que cuando vendamos los diamantes nos iremos a Chile y cogeremos un avión privado para salir de Sudamérica.

Me inclina hacia atrás y me sujeta. —¿Qué te parece este movimiento?

—Me vas a dejar caer —grito mientras me río.

—Ese es el plan. —Me inclina más. Retrocedemos más y más mientras él se ríe a su manera de chico descarado, y de repente tropieza y salimos volando por el suelo.

Aterrizamos con un ruido sordo y estallamos en carcajadas. Esto es muy divertido. Me tumbo de espaldas y él se cierne sobre mí sujetándome las manos por encima de la cabeza. Su rostro se vuelve serio al mirarme. —Hoy no me has dicho que me amas —me dice en voz baja.

Sonrío. ¿Qué? —No sabía que tenía que hacerlo.

—Tienes que.

Levanto las cejas. —Al menos lo dije una vez.

Me besa juguetonamente. —No en mi vocabulario.

Me quedo con la boca abierta y me río a carcajadas. —Eres una mierda en esto.

—No soy. —Me devora el cuello con la boca y yo chillo de risa.

—Basta ya. —Me río mientras lucho por alejarme de él.

—Dilo —exige.

—No. —Me río mientras intento quitármelo de encima.

—Dilo.

—Llévame a bailar. —Me río mientras me muerde el cuello con fuerza.

—Te voy a llevar a la cama —gruñe en mi piel.

—Me estás dando por sentado. —Me quejo mientras intento quitármelo de encima.

Se queda con la boca abierta y se aparta para mirarme a la cara.

—¿Es eso lo que piensas?

—Bueno, parece que paso mucho tiempo debajo de ti. —Sonrío.

Me agarra bruscamente por detrás y me arrastra debajo de él. —No te oigo quejarte, y que conste que yo también suelo estar debajo de ti.

—No me estoy quejando. Estoy diciendo que quiero ir a bailar en una cita con mi hombre.

Me observa un momento y finalmente se levanta para cogerme de la mano. —Vámonos entonces. A ver si volvemos a oír esa canción hippy. —Llevamos dos horas listos para salir, pero seguimos despistándonos el uno del otro.

Lo miro y veo que le he manchado la camisa con mi pintalabios rosa de tanto bailar borrachos. —Necesitas cambiarte la camisa.

Se mira a sí mismo. —Sí, vale. —Se desabrocha la camisa y se la quita. Su pecho ancho y bronceado y sus cincelados abdominales llaman mi atención y tengo que detenerme inmediatamente para mirarlo. Es, sin duda, el hombre más perfecto que he visto nunca. Sin poder resistirme, me inclino y lo beso en las costillas, justo debajo del pecho. Su mano baja al instante hasta mi nuca y podría seguir bajando por su cuerpo. Detente, concéntrate. La cena. Es tan besable.

Sonríe. —¿Lo quieres otra vez, ninfómana? —Su mano me sujeta y me río mientras intento escapar de sus garras. Me levanto y mis ojos se posan en las marcas de pintalabios que he dejado en su cuerpo. —Solo marco lo que es mío. —Sonrío.

Se mira en el espejo y luego levanta los brazos y se vuelve para mirar las marcas que dejaron

mis labios.

Sonríe con sensualidad y me lanza un guiño.

—¿Qué? —Sonrío.

—Vámonos. Tengo una idea.

—Estás totalmente loco —susurro.

—Loco por ti. —Sonríe.

* * *

Levanto los ojos hacia el tatuador mientras sostiene la aguja en su mano enguantada. —¿Así que solo quieres los labios tatuados exactamente como están?

Stace está tumbado en la cama con el brazo por encima de la cabeza. —Sí. —Piensa un momento—. Y del mismo color que el pintalabios. —Hace una pausa—. En realidad, ¿puedes escribir las palabras Sra. Mac debajo.

Me quedo con la boca abierta. —No lo harías.

Sonríe ampliamente. —Sólo mírame. —Me agarra de la cabeza y me acerca la cara a la suya —. Yo también quiero que me marques como tuyo —murmura contra mis labios. Nuestras miradas se cruzan y algo cambia. No tengo ni idea de lo que es, pero me siento bien.

Me dejo caer en la silla, medio sorprendida, medio eufórica. Me paso la siguiente hora viendo cómo Stace se tatúa mis labios y las palabras Sra. Mac permanentemente en su costado.

Se acabó el juego.

Mi vida está completa.

Stace

Me despierto cuando una oleada de náuseas me golpea. —Mierda —susurro con los ojos aún cerrados. Me siento mal.

¿Qué noche?

Cierro los ojos y sonrío para mis adentros. Eso sí que fue una cita. Rosh y yo reímos, bailamos y bebimos cócteles durante horas hasta que volvimos a casa y tuvimos sexo alucinante.

Me tiene.

Me tiene cogido por las pelotas.

Nunca había conocido a nadie como ella y nunca me había sentido así. Es valiente y guapa, divertida y jodidamente sexy. Me pongo de lado para mirarla y mi mano recorre suavemente su cuerpo desnudo. Me acuerdo de ayer, cuando me dijo que vivía cada día como si fuera el último. Me resonó, como si de algún modo yo también supiera que nuestro tiempo es limitado. No soporto la idea de que Vikinos la encuentre. Le robaron su infancia porque pasó toda su vida huyendo. La idea de que me mate y la obligue a mirar como castigo me revuelve por dentro.

Porque así será.

Nos atraparán a los dos y me torturarán hasta la muerte delante de ella, como hizo con su madre. Tengo una visión de mi hermano electrocutado hasta la muerte y se me hiela la sangre. No quiero que ella tenga que volver a pasar por eso… y sé que yo no puedo volver a pasar por eso.

Para ser honesto, no creo que la mate, pero la hará sufrir como castigo por no amarlo.

Ya ha sufrido bastante.

¿Quizás la quiere muerta? Ni siquiera puedo imaginar cómo funciona su mente.

Necesito un plan. Tengo que matarlo primero, pero ¿cómo? Tenía mi plan y estaba en la embarcación hasta que ella lo arruinó por completo. Confió en mí entonces, pero no tengo forma de llegar a él ahora.

Abre lentamente los ojos y me sonríe tímidamente. Me inclino hacia ella y la beso suavemente. —Buenos días, mi señora Mac.

Sonríe ampliamente y frunce el ceño con sueño, como si recordara algo. —¿Te hiciste un tatuaje anoche?

—Lo hice.

Entorna la cara con los ojos aún cerrados. —Oh, Dios. Estás como una cabra.

—Lo estoy. —Me inclino y tomo sus labios entre los míos—. Ya lo hemos establecido.

Me sonríe soñolienta y siento que el corazón me da un vuelco.

Incluso su sonrisa me afecta.

—Dime una cosa. —Hago una pausa, no estoy seguro de si es el momento adecuado para sacar el tema—. Si te atrevieras a soñar con un futuro, ¿cuál sería?

Frunce el ceño. —Eso es un poco profundo para esta hora de la mañana, ¿no?

—Sólo me lo preguntaba. —Me inclino y beso sus labios.

—Sígueme el juego.

Ella rueda sobre su espalda y piensa por un momento y yo pongo mi mano abierta sobre su estómago mientras espero su respuesta. —Supongo que sólo querría todas las cosas normales que cualquier chica quiere.

—¿Cómo qué?

Se encoge de hombros. —Un marido que me quiera, una valla blanca en el campo, dos hijos. —Sonríe con nostalgia—. Un perro. —Su voz se entrecorta—. Siempre quise un perro.

La miro. —¿Nunca has tenido un perro?

Sacude suavemente la cabeza como avergonzada. —No.

La tristeza me invade. Una cosa tan sencilla como tener un perro es su sueño. Nos quedamos en silencio un momento, miro al techo y atraigo su cuerpo hacia el mío. Le beso la frente. —Suena bien —murmuro—. ¿Dónde estaría esa casa de vallas blancas?

—No lo sé, en algún lugar con ondulantes acres verdes —murmura, como si estuviera lejos.

Dirijo mis ojos hacia ella. —¿Podríamos construirle a mi madre una casa en nuestro terreno? —Sonrío.

Se aparta para mirarme a la cara y sonríe ampliamente.

—Depende.

—¿De qué?

—De si le gustan los perros.

Me río a carcajadas y ella se apoya en un codo sobre mí. —Deja de soñar, Stace. Ese futuro no es nuestra realidad.

Mi cara se endurece. Es verdad que no lo es. —Aun así, es un lindo sueño ¿no? —pregunto con tristeza.

Me besa el pecho. —Intentemos pasar el día de hoy, cariño. Los sueños sólo traen dolor.

Roshelle

Son las diez de la noche y Stace está en la ducha. Pasamos un día maravilloso abrazados y la mayor parte del tiempo en la piscina de la azotea. Esta mañana ha salido y nos ha comprado a los dos ropa nueva y teléfonos con datos y saldo de prepago. Yo no he podido ir. Me sentía demasiado cansada por las actividades de anoche. Esta noche vamos a tratar de encontrar a este tipo que aparentemente sabe dónde se venden las cosas, el dueño de The Snake Pit. Suena bastante sospechoso si me preguntas, pero Stace me asegura que todo saldrá bien. Me ha pedido que me quede aquí y lo espere, pero no voy a dejar que vaya solo. Me volvería loca esperando aquí sin saber si está a salvo.

Soy feliz, Dios, soy tan feliz, y estoy petrificada de que mi burbuja vaya a explotar. Estoy con mi peluca y mi vestidito rosa.

Sonrío al girarme y verme el trasero con este vestido. A Stace no le gusta especialmente cuando llevo la peluca y este vestido. Cree que parezco una puta y estoy segura de que conoce bien ese aspecto. Pienso en Chelsea y se me eriza la piel de celos. Cojo el móvil y me pongo a navegar por Internet mientras se me dibuja una sonrisa en la cara. Ya puedo revisar mi correo electrónico. ¿Quién diría que algo tan trivial podría ser tan emocionante? Me conecto a mi cuenta de correo y bebo un sorbo de vino mientras se cargan.

Nena, ¿puedes traerme la maquinilla del cajón, por favor? —Stace llama desde el baño.

Miro a mi alrededor. —¿Qué cajón? —pregunto.

—Las cosas que compré hoy están en el cajón de arriba del escritorio. Hay una maquinilla ahí.

—Vale —digo. Cojo la maquinilla y se la llevo. Soy recompensada con un beso húmedo de mi dios en la ducha. Vuelvo a mi sitio en la cama mientras espero los correos y, por fin, recibo la notificación de que cargaron. El asunto del primero me hace fruncir el ceño.

De: Downtown Storage Solutions
Asunto: Actividad

Frunzo el ceño y hago clic en el correo electrónico.

Se ha accedido a la caja de seguridad hoy a las 12:32.

Me incorporo en mi asiento. ¿Qué? Compruebo la fecha. No, es la fecha de hoy. El correo electrónico debe de haberse enviado ayer, después de que estuviéramos allí… Me desplazo por los mensajes con un aleteo en el pecho.

No lo hagas… no, no lo hagas.

Un segundo email.

De: Downtown Storage Solutions
Asunto: Actividad
Se ha accedido a la caja de seguridad hoy a las 11.10 horas.

El aire abandona mis pulmones. Es un email diferente al que llegó esta tarde. Stace fue hoy a la caja de seguridad sin mí. Me levanto, me acerco a la ventana y miro hacia la calle mientras el corazón me martillea en los oídos.

¿De verdad?

¿Es una puta broma?
Se me cierran los ojos cuando me invade el sentimiento de traición.
Me quitó los diamantes y, como una tonta, lo llevé hacia ellos.
Se me llenan los ojos de lágrimas. Pensé que sus sentimientos eran reales.
Oh, Dios.
Sólo soy una estúpida cegada por el amor.
Confiaba en él.

Stace

Me afeito, me ducho, me envuelvo en una toalla y me dirijo al dormitorio.

—¿Rosh? —grito mientras miro a mi alrededor.

Mmm, ella no está aquí. Debe haber bajado al restaurante a comprar comida para llevar. Raro, pensé que íbamos a comer al salir.

Me tomo mi tiempo para vestirme y me tumbo en la cama a esperar a que vuelva. Miro el reloj y sé que tenemos que irnos pronto. Pienso en la conversación que voy a tener esta noche en The Snake Pit. Tengo que preguntar dónde vender algo sin decirles lo que tengo que vender. Es una línea muy fina. Voy a preguntar dónde vender joyas. Me parece la opción más segura. Espero durante media hora. ¿Dónde diablos está? Creía que quería venir. Ya podía haber ido y estar de vuelta. Saco mi teléfono y le envío un mensaje.

¿Cuánto tiempo vas a tardar?
¿Tenemos que irnos?

Espero una respuesta, pero no llega. Vuelvo a escribir.

Voy a bajar.
¿Comeremos abajo?

Miro mi teléfono mientras espero una respuesta. Joder. Cojo la cartera y las llaves y me dirijo al ascensor. Mi teléfono emite un pitido cuando se abre la puerta y entro. Pone:

Haré lo de los diamantes.
No te preocupes.

Frunzo el ceño y le respondo.

¿De qué estás hablando?
¿Estás en el restaurante pidiendo la cena?

Espero una respuesta. No llega. Se abren las puertas del ascensor, entro en el vestíbulo y miro a mi alrededor en busca de ella. ¿Qué ocurre? ¿La encontraron? Me entra el pánico. Marco su número, suena y no contesta. Entro en el restaurante y echo un vistazo nervioso, pero tampoco está.

Mierda.

Medio corro hacia la recepción. —Perdona, ¿has visto dónde ha ido mi mujer? —pregunto.

La chica frunce el ceño. —Carlos —llama al portero y éste se acerca desde su sitio en la puerta.

—¿Viste a dónde fue la esposa del Sr. Williams?

Frunce el ceño mientras piensa un momento. —Sí, cogió un taxi.

—¿Estaba sola? —Frunzo el ceño mientras un millón de pensamientos pasan por mi mente.

—Sí, creo que sí, señor.

—¿Sabes a dónde fue?

—Pidió al conductor que la llevara al Snake Pit —responde el portero.

Se me cae la cara de vergüenza. —¿Estás seguro?

Asiente. —Sí. —Duda un momento—. Me pareció extraño.

¿Qué hace ahora? ¿Por qué se vuelve loca y arruina mis planes? Me apresuro a salir por delante y salto al asiento trasero del taxi.

—¿Adónde? —pregunta el conductor.

—The Snake Pit. —Miro por la ventanilla mientras el taxi me lleva a través de la noche. No puedo creerlo. No puedo creerlo, joder. Sacudo la cabeza con fastidio. Cada vez que se le mete una idea en la cabeza, se sale por la tangente y lo estropea todo. Pienso en Vikinos y en su estúpido tiroteo que casi hace que nos maten, y que aún podría hacer que nos mataran, si somos sinceros. Lo tenía todo planeado. Iba a envenenarlo tranquilamente y nadie podría haberme culpado.

Pero no.

Ni siquiera le disparó al tipo correcto.

Me enfurece sólo de pensarlo. Menuda cagada.

Y ahora, justo cuando estamos a punto de conocer a alguien que podría marcar una gran diferencia en el precio que obtenemos, va y hace esto.

También la va a cagar. Ya puedo verlo venir.

Se cree muy gánster y que puede manejarse sola, pero a la hora de la verdad no tiene ni idea de a qué está jugando.

Podría estar hasta una hora delante de mí. Como un tonto esperé a que volviera a la habitación.

Estoy tan jodidamente enfadado que cuando la vea, más vale que salga corriendo. El taxi se para por fin delante y yo me bajo despacio y miro a mi alrededor. El club está en un barrio marginal y parece destartalado. Los porteros de la puerta son de lo más cutre.

Exhalo un suspiro tranquilizador y entro por las puertas dobles de madera oscura del vestíbulo poco iluminado. El club es grande y tiene mesas circulares repartidas por todas partes. La música es alta y suena a estilo cubano. El local está medio lleno. Veo a través de un arco que lleva a otra sala y hay mesas de billar con luces bajas colgando sobre ellas. La busco con la mirada. ¿Dónde está?

¿Dónde diablos está?

Toda la pared del fondo es un bar y las camareras van escasamente vestidas. Una atractiva morena me llama la atención de inmediato y me sonríe con sensualidad. Antes me habría gustado, pero eso fue antes de conocer a Rosh y sus diez personalidades. Me gustan cuatro de sus personalidades. Estoy enamorado de tres de ellas y las otras tres las odio con pasión.

Me está haciendo perder la puta cabeza.

Respiro hondo para tranquilizarme y sigo buscando. Una espesa nube de humo flota en el aire. Todas las personas del club fuman algún tipo de puro. Mis ojos van de una mesa a otra y entonces la veo. Sentada en la mesa del fondo con tres hombres. Mi furia se enciende. Se va a enterar de una puta vez. Me dirijo hacia donde está sentada con tres hombres de mediana edad y sobrepeso, y me coloco al final de la mesa. Me mira desde debajo de su horrible peluca rubia. —¿Qué haces aquí? —me pregunta tajante.

La fulmino con la mirada. —Yo debería preguntarte lo mismo.

Da un sorbo sarcástico a su bebida y hago todo lo que puedo hacer para no arrancarla de los pelos de la mesa.

Levanta una ceja. —Te presento a mis amigos. —Señala a los tres hombres con los que está sentada—. Estos son Carlos, Santiago y Mateo. —Fingen una sonrisa y me dan la mano.

—Esta es mi amigo. —Hace una pausa y entrecierra los ojos momentáneamente mientras piensa—. Judas. —Un rastro de sonrisa se dibuja en su rostro, orgullosa de su sarcasmo.

La fulmino con la mirada y empiezo a sentir la furia correr por mi torrente sanguíneo. —Todos cortados por la misma tijera. —Nos miramos el uno al otro y no tengo ni idea de por qué está tan cabreada conmigo, pero joder, está a punto de saber lo cabreado que estoy yo con ella.

—¿Nos acompañas? —pregunta uno de ellos.

—Voy al bar primero. —Me doy la vuelta y me dirijo al bar y directamente a la morena sexy.

—¿Qué será? —pregunta en tono sexy.

La miro fijamente. Sí, está buena. De hecho, está que echa humo. Apuesto a que es sencilla y normal.

A diferencia de otra persona que conozco.

Vuelvo la vista hacia la mesa y Rosh me mira como un halcón. Que se joda, puede sudar un poco. Tomo asiento en la barra.

La camarera apoya los codos en la barra y se inclina para hablar conmigo. —¿Cómo te llamas? No te he visto antes por aquí. —Su acento es de lo más picante.

La miro fijamente y sin pensarlo miento. —André.

Sonríe con sensualidad. —Soy Camilla.

Sonrío y asiento con la cabeza. —¿Cómo estás Camilla?

Sonríe ampliamente, coge el trapo y empieza a limpiar la barra. Casi se le caen los pechos de la blusa y veo cómo rebotan cuando mueve el brazo. —¿Qué quieres, muchachote? —me pregunta.

La miro a los ojos y sé lo que quiero decir, lo que diría mi antiguo yo, pero entonces me acuerdo de la mujer exasperante que está sentada en la mesa con otros tres hombres. Mi mirada se dirige a Rosh y, como si pudiera leerme el pensamiento, entrecierra los ojos y me lanza la mirada más sucia que puede hacer.

Me volteo hacia la morena con renovado incentivo. —Tomaré dos Tequilas, por favor.

—Claro. Me sirve las bebidas y me las bebo de un trago.

Sus ojos se posan en mis labios mientras los lamo, y es jodidamente tentador sacarme a Rosh de mi sistema con este culo caliente. Exhalo un suspiro y vuelvo a mirarla. Ahora se está riendo con los hombres y siento que se me eriza el vello de la nuca de celos.

—¿De dónde eres? —pregunta la camarera, interrumpiendo mis pensamientos.

—Del mundo —respondo, y luego pienso un momento. Quizás ella sepa algo—. Dime, si tuviera joyas que vender, ¿dónde las vendería?

—¿Qué tipo de joyas? —pregunta.

—Tengo una herencia que vender. Oro, diamantes, algunos rubíes y zafiros.

Sus ojos bailan de placer. —¿Una herencia?

Asiento con la cabeza y sé que ella sabe que no hay herencia.

—La mayoría de la gente le vende cosas al Gran Al.

—¿Gran Al? —pregunto—. ¿Dónde está?

—Teusaquillo.

Asiento, sabiendo que no está lejos de aquí. —¿Tienes su número?

Ella sonríe mientras fija su mirada en la mía. —¿No quieres mi número?

Me relamo los labios; sería tan fácil… para ya. —En realidad no —respondo—. Estoy aquí por trabajo.

Levanta la ceja, decepcionada.

—¿Me das el número? —pregunto.

—Claro —responde ella, abatida. Camilla desaparece en la cocina y mis ojos se desvían hacia Rosh.

¿Qué?

Está sentada en el regazo de uno de los hombres, riendo a carcajadas.

Empiezo a ver rojo.

Maldito rojo incontrolable.

Camilla vuelve y me pasa una tarjeta

BIG AL 0436990135

Finjo una sonrisa y tomo la tarjeta. —Gracias. —Me la meto en el bolsillo. Miro hacia atrás y veo que el chico está abrazando a Rosh—. Ahora vuelvo —exclamo, y antes de que pueda evitarlo, me dirijo a la mesa.

—Quita tus malditas manos de ella.

—Hey. —Todos los hombres se ríen—. Cálmate, hermano.

La sostengo del brazo y la arrastro por la mesa, haciendo volar una de las bebidas. —Afuera —le digo bruscamente.

—Me quedo aquí —responde ella.

—Una mierda. —La empujo por la espalda hacia la puerta y tropieza hacia delante.

—No me toques —grita.

—Te tocaré cuando quiera, joder. —La empujo de nuevo y ella se arrastra hacia delante.

Irrumpimos por la puerta principal, salimos a la calle y avanzamos un poco a trompicones.

—¿Cuál es tu puto problema? —grito.

—¡Tú! —ella grita—, ¡tú eres mi puto problema! —Cruza los brazos delante de ella—. Sé que tienes los diamantes, imbécil. Puedes dejar de mentir.

CAPÍTULO 18

Roshelle

MI CORAZÓN SE LATE con fuerza mientras estamos en la acera. —No… no puedo creer que confiara en ti —balbuceo entre lágrimas.

Su cara se tuerce. —¿De qué demonios estás hablando?

—¡No insultes mi inteligencia! —grito mientras pierdo el poco control que tenía.

—No te hagas ilusiones porque no tienes.

Tiene que estar bromeando. ¿Quién diablos se cree que es? —Esto es todo, me cansé. —Me doy la vuelta y salgo corriendo por la carretera.

—¿Por qué estás peleando? —grita mientras me sigue.

—Vete. —Hago una pausa y miro hacia arriba un momento mientras el cielo se abre y empiezan a caer esporádicamente enormes gotas de lluvia. Genial, ahora va a diluviar. Sigo caminando con fuerza por la carretera.

La lluvia arrecia y empezamos a correr para encontrar refugio. Cruzo la calle para colocarme bajo el toldo de una panadería, y él me sigue y se coloca a mi lado.

Permanecemos en silencio mientras vemos a la Madre Naturaleza causar estragos.

—¿Por qué demonios estás enfadada, Rosh? —pregunta finalmente.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas y las suelto avergonzada mientras miro al cemento que tengo delante. —Sé que hoy fuiste a la caja de seguridad.

Se queda callado y el aire se hace denso entre nosotros.

—¿Los has cogido todos? —pregunto por encima del sonido de la fuerte lluvia.

Tras un largo silencio, responde. —No.

Miro hacia la calle con mi visión borrosa. Se acabó. Este es el final para nosotros de verdad. Se los llevó. Sabía que lo había hecho.

—Yo no te robé.

Mis ojos se encuentran con los suyos. —Sí, lo hiciste.

—Necesito que confíes en mí.

Su silueta se desdibuja. —No puedo —susurro— la confianza se gana.

—¿No me la he ganado?

—No —respondo tajante. Levanto el brazo y llamo a un taxi que pasa, se detiene lentamente. Me inclino hacia la ventanilla—. ¿Bogotá, por favor? —pregunto.

—Claro, sube.

Subo y él entra detrás de mí. Me muevo en el asiento para dejarle espacio. Me rodeo con los brazos y miro por la ventanilla. Solo quiero alejarme de él. No puedo soportarlo. No soporto más el puto engaño. Su silencio es asfixiante.

—¿Vas a venderlos? ¿Es eso? ¿Conseguiste el contacto que necesitabas? —Le dirijo una mirada—. A lo mejor vas a instalar a tu mujer y a tus hijos en casa.

Se sienta con las manos enlazadas sobre el regazo y sacude la cabeza despectivamente volteando los ojos. —¿Ahora tengo mujer e hijos?

Me encojo de hombros. —¿Por qué iba a creerte algo de lo que me has contado hasta ahora? —Me fulmina con la mirada—. Miénteme una vez, miénteme siempre, es lo mismo. Ahora nunca creeré nada que salga de tu boca mentirosa.

No se defiende y el viaje en auto se hace en silencio. Una parte de mí quiere que lo niegue, que luche por nosotros, que me diga que no es verdad, que me pida perdón, pero entonces… necesito la verdad.

La dolorosa verdad.

Al menos tengo un poco de dinero en mi cuenta. Empiezo a repasar mis opciones para salir de aquí. El taxi se detiene lentamente antes de que le pague al conductor y bajemos.

Me mira fijamente, aún furioso, y es como si esperara que yo dijera algo.

—Ven, coge tus cosas y lárgate. —Me burlo.

—Entonces, ¿esto es todo? —pregunta.

Siento las lágrimas detrás de mis ojos y asiento con la cabeza. —Es todo —susurro, sin apenas poder pronunciar las palabras.

Sacude la cabeza y, con mucha más furia, abre la cartera y la hojea frenéticamente. Saca una tarjeta de visita y me la lanza. Me golpea en la cara y cae al suelo.

—Cuando lo recojas, tíralo por el retrete —gruñe—. Estoy harto de vivir mi día como si fuera el último.

Se marcha enfadado. Me quedo mirando cómo desaparece en la oscuridad por la concurrida calle. Exhalo un profundo y triste suspiro y mis ojos se posan en la tarjeta que hay sobre el cemento.

Joyerías Downtown City
Especialista en anillos de compromiso

¿Qué? Frunzo el ceño. —¿Qué tiene esto que ver con…?

Cierro los ojos. Dios mío. Se llevó un diamante. Sólo uno.

—Stace —grito mientras levanto la vista. Salgo en su dirección. Miro frenéticamente a mi alrededor por la concurrida calle. No alcanzo a verlo.

—Stace —llamo a través de la gente—. ¡Stace!

¿Qué hice? Corro hasta el final de la calle mientras lo busco frenéticamente. Miro hacia atrás, por donde vine. No puedo creer que…

Con los latidos de mi corazón martillando rápidamente, mi cara se arruga por las lágrimas. Oh no, ¿qué hice?

—Stace —grito. Saco el móvil y lo llamo, pero no suena, así que le mando un mensaje.

Háblame
¿Qué está pasando?

Lo vuelvo a llamar y no contesta, maldita sea. ¿Por qué siempre la cago? Subo y bajo las piernas mientras lloro. Le envío otro mensaje.

Stace, lo siento
No sé cómo confiar en la gente.
Por favor, háblame.

No hay respuesta.

Durante una hora recorro las calles llorando mientras lo busco, sabiendo que no tengo a nadie a quien culpar, sino a mí misma.

Intento llamarlo de nuevo y esta vez su teléfono está apagado.

Esta vez metí la pata de verdad. Alejé al primer tipo que valía la pena conservar.

Me siento en un asiento de la concurrida calle durante media hora mientras intento averiguar qué hacer. Finalmente, con el corazón encogido, vuelvo a nuestra habitación. Sólo espero que cuando se calme vuelva a casa, aunque la sensación de naufragio en el estómago me dice que se ha ido para siempre.

A veces, cuando cierro los ojos, veo la mirada atormentada de mi madre mientras se desangraba.

A veces, cuando está muy quieta, la oigo llorar.

Siento que esta noche está llorando en el cielo por el desorden que es mi vida.

Desorden es un eufemismo. Esto es un desastre total.

Tengo un sentimiento de pesadez y tristeza sobre mis hombros. Es culpa y arrepentimiento todo en uno.

Recorro el último mes de mi vida. El recuerdo de mi ex novio y mi mejor amiga besándose en la discoteca hace que se me salgan las lágrimas cuando la traición me marca de nuevo. El asesinato que presencié y cómo, en consecuencia, me llevaron. Stace… Sonrío cuando pienso en mi hermoso Stace. Me protegió de su banda cuando yo estaba más vulnerable. Luego la pesadilla cuando estúpidamente pensé que podría acabar con Vikinos. Todo parecía tan claro en ese momento, como si nada pudiera salir mal, pero así fue.

Le disparé al hombre equivocado. Pensé que podría vengarme por la muerte de mamá pero… no sé cómo…

Entorno la cara cuando el dolor se vuelve demasiado real para soportarlo.

Me esfuerzo por ser valiente, pero nunca consigo hacerlo bien. Aprieto con fuerza la tarjeta blanca mientras me siento en el suelo, cerca de la ventana, en la oscuridad, con la esperanza desesperada de que mi amor vuelva a mí. Leo la carta por millonésima vez.

Joyerías Downtown City
Especialista en anillos de compromiso

Sonrío al imaginármelo de rodillas pidiéndome matrimonio. Sería un cuento de hadas. Cuánto desearía que ese sueño se hiciera realidad.

No era nuestra realidad y yo lo sabía desde el principio. Tal vez no merezco la felicidad.

La gente con familias como la mía no tiene finales felices.

Miro fijamente la ciudad. ¿Dónde estás ahora, Stace?

Observo el bullicio de la gente en la calle. Este lugar parece no dormir nunca. Es más de la una de la madrugada.

¿Dónde está?

Frunzo el ceño mientras mis ojos se fijan en dos hombres en la calle. No actúan como los demás. No dejan de detenerse, de mirar a la gente que los rodea. Me siento más cerca de la ventana y me concentro

¿Ese es…?

Vuelvo a sentarme. Para, ahora te estás imaginando cosas. Mis ojos permanecen pegados a los dos hombres y, cuando se acercan a una farola, mi peor pesadilla se convierte en realidad.

Es Stucco y uno de los hombres del barco.

Me alejo corriendo de la ventana mientras mi corazón empieza a martillear. Nos han encontrado. Dios mío.

Vuelvo a colocarme detrás de la cortina y los observo. Parece que miran a su alrededor, hablan y luego señalan y discuten algo. Es evidente que no saben en qué hotel nos alojamos y, a cámara lenta, los veo doblar la esquina y caminar hacia la ciudad… donde está Stace.

Oh, no.

Corro hacia mi teléfono y marco su número frenéticamente. Contesta.

Contesta. Por favor, contesta.

Sin respuesta. Mierda.

Tiro el teléfono sobre la cama con frustración y rebota en el suelo.

¿Qué hago? Empiezo a caminar de un lado a otro. Es sólo cuestión de tiempo que nos encuentren. Stace estará sentado en algún bar y lo encontrarán. No estará preparado y no podrá defenderse.

Joder. ¿Por qué no le pregunté si se había llevado los diamantes? —¿Por qué tengo que ser tan jodidamente idiota? —grito en voz alta.

Durante veinte minutos camino sin rumbo mientras intento averiguar qué hacer. Tengo que encontrarlo. No tengo más remedio que encontrarlo. Corro al armario y me pongo la peluca, un vestido y unas gafas falsas. Cojo mi teléfono, nuestros pasaportes, busco la pistola y lo meto todo en el bolso. Salgo de nuestra habitación y entro en el ascensor. Pulso el botón con el corazón martillándome con fuerza en el pecho. Busco en mi teléfono un mapa por satélite. No tengo ni idea de adónde voy. Busco entre las aplicaciones y encuentro una.

Find My Phone

¿Qué? ¿Qué es esto? Stace debe haberlo puesto en mi teléfono a menos que viniera con él. Hago clic y parece ser algún tipo de dispositivo de rastreo. Espera, me pregunto si también lo habrá puesto en su teléfono. Tecleo rápidamente el número de Stace y miro la pantalla. Como por arte de magia, un pequeño punto rojo se ilumina en la pantalla.

¡Sí!

No está lejos, a sólo cuatro manzanas de aquí. Las puertas del ascensor se abren y salgo rebotando con renovado optimismo.

Sé dónde está.

La calle está concurrida y bulliciosa y me dirijo hacia fuera, sabiendo que el pequeño punto rojo está aquí en alguna parte, sólo tengo que encontrarlo. Creo que está aquí arriba a la derecha. Agacho la cabeza y camino lo más rápido que puedo, consciente de que en cualquier momento pueden descubrirme.

El punto rojo parece estar debajo de mí, y frunzo el ceño mientras doy una vuelta completa en el acto.

¿Dónde diablos está? Entro en el bar de la izquierda y busco sin éxito. Miro el móvil. Dice que está literalmente encima de mí. Miro a mi alrededor y, junto a la pared, encuentro una escalera por la que subo tímidamente. Sonrío ampliamente cuando llego arriba.

Un bar. Entro y la primera persona que veo es Stace, sentado solo en un banco del fondo con una cerveza como acompañante.

Me acerco a la mesa. —¿Te importa si me uno a ti? —pregunto.

Levanta los ojos para encontrarse con los míos y se encoge de hombros sin responder.

Me deslizo a su lado. —Nos han encontrado.

Frunce el ceño mientras sus ojos parpadean hacia mí. —¿Cómo lo sabes?

—Vi a Stucco y a uno de los otros en la calle debajo de nuestro hotel buscándonos.

Exhala profundamente y da un sorbo a su cerveza.

Espero a que diga algo, pero no lo hace. —Creo que deberíamos irnos —susurro.

—No voy a ninguna parte contigo —responde tajante.

Se me desploma el corazón. —Stace —susurro mientras le pongo la mano en el muslo.

Se la quita de encima. —No me toques. Estoy tan jodidamente enfadado contigo que no puedo pensar bien.

—Lo sé. Estoy enfadada conmigo misma.

Nos quedamos un rato en silencio y él pide otra copa.

—Realmente deberíamos irnos —susurro—, no tenemos tiempo para estar sentados en bares.

Sacude la cabeza. —Ahora mismo tengo problemas mayores que el puto Stucco —gruñe.

Una sonrisa de satisfacción cruza mi rostro. —¿Yo?

—Sí, tú —responde.

—Debería haberte preguntado si los tomaste.

—Deberías haberlo hecho.

—Yo sólo… —Hago una pausa mientras intento articular mis pensamientos—. No se me da muy bien confiar en la gente.

—Dijiste que me amabas.

—Te amo —susurro.

—Eso no es amor, Rosh. —Hace una pausa—. No del tipo que yo doy, al menos.

—Aún no tengo tu amor, Stace, ambos lo sabemos.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Sería mucho más fácil alejarme de ti si no lo tuvieras.

Se va.

Se me llenan los ojos de lágrimas. —Por favor, no te alejes de mí. —Se me hace un nudo en la garganta y me cuesta hablar—. Soy mucho mejor cuando estoy contigo. Puedo esforzarme más.

—Es que no necesito esto —susurra.

Asiento con resignación, comprendiendo exactamente a lo que se refiere, y tras una larga pausa en silencio hablo en voz baja. —Cuando salgamos de aquí, podrás irte. —Las lágrimas brotan de mis ojos y me las limpio con vergüenza—. Estás mejor sin mí.

Sigue bebiendo su cerveza, vacío de emoción.

—Pero en este momento tenemos que irnos —susurro—. Stace, nos van a encontrar. Estamos en peligro. Puedes dejarme más tarde.

Se bebe el resto de su cerveza.

—Tengo nuestros pasaportes y la pistola en mi bolso —susurro.

—Dame el arma.

Se la paso por debajo de la mesa.

—Caminas delante de mí. Se nos nota más si estamos juntos. —Piensa un momento y me devuelve la pistola—. Quédatela tú.

Frunzo el ceño.

—Puedo arreglármelas sin pistola —me explica. Asiento con la cabeza y vuelvo a guardarla en la mochila.

—Recuerda que ahora estamos en tierra. Si le disparas a alguien, irás a la cárcel. —Ensancha

los ojos—. Así que no le dispares a nadie.

—Vale —murmuro, distraída mientras me pongo de pie—. Entonces, ¿directo de vuelta al hotel? —pregunto.

—Sí, y luego nos iremos.

Asiento con la cabeza. —Por favor, ten cuidado. —Lo miro a los ojos y tengo que decírselo—. Te amo —susurro mientras le cojo la mano.

Aprieta mi mano mientras sus ojos buscan veracidad en los míos. —Entonces empieza a actuar como tal.

Sonrío suavemente y, en esa fracción de segundo, sé que todo va a estar bien entre nosotros. El alivio mezclado con la adrenalina empieza a bombear por mi torrente sanguíneo. Tenemos que salir de aquí. Maldito drama. ¿Por qué no podemos estar en nuestra burbuja de amor en alguna isla de lujo? Me levanto y salgo a la calle. Agacho la cabeza y, sin levantar la vista, camino deprisa. Continúo sin vacilar hasta llegar al hotel, donde volteo y espero entre las sombras de los árboles junto a la puerta de entrada.

Durante quince minutos, espero.

¿Dónde está? Miro la hora en mi teléfono. Ha tardado demasiado. Algo está mal.

Mierda.

¿Qué hago? ¿Espero aquí? Me dio la pistola para protegerme, pero ¿quién lo protege a él? Introduzco la mano en la bolsa para comprobar que sigue ahí y siento el frío y duro metal. Exhalo un suspiro de agradecimiento. Me muerdo la uña del pulgar mientras contemplo la oscuridad.

Deben ser más de las 2 de la mañana.

¿Dónde estás? Ven, ven.

No viene. Camino hasta el borde de la acera y miro fijamente en la dirección de la que vengo. No veo nada raro.

Joder. Tengo que volver para ver dónde está. Vuelvo a mirar por la ventana de la habitación del hotel. ¿Entró por otra puerta sin que yo lo viera?

No hay otra puerta, estúpida. Mierda.

Vuelvo a bajar la colina hacia el pueblo, con cuidado de mantenerme en las sombras oscuras, y estoy segura de que esto no es jodidamente seguro. Olvídate de Stucco. ¿Quién sabe quién más está aquí? Me vuelvo suprasensible a todos los sonidos que me rodean. Oigo a lo lejos una lata rodando por el suelo y volteo de repente. Mis pasos se magnifican por el aguacero anterior mientras intento escuchar sonidos desconocidos. Oigo gritar a una mujer a lo lejos y me detengo mientras lucho contra el miedo en mi garganta. Me doy la vuelta y vuelvo a mirar hacia el hotel, y luego en la dirección en la que voy. Meto la mano en la bolsa y agarro la pistola. El corazón se me sale del pecho.

Si le disparas a alguien, irás a la cárcel. Las palabras de Stace de antes resuenan en mi mente. No quiero pasar por toda esta mierda para acabar en una prisión colombiana de por vida.

No le dispares a nadie. No le dispares a nadie, me recuerdo a mí misma.

¿Dónde demonios estás? Llego a la fila de tiendas y empiezo a mirar frenéticamente a mi alrededor. La calle sigue muy concurrida. ¿Por qué hay tanta gente? En realidad, eso es bueno. No puedo imaginarme lo aterrador que sería esto si la ciudad estuviera desierta. Un auto de policía pasa lentamente y me dan ganas de saltar delante de ellos y pedirles ayuda, pero sé que no pueden ayudarnos. Nadie en la Tierra puede ayudarnos. Paso junto a un callejón entre dos restaurantes y me asomo a las sombras. Frunzo el ceño y me detengo en el sitio.

Tres hombres están en el otro extremo en la oscuridad, y uno de ellos es Stace.

Joder.

Inmediatamente me escabullo contra la pared, en las sombras cercanas a la abertura, y escucho. Estiro los oídos todo lo que puedo, pero no oigo lo que dicen. Tengo que acercarme… pero, ¿y si se escapa y entonces estoy yo aquí y lo estropeo todo? Pero, ¿y si lo matan?

Ya está. Me acercaré. Me pongo de puntillas y camino hacia ellos lentamente en la oscuridad, hasta que por fin puedo oír lo que dicen. —Te doy una última oportunidad. ¿Dónde coño está? —Stucco gruñe. Dios mío.

—Te lo dije, no tengo ni puta idea. Ella me tomó como rehén para salir de la nave. No la he visto desde que aterrizamos.

—Mentira. Eso es pura mentira.

—Vete al puto infierno. No sé dónde está.

—Atrápalo —le dice Stucco al otro hombre.

El otro hombre sostiene a Stace y comienzan a pelearse.

—Quítame las manos de encima —Stace gruñe.

Le lanzan un puñetazo y yo encojo la cara mientras saco lentamente la pistola.

—Vikinos te quería vivo, pero eso no me interesa. Estás mejor muerto —Stucco gruñe.

—Jódete —grita Stace mientras conecta un fuerte golpe en la mandíbula de Stucco. Este se tambalea hacia atrás y luego recupera la compostura y corre hacia Stace y caen al suelo.

Me aferro a la pistola con fuerza.

El otro hombre empieza a patear a Stace en el suelo mientras pelea con Stucco, y yo doy un paso adelante. No le dispares a nadie. Retrocedo hacia las sombras.

Stace salta y hace una especie de patada circular y conecta con la mandíbula del hombre y al instante cae al suelo, inconsciente.

Muy bien.

Entonces se vuelve contra Stucco y se pone furioso. El sonido de los golpes es tan brutal que tengo que cerrar los ojos. Stace lo tira al suelo y lo golpea pero Stucco saca una pistola.

Oh, no. Doy un paso adelante y apunto con la pistola a los dos.

—No te muevas —grito.

Stucco levanta la vista y la distracción momentánea le permite a Stace el momento crucial que necesita. Lo golpea fuerte y rápido cuatro veces seguidas y le golpea la cabeza contra el hormigón. Stucco cae aturdido e incoherente. No vuelve a moverse. Me acerco a Stace, a quien le corre sangre por la ceja.

—¿Estás bien? —susurro.

Mira hacia el callejón y asiente mientras se limpia la sangre del labio. Suena el teléfono de Stucco y nos miramos. Jadeando, Stace se agacha y lo saca del bolsillo de Stucco, contesta, pero no dice nada.

La voz al otro lado es alta y clara. —¿Dónde estás, estamos llegando a través de la ciudad ahora.

Stace pulsa el botón de fin y me mira. —Corre.

CAPÍTULO 19

Roshelle

—¿QUÉ? —susurro.

—Corre —gruñe mientras me toma de la mano. Nos damos la vuelta y corremos tan rápido como podemos hasta el final del callejón y luego nos detenemos aún en las sombras mientras nos asomamos a la esquina y a la calle.

Un taxi se acerca lentamente por la carretera. —Voy a intentar pararlo. —Miro a Stace y la sangre que corre por su cara. —Límpiate o no te dejará subir.

—Sí, vale —murmura mientras se quita la camiseta y empieza a limpiarse la sangre de la cara. Salgo corriendo a la carretera y pongo las manos delante del taxi—. Para, para, por favor —digo con desesperación.

El conductor aminora la marcha y yo abro la puerta trasera y salto dentro, hago un gesto de *ven aquí* a Stace y él sale corriendo de entre las sombras y salta a la parte trasera del taxi.

El taxista frunce el ceño y nos mira con desconfianza. —¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, pelea de bar —responde Stace rápidamente—. ¿Puedes llevarnos al Hotel Marriot, por favor?

Asiente cínicamente con la cabeza, gira y se adentra en el tráfico.

Frunzo el ceño. —¿El Marriot? —comento.

Stace sacude sutilmente la cabeza y me coge la mano con la suya, cuyo calor me tranquiliza al instante. Luego se tumba y apoya la cabeza en mi regazo, y sé que es para que nadie vea que está en el taxi. —Ven aquí y abrázame —dice en voz alta.

Él también quiere que esté fuera de vista. Me tumbo a su espalda y permanecemos en silencio el resto del viaje hasta que se detiene. Paga al conductor y salimos del taxi tímidamente. Me coge de la mano y cruzamos la calle en dirección contraria y por las callejuelas hasta que pasa otro taxi y le hacemos señas. —Ahora podemos volver al hotel —me dice en voz baja mientras se detiene. Subimos al asiento trasero.

—El Hotel Bog, por favor.

—Sí —responde el conductor, desinteresado.

Conducimos un poco y Stace interrumpe mis pensamientos.

—¿Puede dejarnos salir en la calle lateral?

—¿En esta calle de aquí? —El conductor hace un gesto.

—Sí, por favor —responde Stace. El taxi frena y volvemos a bajar.

—¿Qué estamos haciendo? —susurro.

—Entraremos por el estacionamiento. No quiero que nadie me vea así.

Me volteo para mirarlo y tiene razón, tiene la cara hecha un desastre. —Mierda, ¿estás bien? —Frunzo el ceño.

—Sí, ese cabrón pateándome repetidamente no ayudó.

Me paso las manos por el pelo mientras aumenta mi aprensión.

—Oh Dios, Stace. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a llegar a salvo a la habitación.

—¿Y si saben que nos quedamos aquí? —susurro mientras bajamos por la rampa hacia el estacionamiento subterráneo.

Stace introduce su llave en el escáner y las puertas de seguridad se elevan lentamente.

—Entonces estamos jodidos.

Sacudo la cabeza mientras mis nervios empiezan a palpitar de verdad. Caminamos por el estacionamiento en penumbra mientras ambos observamos alrededor. Este podría ser el lugar perfecto para asesinarnos.

—Esto no parece seguro —susurro.

—No lo es.

Entorno la cara. —¿No puedes mentir y fingir que estamos a salvo?

Sacude la cabeza y sigue caminando. —No. —Entramos en el ascensor y pulsamos el botón de nuestra planta—. Dame la pistola.

—¿Por qué? —Rebusco en mi bolso—. ¿Qué crees que va a pasar? —Mis ojos se abren de par en par—. ¿Crees que pueden estar aquí arriba?

Oh Dios, esta mierda se pone cada vez peor.

Se encoge de hombros mientras abre la pistola para comprobar la munición y se vuelve hacia mí. Me mira a la cara y sonríe.

—¿Qué? —pregunto.

Me toca el pelo y me lo alisa. —Tienes el pelo torcido.

Al instante cojo la peluca y la enderezo. —Ese es el menor de mis putos problemas —susurro.

El ascensor se detiene, Stace se mete la pistola en los jeans y salimos lentamente al pasillo. Mirando a ambos lados del largo y tenebroso pasillo, caminamos en silencio hasta nuestra habitación, y cuando llegamos a nuestra puerta Stace se lleva el dedo al labio para ordenarme que no haga ruido. Luego señala hacia el otro lado del pasillo. —Espera ahí —me dice.

Dios, cree que están en la habitación. Me coloco junto a la pared y él pasa la tarjeta y abre la puerta.

Se asoma mientras contengo la respiración. La habitación está oscura y en silencio.

¿Están ahí?

Espera un momento y desaparece en la oscuridad.

—Por favor, no estés ahí, por favor, no estés ahí —susurro una y otra vez.

Enciende la luz, revisa la habitación y vuelve a la puerta. —No hay moros en la costa.

Respiro hondo y entro en la habitación antes de que cierre la puerta tras de mí. Nos quedamos quietos un momento, mirándonos el uno al otro mientras procesamos lo que acaba de ocurrir.

—Vamos a tener que pasar aquí la noche. —Suspira—. Intentar dormir un poco.

—¿Estamos a salvo?

Se encoge de hombros. —Más seguro que nosotros ahí fuera.

Es en ese momento cuando le veo bien la cara y creo que ese tipo le dio una patada en el pómulo. Tiene la mitad de la cara hinchada. —Stace. —Frunzo el ceño mientras le acerco la mano a la cara—. Tienes el pómulo roto.

—Está bien. —Hace un gesto de dolor cuando se lo toco.

—Necesitamos hielo —murmuro. Me lo pienso un momento, cojo el teléfono y llamo a recepción.

—Hola, servicio de habitaciones —responde aburrida la operadora.

Finjo una voz calmada. —¿Me suben una botella de champán y un cubo de hielo a nuestra habitación, por favor? —Miro el reloj. Son las tres de la madrugada. Dios, ¿qué estarán pensando?

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

Llevo a Stace al baño, lo siento al lado de la bañera y se estremece. Tiene un corte profundo encima del ojo derecho por el que aún gotea sangre, pero lo que me preocupa es el pómulo izquierdo. Humedezco un paño y empiezo a limpiarlo, mientras él se sienta y me observa.

—¿Estás bien? —pregunto mientras le limpio la frente y le echo el pelo hacia atrás para mirarlo—. Estás muy callado. ¿De verdad estás herido?

Asiente con la cabeza y mueve los labios como si quisiera decir algo pero se estuviera conteniendo.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué es?

Se encoge de hombros. —Sólo me pregunto por qué estás tan preocupada por un poco de sangre cuando eres la única… —Se detiene en seco.

—¿La única que qué?

—Nada. —Me quita el paño, se levanta y vuelve a salir a la habitación.

Lo sigo. —Dilo. Sólo dilo. —Abro los brazos—. Quiero que me digas lo que ibas a decir.

Se gira enfadado. —Eres la única persona que me ha hecho daño hoy. —Me da un vuelco el corazón. Sacude la cabeza—. Y me jode que tengas la capacidad de hacerlo.

No sé qué decir.

—Stace —susurro suavemente—, siento no haberte preguntado si te los habías llevado, pero ¿qué se supone que debía pensar?

—Que no te robaría —ladra enfadado—. ¿Por qué me dices que me amas cuando obviamente piensas tan mal de mí?

—Sí te amo —murmuro.

—Bueno, ¿sabes lo que no amo yo? —se burla enfadado.

Mi corazón se desploma. —¿A mí? —susurro.

Que me hagan sentir como una mierda.

—Nunca dije que lo fueras —respondo.

—Sí, lo hiciste.

—¿Cuándo?

—Cuando me pusiste en la misma categoría que tus exnovios y tu padre.

Se me salen las lágrimas, porque le atinó, es verdad. Eso es exactamente lo que hice hoy. —Lo siento —susurro.

Llaman a la puerta. —Servicio de habitaciones —llama el camarero. Miro por la mirilla y lo veo de pie con nuestro champán y hielo. Stace entra al baño frustrado por la interrupción y yo suspiro profundamente al abrir la puerta. —Gracias —murmuro mientras cojo la bandeja y cierro las dos cerraduras mientras se marcha.

Envuelvo un puñado de hielo en mi camiseta y vuelvo al baño, donde encuentro a Stace ahora en la ducha, de espaldas a mí mientras se enjabona el cuerpo. Me quito la ropa, me meto en la ducha y lo abrazo por detrás. Lo rodeo con los brazos y lo aprieto fuerte. Aprieto mi cara contra su espalda y el agua que corre por el desagüe es de un tono rosado, teñido de sangre. Permanecemos en silencio durante un largo rato, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—No soy una persona fácil, Stace —murmuro.

Permanece en silencio.

Se me forma un gran nudo en la garganta. —Entiendo si no quieres luchar por nosotros. Soy mercancía dañada. Ni yo podría estar conmigo.

Se gira para mirarme. —No digas eso —susurra.

—Es verdad. —Me encojo de hombros con tristeza—. Tengo más carga que un 747.

Me aparta el pelo de la frente y, con un dedo bajo la barbilla, me levanta la cara para que me encuentre con la suya. —Eres mi mercancía dañada.

Mis ojos se llenan de lágrimas ante las palabras que tanto necesitaba oír y me besa suavemente. —Me enamoré de ti, Rosh —susurra contra mis labios.

—¿Sí? —susurro esperanzada.

Me besa de nuevo. —En realidad es molesto. —Sonrío.

—¿Molesto?

—Bueno, ahora mismo tengo la cara hecha un desastre y debería estar haciendo un plan de fuga, pero lo único que tengo en la cabeza es estar dentro de mi chica. —Me sujeta por detrás y me arrastra por su duro cuerpo.

Sonrío, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso.

Oh, amo a este hombre. Me conoce. Sabe lo jodida que estoy y está dispuesto a intentarlo. Nuestro beso se hace más profundo y empieza a apretarme contra las baldosas.

—Siento lo de hoy. Estaba tan dolida que no pensaba bien —murmuro.

Me levanta, y yo rodeo su cintura con mis piernas mientras me sujeta contra las baldosas. Noto su punta en mi abertura.

No voy a hacerte daño —gruñe.

Hace que mi cuerpo caiga con fuerza sobre el suyo y yo gimo mientras me esfuerzo por aceptar su tamaño.

Nos quedamos en silencio, con los ojos fijos el uno en el otro, y me levanta despacio y luego me vuelve a bajar con fuerza para él poder entrar completamente. —Confía en mí y déjame amarte. Déjame protegerte —susurra.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, mientras su cuerpo se apodera por completo del mío.

—Porque te amo, joder, y te necesito para sobrevivir esto. —Nuestro beso se vuelve frenético y no puedo ver bien. Levanta los brazos hacia las baldosas por encima de mi cabeza y empieza a penetrarme. El ardor es tan intenso que puedo sentir cada vena de su grueso pene. Cada ondulación de sus músculos dentro de mí me hace desear más. No tengo suficiente. Nunca me saciaré de cómo me hace sentir, de cómo me toca. Se detiene de repente y me toma la cara con la mano. El agua nos cae por la cara y siento que no puedo respirar. Nuestros ojos están fijos el uno en el otro y, con la forma en que me mira, parece que todo es posible. Su mano en mi cara es suave, sus ojos están llenos de amor y, sin embargo, mi sexo palpita por la paliza que está recibiendo.

Esto es amor… al estilo Stace.

* * *

—Entonces, ¿conoces el plan? —Stace me pregunta por décima vez mientras se sienta en el extremo de la cama observándome.

—Sí —respondo mientras meto los zapatos en la bolsa de viaje.

—Dime cuál es.

—Ya te lo dije.

—Dímelo otra vez.

Pongo los ojos en blanco, frustrada. —Entro en el banco, saco todo nuestro dinero y me meto en el taxi que espera.

Asiente con la cabeza. —¿Y luego qué?

—Luego tomo el taxi hasta aquí y paso por recepción como señuelo y me meto en el ascensor, pero en vez de subir a la habitación, voy directamente al sótano y me meto en el auto contigo y nos vamos.

—Pero te sigo al banco por si pasa algo.

—No va a pasar nada. Nos estuvieron buscando toda la noche. No estarán levantados al amanecer acechando bancos.

—Puede que lo hagan.

—¿Podrías decir por una vez que el vaso está medio lleno en vez de ser tan malditamente negativo?

—Soy realista, no negativo.

Pongo los ojos en blanco mientras sigo empaquetando. —Da igual —murmuro en voz baja. Sinceramente, es inútil discutir con él cuando está así. Decidimos que si queremos desaparecer de verdad, tenemos que volar a Las Vegas, donde Stace tiene otro contacto con pasaporte falso. Por desgracia, necesitamos dinero para hacerlo, y si no retiramos todo el dinero ahora podrán rastrear fácilmente adónde vamos. El tipo que hizo mi último pasaporte obviamente nos ha delatado. No es coincidencia que nos encontraran. Han rastreado el uso de mi tarjeta bancaria comparándola con mi nombre falso.

—¿Estás seguro de que no saben quién eres en realidad? —pregunto.

—Positivo. Tengo una casa y todo preparado con la identidad de Mac. Creen que soy yo y mi casa y no tienen ni idea de quién soy en realidad.

Me encojo de hombros. —Si tú lo dices.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que mi padre es un hombre inteligente. Un hombre malvado e inteligente y si huele una rata descubrirá tu verdadera identidad tan fácil como comerse un pastel.

—No lo hará.

Cierro la cremallera y Stace llama a recepción. —Hola, ¿puede darme la cuenta? —Espera un momento—. Sí, por supuesto. —Vuelve a esperar y garabatea un importe en el bloc de notas que hay junto al teléfono—. Gracias. Mi esposa bajará enseguida para pagar la cuenta. Nos vamos esta mañana. —Escucha a la recepcionista—. Sí, tuvimos una estancia muy agradable. —Sonríe —. Volveremos.

Lo miro y siento que me desmayo. Mi esposa. Cómo me gustaría que fuera verdad. Cuelga y se sienta en la cama. Me siento en su regazo y lo beso suavemente. —¿Qué tal la cara? —le pregunto.

—Apretada. —Entorna la cara y le toco suavemente la ceja. Está de un tono morado oscuro y su cara sigue hinchada, apareciendo los duros moratones. Veo una clara marca de zapato en su mejilla.

—Dime una cosa —le digo.

Me besa, distraído porque estoy en su regazo.

—¿Crees que mi anillo estará listo para recoger hoy? —pregunto esperanzada.

—No, no hasta dentro de cuatro días.

Se me cae el corazón. —¿Crees que podemos…?

—No, Rosh —me interrumpe—. No podemos esperar. No tenemos tiempo.

Mi cara se llena de tristeza. —Oh. —Suspiro tristemente.

—Te conseguiré otro.

—¿Cuándo?

Sonríe. —Cuando pueda.

—¿Cuándo crees que será?

—No lo sé.

Mmm, no me gusta nada esa respuesta. Permanezco en silencio, aún con la esperanza de salirme con la mía.

Me levanta de su regazo. —¿Estás lista para hacer esto?

Asiento con la cabeza. —Tan lista como puedo.

Coge la peluca y me la pone en la cabeza. Luego me pasa las gafas postizas y me las pongo. —Odio esta puta peluca —murmura mientras me la ajusta en la cabeza.

—Creía que las rubias falsas eran tu tipo. —Sonrío dulcemente mientras le recuerdo a Chelsea.

—No las que tienen pelo de caballo —responde distraído mientras me peina con los dedos.

—¿Aunque las cabezas de caballo están bien? —bromeo.

Una mueca de sonrisa se dibuja en su rostro. —¿Necesitas que te castigue hoy?

Sonrío ampliamente. —Probablemente.

* * *

El taxi se detiene. —¿Va a esperar aquí? —le pregunto al conductor.

—Sí.

Señalo la carretera por debajo de nosotros para asegurarme de que me entiende por mi forma de hablar.

—¿Esperar aquí? —Vuelvo a preguntar.

Asiente con un movimiento de cabeza exagerado. —Sí.

—¿Aquí mismo?

Pone los ojos en blanco, frustrado. —Sí, señorita, espero aquí.

Asiento rápidamente, avergonzada por mi insistencia —Vale, solo serán cinco minutos.

—Sí.

Miro a la izquierda y luego a la derecha. Parece que no hay moros en la costa. El Ferrari negro está estacionado calle arriba, al otro lado de la carretera, y sé que mi amor vela por mí. De algún modo, hoy me siento aún más unida a él. Es como si nuestra gran pelea de anoche nos hubiera acercado aún más el uno al otro. Respiro para tranquilizarme. Hagamos esta mierda y acabemos de una vez. Me alejo lentamente del taxi y entro en el banco. Saco mi carné de identidad, lo deslizo por el mostrador y la cajera me sonríe amablemente.

—Hola —saluda mientras teclea mis datos en la computadora.

—Me gustaría hacer un retiro, ¿por favor? —pregunto.

—Claro. ¿Cuánto quieres?

Entorno los labios. —¿Doscientos veintisiete mil, por favor?

Ella frunce el ceño. —¿Efectivo?

Asiento con la cabeza.

—Mmm. —Se rasca la frente—. ¿Llamaste antes para decirnos que hoy retirarías esta cantidad de dinero?

Empieza a cundir el pánico. No tengo tiempo para esto. —No, no debería tener que hacerlo. Es mi dinero. Lo quiero ahora, por favor —exijo nerviosa. Mierda, ¿por qué no se me había ocurrido?

Frunce el ceño. —Tendré que ver a mi gerente.

Asiento con la cabeza mientras mi corazón empieza a latir con fuerza. Me doy la vuelta y miro por la ventana mientras ella desaparece.

Joder.

Echo un vistazo nervioso a la calle. No veo a nadie sospechoso. Ella reaparece. —Serán unos quince minutos. Por favor, siéntese en uno de los despachos. —Sonríe y señala un despacho a la izquierda.

Mierda.

Finjo una sonrisa y entro en el despacho. Al menos aquí no me ven. Saco el móvil y le envió un mensaje a Stace.

Va a tomar unos quince minutos

Me devuelve un mensaje.

¿Qué coño?
No tenemos tiempo para esto.

Pongo los ojos en blanco y le contesto.

Siéntete libre de venir a robar el banco.
Porque eso será mucho más rápido.

Me doy la vuelta y me asomo por el cristal de la puerta para ver si veo a alguien merodeando. Me pregunto dónde estará Stucco esta mañana. Mis nervios se están desbordando.

Me llega un mensaje de texto.

¡No me tientes!

Me siento y hago rebotar el pie arriba y abajo con impaciencia. Ven vamos, vamos. Mi teléfono emite un mensaje de texto.

Tenemos compañía

Mis ojos se abren de par en par.

¿Quién?

Me devuelve un mensaje.

Están caminando por la calle, dos hombres.
Reconozco a uno de ellos del equipo de Vikinos.
Quédate donde estás.

Pongo la cabeza entre las manos. Oh, no. Esto es un desastre. Le respondo el mensaje.

¿Y si se va el taxi?

Me devuelve un mensaje.

Entonces estamos jodidos.
¡Diles que se den prisa!

Me asomo por la puerta como un ratón y sonrío dulcemente a la cajera del banco. —Disculpe, tengo que coger un avión y tengo mucha prisa. ¿Cuánto tardará?

—Por supuesto, mis disculpas. Otro cajero lo está comprobando ahora. Tiene suerte de que acabamos de recibir una entrega de efectivo esta mañana o no habríamos tenido esa cantidad aquí para retirar.

Oh diablos, eso habría sido un desastre. —De acuerdo. —Hago un gesto hacia la oficina—. Esperaré aquí.

Ella finge una sonrisa.

Me vuelvo a sentar y le envío un mensaje a Stace.

Miro mi teléfono mientras espero a que conteste. Espero y espero.

¿Qué está haciendo? ¿Por qué no contesta si está sentado en un maldito auto? Mi mente se va a anoche y cómo le rompieron el pómulo. Bastardos cobardes. ¿Quién patea a un hombre en la cara con toda su fuerza cuando está luchando contra otro hombre y tiene las manos ocupadas? Vuelvo a mandar un mensaje.

¿Qué es lo que pasa?
¡Respóndeme!

Sin respuesta. Oh Dios, esto es jodidamente estresante. Empiezo a sudar. Pongo la cara entre las manos. ¿Y si lo tienen? Las ventanillas son tan negras que no se puede ver el interior del auto… a menos que sepan qué auto alquilamos. Es una posibilidad, una gran posibilidad. Mierda.

La cajera del banco entra en la oficina con una caja grande y empieza a descargar el dinero sobre la mesa y su ayudante la sigue con una máquina de contar billetes. Empiezan a contar el dinero delante de mí. Me quedo quieta fingiendo mirar, pero mi mente está lejos del dinero.

¿Dónde está él?

¿Por qué no contesta? Marco su número y suena varias veces.

—Hola —responde, y mi corazón da un vuelco.

Finjo una sonrisa. —¿Por qué no contestas al teléfono, cariño? —Me hago la simpática delante de los cajeros del banco cuando en realidad lo único que quiero es gritarle por preocuparme tanto.

—Lo siento, cogí una llamada.

—Ja, qué momento para coger una llamada. —Finjo reírme.

—Era mi madre —responde—. Se estaba preocupando y pensé que no podría volver a hablar con ella durante un tiempo.

Se me cae el corazón. —Oh, buen punto. —Me levanto y me alejo de la mesa—. ¿Qué estamos tramando? —Hablo en clave.

—Todo bien, el taxi sigue ahí. Sal y entra directamente en él. Continúa con el plan.

—¿Todo bien? —pregunto esperanzada.

—Todavía está bien, nos vemos pronto.

—Adiós —susurro entre mi espanto.

Me siento otros cinco minutos mientras cuentan lo último del dinero y lo meto en mi pequeña bolsa de viaje. —Gracias. —Sonrío mientras me cuelgo la bolsa al hombro.

Atravieso las puertas de doble cristal, agacho la cabeza y me dirijo directamente al taxi. —Hola, gracias por esperar. De vuelta al hotel, por favor.

—Has tardado mucho. Estuve a punto de irme.

—Lo sé, lo siento mucho. Te pagaré un extra. —Miro por la ventanilla de atrás y por la calle de enfrente. No veo a nadie sospechoso. El taxi se adentra en el tráfico mientras mi teléfono recibe otro mensaje.

Te vieron.
Mantén la cabeza agachada y sigue el plan.

Dejo caer la cabeza mientras el miedo empieza a provocarme náuseas. Mierda.

Veo que el Ferrari se adentra en el tráfico y gira de nuevo hacia el hotel. El taxi se detiene en el hotel y, con manos temblorosas, pago al conductor y me bajo. Me dirijo directamente al ascensor y pulso el botón como estaba previsto.

El ascensor no llega. ¿Por qué tarda tanto?

Deprisa, por favor, deprisa. Miro los números que hay sobre las puertas y veo que van muy despacio. Vuelvo a pulsar los botones y, al mirar fuera, veo un auto en la calle del que se bajan dos hombres. Pulso el botón del ascensor y corro hacia la escalera de incendios. Bajo dos escalones a la vez, casi frenética. La bolsa de dinero pesa mucho, se balancea y me golpea mientras corro. Irrumpo por la puerta del fondo y veo el Ferrari negro sentado junto al ascensor, donde me espera. Corro entre los autos estacionados, abro la puerta y me zambullo en el asiento.

—Arranca —grito.

Stace revoluciona el motor y volamos por el estacionamiento.

—¡Vamos, más rápido! —grito—, tenemos que salir de aquí ahora.

CAPÍTULO 20

Roshelle

VOLAMOS a través del estacionamiento subterráneo y subimos hacia la rampa de salida. Stace introduce el ticket de estacionamiento en la máquina y la puerta enrollable se abre lentamente.

—Agáchate —dice mientras sus ojos se dirigen hacia mí.

Asiento nerviosa y me agacho sobre las rodillas mientras él conduce el auto despacio. —Este auto probablemente fue una buena idea después de todo.

Sale de la calzada y se dirige a la calle mientras yo lo observo desde mi posición. —No esperan que tengamos dinero. No buscarán este tipo de auto —contesta mientras conduce calle abajo.

—¿Puedes ver a alguien? —susurro.

Sus ojos parpadean hacia el espejo retrovisor. —No. —Hace una pausa—. Todavía están dentro del hotel.

—¿Crees que saben que tenemos los diamantes? —pregunto.

—Lo dudo —contesta mientras me quita la peluca de la cabeza y la tira al suelo—. El barco sigue en alta mar. Aún no deben saber que no están.

Conducimos un rato más en silencio y sus ojos se dirigen continuamente a los retrovisores para comprobar si alguien nos sigue.

—¿Ves algo? —Vuelvo a preguntar.

—No, no hay nada. —Se acerca a mí y me frota la espalda. Exhalo un suspiro y sacudo la cabeza.

—No pensé que el banco fuera a darme el dinero —tartamudeo.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—Estaban tardando mucho y yo estaba enloqueciendo. Pensé que habían llamado a alguien para avisarles de que estaba allí.

—¿Pero lo tienes?

—Sí, está en la bolsa.

Sonríe con sensualidad. —Buena chica.

—Stace. —Mis ojos buscan los suyos desde mi posición encorvada—. ¿Qué haremos? ¿Qué vamos a hacer?

Exhala un profundo suspiro y hace una pausa como si pensara. —En este momento, intentar que no nos encuentren es la principal prioridad. No estaremos a salvo hasta que tengamos pasaportes nuevos y podamos ir de un país a otro sin que nos detecten.

—¿Podemos ir a Suecia? En Suecia no nos encontrarán. —Siempre he tenido en la cabeza que en Suecia estaré a salvo. No sé por qué, pero es así.

Sonríe tristemente mientras toma mi mano. —Iremos a algún sitio. Todo saldrá bien, Rosh. Te cuidaré.

Asiento con la cabeza, me llevo su mano a la cara y le beso el dorso. —Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por ayudarme.

Sus ojos se encuentran con los míos y, por una fracción de segundo, su máscara se desliza y veo miedo. Mi rostro cae y, como si supiera lo que acaba de revelar, los levanta y vuelve a concentrarse en la carretera y en los espejos retrovisores.

Cree que van a encontrarnos.

Conducimos durante quince minutos fuera de la ciudad en silencio hasta que por fin habla. —Ya puedes sentarte. No nos sigue nadie. —Despliego mi cuerpo de su posición encorvada.

Miro por la ventana mientras recuerdo a mi madre y al horror por el que pasó. No soporto la idea de que él corra la misma suerte. No lo permitiré.

—¿Stace? —Dudo mientras intento expresarme correctamente—. Si nos alcanzan…

—Sí.

—Quiero que corras. No intentes salvarme porque morirás. Mira lo que te hicieron la otra noche… Necesito saber que no intentarás ser el Capitán América.

Sus ojos permanecen fijos en la carretera. —No dejaré que te pase nada, Rosh —murmura.

—Sí, pero…

—¡Basta! —grita, interrumpiéndome—. Estaré contigo hasta el puto final. Quítate esa mierda de la cabeza ahora mismo. No me voy a ir.

—No quiero que nada te haga daño.

Sus ojos se dirigen a mí con enfado. —Es un poco tarde para eso. ¿Crees que no me dolería que te atraparan? Te estoy cuidando tanto como por ti, como por mí.

Se me hace un nudo en la garganta. Sólo quiero que esto acabe de una vez.

No sé cuánto más podré aguantar corriendo. Toda mi vida adulta he estado corriendo. Ahora tengo miedo y estoy tan malditamente agotada. No sé qué decir. No tengo palabras. No hay palabras que deshagan la última semana. Lo tenía, había escapado con un pasaporte falso y luego fui y lo arruiné cuando hice ese maldito tiroteo. Pero si no lo hubiera hecho probablemente Stace estuviera muerto ahora.

Hice lo correcto. Sólo desearía haber matado al hombre correcto.

Respiro hondo y vuelvo a mirar por la ventana. Si hubiera matado al hombre adecuado, nuestros problemas habrían terminado.

* * *

Siento el suave toque de su mano apartándome el pelo de la cara. —Estamos aquí, cariño.

Lucho por abrir los ojos y reajustarme en el incómodo asiento del auto. —Este auto es una mierda. —Frunzo el ceño.

Sonríe con sensualidad. —Se conduce muy bien. —Acelera el motor mientras me lanza un guiño sexy para demostrarme lo mucho que le gusta.

—¿Qué hora es? —Bostezo.

—Eso de las 8 de la noche.

—¿Pasaremos aquí la noche? —pregunto. —Sí, encontraremos un lugar donde quedarnos.

Sonrío, me inclino sobre él y lo beso en la cara. —Gracias por dejarme dormir —susurro en su fuerte rostro.

Se vuelve y me besa suavemente en los labios. —Tengo un motivo oculto. Necesito que estés despierta esta noche.

—¿Y eso por qué? —le pregunto.

—Porque necesito relajarme.

—¿Y?

—Y necesito que me la chupes. —Me besa las yemas de los dedos—. Entre otras cosas.

Sonrío. —¿Soy tu relajante, quien te la chupa toda la noche?

Sus ojos oscuros se clavan en los míos y asiente.

—Podría hacerlo, supongo. —Dudo—. ¿Qué hay para mí?

Agarra mi mano y la coloca sobre su entrepierna y siento el duro acero que hay debajo. Siento que mis entrañas empiezan a latir. Está cachondísimo. Joder, me encanta este hombre.

—¿En qué pensabas mientras yo dormía? —Sonrío.

—Tú. —Sus ojos parpadean hacia mí—. Tú sobre mí. Yo sobre ti. —Sonrío ampliamente. Sabe exactamente lo que necesito cuando lo necesito.

Entramos en un hotel de aspecto ostentoso y todos los botones se quedan boquiabiertos al ver el auto. Sonrío al ver su reacción. Es tan divertido tener dinero. El botones abre la puerta y Stace se baja.

—¿Tienen habitaciones para esta noche? —pregunta.

—Sí, señor.

Se inclina hacia atrás en el auto. —Esto servirá. Baja.

Asiento con la cabeza mientras él abre el maletero, saca nuestras maletas y yo salgo. —¿Tienes dinero en la cartera? —le pregunto.

—Sí, creo que sí. —Abre rápidamente su cartera y comprueba—. Todo bien.

Le pasa las llaves al botones y los ojos del joven se abren de emoción. No todos los días se puede estacionar un Ferrari.

—Ten cuidado con él —le dice Stace.

—Sí, por supuesto, señor.

Atravesamos el vestíbulo y subimos a la recepción, donde las tres chicas de detrás se quedan boquiabiertas al ver a mi guapo acompañante. Lleva unos jeans negros ajustados y una camiseta blanca que abraza cada músculo, y tiene muy buen aspecto, aunque su cara esté hecha polvo. —Quisiera una habitación esta noche, por favor —les dice.

La bella morena sonríe nerviosa y empieza a teclear.

—Sí, por supuesto, señor. —Sus ojos se detienen en su rostro.

—Es boxeador. —La interrumpo—. Tiene la cara magullada de pelear.

—Oh. —Sus ojos parpadean hacia mí y parece avergonzada de haber olvidado que yo estaba aquí. Zorra estúpida. ¿Qué pasa con las zorras de recepción?

—¿Qué tipo de habitación le gustaría? —pregunta—. Tenemos una suite ejecutiva, una habitación con terraza, una suite principal o un penthouse.

—El penthouse, por favor —responde sin pensar. Me mira y sonrío. Sería una vida increíble. Estar casada con él, locamente rica y sin preocupaciones. Podríamos viajar por el mundo. No hay nada que no pudiéramos hacer. Por un momento, me permito imaginar cómo sería y sonrío estúpidamente.

Tardamos unos quince minutos en registrarnos y subir a buscar la habitación 2102.

Introduce la llave en el lector y se abren las puertas dobles. Somos recibidos con un lujo exuberante. Hay una gran sala de estar con un mini piano de cola y tres lujosos sillones de cuero. A la derecha hay otro salón con dos grandes sillones con respaldo y otomanas. La pared del fondo del salón está llena de estanterías con libros preciosos. El dormitorio está a la izquierda y

en el centro hay una enorme cama de matrimonio. Toda la pared del fondo del dormitorio es de cristal y da a la hermosa ciudad, donde las luces centellean. A la izquierda hay un baño de mármol y un vestidor. —Guau —murmuro mientras entro despacio—. Esto es… —Se me corta la voz. Ni siquiera tengo palabras para esto.

Stace me toma en sus brazos. —Sólo lo mejor para mi esposa. —Me besa, sus labios son fuertes y suaves, y esta noche puedo sentir el deseo en ellos cuando se detienen sobre los míos. Me mira fijamente y me aparta el pelo de la cara—. ¿Estás bien? —me pregunta en voz baja mientras me ve a los ojos como si pudiera encontrar la respuesta.

Asiento con una sonrisa falsa y me zafo de sus brazos. No me preguntes eso porque, sinceramente, no lo sé. —Sí —miento.

—No has comido mucho hoy.

Suelto un suspiro mientras tiro la mochila sobre la cama para sacar ropa limpia. —No tengo tanta hambre —murmuro.

—Salgamos a cenar.

Frunzo el ceño mientras lo miro. —¿Es seguro?

Se encoge de hombros. —¿A quién le importa? —Me coge las dos manos con las suyas—. Vivimos cada día como si fuera el último, ¿recuerdas?

Realmente necesitaba oír eso. —Siempre sabes qué decir.

Me mira a los ojos y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. —Te amo.

Se me cae el estómago al darme cuenta de que es la primera vez que lo dice abiertamente con sinceridad y sin pensar. —¿En serio?

Me coge en brazos y me besa en la frente. —¿Por qué pareces sorprendida?

—Yo no… —Hago una pausa—. Yo sólo… —Me detengo.

—¿Sólo qué? —Frunce el ceño.

Miro un cuadro en la pared por encima de su hombro para no tener que mirarlo a los ojos. Llevo todo el día pensando en esto. Está más seguro sin mí. —No sé si soy buena para ti. Quizás deberíamos separarnos.

—Mírame.

Sigo mirando el cuadro mientras me esfuerzo por no mostrar ninguna emoción.

—Mírame, joder.

Arrastro mis ojos hacia los suyos.

—Quiero vivir el momento. Ahora mismo.

—¿El anillo de compromiso era…? —Mi voz se entrecorta porque no estoy segura de querer saber la respuesta.

Me interrumpe. —Compré un anillo de compromiso porque quería vivir el momento.

—¿Pero me lo habrías comprado si estuviéramos en circunstancias normales? —pregunto.

—Si sintiera esto por ti en circunstancias normales, sí.

—Stace —susurro.

—Si planeara mi vida perfecta esta noche, tú estarías en ella. Sé que esto parece rápido, pero hemos estado juntos y solos todos los días durante un mes. Siento como si te conociera desde siempre. Nunca he… —Su voz se entrecorta.

Sonrío suavemente, así es como me siento. —¿Esto entre nosotros es real? —Sacudo la cabeza y me alejo de él—. ¿Cómo podemos enamorarnos en estas circunstancias?

—No lo sé.

—¿Así que a ti también te cuesta creerlo? —le pregunto.

Asiente sutilmente. —Así es.

Lo veo a los ojos queriendo entender lo que siento. —No sé cómo permitirme creerlo.

Veo el momento en que un pensamiento cruza su mente. —¿Estás dudando de tus sentimientos? ¿Se trata de esto?

Lo miro fijamente mientras un cúmulo de emociones se arremolina en mi cerebro. Debería acabar con esto. Debería hacer que me dejara para saber que está a salvo.

—No —respondo con el piloto automático.

—No, ¿no lo crees o no dudas de tus sentimientos? —Se aleja de mí para distanciarse.

—Stace… —Dudo mientras intento juntar las palabras—. Te amo, me haces sentir como nunca, pero me preocupo por ti. —Le toco una ceja y se estremece—. Mira lo que te hicieron para intentar llegar a mí.

—Estoy bien.

—Esta vez. Esta vez estás bien.

Me rodea con el brazo y me abraza fuerte. —Estaré bien mientras esté contigo. —Me besa suavemente la frente.

Siento que el hielo alrededor de mi corazón empieza a derretirse.

—¿Sabes lo que quiero hacer? —Me sonríe en la frente.

—¿Qué?

—Quiero llevar a mi novia a una cita.

—¿Novia? —Sonrío.

Asiente mientras abre los ojos. —Suena raro, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —Supongo que podría acostumbrarme.

Me pasa el dedo por debajo de la barbilla y acerca mi cara a la suya. —Deja de pensar tanto. Pasemos cada día y consigamos nuestros nuevos pasaportes, luego desaparecemos y volvemos a empezar.

Me besa suavemente y luego con más fuerza. Sus labios se separan y desliza su lengua lentamente en mi boca. Me coge la nuca con la mano y me abraza como quiere. —Ponte el vestido de salir y déjame alucinando como lo hiciste en nuestra primera cita.

Sonrío. —¿Te he dejado alucinado?

—Como una bomba atómica. Me volví loco en el barco sabiendo que no volvería a verte. Esa fue la primera vez… —Se detiene.

—¿La primera vez que qué? —pregunto.

—Esa fue la primera vez que supe que éramos más —susurra contra mis labios.

Sonrío cuando sus labios toman los míos. —Entonces lo supe antes que tú —susurro.

—Lo sé. —Me besa de nuevo—. Soy lento para estas cosas. —Nuestro beso se vuelve más profundo y empiezo a sentir el calor entre mis piernas.

—¿Cuándo lo supiste?

—Cuando recordaste mi salvavidas. En realidad, fue antes. —Me corrijo—. Fue cuando me dolió que te acostaras con Chelsea.

—No me acosté con Chelsea. No he tocado a otra mujer desde que te conocí.

Lo veo a los ojos como si pudiera encontrar la verdad en ellos.

—Quizás lo supe la noche que te conocí —susurra—. Creo que estábamos destinados a encontrarnos.

Sonrío. —Si te parece bien, voy a quedarme con la primera cita en la que le preguntaste a mi padre si podías llevarme a una cita como historia de nuestro encuentro.

Me agarra por detrás y me arrastra sobre su polla dura. —¿Vas a omitir la parte del secuestro cuando se lo digamos a los niños? —Sus labios se posan en mi cuello y me pellizca con los dientes.

Me río a carcajadas. —¿Quieres hijos?

—Sí, quiero tener hijos, joder. —Me levanta y me tira sobre la cama y yo reboto riendo. Se arrastra sobre mí y se apoya en el codo mientras me mira. Nos quedamos serios de repente.

—¿Qué clase de padre serás? —pregunto.

—De los que protegen a su madre. —Se inclina y me besa con ternura mientras su mano se desliza por mi pierna, por debajo del vestido, y encuentra ese punto entre mis piernas. Hace círculos y luego se desliza por debajo de mis bragas y desliza sus dos dedos índices en mi sexo.

—Oh, Dios —susurro mientras mis piernas se separan sin permiso.

Sus dedos entran y salen lentamente, y yo aprieto para darle una muestra de lo que está por venir.

Inspira bruscamente. —Puedo hacerte feliz —susurra mientras sus ojos se clavan en los míos. Acelera el ritmo y el sonido de mi excitación flota en el aire—. Puedo hacer felices a tus hijos. —Me levanta la pierna sobre su cuerpo para abrirme más.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Nunca había oído algo tan hermoso en mi vida.

Esto es todo lo que quiero. Todo lo que siempre querré. —Prométeme que podemos hacer que esto funcione, Stace —susurro mientras pongo mi mano en su antebrazo y siento cómo se flexiona mientras me bombea con ella. Me estira mientras añade otro dedo y ambos gemimos de placer—. No me importa el dinero. Sólo quiero estar contigo. Sólo quiero un futuro contigo. —Acelera el ritmo y su mano se vuelve casi violenta mientras la cama empieza a chocar contra la pared.

—Lo tienes. —Nos besamos de nuevo y creo que es el beso más sincero que me ha dado—. Nunca me he sentido tan cerca de nadie —murmura.

—Estoy tan enamorada de ti —susurro mientras mi cuerpo se estremece al borde del orgasmo.

De repente, desesperado, se levanta, se quita la camisa por los hombros y se baja los jeans por las piernas. Tengo la bendición de ver su gran polla colgando pesadamente entre sus piernas. La cabeza le gotea crema y puedo ver las venas que recorren su gruesa longitud. La bombea tres veces para liberarse. Levanto la mano y rozo con los dedos los labios que tiene marcados a su lado. Todavía me asombra que lo haya hecho.

Sus preciosos ojos castaños están fijos en los míos mientras se arrastra sobre mi cuerpo y roza mi abertura con su polla. Me hace esperar mientras la desliza hacia delante y hacia atrás por mi sexo húmedo. Los dos sonreímos de placer y sé que está poniendo toda su resistencia para no deslizarse directamente dentro.

Se echa hacia atrás sobre las rodillas y me abre las piernas. Sus ojos bajan por mi sexo y luego vuelven a mis ojos mientras piensa.

—¿Qué? —Sonrío suavemente.

Se tumba sobre mí y me besa suavemente. —Cásate conmigo.

Nuestras miradas se cruzan mientras él se desliza lentamente. Mi cuerpo lucha por adaptarse a su tamaño y él se mueve de un lado a otro para aflojarme. —Dios —susurro.

—Él no te va a ayudar a coger esta polla, nena. —gime a través de su placer.

Me río contra sus labios mientras me bombea y penetra mi carne. Se retira y vuelve a penetrarme, obligándome a gritar. Me bombea de nuevo y me deja sin aliento.

Mi hombre tiene ganas de follar duro. Me agarra las piernas, las levanta sobre los hombros y,

con los brazos estirados, me pone las manos por encima de los hombros para hacer palanca.

Dentro. Fuera. Dentro, y oh tan jodidamente bueno. Sus ojos no se apartan de los míos y es demasiado. Esta intensidad es casi demasiado para soportarla.

La cama está golpeando la pared con fuerza como él realmente me deja tenerlo.

—Te sientes tan bien. Fóllame. Fóllame fuerte. —Gruñe mientras el sudor le cubre la piel.

Aprieto tan fuerte como puedo, sus ojos se cierran y gime profundamente.

Se inclina para besarme y somos como animales el uno con el otro. Ambos tomamos del otro lo que nuestro cuerpo necesita. Lo estrecho contra mí y, sinceramente, el mundo podría acabarse ahora mismo y no me importaría.

—Córrete —exige mientras bombea.

—Más —grito—, quiero más de ti.

Acelera el ritmo y grito como una loca cuando me golpea un orgasmo, pero antes de que me dé tiempo a reaccionar, sale de mí y me llena el estómago de semen. Su cabeza se inclina hacia el techo y su boca se afloja mientras vacía su cuerpo sobre el mío.

Los dos cogemos aire mientras él se sienta de rodillas entre mis piernas abiertas y vuelve a deslizar sus tres dedos en mi sexo. Me acaricia lentamente mientras con la otra mano me restriega el semen por el vientre y los pechos. Es tan íntimo volver a tener sus dedos dentro de mí tan rápido con su semen sobre mi piel.

Sus ojos sostienen los míos y sé que volveré a tenerlo. Lo tendré de nuevo. Lo tendré por siempre. —Bésame —susurro.

—Cásate conmigo —responde mientras sus dedos se deslizan dentro y fuera.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque necesito esto todos los días. Porque eres la única persona con la que quiero hacer esto. —Frunce el ceño como si estuviera pensando en otra cosa—. Haces que quiera ser mejor y te necesito.

Sube los dedos y se los chupa y siento que mi excitación empieza a bombear con fuerza. Estoy hinchada y húmeda, y demonios, lo deseo de nuevo.

—Contéstame —gruñe mientras se arrastra sobre mí.

—Sí —susurro mientras enrosco mis brazos alrededor de su ancha espalda—. Sí, me casaré contigo.

Me besa con ternura y al sentir su sonrisa contra mis labios, me pierdo.

Stace

Oigo cómo se abre la ducha y espero a que Rosh se meta bajo el agua. Rebusco en mi bolso el papel arrugado. Tras encontrarlo, marco el número que he garabateado.

Ring, Ring.

—Hola —responde Chris.

—Hey, soy yo.

—Hola. He estado pensando. ¿Para qué necesitas esto?

—Una larga historia. —Suspiro.

—Tengo tiempo.

—Yo no. ¿Lo tienes o no?

—Stace, ¿en qué coño te metiste? —Suspira.

Respiro hondo. —Sólo necesito a alguien de confianza que pueda hacer el trabajo.

—Este tipo es del FBI.

—¿Y alguna vez ha fallado?

—Nunca. Es uno de los cuatro que hacen trabajos aparte.

Pienso un momento. —¿Qué tan confiable es?

—Trabaja para el Tío Sam. Es lo mejor de lo mejor.

—Entonces, ¿cómo hago esto? —pregunto.

—Llamas a este número y ellos lo introducen en el sistema de forma anónima y luego todos pujan por el trabajo.

—De acuerdo. —Entorno los labios mientras me dirijo a la ventana y descorro la cortina para asomarme a la oscuridad. Mi mente va a mil por hora, pero llevo todo el día pensando en esto. Sé que es la única manera.

—¿Vas a hacerlo? —pregunta.

—No tengo elección.

—¿Estás seguro?

—Positivo.

—Podrías pasarte la vida en la cárcel.

—Valdrá la pena.

—Bien, amigo pero es tu funeral. Llámame cuando puedas.

—Gracias. Adiós.

Cuelgo y marco el número mientras el corazón me martillea en el pecho.

—Hola —responde la voz masculina.

—Me gustaría publicar un puesto de trabajo, por favor.

—Sí. ¿Cuánto pagas?

Hago una pausa mientras intento dominar mis nervios. —Treinta millones de dólares.

Se hace el silencio en la línea. —¿Quién es? —pregunta por fin, sabiendo que es alguien importante.

—Quiero dos francotiradores y recibirán quince millones cada uno, veinticuatro horas después de su muerte confirmada.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar.

—Mario Vikinos.

CAPÍTULO 21

Stace

ROSHELLE SE SIENTA con las manos enlazadas bajo la barbilla. Sus grandes ojos marrones me miran amorosamente a través de la mesa y siento que se me contrae el pecho. Es, sin duda, la mujer más hermosa que he visto nunca. Cada día caigo más bajo su hechizo.

Sonrío para mis adentros, preguntándome cómo demonios he tenido tanta suerte de cruzarme en su camino.

—¿Qué? —Ella sonríe.

Sacudo la cabeza. —Nada.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

Se encoge de hombros mientras coge su vino y le da un sorbo mientras piensa en una respuesta adecuada.

—¿Como si quisiera comerte? —pregunto con una ceja levantada.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Se quita el zapato y levanta el pie para posarlo en mi entrepierna. Me agacho y le pongo la mano encima con ternura.

—¿Quieres? —Mueve los dedos y aprieto el pie con la mano.

—Eso es un hecho. Eres mi dieta básica estos días.

Se ríe en su copa de vino. Yo cojo mi cerveza y le doy un sorbo. Estamos en el restaurante del hotel y son cerca de las diez de la noche.

—Es un hotel precioso, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —murmuro mientras miro a mi alrededor.

—Stace.

Mis ojos vuelven a ella.

—Hagámoslo. Salgamos de esta. —Ella abre los ojos esperanzada—. Podríamos ser tan felices juntos si podemos salir de este lío.

Sonrío y le cojo la mano por encima de la mesa.

—Ese es el plan. —Abro la boca para decirle que he ordenado el golpe, pero la cierro rápidamente. No quiero darle falsas esperanzas cuando en realidad no estoy seguro de que vaya a suceder. Ella no necesita una falsa sensación de seguridad. Sé que no le importará el dinero que ofrecí si lo matan, pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él… y espero sinceramente que lo hagamos.

—Estaba pensando que quizás deberíamos intentar coger un vuelo a Las Vegas desde aquí mañana —añado.

Ella frunce el ceño en su copa de vino. —Pensé que habías dicho que íbamos a Chile antes de volar.

Asiento con la cabeza mientras doy un sorbo a mi cerveza. —Está muy lejos de aquí y significa mucho más tiempo en la carretera y al aire libre.

Se muerde la uña del pulgar mientras piensa. —¿Crees que es más peligroso quedarse aquí? —Asiento con la cabeza.

—¿Podemos tomar un avión privado desde aquí? —pregunta.

—He investigado un poco esta noche mientras estabas en la ducha, y creo que será más fácil que nos atrapen si hacemos eso.

Ella frunce el ceño. —¿Crees que podemos coger un vuelo comercial?

—Creo que sí.

—¿Pero no podrán encontrarnos?

Me encojo de hombros. —Compraremos los billetes en el aeropuerto en el último momento con dinero en efectivo. El sitio web de pasaportes internacionales es mucho más difícil de piratear y puede darnos algo de tiempo. Supongo que, hasta este momento, estaban rastreando nuestra tarjeta de crédito.

—Pero, ¿y si nos rastrean y están esperando al otro lado?

La veo fijamente a los ojos. —Es una posibilidad.

Se frota la frente con ambas manos mientras piensa.

—Stace, no me gusta esto.

Sostengo su mano por encima de la mesa. —Lo sé, cariño, pero va a ser más difícil que te lleven desde un aeropuerto internacional que desde una carretera rural desierta en Sudamérica.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—Siento que necesito que vuelvas a suelo americano.

—¿Por qué? —susurra ella.

—Sólo lo sé. No tenemos contactos aquí y la policía no conoce sus circunstancias. Diablos, la policía probablemente esté en su nómina. No conozco la dinámica de este país y me pone jodidamente nervioso.

Cierra los ojos mientras asimila lo que le digo.

—¿Entiendes a dónde quiero llegar? —pregunto.

—Supongo. —Suspira mientras mira a lo lejos.

—Oye. —Le aprieto la mano—. Mírame. —Ella arrastra sus ojos para encontrarse con los míos—. Todo estará bien. Conseguiremos los pasaportes y desapareceremos.

—¿Lo prometes?

Levanto mi copa y la choco con la suya. —Por mi vida.

El sonido de la respiración de Rosh es reconfortante. Está profundamente dormida sobre mi pecho y bien arropada bajo mi brazo. Todas las noches, a esta hora, es cuando me asaltan los pensamientos oscuros. Empiezo a preocuparme, justo después de que ella se haya dormido antes que yo. Mientras pienso, le rozo la cabeza con la mejilla. Ella se acerca y me besa el pecho mientras duerme.

Nunca había tenido esto. Nunca me había sentido tan satisfecho, tan unido a una persona. Recuerdo a Mandy, mi amor de la infancia, y una pesada sensación de pesar me invade.

No me he permitido pensar mucho en ella a lo largo de los años. Supongo que siempre he estado demasiado decepcionado conmigo mismo para dejar que mi mente vaya allí. La amaba. La quería tanto, y sin embargo en los viajes me acostaba con otra mujer en diferentes puertos del mundo.

¿Por qué?

Hago memoria y recuerdo lo excitado que estaba todo el tiempo y lo mucho que necesitaba el contacto de una mujer cuando estaba fuera… cualquier mujer. ¿Por qué no rompí con ella? Lo pienso un momento. Era porque cuando volvía a casa ella era la única mujer que quería en mi cama. Era la única con la que quería hablar. Así fue durante un tiempo. Me iba seis semanas y volvía a casa otras seis. Al final, fue la culpa que sentía cuando la miraba a los ojos lo que me deshizo. Me pregunto si finalmente no lo hubiera confesado, ¿nos habríamos casado? ¿Habría superado la etapa de joven y estúpido, o había algo que faltaba en nuestra relación que me hizo hacerlo?

Habría hecho cualquier cosa por mí, y yo por ella. Excepto lo obvio: la lealtad.

No podía hacerlo.

Ella pasó página rápidamente y al cabo de un año ya estaba saliendo con un chico estable y simpático. Se casó con él y ahora tienen dos hijos pequeños.

Creo que nunca me recuperé.

Desde entonces nunca me he acercado a nadie. No quiero volverle a hacer daño a nadie. Me viene a la mente el momento en que le dije que me había acostado con otra persona y la mirada atormentada de su rostro. Al principio no me creyó, y luego se le rompió el corazón mientras lloraba en la cama mientras yo me sentaba impotente a sus pies.

Nunca lo olvidaré mientras viva.

Aún se me hace un nudo en la garganta, siete años después. Junto a la muerte de mi hermano, es el recuerdo más doloroso que tengo, y yo fui la causa de los dos. Beso suavemente la frente de Rosh mientras ella lanza su pierna superior sobre la mía. Y ahora tengo a esta mujer. Estoy perdidamente enamorado de ella, y eso que sólo nos conocimos porque yo la secuestré.

¿En qué clase de hombre me he convertido? Mi hermano estaría muy avergonzado.

Me tumbo media hora en la oscuridad mirando al techo mientras repaso una y otra vez todos los errores que he cometido. Mis labios se posan en su frente.

Por alguna razón necesito tocarla físicamente o no puedo relajarme. ¿Por qué siento algo tan diferente por Rosh? ¿Por qué este amor es incomparable a todo lo que he sentido antes? Me siento como un colegial fuera de control que moriría en la espada por su primer amor que todo lo consume.

La idea de estar con otra persona me revuelve el estómago.

Es fuerte, loca, imprevisible y, sin embargo, vulnerable como una niña. Siento que, con ella, tengo que ser el adulto de la relación. El impulso de protegerla es casi primario y nunca antes había experimentado algo así. Sexualmente, me vuelve loco. Mentalmente, me desafía constantemente y, sin embargo, sé que me dejaría en un santiamén si pensara que es lo mejor.

Su fuerza me da mucho miedo, en parte porque sé que no puedo controlarla. La primera mujer que no puedo controlar y ella ha aprendido a desprenderse si lo necesita. ¿Y si se aleja de mí para salvarme la vida?

O peor.

¿Y si muere?

No podría soportarlo. No puedo soportar la idea de vivir sin ella.

La aprieto un poco más entre mis brazos y sé que va a ser otra larga noche a solas en la oscuridad. Estoy seguro de que si nadie acepta el encargo de matar a Vikinos, será una de nuestras últimas juntos.

Se están acercando.
Se nos acaba el tiempo.

Roshelle

Stace se sienta en el otro extremo de la fila de asientos frente a mí. Mis ojos se cruzan con los suyos y él los aparta. Llevo unos jeans con una gran sudadera negra con capucha, una peluca roja trenzada en la espalda y una gorra de béisbol cubriéndome la cara: otro disfraz. Estamos en el aeropuerto y, como es habitual en Stace, es muy cuidadoso y no deja que nos miremos. Está nervioso. Tuvimos que dejar las armas. Es la primera vez desde que ocurrió todo que estamos completamente desprotegidos, pero no tenemos elección si queremos embarcar en un avión. Está en su teléfono y sé que está buscando si todavía hay vuelos disponibles en el próximo avión a Las Vegas. El avión empieza a embarcar dentro de una hora. Sólo tenemos media hora para subirnos si queremos llegar.

¿A qué espera? Le mando un mensaje.

Tienes que conseguir los billetes o van a cerrar el vuelo.

Lo lee, se pasa la mano por el pelo, frustrado, y responde al mensaje.

Cinco minutos más.

Por el amor de Dios. Le respondo.

Deja de procrastinar y hazlo de una puta vez.

Sus ojos parpadean y levanta una ceja sarcástica. Sonrío y agacho la cabeza. No le gusta que le diga lo que tiene que hacer, pero es una lástima. Tiene que lograr que subamos al avión. Espera unos minutos, se levanta y se dirige al mostrador con nuestros dos pasaportes. Me pongo detrás de él como si no lo conociera.

—Dos billetes a Las Vegas, por favor. —Revuelve en su bolso y saca nuestras dos identificaciones—. Asientos separados, por favor.

La azafata frunce el ceño mientras teclea en su computadora. Esto podría ser un desastre. Si no podemos subir al avión, les habremos avisado dónde estamos para nada.

Contengo la respiración mientras esperamos su respuesta.

—El próximo vuelo embarca en cuarenta minutos, pero ha perdido el equipaje.

—Sólo tenemos equipaje de cabina.

Echa un vistazo a las dos pequeñas bolsas que llevamos. —Ah, vale. Si quieres, te doy pasajes para ese.

—Sí, por favor.

Aliviado, miro a mi alrededor. La vida a la fuga no es tan divertida como uno se imagina. Me siento cincuentona.

Coge el billete y deja el mío en el mostrador para que lo recoja, luego va a entrar por las puertas y yo me acerco al mostrador como señuelo. —¿Disculpe? —pregunto a la azafata mientras deslizo mi billete fuera del mostrador—. ¿Le importa que le pregunte donde compró ese reloj? —pregunto.

—Oh, es bonito, ¿verdad? —Ella sonríe.

Miro a Stace mientras desaparece en la sala de facturación.

—Harrods en Londres —responde ella.

—Genial, gracias —digo mientras salgo detrás de mi amor. Eso fue rudo, pero no quiero saber de dónde sacó ese reloj de mierda. Atravieso las puertas de facturación y contengo la respiración mientras paso por los escáneres. Nuestros cinco diamantes están esparcidos por el fondo de mi bolso con un puñado de perlas como si fueran bisutería barata y el plan es, si me detienen, decir que estaban en un collar de bisutería que me había comprado. Me hacen pasar y veo una sonrisa en la cara de Stace mientras espera lentamente a que comprueben su maleta delante de mí. Contento con el resultado, se da la vuelta y entra, yo lo sigo y me siento dos asientos más abajo que él. Saco mi teléfono y le envío un mensaje.

¿Podemos sentarnos juntos ahora?

Me responde.

Sabes que no podemos.

Suelto un suspiro de frustración y me mira antes de volver a escribir.

Puedes sentarte sobre mí cuando lleguemos a casa.

Frunzo el ceño mientras leo su mensaje y le respondo.

¿Dónde es casa?

Me devuelve un mensaje.

Dondequiera que estés, es mi hogar

Sonrío y, por alguna estúpida razón, se me salen las lágrimas. Respondo.

Te amo.

Lo veo sonreír mientras lo lee y me contesta.

Te amo más xx

Meto el móvil en la mochila, pongo mis manos en el regazo y sonrío para mis adentros. Ya falta poco. Ya casi llegamos.

—Tripulación de cabina, prepárense para el aterrizaje —resuena en la cabina la voz del capitán. El vuelo ha sido largo y sin incidentes. Estoy deseando quedarme a solas con Stace. Parece ridículo que pueda extrañarlo después de no haber podido sentarme con él durante el vuelo. Me volteo en mi asiento para mirarlo. Está sentado a cuatro filas detrás de mí con tres chicos. Parecen llevarse muy bien y esporádicamente los he oído reír mientras hablaban. Mejor que mi maldito viaje. Estoy sentada al lado de una anciana que se ha tomado cinco copas fuertes, luego se ha ido a dormir y ha roncado todo el maldito viaje. Me molesta depender tanto de él. Desde hace un mes, sólo estamos él y yo. No nos acompaña nadie, no hay red familiar. Creo que por eso se siente tan intenso. Nuestra vida juntos no es la realidad… aunque sí lo es para mí, siempre he estado algo sola. Sólo espero que cuando salgamos de este lío funcionemos, no creo

que no vaya a ser así. Estamos locos el uno por el otro. Espero a que se enciendan las luces e inmediatamente saco mi teléfono del modo avión. Le mando un mensaje.

¿Buen vuelo?

Me devuelve un mensaje.

Sí, ¿y tú?

Sonrío.

Aburrido.

El avión recorre lentamente la pista hacia nuestro destino y con él empiezan a aumentar mis nervios, podrían estar aquí esperándonos en el aeropuerto. Me llega un mensaje de texto.

¿Conoces el plan?

Le respondo.

Sí.
Te amo X

Me llega otro mensaje inmediatamente.

Cuéntame el plan.

Joder.

El plan es que voy a matarte si no dejas de hacerme repetir los planes

Suena un pitido mientras la mujer que está a mi lado forcejea con el techo.

No me hagas subir. ¡Dime cuál es el maldito plan!

Resoplo y sacudo la cabeza. Este hombre es exasperante, no soy una niña y además estoy jodidamente nerviosa.

Salgo y voy directo al baño de mujeres y espero tu visto bueno.

—¿Quiere que te ayude con la maleta? —pregunta la señora.
—No, yo me encargo, gracias. —¿Por qué todo el mundo me trata como a un maldito bebé?

Buena chica.
Espera mis instrucciones. xx

El avión se detiene lentamente y me pongo a la cola para salir. Curiosamente, la caminata por el pasillo improvisado hasta el aeropuerto es la más larga que creo haber hecho nunca. Mi mente se acelera. ¿Y si están ahí afuera esperando? ¿Y si me disparan en el acto delante de todo el mundo? No, eso no ocurrirá. ¿Y si la policía está aquí y arresta a Stace? ¿Alguien sabe que estamos aquí? Podría estar preocupándome por nada. Intento calmarme sabiendo que esto no me ayuda a actuar despreocupadamente. No seas estúpida, no nos dispararán, claro que no. Stace dijo que estoy a salvo en el aeropuerto. Demonios, ¿quizás debería vivir aquí para siempre? Se

me resuelve el estómago, estoy hambrienta y cansada, y no necesito esta mierda. Ahora sólo tenemos que pasar la aduana y espero que todo vaya bien. Stace lleva el dinero atado al cuerpo y si lo registran estamos jodidos. Era la única forma de introducirlo en el país, y como yo llevo millones de dólares en diamantes robados en el bolso, desgraciadamente le tocó a él. Gracias a Dios, los perros rastreadores no detectan el dinero en efectivo. Nuestros ojos se cruzan mientras esperamos en la fila para pasar por la aduana y él aparta la mirada. Está nervioso.

Estoy nerviosa.

Él está en la fila delante de mí y yo me quedo mirando el móvil como si no me importara nada. Cómo me gustaría que fuera verdad.

A Stace le sellan el pasaporte y pasa por el escáner. Me meto las manos en los bolsillos para ocultar lo mucho que me tiemblan.

Por favor, que pase. Por favor, por favor, por favor.

El guardia lo llama a un lado y mi corazón empieza a martillear.

Mierda.

Stace está de pie con los brazos levantados mientras le pasan el escáner de arriba abajo por el cuerpo, y luego se gira y lo bajan por la espalda. Debe de estar muy nervioso, porque yo estoy casi fuera de mí. De repente, una niña de la fila de delante vomita y se desata el caos. El guardia mira y, poniendo los ojos en blanco, hace pasar a Stace. El siguiente hombre pasa rápidamente mientras el personal se apresura a coger una fregona y un cubo, y luego me toca a mí.

La mujer me acompaña y paso desapercibida por el escáner. En un instante, levanto la vista y veo a Stace recogiendo su bolso. Sus ojos se cruzan con los míos antes de apartar la mirada. Bien, tengo que ir al baño y rápido.

Me dirijo al baño mientras veo que Stace se deja caer en un asiento al fondo del salón. Va a sentarse para comprobar que no ha venido nadie a buscarnos y, desde esa posición, podrá ver todo lo que nos rodea una vez que se calme la multitud. Entro en la cabina del baño y suelto la tapa, casi cayéndome sobre ella de alivio. Estoy sudando a mares. Esto no es bueno para mi corazón. Le envío un mensaje.

¿Estás bien*?*

Una respuesta llega.

Sí, nena, ¿tú?

Resoplo aire en las mejillas mientras tecleo.

¿Puedes ver a alguien?

Responde.

La costa parece despejada.
Espera unos diez minutos y luego sal directamente y toma un taxi al Venetian.
Estaré detrás de ti en otro taxi.

Sonrío porque quizás podamos pasar desapercibidos. Le respondo.

Si pasa algo… No vengas a por mí.

Saco el cepillo y vuelvo a peinar esta estúpida peluca que pica mientras el corazón me da un vuelco en el pecho. Dios, odio esta mierda. Me contesta.

Te veré en el vestíbulo del hotel.
Podemos darnos un baño caliente y
pedir servicio de habitaciones esta noche.

Sonrío ampliamente. Siempre sabe exactamente qué decir. Le respondo.

Adelante. xoxoxo

—Solo cosas buenas a partir de ahora. —Stace sonríe con orgullo.

* * *

Tras una buena noche de sueño en el hermoso hotel Venetian de Las Vegas, nos dirigimos al chico de los pasaportes en un auto que alquilamos. Las cosas parecen ir según lo previsto y anoche no hubo incidentes. Nos registramos en una habitación, nos dimos juntos un gran baño profundo y pedimos servicio de habitaciones para comer esa preciosa cena que me prometió. Por un momento, estuvimos en el cielo. Con suerte, mañana a esta hora estaremos en camino. No sé si Stace durmió en toda la noche. Parecía que cada vez que yo me despertaba, y fueron muchas veces, él estaba despierto, mirando al techo sumido en sus pensamientos.

Entramos en el estacionamiento de una imprenta. —¿Qué haces? —le pregunto.

—Este es el lugar.

Frunzo el ceño. —Esto es una imprenta.

—Oh, porque ser traficante de pasaportes falsos es un negocio muy respetable.

—Tienes razón —balbuceo—, supongo.

Lo sigo por la puerta principal y la recepcionista sonríe. —Vengo a ver a Vernon —anuncia Stace.

—Está en la oficina de atrás.

Stace asiente y me coge de la mano mientras caminamos por un lúgubre pasillo hasta llegar a una puerta cerrada.

—Esto es sospechoso —susurro.

—Tú crees —susurra mientras llama tres veces.

—Adelante —llama la voz.

Stace abre la puerta y nos recibe un hombre enorme y con sobrepeso sentado detrás de un gran escritorio negro. Lleva el pelo largo y recogido en una coleta, y tiene un aire de motero envejecido.

Se sienta y sacude la cabeza mientras sonríe con suficiencia. —Vaya, vaya, vaya… pero si es el muerto andante. Me preguntaba cuándo aparecerías.

Stace lo fulmina con la mirada. —Necesito dos pasaportes.

—Ni de coña, hombre.

Stace le da una mirada de odio.

—Vikinos en persona vino a visitarme y dijo que si hacía un pasaporte para ti y para ella —Sus ojos se desvían hacia mí— yo también estaría muerto.

—Nadie lo sabrá —Stace gruñe.

—Necesito estar vivo por mis hijos —responde—, la muerte no está en mi lista de cosas que hacer esta semana.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Hace un par de días. Tiene muchos hombres con él.

Stace lo mira fijamente mientras procesa sus palabras.

Mis ojos parpadean nerviosos entre los dos hombres. Por favor, que esto funcione.

Stace se inclina sobre él en el escritorio. —Quizás no me has entendido.

Los ojos de Vernon se entrecierran.

—Dije… que quiero dos putos pasaportes y me los vas a hacer. ¡Ahora! —Stace se burla.

—La respuesta es no. —Sus ojos sostienen los de Stace durante un largo rato, y finalmente finge una sonrisa—. Calculo que te quedan unas seis horas de vida.

Stace se lanza sobre el escritorio y agarra a Vernon por el cuello. —Haz los putos pasaportes o te mataré yo mismo.

Mis ojos se abren de horror. Dios, se está volviendo loco.

Vernon se atraganta y tose. —Suéltame. Déjame ir —grita.

Stace lo sujeta, una mano alrededor de la garganta y aprieta. —Quiero los putos pasaportes.

—No puedo. —Tose.

Stace golpea su cabeza contra el escritorio. —No me obligues a matarte —gruñe.

Me llevo las manos a la cabeza, presa del pánico. Esto se está saliendo de control.

CAPÍTULO 22

Roshelle

HAY… HAY… HAY ALGUIEN MÁS —balbucea a través de su miedo.

—¿Dónde? —Stace pregunta.

—Se hace llamar Wesley Snipes.

Pongo los ojos en blanco. —Ya lo he oído todo —murmuro en voz baja.

Stace vuelve a golpear la cabeza contra la mesa. —¿Dónde?

—Lo encontrarás en la sala de los grandes apostadores del casino. No tiene pérdida. Tiene el pelo rojo brillante y se viste como Usher.

—¿Crees que esto es una broma? —suelto—. No voy a arriesgar mi vida yendo a la sala de los grandes apostadores del casino a buscar a Wesley Snipes vestido de Usher. Vamos —ordeno nerviosa mientras veo cómo Stace sujeta a este tipo con un apretón mortal. Va a matarlo si no lo saco de aquí—. ¡Stace! Vamos —digo apresurada. Ya tenemos suficiente mierda con la que lidiar como para que se ponga como una fiera conmigo.

—¿Cuánto se tarda? —Stace chasquea.

—El mismo día.

Stace piensa un momento mientras le sujeta.

—Si pudiera ayudarte, sabes que lo haría —añade Vernon—. Ya me metiste en la mierda sólo por estar aquí. Tenía que llamarlo en cuanto llegaras.

—Danos veinticuatro horas antes de que lo hagas —Stace gruñe—. O volveré para acabar contigo.

Vernon asiente una vez.

Nos damos la vuelta y Stace me coge de la mano. Caminamos lo más rápido que podemos por el pasillo, atravesamos la oficina y salimos a la luz del sol del estacionamiento. Ambos miramos nerviosos a nuestro alrededor mientras Stace abre el auto y nos metemos dentro. Arranca el auto con un rugido y me lanza su teléfono. —Busca en Google tiendas de armas.

Con el corazón martillándome, busco rápidamente en Google Tiendas de Armas en Las Vegas. Espero a que se cargue la página. —Hay una que se llama A-ammo —tartamudeo.

—¿Dónde está? Busca en el mapa —me dice.

Pulso Mapas y espero a que se cargue el puntito rojo. —Está aquí arriba —grito emocionada. Me volteo y miro detrás de nosotros. ¿Nos están siguiendo?—. La segunda a la izquierda, después de esta calle.

Stace corre hacia la tienda y, dando un par de vueltas y con renovado propósito, estaciona el auto en la calle.

—Quédate aquí.

Miro a mi alrededor con nerviosismo. La calle parece industrial y desierta. No veo ni un alma. —No voy a quedarme aquí sola. Soy un blanco fácil.

Me observa un momento y luego sus ojos parpadean. —Está bien, ven, vamos.

Salimos del auto y entramos despreocupadamente en la tienda y nos dirigimos al mostrador.

—Me gustaría ver sus pistolas, por favor —le pide al hombre que está detrás del mostrador.

Asiente sin emoción y saca una pistola de la vitrina y se la entrega a Stace. Él la retira, la revisa y me la entrega. La miro y le doy la vuelta.

Asiento con la cabeza. —Se siente bien.

—Llevaremos dos con municiones.

El tipo asiente y aún sin mostrar emoción saca dos pistolas en caja. —Serán 389 dólares, gracias.

Stace le da el dinero, y antes de darme cuenta estamos en camino.

El viaje de vuelta al Venetian se hace en completo silencio.

Ambos estamos perdidos en nuestros propios pensamientos, en nuestro propio temor a lo que está por venir. Tengo la pistola cargada en la mano, sobre el regazo, por si ocurre lo inimaginable. Es curioso cómo lo inimaginable se ha convertido en lo más probable.

Al final vendrán a por nosotros y, sin pasaporte, no tengo ni idea de cómo vamos a salir de esta.

—¿Qué vamos a hacer? —Acabo preguntando. Stace sigue conduciendo y no contesta—. ¿Me escuchaste? —repito.

—Sí, te escuché. —Piensa un momento—. No podemos ir a ninguna parte sin ser detectados sin pasaportes. Necesitamos poder movernos entre países o no podremos vender los diamantes.

—No me importa el dinero. —Frunzo el ceño.

—Lo sé, a mí tampoco, pero así será mucho más fácil desaparecer para siempre.

Me doy la vuelta y miro por el parabrisas delantero. —Ni siquiera deberíamos tener que pensar en esto, Stace. —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Somos buenas personas. ¿Por qué hemos tenido que lidiar con semejante mierda en nuestras vidas?

Me coge la mano y se la lleva a los labios. —Shhh, está bien. Todo va a salir bien.

—¿Cómo? —tartamudeo—. ¿Cómo va a salir bien? —Las lágrimas corren ahora por mi cara —. Ya oíste a Vernon. Está amenazando de muerte a la gente si nos ayudan. ¿Cómo demonios vamos a salir de aquí? No podemos montarnos en un avión. Tenemos millones de dólares en diamantes en otro país al que no podemos llegar. —Sacudo la cabeza con incredulidad ante la situación en la que nos encontramos—. Tarde o temprano nos quedaremos sin dinero. ¿Y entonces qué? —pregunto—. ¿Qué demonios vamos a hacer? —grito.

Piensa un momento con mi mano aún en la suya. —Tenemos dos opciones.

Lo miro mientras conduce. —¿Cuáles son? —pregunto.

—Nos quedamos e intentamos conseguir pasaportes para desaparecer para siempre. —Sus ojos me miran—. O huimos.

Miro por la ventanilla delantera del auto mientras empiezan a caer gotas de lluvia.

—Si huimos. —Hago una pausa ante lo definitivo que parece esto—. Siempre estaremos corriendo.

—Sí —responde con sinceridad—. Por eso nos quedaremos y solucionaremos esto de una vez por todas. No pienso pasarnos la vida huyendo. A la mierda con eso.

Los nervios revolotean en mi estómago al ver lo enfadado que está.

¿Qué va a hacer si el próximo no nos da pasaportes?

Conducimos durante diez minutos en silencio.

Sus ojos miran entre la carretera y yo. —Prepárate. Esto podría ponerse feo.

Sus ojos se encuentran con los míos y sé que está intentando darme la opción de huir.

—Stace, quiero una vida contigo. Una puta vida normal, no esconderme y huir, y ser incapaz de mantener un trabajo o tener hijos por miedo.

Sus ojos me observan mientras procesa mis palabras.

—Encontramos al puto Wesley Snipes y conseguimos los malditos pasaportes, buscamos a tu madre y nos largamos de América.

Asiente mientras agarra el volante, sin apartar los ojos de la carretera. —Hice algo.

¿De qué está hablando ahora? —¿Cómo qué? —Frunzo el ceño.

—No sé si ocurrirá y no te lo dije porque no quería que te hicieras ilusiones.

—¿Pero? —murmuro.

—Ordené un golpe a Vikinos.

Me quedo con la boca abierta y encojo la cara. —¿Cómo?

—Mi amigo trabaja para el Gobierno de los Estados Unidos. Ofrecí treinta millones, quince millones cada uno a dos francotiradores, si podían matarlo.

Lo miro con la cara llena de horror. ¿Cómo?

—Se llevan al menos la mitad del dinero de los diamantes si lo matan —añade.

Me trago el nudo que tengo en la garganta. —No me importa el dinero —susurro.

—Sé que no, y por eso lo hice.

Pongo la cabeza entre las manos mientras empieza a llover a cántaros. —¿Crees que lo van a conseguir? —pregunto esperanzada.

—Nadie había aceptado el trabajo la última vez que lo comprobé.

—Joder —susurro.

Se encoge de hombros. —Para cuando alguien lo acepte, puede ser demasiado tarde.

Cierro los ojos y la muerte de mi madre recorre mi mente. —Stace, prométeme que si nos alcanzan no intentarás hacerte el héroe. Necesito que corras y no mires atrás. Es a mí a quien quieren.

—Y tú eres una parte de mí. Eres la parte sin la que no puedo vivir.

Se me llenan los ojos de lágrimas y vuelve a besarme la mano. —Volveremos al hotel y esta noche iremos a la sala de los grandes apostadores y conseguiremos esos pasaportes.

Asiento con la cabeza mientras la lluvia cae a nuestro alrededor, trayendo consigo una sensación de fatalidad.

Se acerca el final y sé que pronto, o mataré a mi padre… o me matarán a mí.

Cualquiera de las dos es una pesadilla. Dios, ayúdame.

Stace levanta la barbilla triunfante mientras subimos en ascensor a la sala de los grandes apostadores del casino. Los dos estamos vestidos de punta en blanco y yo tengo las tetas al aire para endulzar el trato. Vuelvo a ponerme la estúpida peluca rubia. Supongo que puedo aparentar que pertenezco aquí.

—Estás preciosa. —Stace sonríe, se inclina y me besa suavemente en los labios.

Le sonrío estúpidamente mientras se me ocurre una idea. —Si conseguimos los pasaportes esta noche. —Lo beso de nuevo—. ¿Podemos casarnos esta noche en una de esas capillas exprés de Elvis Presley? —Abro los ojos emocionada.

Me mira con el ceño fruncido y me rodea la cintura con los brazos. —¿Quieres casarte conmigo en una Elvis Chapel de Las Vegas?

Me encojo de hombros. —Bueno. —Me río, suena ridículo cuando lo dice en voz alta—. Sí, algo así. —Lo beso de nuevo—. No hemos hecho nada tradicional hasta ahora. Me parece una pena empezar ahora.

Sus manos bajan a mi trasero y me aprieta con fuerza.

—No.

Frunzo el ceño. —¿No?

—No. No voy a casarme en una sucia capilla de Las Vegas con el puto Elvis.

Mis hombros se desploman decepcionados.

—Nos casaremos en una boda tradicional. En algún lugar que sea… —Hace una pausa mientras piensa en las palabras adecuadas—. Bonito. Odio Las Vegas y te mereces algo mejor que una boda exprés.

Sonrío suavemente.

Me besa y, a medida que el calor de sus labios penetra en mi cuerpo, me siento flotar sobre el suelo.

Merezco algo mejor. Tiene razón, lo merezco. Yo misma lo olvido a veces. Estoy tan enamorada de este hombre.

Me encanta cómo me hace sentir y soy totalmente adicta al zumbido que me produce su contacto. Nuestra relación es poco convencional, pero de algún modo es lo más normal que he sentido en mi vida. Es extraño cómo ha resultado, pero desde que tengo memoria, todo lo que quería era una vida normal y feliz con mi alma gemela, y resulta que sólo necesitaba algo poco convencional y ser secuestrada para encontrarla. ¿Quién iba a decir que era tan sencillo?

Las puertas del ascensor se abren y nos recibe un guardia de seguridad que se interpone en nuestro camino, bloqueándonos el paso.

—Apuestas mínimas de diez mil dólares en este piso —anuncia fríamente.

—Sí, claro. —Stace sonríe despreocupadamente como si fuera dinero para el almuerzo. Mierda, diez mil dólares. Eso es exuberante. Será mejor que lo haga bien o podríamos dejar caer cincuenta de los grandes en cinco minutos. Yo haré las apuestas esta noche mientras Stace intenta encontrar a Wesley Snipes. Todavía no puedo creer que este tipo se llame así. Es un poco ridículo, si me preguntas.

Echo un vistazo a la gente glamurosa, metida en su propio mundo, que apenas levanta la vista de las mesas. Esto es duro. Nunca había visto nada igual, desde la ropa hasta los zapatos, pasando por las jóvenes guapísimas con viejos sórdidos. Todo el mundo huele a dinero y los guardias de seguridad se alinean en la pared. Los camareros se pasean con bandejas de comida y bebida. Aquí todo parece ir por cuenta de la casa. Esto es como otro mundo.

Stace sonríe, me coge de la mano y paseamos despreocupadamente por las mesas. Hay póquer, ruleta y varios repartidores de cartas jugando a una gran variedad de juegos. El aire está cargado de humo y está claro que las normas universales de salud y seguridad en el trabajo no se aplican a los grandes jugadores. Grandes salones sentados en parejas bordean el perímetro, y toda la pared del fondo es una pecera gigante con enormes tiburones y peces tropicales. Parece una película de James Bond. Sonrío para mis adentros. ¿No es increíble? La gente pone fichas por todas partes como si fueran caramelos, fichas que cuestan al menos diez mil dólares cada una. La habitación tiene un aire egocéntrico. Todo el mundo se cree alguien.

¿Quizás lo sean?

Stace se acerca a la cabina del cajero. —Quiero cincuenta mil dólares en fichas, por favor.

Sonríe y desliza cinco fichas por la mesa.

Miro las cinco insignificantes fichas que hay sobre la mesa. ¿Ya está? Mierda, eso es. Cincuenta mil dólares en cinco malditas fichas. ¿Me estás tomando el pelo? Stace sonríe, coge sus cinco fichas y me las pasa. —¿Dónde quieres jugar, cariño? —me pregunta.

Lo miro sin comprender. Ni siquiera he estado nunca en el casino, ¿por qué demonios confía en mí para apostar?

—Mmm. —Miro alrededor a todas las mesas mientras intento localizar algo que al menos haya visto antes. Mierda, ¿cómo puedo actuar como si esto fuera normal para nosotros? Cartas con hombres que lucen como alguien importante jugando algo que parece rayuela, otro donde la gente tira dardos a ver dónde caen. En la esquina hay una ruleta. Ah, conozco este juego, más o menos. Lo he visto en películas.

—¿Ruleta? —Sonrío dulcemente.

Me coge de la mano y me lleva a la ruleta. Está jugando una mujer morena, guapa y mayor, acompañada de un hombre mucho más joven y guapo. Él está sentado en el taburete junto a ella y le pone la mano en la pierna. Los dos van vestidos de punta en blanco y ella se ríe a carcajadas mientras la mesa la anima.

Sugar momma.

Nos quedamos un momento mirando. —Treinta y dos —afirma y aplaude emocionada mientras la bola gira. La pelota da vueltas y vueltas, y yo contengo la respiración mientras esperamos a que caiga. La bola rebota varias veces y finalmente cae en el número once. Todos en la mesa se ríen y suspiran, y ella chasquea los dedos, decepcionada—. Otra vez. —Le sonríe al crupier.

Mis ojos se posan en el montón de fichas de apuestas que tiene delante y cuento. Veinte. Madre mía. Está apostando doscientos mil dólares.

¿Qué les pasa a estas personas?

Stace me aprieta la mano y yo agacho la cabeza y sonrío tímidamente. Me pregunto qué habrá revelado mi expresión facial a todos los que nos rodean. Esto está tan lejos de la vida que tenía, algunos días ni siquiera podía pagar el crédito de mi teléfono y tenía que esperar hasta el día de pago para recargarlo. Se va de nuevo y Stace pone dos fichas sobre la mesa entre las demás. Mierda, ahora tengo que hacerlo yo. Stace me rodea con el brazo y sonríe mientras me besa la sien por detrás. Sabe muy bien que me repugna este despilfarro de dinero.

Stace señala la esquina con la barbilla y finge besarme la oreja.

—Ahí está —susurra.

Echo un vistazo a los salones de la esquina y veo a un hombre que está sentado con una mujer. Intento ocultar mi sonrisa, pero no puedo. Es tal y como me lo imaginaba. Pelirrojo y friki, pero vestido con ropa chula de rap que no le sienta nada bien.

—Vuelvo en un segundo —me susurra Stace al oído con un beso en la mejilla.

Asiento con la cabeza, distraído por la sugar momma y su boy scout que acaban de darse un enorme beso con lengua delante de todos cuando ganó.

Asco, Dios, algunas personas son como ponis de circo.

Veo a Stace acercarse al hombre del otro lado del club. Le estrecha la mano y empiezan a hablar. Vuelvo a concentrarme en la mesa y veo cómo Sugar Momma pierde cincuenta de los grandes. Sin embargo, otro hombre parece estar arrasando.

Se acerca un camarero y ella sonríe mientras coge el champán de su bandeja. —Estoy fuera. —Sonríe con su acento de caramelo.

El vendedor me hace un gesto con la cabeza.

¿Eh, yo? Oh, mierda. —Vale. —Sonrío mientras finjo saber qué demonios estoy haciendo. Mmm. Miro nerviosamente los números. ¿Qué número debo elegir?—. Mmm. —Todos en la mesa esperan mi respuesta. Oh, mierda.

—Diez, por favor —anuncio.

El corazón se me acelera y veo girar la ruleta una y otra vez hasta que, increíblemente, cae en el diez.

—Usted gana. —El crupier sonríe.

¿De verdad?

Salto de emoción y aplaudo como un niño. —Otra vez. —Me río. Pongo mi ficha en el número ocho.

Los distribuidores tienen que hacer un cambio de turno y, mientras esperamos, Stace se acerca y me rodea con el brazo mientras me siento en el taburete. —¿Espero que tengas escritos tus votos? —me susurra al oído.

Lo miro por encima del hombro.

Sonríe con sensualidad. —Busquemos esa capilla, Sra. Mac. No creo que quiera esperar a otro día. —Mis ojos buscan los suyos y él sonríe y se encoge de hombros.

—No hará daño tener dos bodas, supongo.

—Dios mío. —Mis ojos ansiosos parpadean de nuevo al distribuidor con una estúpida sonrisa cubriendo mi cara. ¡Date prisa, mujer! ¿Lo dice en serio? Ella hace girar la ruleta, pero mi mente está lejos de la estúpida ruleta. Da vueltas y vueltas eternamente mientras esperamos y luego rebota en veinte.

—Lo siento. —El crupier sonríe—. ¿Otra vez? —pregunta a la mesa.

—No, gracias —respondo. No podría importarme menos este estúpido juego.

Me caso. ¡Esta noche!

Stace me coge de la mano y salimos directamente de la sala de los grandes apostadores sin mirar atrás. —¿Qué pasó? —susurro.

—Tenemos que estar en su oficina a primera hora de la mañana. Puede tenerlos hechos a las 2 de la tarde. En realidad era un tipo decente.

Mis ojos se abren de par en par cuando entramos en el ascensor. —Dios mío, es fantástico —susurro emocionada.

Me besa y sus labios se ciernen sobre los míos. —Mañana a esta hora, estaremos saliendo de aquí.

Sonrío contra sus labios, sabiendo que las cosas van a salir bien.

—¿Estás seguro de que quieres casarte ahora? —pregunto mientras me rodea con sus grandes brazos.

—Ajá. —Sonríe mientras mi mano rodea sus hombros.

—¿Por qué esta noche? —pregunto—. ¿Qué hay de diferente?

—Porque quién sabe lo que nos deparará el mañana —susurra—. Vive el momento, ¿recuerdas? A veces se me olvida.

Me sonríe y, en ese momento, sé que desea esto tanto como yo. —Tenemos que volver y recoger nuestros pasaportes de la habitación. Necesitamos tres documentos de identidad.

—De acuerdo. —El ascensor entra en la planta principal y caminamos por la zona y luego subimos en otro ascensor hasta nuestra habitación. Stace me tiene inmovilizada contra la pared con su pelvis y mis brazos sujetos sobre mi cabeza.

—Para ya. —Me río—. No quiero que tengas una erección gigante en las fotos de mi boda.

—¿Por qué no? Es una promesa de lo que está por venir. —Sonríe.

Caminamos por el pasillo y vemos un alboroto en el pasillo con varios hombres que entran y salen de una habitación. Stace se queda boquiabierto.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Esa es nuestra habitación.

—¿Eh?

Levanto la vista y veo la puerta recién abierta, y uno de los zapatos de Stace sujetando la puerta.

—¿Quién está en nuestra habitación? —susurro.

Aparece un hombre con traje oscuro distraído mientras habla con otro hombre y se detienen un momento en la puerta para discutir algo. Parecen estar hablando con otra persona en la habitación.

Dios mío, nos han encontrado.

Stace nos gira y empezamos a caminar a toda velocidad por el pasillo en dirección contraria.

—¡Eh, tú! —llama un hombre—. ¡Alto ahí!

CAPÍTULO 23

Roshelle

—NO CORRAS, SIGUE CAMINANDO —responde Stace con calma—. Sólo sigue caminando.

El corazón me martillea en el pecho mientras caminamos rápidamente por el pasillo.

—No mires atrás —advierte.

Por suerte, el pasillo dobla en una esquina y por un momento estamos protegidos. No estoy segura de si vienen tras nosotros, pero maldita sea, estamos haciendo un buen trabajo actuando como si no nos importara nada. Empezamos a correr.

Pasamos junto a un carro de limpieza parado en el pasillo. La asistenta está en la habitación contigua con la puerta abierta y hay un cordón con una tarjeta colgando de la bandeja del té y café. Stace la toma despreocupadamente, avanzamos un poco por el pasillo, desliza la llave y la puerta se abre. Nos apresuramos a entrar y él cierra la puerta en silencio. Inmediatamente mira por la mirilla de seguridad.

—Joder, estuvo cerca —susurra.

Me quedo inmóvil un momento, en estado de shock. —Stace. Están en nuestra habitación y tienen nuestras cosas — balbuceo. Me pongo las manos sobre la cabeza mientras intento comprender la situación.

Sigue mirando por el agujero. —Sin duda son ellos —susurra y se aparta del agujero para dejarme ver. Me pongo de puntillas y miro a través del pequeño agujero de cristal y veo a los tres hombres caminando por el pasillo buscándonos.

—Es uno de los hombres de Bogotá que estaba fuera del banco —susurra Stace.

—Mierda. —Echo un vistazo a la habitación y, por suerte, no parece haber nadie alojado aquí. La habitación huele a líquido de limpieza y, obviamente, acaba de ser limpiada por las asistentes.

—¿Qué vamos a hacer? —susurro—, todo nuestro dinero, nuestra ropa. —Mis ojos se abren de par en par—. Nuestros putos pasaportes están en esa habitación.

—¿Dónde están los diamantes? —pregunta.

—Desenrosqué la luminaria de la habitación y los escondí allí. Nadie debería encontrarlos.

—Mañana nos dan pasaportes nuevos y aún tienes nuestras fichas, ¿verdad?

—Sí. —Rebusco en mi bolso, saco las fichas y se las tiendo.

Empiezo a caminar mientras Stace sigue viendo por la mirilla. El corazón me martillea. —¿Y si alguien entra en la habitación?

—Entonces estamos jodidos —suelta.

—Mierda. —Dejo caer la cabeza entre las manos—. ¿Cómo nos encontraron?

—Vernon.

Sacudo la cabeza. —Maldito Vernon. —Sigo caminando sosteniendo mis dedos contra mis sienes—. Odio a ese tipo. Sabía que odiaba a ese tipo.

Durante la siguiente hora, Stace mira por la mirilla cómo los hombres suben y bajan por el pasillo buscándonos.

Estoy casi en posición fetal en la cama.

—No se van, de hecho, cada vez llegan más. Todos esperan dentro y alrededor de la habitación a que volvamos.

Una pesada sensación de terror me invade. Estamos atrapados como ratas. —Stace, ¿qué vamos a hacer? —susurro con desesperación.

Nos miramos a los ojos por un momento y sé que se siente tan desesperado como yo. —Enciende la televisión e intenta descansar un poco mientras pienso en algo. —Se acerca y me aparta el pelo de la cara—. Intenta descansar, cariño. —Me besa suavemente los labios—. Todo irá bien. Intenta no preocuparte.

Con una profunda exhalación, voy al minibar y saco una lata de Coca-Cola y una chocolatina. Necesito llenar mi estómago. Me siento mal de tanta hambre. Se suponía que esta iba a ser mi noche de bodas, pero no… el imbécil de mi padre tenía que arruinarla también. Me tumbo en la cama e intento calmarme mientras ojeo los canales. De repente, una cara que conozco demasiado bien aparece en la pantalla con el titular.

Noticias de última hora

Me quedo con la boca abierta. Dios mío. —Stace —susurro con los ojos muy abiertos e incrédulos—. Puede que quieras venir a ver esto, cariño.

Deja de pasearse y entra en el dormitorio. Su cara se torna seria cuando ve el televisor.

Noticias de última hora en el caso del secuestro de Roshelle Myers.

El sospechoso clave Joel McIntyre ha sido visto en las imágenes de seguridad del aeropuerto de Las Vegas el martes por la noche, donde aterrizó en un avión procedente de Colombia. Viajaba con una pasajera que se cree que es Roshelle Myers. Es posible que estuviera bajo los efectos de las drogas y se teme por su seguridad.

Joel, que se hace llamar Mac, secuestró a Roshelle a punta de pistola en mitad de la noche de hace 31 días en el estacionamiento de un club nocturno. La búsqueda por tierra de su cuerpo ha sido exhaustiva.

Se cree que se encuentra en el Strip de Las Vegas y la policía está peinando la zona. Si lo ven, no se acerquen al sospechoso. Está armado y es extremadamente peligroso. Si lo ve, llame inmediatamente al 911 para pedir ayuda policial.

El telediario termina, pero los dos seguimos mirando la pantalla, perplejos por lo que acabamos de ver. Me quedo con la boca abierta y mi mirada se dirige hacia él. Su rostro está solemne, sin expresión.

Sacudo la cabeza. —Stace —susurro—. ¿Cómo sabían lo del secuestro? —Sacudo la cabeza —. ¿Me han estado buscando todo este tiempo?

Pasa a mi lado, entra en el baño, cierra la puerta y yo me llevo las manos a la cabeza.

Esto es una pesadilla tras otra.

* * *

Son las tres de la madrugada y Stace y yo estamos tumbados uno frente al otro en la cama. Ambos sentimos que se acerca el final. El pasillo fuera de la habitación bulle con los hombres de

Vikinos, no hay ninguna rejilla de ventilación lo suficientemente grande para que podamos salir. No hay salida de este infierno.

Los hombres vigilan las puertas de los ascensores, probablemente en todos los niveles, mientras esperan a que volvamos a la habitación. Si salimos, no tenemos dinero y ni siquiera podemos canjear nuestras fichas porque probablemente la policía esté peinando la planta del casino. Ya habrán visto las imágenes del circuito cerrado de televisión. Saben que tenemos fichas que hay que cobrar.

Stace levanta la mano, me acaricia la cara y me besa con ternura. Se me llenan los ojos de lágrimas. —Lo siento —susurro—, siento que te hayas visto envuelto en esto.

Me estrecha contra su pecho. —Ya estaba en esto. Soy yo quien lo siente. No debería haberte traído aquí.

—Vaya noche de bodas, ¿eh? —Sonrío con tristeza.

Se le cae la cara de por la tristeza y sé lo que está pensando.

Sacudo la cabeza. —No pienses eso.

—Shhh. —Intenta calmarme.

—Nos casaremos —susurro—. Prométeme que nos casaremos.

—Rosh. —Hace una pausa y la emoción en sus ojos me rompe el corazón.

—No —susurro.

—Necesito entregarte a la policía, nena.

Las lágrimas rompen el dique y corren por mi cara hacia la almohada. —No.

—Estarás a salvo con ellos.

—Y tú estarás muerto. Si vas a la cárcel, te matarán inmediatamente. Ambos sabemos cuántos hombres están en su nómina.

—No puedo protegerte —susurra.

—¿Y quién te protegerá a ti? —grito—. No te dejaré aquí donde te matarán.

—Pero estarás a salvo. Eso es todo lo que me importa.

Apoyo la cabeza en su pecho mientras el nudo me bloquea la garganta. —Hay otra manera, Stace. Sólo tenemos que pensar en ella. Deja de pensar así. —Lo beso suavemente a través de mis lágrimas y me abraza con fuerza.

* * *

—Rosh. —Me sacude para despertarme. Entrecierro los ojos para intentar concentrarme y miro el reloj. Son las cinco de la mañana—. No hay moros en la costa. Voy a ver qué pasa.

Me incorporo. —No. ¿Qué? —Intento que mi cerebro despierte.

—Volveré pronto.

Frunzo el ceño. —¿Adónde vas?

—Sólo quiero ir a ver dónde están las salidas de la escalera de incendios para que podamos salir de aquí. Volveré, pero tienes que quedarte aquí.

Lo agarro del brazo. —No. —Sacudo la cabeza frenéticamente—. No me quedaré aquí sin ti.

Me agarra la cara con las dos manos. —Escúchame. Déjame ir a ver si encuentro una salida. Juntos somos más un objetivo.

Me besa mientras me sujeta la cara con sus dos manos. —Te amo.

Lo miro con los ojos llenos de lágrimas. —Yo también te amo —susurro.

—Si no vuelvo, quédate en la habitación y llama a la policía.

Entorno la cara llorando. —No, Stace, no te vayas. —Intento agarrarlo del brazo para que se quede donde está a salvo, pero con una última mirada larga desaparece de mi vista. Oigo el pestillo de la puerta cerrarse en silencio.

Se ha ido.

Stace

Miro por el pasillo hacia nuestra habitación original. Silencio. Los hombres siguen ahí abajo. Acabo de ir a comprobarlo mientras Rosh dormía. Hay más hombres esperando en los ascensores y al final de la salida de la escalera de incendios. Sólo se abre una puerta de salida de incendios. La planta baja, y ellos lo saben… todo el mundo lo sabe. No me hago ilusiones de que la planta baja no esté llena. No hay forma de salir de aquí sin ser detectados.

Después de pensar en esto toda la noche, sé más que nunca que necesito garantizar su seguridad.

Eso es todo lo que me importa ahora.

Por desgracia, sólo hay una forma de hacerlo. Avanzo sigilosamente por el pasillo hasta llegar a la escalera de incendios, y sé que si entro probablemente no volveré a ver a mi Rosh. La pondrán de nuevo en protección de testigos, y si soy capaz de salir de este lío con los hombres de Vikinos, seré un hombre buscado por la policía. No podré encontrarla. Mi pecho se contrae ante la idea de no tenerla nunca en mis brazos, de no volver a tocarla. Sus hombres me estarán esperando al pie de la escalera.

Pero ella estará a salvo.

Abro lentamente la puerta, entro y la cierro tras de mí. Suena un clic frío y desgarrador.

Saco el teléfono del bolsillo y marco el 911. —Policía, bomberos o ambulancia —contesta la recepcionista.

—Policía.

—Te conectaré.

—Hola, Policía —contesta el policía al otro lado.

Frunzo el ceño y me pellizco el puente de la nariz. Esta noche nos íbamos a casar. La emoción se apodera de mí y se me hace un nudo en la garganta. Respiro hondo y fuerzo las palabras que salen de mi boca como en piloto automático. —Soy Joel McIntyre. Secuestré a Roshelle Myers del estacionamiento de Carpenter a punta de pistola y la mantuve cautiva durante treinta y un días. Está en la habitación 3590 del Venetian de Las Vegas.

—¿Estás armado? —pregunta el policía.

—No, ya no estoy con ella.

—¿Está viva?

—Apenas. —Necesita atención médica. Deberían darse prisa. Cuelgo y me siento temblorosamente en los escalones de debajo mientras me invade la emoción.

Gracias, nena.

Fue el mejor mes de mi vida.

Roshelle

Me tumbo en la silenciosa oscuridad y miro fijamente al techo. La mente me da vueltas y tengo una sensación de malestar en las tripas. Stace ha ido a buscar una salida, pero hay algo más que me preocupa.

Su madre.

Ella no ha llamado aunque la cara de Stace ha salido en todas las estaciones de noticias.

¿Por qué no ha llamado?

Deja de pensar en lo peor, me reprendo. Cierro los ojos e intento bloquear el recuerdo de la muerte de mi querida madre.

Para, deja de pensar en eso.

Salgo de la cama, me preparo una taza de té y me acerco a la ventana para mirar por la rendija de la cortina. El sol está saliendo. Un nuevo día. Una nueva oportunidad.

¿Cómo ha llegado mi vida a esto?

¿Qué hice en mi última vida que fuera tan malo como para justificar este tipo de tortura?

Stace. Mi hermoso Stace. Mi cara se tuerce de dolor mientras me dirijo a la puerta y miro por la mirilla. ¿Lo tienen ahora?

Por favor, no. Por favor, Dios, protégelo. Por favor, por favor, por favor. Empiezo a caminar de un lado a otro en la oscuridad.

¿Por qué no ha llamado?

Durante diez minutos, camino, tan llena de miedo por mi amor que apenas puedo mantenerme en pie.

Paralizada ante la idea de lo que podrían hacer si lo atrapan.

Es a mí a quien quieren.

Stace, ¿dónde estás?

Empiezo a repasar las veces que ha llamado la madre de Stace. Lo llama cada pocos días. Si él estuviera en la televisión nacional como un hombre buscado, ella lo llamaría. Sé que lo haría.

Pero entonces… frunzo el ceño. Ya ni siquiera sé qué está pasando. ¿Me lo estoy imaginando? Tal vez sólo parece magnificado porque estoy aquí en medio de todo, ¿y si ella simplemente no ha visto las malditas noticias?

Cojo el teléfono y me desplazo hasta mis contactos. Tengo dos. Stace y su madre. Entrecierro los ojos mientras miro fijamente el teléfono y hago clic en su número, suena.

Ring, Ring

Ring, Ring

Levantan el teléfono y yo permanezco en silencio.

Nadie contesta, pero sé que hay alguien escuchando.

Joder.

Frunzo el ceño mientras escucho.

¿Por qué no saluda?

Cierro los ojos mientras pienso. ¿Y si esto es una trampa?

¿Y si van a rastrear mi teléfono? ¿Qué coño he hecho?

Cuelgo al instante. Me levanto y lanzo las manos al aire, presa del pánico. Dios mío, Dios mío. Tengo quince minutos antes de que puedan localizarme. ¿Qué voy a hacer?

Mi teléfono emite un mensaje de texto en la mesita auxiliar, y la piel de gallina se me esparce por todo el cuerpo. Lo miro unos instantes en el oscuro silencio con una mano sobre la boca. Lentamente, lo levanto y veo que me han enviado un video como mensaje de texto. Lo abro y la sangre se me escurre de la cara.

Una mujer de mediana edad está atada a una silla en una fábrica a oscuras. Está golpeada.

La madre de Stace.

Dios mío. Se me llenan los ojos de lágrimas. La tienen. Van a matarla.

El sonido de la potente voz de mi padre me devuelve a la vida a través del video.

—Roshina. Entrégate o ella tendrá el mismo destino que tu madre. Tienes diez minutos.

La pantalla se queda en negro.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Déjà vu.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo me manipula y consigue controlar cada maldita circunstancia? Saboreo las lágrimas calientes y saladas mientras corren por mi cara. No es una amenaza vana. Sé que la matará sin pensárselo dos veces. Entro en el baño y miro fijamente mi reflejo en el espejo, donde una niña asustada me devuelve la mirada, la misma niña asustada que perdió a su madre en sus manos malvadas. No puedo permitirlo. No permitiré que eso ocurra. Stace ya ha perdido a su padre y a su hermano. No puedo dejar que la pierda a ella también.

Toda su familia desaparecerá, igual que la mía.

La soledad… Oh, no puedo ni pensarlo. Me duele el corazón al recordar a mi madre y la forma en que murió.

Por un momento, me siento en el borde de la bañera, sabiendo que, de alguna manera, todo el tiempo sabía que esto iba a ocurrir. Empiezo a prepararme mentalmente para lo que está por venir. Todos esos días en el campo de tiro, todas esas clases de kickboxing por la mañana temprano, el asesoramiento semanal sobre el duelo y el control de la ira. Se me enciende un fuego en el estómago.

Ya es suficiente.

Se lo tiene merecido… y yo se lo voy a dar.

¿Cómo coño se atreve a intentar arruinarme la vida, una vez más? La furia empieza a recorrer mi torrente sanguíneo. Voy al baño, me enderezo y, sin pensarlo dos veces, salgo por la puerta y me dirijo al pasillo. Me doy la vuelta y camino hasta nuestra antigua habitación, donde puedo oír las numerosas voces de los hombres al otro lado.

Toc, toc, toc.

Responde un hombre alto y trajeado, con una sonrisa en la cara, como si me estuviera esperando.

Lo fulmino con la mirada, el odio hacia mi padre tan espeso en mi sangre que me obstruye las arterias. —Me llamo Roshina Vikinos. —Los hombres se miran entre sí—. Llévame ante mi padre.

* * *

Me siento en el auto con un hombre a cada lado y otros dos delante. No estoy atada ni amarrada. Sabe que me tiene, no tengo más opción que estar aquí y no tengo más opción que matar o morir. No dejaré que muera en sus manos como lo hizo mi propia y hermosa madre, y estoy jodidamente segura de que no dejaré que mi Stace venga a intentar sacarla de esto.

Estaría muerto en el acto.

Tengo más posibilidades que él.

Conducimos durante más de una hora. Es por la mañana temprano y veo cómo la gente que nos rodea en los autos se dirige a su jornada laboral como si todo fuera normal. Para ellos lo es.

Me pregunto qué es la normalidad. Todo mi mundo se derrumba de nuevo. Es como si estuviera viendo una película… todos mis peores miedos cobran vida.

Armagedón.

Cuanto más nos alejamos de mi amor, más siento que la cordura abandona mi cuerpo.

Nunca me había sentido tan jodidamente loca.

Al menos sus hombres están conmigo y Stace es libre de intentar escapar.

Corre, cariño.

Cierro los ojos. Aunque los alejé de Stace, sé que la policía lo perseguirá. No tiene dinero. ¿Qué va a hacer? ¿Dónde dormirá esta noche? —Necesito ir al baño.

—No —suelta el conductor.

—¿Dónde diablos voy a ir?

—Ya casi llegamos —gruñe.

—Voy a orinar en tu auto, imbécil.

—Hazlo y verás lo que te pasa.

El hombre que tengo al lado sonríe y le doy un fuerte codazo en el estómago. Se dobla y el que está a mi lado se echa a reír.

—Cállate o serás el siguiente —digo bruscamente.

Están muy contentos consigo mismos. Ellos me trajeron hasta aquí. Me dan asco. Su aumento de sueldo por traerme será sustancial.

Malditos imbéciles.

Mi ira hierve a fuego lento bajo la superficie y aprieto los puños delante de mí. Si voy a caer, caeré luchando. No tiene ni idea de lo que soy capaz y, sinceramente, yo tampoco.

Soy su hija.

Nos adentramos en un polígono industrial con enormes fábricas en grandes extensiones de terreno, y estudio detenidamente los alrededores, aún con la esperanza de poder luchar para salir de este embrollo. La madre de Stace es otro problema. Primero tengo que conseguir que la suelten y luego podré luchar. Si ella está allí conmigo, no tengo ninguna posibilidad de escapar. ¿Cómo huyes y te escondes con una anciana que está herida?

Espero que esté bien.

El auto gira en un largo camino de entrada y nos alejamos de la carretera principal y atravesamos un descampado por un camino de tierra ventoso durante unos kilómetros. ¿Cómo diablos voy a salir de aquí?

No hay ningún lugar donde esconderse, hay acres por donde mire. Aumenta mi ansiedad. Nos detenemos lentamente frente a un enorme y viejo almacén, y nos reciben tres hombres armados con pistolas semiautomáticas, vigilando la puerta y esperando nuestra llegada.

Siento que la adrenalina empieza a recorrerme y cierro los ojos con miedo.

Los hombres salen del auto, pero yo me quedo sentada. No quiero salir.

—Fuera. —El hombre al que le di un codazo gruñe.

—Vete al puto infierno.

Mete la mano en el auto, me agarra por el pelo y yo le doy una fuerte patada en la cara, pero su agarre es demasiado fuerte. Tras forcejear unos instantes, los otros hombres lo ayudan a sujetarme y me saca a rastras. Me duele la cabeza y, cuando me levanto, me golpea en la cara y retrocedo tambaleándome.

—No vuelvas a pegarme, joder —gruñe.

Lo miro fijamente a los ojos y finjo una sonrisa. —Patético pedazo de mierda. Lo próximo que

él hará será matarte, sólo eres un número.

Me empuja por la espalda hacia la puerta y tropiezo con él. Ojalá llevara algo más apropiado. Llevo un vestido negro ajustado y las tetas medio al aire. Dos de los hombres me agarran por los brazos y me arrastran a través de la puerta.

—Suéltenme —grito.

Consigo soltar el brazo y le doy un puñetazo en la cara a uno de los hombres y empezamos a forcejear violentamente. El otro hombre me golpea de nuevo, y yo volteo y le doy una patada tan fuerte como puedo en la ingle. Se dobla y cae al suelo. Los otros dos hombres me agarran y, por mucho que lo intento, no consigo soltarme. Me empujan hacia el interior de la habitación y entonces la veo.

Dios mío.

Atada a una silla con las manos a la espalda, con los ojos tan hinchados por los golpes que los tiene cerrados, parece al borde de la muerte.

—¿Qué le hicieron animales? —grito.

Corro hacia ella. —Annette. Annette ¿estás bien? —Lloro.

Tiene la cabeza inclinada y está semiinconsciente. Levanta un poco la cabeza. —Stace —gime.

Me inclino y beso su cara para que no puedan oírme. —Stace está a salvo —susurro—. Ahora estoy aquí, voy a ayudarte. —Pongo mi mano tiernamente sobre su cabeza—. Estoy aquí para ayudarte. —Me giro como poseída por el diablo—. ¡Suéltenla! —grito.

Todos los hombres sin agallas se quedan quietos mientras me observan.

—¡Desátenla ahora! —grito—. Es a mí a quien quiere. Díganle que estoy aquí.

Todos los hombres siguen inmóviles.

—¡Díganle! —grito.

Mi padre sale de entre las sombras y mi corazón se desploma mientras el aire abandona mis pulmones.

La niña que hay en mí está aterrorizada.

Sus ojos se clavan en los míos y da un paso hacia mí, vestido con un caro traje oscuro es la personificación del mal. —Hola, Roshina —responde rotundo, con voz tranquila y serena.

No respondo mientras las lágrimas de miedo llenan mis ojos. Aquí no hay aire. Siento que no puedo respirar. —Te odio. Te odio.

Sonríe mientras me mira fijamente y, tras una larga pausa, responde: —Eres tan encantadora como siempre.

Lo miro fijamente con ojos llorosos. ¿Cómo es posible que yo sea la mitad de este hombre?

—¿Dónde está? —pregunta con calma.

Se me hiela la sangre. —Está muerto —murmuro.

Sonríe. —No, pero lo estará muy pronto.

Sus palabras me golpean. —¿Qué quieres? —susurro.

—Algo que sólo tú puedes darme.

Lo miro fijamente.

Se lleva las manos a la espalda, las junta y empieza a caminar. —Me estoy muriendo, Roshina.

Frunzo el ceño.

—Tengo cáncer cerebral.

Doy un paso atrás y su hombre me agarra del brazo y se lo arranco de un tirón. —No me toques, joder —gruño.

—Bien. Me alegro de que te mueras. Será una bendición para el mundo —digo mientras

levanto la barbilla en señal de desafío.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. —Me encanta tu empuje.

Lo veo con odio en la mirada. —Muérete de una vez.

—Hay algo que quiero de ti antes de hacerlo, y entonces podrás morir a mi lado.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—Te casarás con el hombre que elegí para hacerse cargo de mi imperio.

El miedo me recorre el cuerpo y empiezo a oír los latidos de mi corazón en los oídos. —No, no lo haré —digo bruscamente.

Sonríe sombríamente. —Sí. Sí, lo harás.

Sacudo la cabeza. —Estás como una puta cabra. ¿Por qué quieres que me case con tu suplente? ¿Qué podrías ganar con un acuerdo así?

—Un heredero de sangre. Quiero a tu hijo.

CAPÍTULO 24

Roshelle

SONRÍO DE ASOMBRO, creo. Es la cosa más loca y jodida que he oído nunca.

Un ceño fruncido cruza su rostro y veo un rastro de debilidad.

—¿Crees que esto es gracioso?

Suelto una profunda carcajada. —Tu estupidez insulta mi inteligencia.

Me observa atentamente y levanta la barbilla en señal de desafío.

—¿No pensaste en consultarme sobre ese acuerdo? —Sonrío.

Me fulmina con la mirada. —No necesito consultar nada. Harás lo que yo diga y tú te lo buscaste cuando mataste a mi hermano.

—¡No haré eso! —grito—. ¿Quién coño te crees que eres? —Entorna los ojos—. Ahora desátala y suéltala, o voy a matarte.

Una amplia sonrisa cruza su rostro y levanta las cejas. —¿Tú? —Sonríe, sus ojos parpadean mirando a sus lacayos y señala—. Es divertidísima. —Se ríe y todos sus monos empiezan a reírse también—. ¿Es una amenaza Roshina?

Doy un paso adelante y le escupo a la cara. —Eso es una promesa.

Me da una fuerte bofetada en la cara y sonrío sombríamente. —¿Qué se siente que tu propia sangre te odie con todo su ser?

Se le cae la cara de vergüenza mientras se limpia la saliva de la mejilla con el antebrazo. Ese acto repugnante me sentó mucho mejor de lo que debería.

—Mamá te dejó. —Me inclino hacia delante y enarco una ceja mientras susurro—: ¿Quieres saber por qué?

Sus ojos parpadean hacia los hombres que nos rodean y sé que he tocado una fibra sensible.

—Déjala ir. —Señalo a la madre de Stace.

Sus ojos se fijan en ella, atada a la silla.

—Déjala ir y podemos ir a tu casa para hablar de este nieto.

—No soy estúpido.

Sonrío. —Yo tampoco.

—¿Dónde está Mac? —gruñe.

—Déjala ir. Es a mí a quien quieres. Me tienes a mí. —Levanto las manos—. Suéltala o puedes matarme a tiros mientras lucho. —Me fulmina con la mirada—. No puedo procrear si estoy muerta. —Hago una pausa y sonrío dulcemente—. ¿No es así, papi?

Sus ojos se entrecierran con furia y sé que mi sarcasmo le está afectando. Lo tengo. Me necesita viva.

Me acerco a la madre de Stace y empiezo a desatarle las manos de la espalda.

—Alto ahí —grita.

—No. —Sigo.

—Esta es tu última advertencia.

—Y yo te advierto. Si quieres que pare, haz que uno de tus monos me mate.

Lucho con los nudos y finalmente la libero antes de ayudarla a levantarse.

El techo se resquebraja y miro en la oscuridad las grandes vigas de madera. Los ojos de los hombres se elevan hacia el techo y dos caminan mientras sostienen sus armas en el aire.

Hay alguien en el techo. ¿Stace?

Me obligo a bajar los ojos. Distráelo.

Dos de los guardias se adelantan y la agarran por los brazos.

Me volteo para mirarlo. —¿Qué va a ser? —le digo con desprecio—. ¿Yo o ella? —Me fulmina con la mirada—. Tú la dejas ir, y yo hago lo que tú quieras —continúo.

Duda y levanta la barbilla pensativo.

—Tu plan funcionó, me trajiste aquí. Ahora ella ya no es necesaria. Si te la quedas o le haces daño, lucharé hasta la muerte. —Me encojo de hombros—. Yo estaría feliz de morir hoy, pero ¿de dónde sacarás a tu heredero?

—No, cariño —susurra. Le agarro la mano y se la aprieto.

La acompaño hacia la puerta, los guardias dan un paso al frente y él levanta la mano en señal de alto. —Puedes salirte con la tuya esta vez, Roshina —dice con calma—. Como muestra de mi buena fe. —Los hombres se detienen en el sitio donde están y yo la acompaño hasta la puerta.

—Vete, corre. Escóndete en la hierba.

Menea la cabeza con miedo. —Ven conmigo —susurra.

—Corre, escóndete —susurro de nuevo para que solo ella pueda oírme. Abro la puerta, la empujo antes de que pueda discutir y la cierro tras ella antes de que él cambie de opinión.

Me volteo y miro a mi padre. —Ahora, vayamos al grano.

Stace

Me hundo en el suelo y me siento en el escalón un momento mientras dejo que mis acciones calen hondo. Lo logré.

Eso es todo.

Cierro los ojos arrepentido. En el fondo, siempre supe que lo nuestro no podía ser duradero. Siempre tuve esa molesta vocecita en el fondo de mi psique haciéndome saber cómo iría todo. ¿Cómo podría haber imaginado un futuro con ella cuando nos conocimos por un secuestro?

Siempre tuvo razón. Se merecía más de su persona. La recuerdo riéndose a carcajadas debajo de mí y siento una fuerte y rápida patada en el estómago.

Saber lo que me estoy perdiendo va a hacer que sea mucho más difícil seguir adelante.

Maldito Vikinos por tratarla como lo ha hecho. ¿Cómo demonios pudo tratar así a su propia hija? Una hija tan especial como ella. Mi sangre empieza a hervir, y con furia renovada me pongo de pie y giro la manilla para volver a salir al suelo.

Cerrado. A la mierda.

Me quedo mirándola un momento, sabiendo que tengo que ir hasta el fondo para salir. Me sube la adrenalina. Voy a tener una de las dos fiestas de bienvenida.

La policía o los hombres de Vikinos.

Quiero a los hombres. Quiero mi venganza y voy a conseguirla.

Estoy furioso. Miro la hora en el móvil. La policía debería estar aquí dentro de quince minutos para recoger a Rosh, ojalá antes, y entonces podré empezar mi ataque.

Con Rosh a salvo y fuera de peligro, puedo volver al plan original. Empiezo a bajar las escaleras. Estamos en el décimo piso, así que es una buena bajada. Dos pisos más abajo oigo un ruido en el nivel inferior y me detengo en el escalón. Me asomo por encima de la barandilla e intento ver qué sube por las escaleras.

Bang, bang. Traqueteo.

Frunzo el ceño. ¿Qué es eso? Vuelvo a asomarme a la barandilla y veo a un hombre de mantenimiento limpiándola, así que acelero el paso. Corro hacia abajo y me encuentro cara a cara con él.

—Ah, hola. —Sonrío despreocupadamente—. Entré en las escaleras por error y ahora todas las puertas están cerradas.

—Es la escalera de incendios, las puertas no se abren hasta llegar al piso de abajo —responde moviendo la cabeza.

—Joder, no me había dado cuenta. —Miro a mi alrededor mientras espero a que se ofrezca a abrir la puerta—. Así que tienes que caminar hasta el piso de abajo cada vez, ¿no? —pregunto.

—No, tengo una llave.

—Estupendo. —Finjo una sonrisa.

Sigue limpiando. ¿Voy a tener que saltar sobre este tipo para conseguir la maldita llave o qué? —¿Te importaría abrir la puerta para que no tenga que caminar hasta el primer piso? —pregunto.

—No debo hacerlo. Va contra la política.

Mis ojos le miran en forma de un pedido silencioso.

Se encoge de hombros. —¿Por qué no? —Se acerca arrastrando los pies y me abre la puerta.

—Gracias. —Sonrío mientras camino tranquilamente hacia el pasillo. Espero diez minutos y me dirijo directamente a los ascensores. Miro el dial que hay sobre las puertas y, cuando se abren, salgo al pasillo. Miro a la izquierda y luego a la derecha. Recorro el pasillo en dirección a nuestra habitación original, vacilo y paso la llave de tarjeta por la cerradura. Me preparo.

Abro la puerta y miro a mi alrededor. No hay nadie. ¿Eh?

Camino por la habitación sé que han estado aquí, pero parece que se acaban de ir.

¿Por qué se fueron?

Mis ojos recorren la habitación mientras intento averiguar adónde han ido. ¿Van a volver?

Voy al armario y abro la combinación de la caja fuerte y mi pistola sigue ahí dentro.

¿Qué posibilidades hay?

La saco, me acerco a la ventana y vuelvo a echar un vistazo a la habitación. Y me doy cuenta.

La peluca rubia, está en la silla.

Rosh estuvo aquí. La tienen.

Pateo la pared tan fuerte como puedo. —Joder! —grito. Me paso las manos por el pelo con frustración. ¿Por qué la dejé sola?

Suena mi teléfono y miro la pantalla. Chris. Cierro los ojos mientras pienso y respondo.

—Hola.

—Oh, Dios mío. ¿dónde estás? ¿Has visto la puta televisión?

Hago una pausa. —Sí, lo vi.

—¿La tienes?

Asiento con la cabeza. —Sí.

—¡Joder! —grita—. Entrégate. ¿Qué coño está pasando?

Me paso la mano por el pelo. —No es lo que parece. La secuestré para salvarle la vida y ahora Vikinos va tras ella.

¿Qu-qué? —balbucea.

—Chris, escúchame. Necesito que hagas algo.

Se queda en silencio.

—El golpe que ordené. Es para Vikinos.

—¿El señor de la droga, Vikinos?

Asiento con la cabeza. —Es él, es su padre.

—¿Qué coño, Stace? Déjalo ya. Deja de actuar como un maldito loco y entrégate. Esta chica es un puto problema, va a hacer que te maten.

—Chris, escúchame. Si me pasa algo, tienes que cuidar de ella.

—¿Qué? No. Te quiero a salvo. Entrégate.

—Estoy enamorado de ella.

—Stace. Perdiste la cabeza.

—Si el golpe se lleva a cabo y yo no estoy, dile a la agencia que su pago son los diamantes que están escondidos en la luminaria de la habitación 3590 del Venetian —respondo.

—Diamantes. ¿Qué putos diamantes? —grita—. No me lo puedo creer. Robaste los putos diamantes de Vikinos. ¡Jesucristo, Stace!

—Valen más que los treinta millones que ofrecí.

—No voy a hacerlo —suelta.

—Te quiero, amigo. —Suspiro tristemente.

—Stace, detente. Escúchame, entrégate. Podemos sacarte. Necesito que te entregues. No hagas nada jodidamente estúpido.

—Adiós, Chris. —Cuelgo antes de que pueda decir otra palabra y pongo el teléfono en silencio. Inmediatamente vuelve a sonar.

Cierro los ojos e intento recomponerme. Maldita sea. Salgo de la habitación, corro por el pasillo y me meto en el ascensor. Bajo hasta el estacionamiento subterráneo y me calmo al llegar abajo. No puedo llamar la atención.

¿Dónde estaban los malditos policías? Se suponía que debían tenerla, los malditos estúpidos. Estoy tan jodidamente enfadado ahora mismo.

Las puertas se abren, salgo despreocupadamente al estacionamiento y me dirijo a la última fila de autos. Saco mi pistola, rompo la ventanilla de un sedán y subo. Quito la tapa del salpicadero y hago un puente en el auto. Compruebo la gasolina, el depósito casi lleno. Tendrá que bastar. Salgo marcha atrás, piso a fondo el acelerador y atravieso la verja que está bajada. El auto sale disparado hacia el amanecer y piso a fondo la autopista.

Saco mi teléfono, activo la aplicación Find My Phone y contengo la respiración mientras espero.

Finalmente, la lucecita roja parpadea. Te tengo, cariño.

Espera.

Roshelle

Siento alivio. Lo logré. La saqué de aquí. Me volteo para mirar a mi padre; mi padre asesino y de sangre fría.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Quiero que te cases con Antonio.

Lo miro detenidamente. Necesito distraerlo lo suficiente para que ella corra. —¿Por qué? —pregunto.

Empieza a caminar de nuevo mientras se lleva la mano a la espalda. —Te lo dije, me estoy muriendo.

No lo suficientemente rápido.

Mis ojos se dirigen hacia los hombres que me rodean. Seis en total. Cuatro con los que estaba en el auto, y luego los dos guardias armados. Sus guardaespaldas.

Empiezo a mirar lentamente a mi alrededor buscando las salidas. —¿Por qué me necesitas? —pregunto.

—Quiero legar lo que tanto me ha costado a mi hijo de sangre.

—No quiere tu asqueroso dinero.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos y avanza hacia mí. El miedo me sube a la garganta. Por mucho entrenamiento que tenga, nada puede curar el miedo que siento ante este monstruo.

—Tu hijo se hará cargo del negocio familiar.

—No tengo un hijo.

—Todavía. —Sonríe sombríamente—. Pero lo tendrás.

Sacudo la cabeza. —Preferiría morir antes que entregarte un hijo.

Sonríe. —Y lo harás en cuanto tenga a mi hijo.

El miedo empieza a cerrarme la garganta. —Eres patético, ¿puedes oírte a ti mismo? ¿Puedes oír lo jodido que estás? —Sacudo la cabeza—. No conozco a un Antonio y estoy tan segura como la mierda de que no me voy a casar con uno —suelto.

—Antonio —llama.

Un hombre sale de entre las sombras y yo retrocedo. Alto, moreno y europeo, sus ojos negros me recorren de arriba abajo.

—Te presento a tu nueva esposa, hijo mío. —Mi padre sonríe.

Sonríe sombríamente y se acerca a mí. Siento su aliento en la cara. Huele a puro y a whisky. —Muy bonita. —Sus ojos se posan en mis pechos como si fuera su próximo trozo de carne, y me levanta la mano—. Encantado de conocerte, Roshina.

Frunzo el ceño mientras el aire abandona mis pulmones.

Se inclina y me besa el dorso de la mano y ya no soy capaz de sostenerla mientras le doy una fuerte bofetada. El sonido resuena en el espacio y su cabeza se gira con el escozor de la bofetada.

Da un paso adelante y me rodea el cuello con la mano. —Aprenderás cuál es tu lugar —susurra mientras su mano aprieta con fuerza.

—Claro que sí —le susurro de regreso.

Le aparto la mano y volteo hacia mi padre. —Estás loco. Has matado a tanta gente inocente. Mataste a tu propia mujer —grito. Sacudo la cabeza mientras las lágrimas amenazan con caer—. ¿Qué clase de puto animal eres? —susurro.

Mi padre levanta la cabeza. —Uno que se sale con la suya.

Volteo hacia Antonio. Es enorme. No necesita pistola y sé que debe de ser pura maldad para tener tanta estima a los ojos de mi padre.

—Esto es lo que va a pasar. —Antonio sonríe—. Tenemos un ministro que nos va a casar hoy.

Frunzo el ceño.

—Y tomaré mis derechos maritales inmediatamente. —Sonríe mientras se lame el labio inferior—. Repetidamente. —Sus ojos se encuentran con los de mi padre e intercambian una especie de sonrisa enfermiza de reconocimiento.

Sacudo la cabeza rápidamente. —No. No lo haré.

Me agarra la cara y me la aprieta con fuerza. —Oh, sí… lo harás. —Sonríe—. Y lo disfrutarás. —Se inclina hacia delante y me lame la cara—. Me aseguraré de ello —susurra mientras me pellizca la mejilla con fuerza entre los dientes.

Los latidos de mi corazón empiezan a sonar en mis oídos. Tengo que salir de aquí.

Lo empujo lejos de mí. —Vete al infierno. —Me volteo hacia los hombres que custodian la puerta—. ¿Esta es la clase de hombres para los que quieren trabajar? —grito.

Los hombres permanecen en silencio, necesito que uno de ellos cruce de bando para intentar ayudarme.

—¿Un hombre que organiza la violación de su propia hija? —exclamo.

El hombre más cercano a la puerta baja ligeramente la cabeza y sé que es mi objetivo.

El techo vuelve a crujir y todos nuestros ojos vuelan hacia arriba. ¿Quién está ahí arriba?

—Súbanla en el auto —exige Antonio.

Dos de los hombres dan un paso adelante y yo retrocedo. Uno se acerca y le doy un puñetazo tan fuerte como puedo en la cara. Cae hacia atrás. Giro y doy una patada al otro hombre, que se tambalea y me permite intentar coger la pistola.

—Tenemos a tu novio —anuncia mi padre. Me detengo en seco.

Dios mío, no.

—No, no lo tienes. Lo arrestaron. Eso es una mentira descarada. —Miento.

Distraídos, me agarran y me empujan hasta sentarme en una silla.

Mi padre sonríe. —Eres una mentirosa terrible, pero eso ya lo sabemos, ¿verdad, Roshina? Átala —exige.

Forcejeo y lucho mientras los tres hombres me sujetan y me atan a una silla.

—Ahora está con Stucco. —Mi padre sonríe.

Sacudo la cabeza mientras el sudor corre por mi frente. —Eres tan jodidamente estúpido.

—¡Silencio! —me grita.

—¿Sabes que tienes un traidor en tu equipo? —pregunto.

Los dos hombres me miran.

—Atrapé a Stucco robando tus diamantes. ¿Sabías que se ayuda a sí mismo con tu carga?

Por un momento a mi padre se le cae la máscara y frunce el ceño. —Eso no es verdad.

Sonrío ampliamente. —Oh, pero lo es. Planeaban matar a Mac y echarle la culpa a él.

—Mentirosa. —Se burla.

—Lo oí con mis propios oídos. ¿De qué otra forma sabría que los diamantes están en el barco?

Los ojos de Antonio y de mi padre se encuentran.

—Los oí hablar. El plan era tomar los diamantes y matar a Mac antes de que llegaras.

—Tonterías —grita.

—Oíste lo de la jeringuilla con la que lo atraparon, ¿no?

Los ojos de Antonio y de mi padre vuelven a cruzarse y sé que si lo escucharon.

—Piénsalo. ¿Qué posible beneficio podrían haber tenido en ese momento para matar a Mac si no era para inculparlo de un crimen que estaban a punto de cometer?

Mi padre se lo piensa un momento.

—Lo oí hablar con otro hombre —continúo.

—¿Quién? —gruñe Antonio.

—No lo sé. No pude verlo pero había dos hombres hablando en la cubierta una noche cuando no sabían que yo estaba allí. Era sobre los diamantes que iban a robar en algún contenedor o estatuas o algo así. Ni-ni siquiera sé si es real —tartamudeo.

Antonio mira hacia la oscuridad de la fábrica y puedo ver su mente malvada haciendo tic-tac.

Saben que digo la verdad… de una forma u otra.

—Por eso me volví loca el día en que debías llegar. Sabía que iban a culparlo de su crimen. —Sacudo la cabeza mientras intento salirme con la mía—. Sabía que le quedaban literalmente horas de vida.

—Eso es lo que le quedan. —Mi padre se burla.

—No ha hecho nada malo. En todo caso, se lo debes. Me salvó de tus animales. Va a pasar mucho tiempo en la cárcel. Déjalo fuera de esto —le suplico.

Antonio mira al espacio. —Tráeme a Stucco —gruñe.

—Está a unos minutos —responde otro de los hombres—, acaba de enviar un mensaje.

Los ojos de Antonio y los de mi padre vuelven a encontrarse. Jugueteo con la cuerda que me ata las manos a la espalda mientras intento liberarme sutilmente.

—Recorre el perímetro —gruñe Antonio. Dos hombres salen inmediatamente para comprobar los alrededores. Marca un número en su móvil y espera respuesta.

—Hola.

Escucha un momento.

—Comprueba el contenedor. —Gruñe, luego escucha un momento y sus ojos se dirigen a mi padre—. Tenemos un ladrón en nuestro equipo.

Vuelve a escuchar.

—Llámame inmediatamente. —Cuelga.

Piensa.

Oigo un auto detenerse en la grava de afuera y cierro los ojos. Joder, aquí vamos.

Oigo hablar a los dos hombres, se abre la puerta y Stucco entra sonriendo.

Antonio coge una pistola y le apunta directamente a la cabeza. La sonrisa de Stucco cae y levanta las manos. —¿Tienes algo que decirnos? —gruñe Antonio.

—¿Q-qué está pasando? —Stucco tartamudea asustado.

Es realmente difícil no sonreír mientras veo a estos cabrones volverse unos contra otros.

Suena el teléfono de Antonio y contesta inmediatamente. Stucco se queda quieto con las manos en alto.

Antonio escucha y sus ojos parpadean con furia antes de colgar. Baja la pistola y le dispara a Stucco directamente a la pierna.

El disparo suena con fuerza y él cae al suelo, gritando de dolor.

—¿Dónde están los putos diamantes? —gruñe Antonio.

—Ahhh —grita mientras se retuerce de dolor—. ¿De qué estás hablando?

—¡No me mientas! —grita mi padre. Se acerca y le da una fuerte patada en el estómago a Stucco.

Aprieto los ojos. Oh no, no quiero ver esto. —¿Quién trabaja contigo? —grita.

—No sé de qué me estás hablando… —grita. Le da otra patada y yo agacho la cabeza mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

Esto es brutal.

Oigo un golpe fuera y un alboroto, y luego suena un disparo.

¿Qué?

Alguien está aquí. Alguien está afuera.

Antonio levanta su pistola, apunta con el dedo al aire y lo hace girar. Los tres hombres restantes levantan sus armas y desaparecen por la puerta principal.

Oh, no. Oh, no. ¿Quién es?

Stucco se retuerce de dolor mientras sangra profusamente, y yo agacho la cabeza una vez más para no tener que ver el sufrimiento.

No puedo con esto.

Oigo un golpe y luego un crujido y oigo gritar a otro hombre.

Joder, ¿qué está pasando ahí afuera?

Antonio levanta la barbilla hacia los dos últimos guardias que quedan y se acercan a la ventana para intentar ver qué está pasando. Al cabo de un momento caminan hasta el otro extremo de la fábrica y desaparecen por otra entrada.

Dejo de respirar.

Me siento atada a una silla, sola en una habitación con dos de los hombres más malvados del planeta. ¿Es mi Stace el que está ahí afuera luchando? ¿Necesita mi ayuda? Empiezo a intentar frenéticamente desatar la cuerda. Tengo que salir de aquí. Tengo que ayudarlo.

Oigo otro disparo y mi padre desaparece en la oscuridad de la fábrica.

Lágrimas de miedo corren por mi cara.

La puerta se abre de golpe y Stace aparece cubierto de sangre. Dios mío, se ha cargado a los cuatro hombres de afuera con sus propias manos.

Apunta con su pistola a Antonio. —Desátala —gruñe.

Antonio sonríe sombríamente. —Ni hablar. —Levanta la pistola y apunta a Stace. Muevo la silla hacia delante y hacia atrás. Necesito distraerlo. La silla se cae y en una fracción de segundo Stace corre hacia Antonio y lo tira al suelo. Salen volando sobre el duro cemento con un ruido sordo. Lo golpea con fuerza tres veces y le quita la pistola de las manos. Antonio se echa encima y golpea a Stace, salpicando sangre por todas partes. El sonido de los golpes es brutal.

Stace vuelve a imponerse y rueda por encima mientras se golpea la cabeza contra el hormigón y mi padre sale de entre las sombras con la pistola apuntando a Stace.

No… Dios mío, no.

—¡No! —grito.

Se gira y me dispara en la parte superior del muslo y grito de dolor.

La lucha cesa de inmediato, Antonio sólo está semiconsciente mientras yace boca arriba.

Grito de dolor. Oh Dios, voy a morir.

Stace está cubierto de sangre y levanta las manos en señal de rendición.

—No —grito—. ¡Corre, Stace! —grito mientras el ardor de la bala me quema la piel y veo el gran mar de sangre rojo oscuro y profundo que se encharca a mi alrededor en el suelo.

Tiene un corte profundo en el pómulo y la nariz evidentemente rota, la sangre le chorrea por la cara.

—No la mates —susurra.

—¿Por qué no?

—Mátame en su lugar.

Vikinos apunta el arma a Stace. —De rodillas.

—Stace, no —grito.

Otra vez no. No, otra vez no.

Stace cae de rodillas.

—Las manos detrás de la cabeza.

Stace sube lentamente las manos a la nuca.

—Te amo, Rosh —susurra casi para sí mismo.

Mi padre camina detrás de él y le pone la pistola en la nuca.

—¡Basta! —grito—. No, por favor —suplico.

Suenan dos disparos.

—¡No! —grito.

Pero es mi padre el que cae al suelo.

Un agujero de bala en la frente y otro en el pecho.

Mis ojos vuelan hacia el techo para ver a dos hombres de negro con rifles de francotirador ocultos en las vigas.

Se me encoge la cara en lágrimas de alivio y dejo caer la cabeza y lloro. Stace cae de rodillas al suelo.

Está cubierto de sangre y agotado.

Suena una sirena en el exterior y, de repente, tras un alboroto, diez policías irrumpen por la puerta con todo su equipo.

Corren hacia mí. —Roshelle. —El policía me desata—. ¿Estás bien? —Levanta la cara para encontrarse con la mía.

—¿Qué pasó?

—Un hombre entró y le disparó —susurro.

—¿Qué hombre? —pregunta el policía.

—Se fue en un auto —susurro mientras mis ojos encuentran a Stace. Los sicarios llegaron.

Necesito cubrirlos porque acaban de salvarnos la vida.

CAPÍTULO 25

Roshelle

INHALO PROFUNDAMENTE mientras intento ponerme cómoda. Estoy medio dormida, atontada e incoherente.

—Shelly —susurra una voz familiar.

Frunzo el ceño en la habitación en penumbra. ¿Quién es?

—Shelly —susurra de nuevo la voz—. Vuelve a mí.

Frunzo el ceño mientras abro los ojos y me duele la pierna. Está semi-oscuro, quizás anochece. Miro a mi alrededor. Estoy en la habitación de un hospital.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

—Shelly. Dios mío. Pensé que iba a perderte —susurra mientras deja caer la cabeza para apoyarla en la cama.

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios? —¿Dónde? —Me detengo.

Todd toma mi mano. —Ahora estás a salvo.

Sacudo la cabeza mientras me invade la confusión. Stace. ¿Dónde está Stace? Mis pensamientos se ven interrumpidos por una enfermera que entra en la habitación.

—Oh, está despierta. —Sonríe, se acerca y me toma la tensión y las constantes vitales.

—¿Sabes dónde estás? —pregunta.

Miro alrededor de la habitación con desesperación. —¿El hospital? —susurro.

Sonríe ampliamente y Todd vuelve a sostener mi mano. Toso. Tengo la garganta muy seca. La enfermera me pasa un vaso de agua y lo bebo despacio.

—¿Qué pasó? —susurro. Todd me aparta el pelo de la frente y yo le doy un manotazo—. No —susurro, molesta.

—Has pasado por una terrible experiencia —responde Todd suavemente—. Ahora estás en casa.

Lo miro a los ojos y, aunque todavía estoy nublada, sé que no me imaginé a él y a Melissa en aquel club nocturno. —¿En casa? —le pregunto.

—Sí, estoy aquí, y no me iré de tu lado. He estado frenético. —Frunzo el ceño—. Pensé que te había perdido para siempre. —Sonríe suavemente.

Mi mirada se desvía hacia la enfermera, confusa, y ella sonríe. —Iré a buscar al médico. —Sale de la habitación.

—Sé lo de tu padre. —Todd hace una pausa—. Lo sé todo. —Permanezco en silencio mientras las lágrimas llenan mis ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta.

Miro fijamente hacia delante, incapaz de obligarme a mirarlo.

—Podría haberte ayudado a lidiar con esto. Podría haberte protegido.

—¿Qué pasó? —susurro. ¿Qué sabe él?—. No recuerdo mucho.

—Fuiste secuestrada por los hombres de tu padre. —Frunzo el ceño—. Intentó matarte otra vez, pero por suerte lo mataron a tiros.

Me trago el nudo que tengo en la garganta al recordarlo tendido en el frío y duro suelo de la fábrica. El dolor bombea con fuerza en mi pierna. —¿Mi pierna? —susurro.

—Te dispararon.

Frunzo el ceño y mis ojos se encuentran con los suyos por primera vez.

Me retira el pelo de la frente. —Lo siento mucho, Shelly. Lo superaremos. Te quiero, superaremos esto.

—¿Melissa? —pregunto.

Sacude la cabeza con rabia. —Fue un error, un terrible error de una noche. No nos hemos vuelto a ver. Se ha mudado del apartamento. He estado frenético y enloquecido buscándote.

Vuelvo a mirar al frente y clavo los ojos en el espacio.

El médico entra por la puerta. —Bueno, hola. —Sonríe ampliamente—. Te ves mucho mejor.

Coge mi historial y comprueba las constantes vitales que acaba de tomarme la enfermera. —Del uno al diez, ¿cuál es tu nivel de dolor?

—Diez. —Hago una mueca de dolor al intentar moverme.

—Te daré un analgésico más fuerte. —Se gira hacia la enfermera—. ¿Puedes darle morfina, por favor? —Se gira de nuevo hacia mí y sonríe—. Te operamos y, afortunadamente, la bala no ha hecho ningún daño permanente. Te levantarás enseguida.

Mis ojos sostienen los suyos. —¿Sabes dónde está el hombre que me salvó? —susurro.

Los ojos del médico parpadean hacia Todd.

—Él no te salvó Shelly. Fue el hombre que te secuestró —responde Todd—. Estás confundida, ángel. —Se inclina y me besa la frente.

Frunzo el ceño. —No.

El doctor toma mi mano. —Fuiste y volviste del infierno en el último mes. No quiero que pienses en ello ahora. Necesito que te concentres en fortalecerte, en ponerte bien.

—¿Dónde está? —susurro—. Necesito verlo…

—Shelly, escúchame —me interrumpe Todd mientras acerca mi cara a la suya—. Estás traumatizada. Yo estoy aquí. Voy a ayudarte a superarlo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento débil. Estoy confusa. —¿Dónde está mi amor? —susurro.

—Estoy aquí, ángel —responde Todd—. Estoy aquí. —Me coge la mano y me besa el dorso.

La enfermera me inyecta y, mientras las lágrimas ruedan por mi cara, me quedo dormida.

Me despierto de madrugada. Mi habitación está a oscuras y el hospital está en silencio. Llamo a la enfermera y me quedo mirando al techo un rato hasta que entra una nueva enfermera.

Es joven, más joven que yo.

Sonríe dulcemente. —Hola. Caíste rendida.

—Siento que necesito ir al baño —susurro.

Comprueba mi catéter. —Voy a vaciar la bolsa. —Me vacía la bolsa y me llena la medicación.

—¿Eres enfermera? —pregunta.

Sonrío suavemente y asiento con la cabeza. —Sí.

Se para a un lado de mi cama en la oscuridad y coge mi mano. Mis fuerzas se derrumban y los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Quieres que me siente contigo un rato? —susurra en la oscuridad.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar.

Acerca una silla y se sienta con mi mano entre las suyas. Se me saltan las lágrimas.

Ella no habla y yo tampoco, pero tenerla aquí conmigo es suficiente.

* * *

Me despierta Todd. —Buenos días, Shelly. —Sonríe ampliamente.

—Hola.

—Hoy tienes mejor aspecto. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

Lo miro fijamente un momento. Tengo que saberlo. —¿Qué le pasó al hombre?

Frunce el ceño. —Ese animal fue acusado de su secuestro y violación. Fue deportado a Colombia para ser juzgado.

Se me cae la cara de vergüenza.

—Espero que lo condenen a muerte.

—No me violó.

—Sí, sí, lo hizo. Su semen fue encontrado en una prueba de violación realizada en ti. Se han hecho pruebas de ADN.

—Fue consentido —respondo.

Su rostro decae. —No sabes lo que dices, ángel.

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes. Fuiste secuestrada y golpeada hasta la sumisión por ese monstruo.

—Se llama Stace —le digo—. No hables así de él.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Estoy enamorada de él —susurro.

Arruga la cara. —No estás enamorada de él. Te lavó el cerebro. Estás traumatizada.

—No estoy enamorada de ti.

—Sí, lo estás —ordena—, has pasado por mucho.

—He visto cómo es —susurro. Todd llama a la enfermera.

—No necesito una enfermera —digo bruscamente—, necesito saber qué le pasó a Stace. ¡Dime qué le pasó!

Entra la enfermera. —¿Puede darle algo, por favor, para calmarla? Está delirando.

Frunzo el ceño. —No, no es verdad. ¡Fuera!

—No iré a ninguna parte. —Pone las manos en las caderas con indignación—. Obviamente está teniendo algún tipo de episodio mental.

—¿Dónde está? —grito—. Llévame con él.

La enfermera pide refuerzos.

—No fui violada. Él nunca haría es, —me quejo—. Tienes que decírselo a la policía. Llámalos. Llama a la policía ahora mismo —susurro.

* * *

—Y luego qué pasó? —El agente levanta la vista de su bloc de notas.

—Me colé en el barco —continúo. Tengo que sacarlo de esto. Se está pudriendo en alguna prisión por algo que no hizo.

—Sabemos que eso no es cierto, Shelly.

Lo interrumpo. —Mi nombre es Roshina.

Las miradas de los agentes se cruzan y entonces interviene el otro. —Hablamos de esto un

millón de veces en la última semana. Tenemos un video de ti siendo llevada contra tu voluntad y metida en el maletero de un auto.

—No me violaron.

—Te lavaron el cerebro. No es raro que las víctimas se encariñen con su agresor —me tranquiliza el agente.

—No… no me lavaron el puto cerebro —tartamudeo con frustración—. Escucha lo que te digo. Él no me tocó. Me cogió para salvarme de los otros hombres. Me ayudó a escapar. Quiero que lo liberen.

El oficial me mira directamente a los ojos.

—Ya ni siquiera está en el país.

—¿Dónde está?

—Ha sido extraditado a las autoridades colombianas y acusado de sus delitos de secuestro y narcotráfico.

—Fue en suelo estadounidense. ¿Por qué ha sido extraditado? No entiendo por qué nadie me escucha.

—Eso no te concierne —suelta Todd desde la puerta.

Lo fulmino con la mirada. Lleva una semana fingiendo que somos algo que no somos y que simplemente me estoy volviendo loca. Lo que no sabe es que cada día soy más fuerte y que, a medida que aumenta mi fuerza, también lo hace mi odio hacia él.

No he olvidado lo que hiciste, imbécil.

—Tenemos entendido que te darán de alta la semana que viene —responde el policía.

Asiento con la cabeza. —Sí.

—No pueden dejarte por tu cuenta. ¿Dónde vas a quedarte mientras te recuperas?

—En mi apartamento.

—No puedes. Como te han dicho los médicos y los psicólogos en numerosas ocasiones, aún no estás bien para cuidar de ti misma. Los médicos nos han indicado que no estás en tu sano juicio para quedarte sola y que eres físicamente incapaz de cuidar de ti misma. —El policía frunce el ceño—. Quizás debería optar por el centro de rehabilitación.

—Me voy a casa y conozco mis opciones. No pueden retenerme contra mi voluntad.

—Estaré con ella —responde Todd.

—No, no lo harás.

—Te cuidaré, te guste o no.

Pongo los ojos en blanco. Joder, ¿por qué nadie me hace caso?

El policía exhala un suspiro frustrado y sacude su cabeza. Saca su cartera y me da una tarjeta de visita. —Si me necesitas, llámame. —Cojo la tarjeta y la miro fijamente. Mis pensamientos vuelven a la tarjeta especializada en anillos de compromiso que tenía Stace.

En ese momento era muy feliz.

—El caso ha sido cerrado por nuestra parte. No volveré a ponerme en contacto contigo a menos que te pongas en contacto conmigo.

Asiento con la cabeza mientras miro la tarjeta.

—Todd. —El policía se vuelve hacia él—. Si necesitas nuestra ayuda, aquí tienes nuestra tarjeta. —Le entrega otra tarjeta—. Aquí está la línea del centro de crisis de salud mental, por si la necesitas.

Todd asiente mientras coge las dos tarjetas—. Creo que voy a necesitarlo.

Esto es una mierda. —No soy una niña. No soy inestable —vocifero.

Los ojos de Todd parpadean hacia mí. —Gracias, oficiales. Lo tengo controlado desde aquí.

Los agentes se marchan y Todd se deja caer en el asiento a mi lado.

—Todd… —Hago una pausa—. Tenemos que hablar.

Sus ojos se clavan en los míos. Sé que no puedo decirle la verdad porque me internarían en un psiquiátrico.

—Ya no te quiero.

—Sí me quieres. Podemos superar esto.

Sacudo la cabeza y sonrío suavemente mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

—Ya he pasado por mucho.

—Lo sé, y por eso me necesitas.

—Necesito estar sola. Por primera vez en toda mi vida, quiero estar sola.

Sus ojos sostienen los míos.

—Siento lo de Melissa, lo siento mucho. Te quiero. Por favor, vamos a superar esto.

Sacudo la cabeza y le sostengo la mano mientras la empatía me invade. —Creo que nunca te he querido, Todd. —Frunce el ceño.

—Soy incapaz de amarte.

Me mira fijamente mientras piensa.

—Quiero que salgas por esa puerta.

Mira hacia la puerta.

—Y no quiero que vuelvas.

—No quiero que te enfrentes a esto sola.

—He estado sola toda mi vida.

—Shelly —susurra tristemente—, la jodí, pero puedo arreglarlo.

—Está roto para siempre, Todd —susurro—, no se puede arreglar.

* * *

Llaman a la puerta. —Hola, Shelly. Me llamo Erica y soy psicóloga. Teníamos una cita reservada para esta mañana.

Agradezco la interrupción y sonrío. —Sí, claro. Pase, por favor.

Llevo dos semanas en rehabilitación. Han pasado seis semanas desde que me dispararon. Por fin le he hecho llegar el mensaje a Todd y ha dejado de venir a verme, aunque sigue llamándome cada mañana y cada noche. El psicólogo me ha diagnosticado síndrome de Estocolmo, así que, de momento, les seguiré el juego y les doy la razón.

Seis largas semanas desde que perdí la otra mitad de mí.

¿Piensa en mí todo el tiempo, como yo pienso en él? A veces me despierto y siento que no podré sobrevivir una hora más sin él.

¿Tienen razón? ¿Estoy loca?

Supongo que ya no importa y que, de momento, debo concentrarme en mi salud. Una de las enfermeras del trabajo va a venir a recogerme hoy y luego volará conmigo de vuelta a casa. Supongo que es mi mejor amiga, Moira, creo que mi jefe la habría enviado. Me emociona ver caras conocidas. Han sido seis semanas muy solitarias en las que no he tenido contacto con nadie.

Me siento en la cama mientras la enfermera repasa conmigo los últimos medicamentos y las notas del alta.

—Y éste de aquí es el que te ayuda a dormir. —Ella garabatea en la caja, *dormir*.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo.

—Pero recuerda, no puedes conducir cuando las estés tomando.

—De acuerdo. —Sonrío—. Gracias. Has sido maravillosa. —Sonrío.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta.

Me encojo de hombros. —Sí, soy fuerte.

—No me digas. —Sonríe y me deja. Me acerco a la ventana y miro la ciudad.

No me gusta Las Vegas. Creo que nunca volveré aquí.

—Hola, amor —suena una voz familiar en la habitación. Me doy la vuelta. La madre de Stace, Annette.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Estás lista para volver a casa? —pregunta en voz baja.

—¿Qué? —susurro.

—He venido a buscar a mi nuera para llevarla a casa.

Frunzo el ceño, confundida.

—Puedes quedarte conmigo un tiempo y yo cuidaré de ti. Luego puedes mudarte a la casa de Stace en Manhattan.

Me quedo paralizada.

—¿Dónde está? —susurro.

—Está en prisión en Colombia.

Mi cara se tuerce de dolor. —¿Está bien? —susurro.

—Estará mejor cuando sepa que te están cuidando.

Sonrío entre lágrimas. —¿Sabe que estás aquí? —pregunto esperanzada.

Me rodea con sus brazos. —Me envió a buscarte. —Me besa la cara. Me abraza y, por alguna estúpida razón, los cielos se abren y comienzo a llorar aullando a la luna.

—Vamos. —Finalmente sonríe—. Vamos a casa.

* * *

Salto por la calle en Bogotá con el vestido rosa hielo que mande a hacer. Es idéntico al que Stace me compró para nuestra primera cita. Me pregunto si se acordará. Han pasado dos largos años, pero hoy por fin sale de la cárcel. Originalmente fue sentenciado a cinco años, pero conseguimos que lo redujeran a dos en la apelación. Era lo mejor que podíamos hacer con el dinero que teníamos.

No me dejó recogerlo esta mañana. Dijo que tenía una sorpresa para mí.

Me mudé a Colombia en cuanto me recuperé. Necesitaba estar más cerca de él. Vivo en una hermosa casa en las colinas y la vida ha sido buena.

Necesitaba este tiempo a solas, para encontrarme a mí misma. Para descubrir quién se supone que debo ser cuando no vivo con miedo. Por fin me he perdonado por la muerte de mi madre.

No fue culpa mía. Ahora lo sé.

He visitado a Stace en prisión tres veces por semana, todas las semanas. Era el máximo de visitas que podía tener. El tiempo sólo nos ha acercado más.

Estamos tan enamorados.

No tuvo el privilegio de recibir visitas conyugales. La prisión en la que residía estaba demasiado sobrepoblada y no disponía de instalaciones.

Cada vez que me despedía y ponía la mano en el cristal, y él hacía lo mismo, los dos moríamos un poco sin el contacto del otro.

Ni siquiera un beso.

Sin embargo, lo logró. Las condiciones eran atroces y, sin embargo, cada vez que lo visitaba se preocupaba más por mí y por cómo me encontraba. Al principio, me petrificaba que Vikinos tuviera hombres en la cárcel. Pero, afortunadamente, eso no ha parecido ser un problema en absoluto. La historia habría sido distinta si lo hubieran metido en una estadounidense.

No sólo estoy enamorada de él.

Me cae bien.

Es un buen hombre. Mi criminal empedernido es un buen hombre.

Estoy zumbando, zumbando de emoción. Zumbando de ansiedad.

¿Y si las cosas han cambiado entre nosotros y la química ha desaparecido?

No es así. Sé que no, pero demonios, dos años es mucho tiempo para tener un mejor amigo y no ser capaz de tocarlo.

Doblo la esquina por la calle de las cajas de seguridad. Quedamos en vernos aquí y sacar juntos nuestros diamantes. No quería volver aquí sin él. Estos también son sus diamantes. Sigo andando y lo veo. Levanta la vista, nuestros ojos se cruzan y en ese momento mi corazón se detiene por completo.

Está esperando delante, en las escaleras, y tiene un cachorrito dorado con correa.

Una sonrisa exagerada se dibuja en mi cara y camino más rápido. Salto y luego empiezo a correr. Él se ríe y camina hacia mí, y yo salto a sus brazos donde me hace girar. Nuestros labios se unen y me río entre lágrimas.

Nos besamos mientras sus manos me rodean con fuerza. Dios, qué bien se siente.

Nos besamos una y otra vez y siento que el pequeño y arenoso amigo me tira del brazo.

Me agacho y le doy una palmadita en la cabeza. —Hola. —Sonrío entre lágrimas—. ¿Cómo te llamas?

El pequeño labrador tira de la correa para intentar escapar de esta nueva forma de tortura. Hace un pequeño y patético guau y me río a carcajadas.

—¿Me compraste un cachorro?

Stace asiente mientras me arrastra hasta ponerme en pie, con su mano sujetándome la mandíbula como él quiere y su lengua acariciándome los labios.

Oh Dios, he extrañado esto.

—Tenemos que ir a casa —susurra.

—Diamantes. —Sonrío mientras rodeo con mis brazos sus anchos y musculosos hombros. Es mucho más grande que antes.

Me hace retroceder hasta que estoy contra la pared, con sus manos en mi cara y su cuerpo duro contra mi estómago. —Me dan igual los diamantes —respira en mi boca—. Es a ti a quien quiero.

Su boca desciende hasta mi cuello y cierro los ojos de placer mientras sus bigotes me acarician la piel. Volvemos a besarnos y tiene razón, tenemos que volver a casa. Podría correrme aquí mismo.

—Diamantes y casa —respiro.

Se agacha y recoge a nuestro nuevo miembro de la familia, entramos en la oficina y subimos a recepción.

—Venimos a vaciar nuestra caja de seguridad —dice. Entrega su identificación y lo observo.

Está diferente. Más duro, pero más blando, si eso tiene sentido. Su cuerpo ha cambiado tras todas sus sesiones de pesas y ahora, cuando lo miro, sólo veo al Stace del que estoy enamorada. El hombre hermoso que me salvó, tanto física como mentalmente. Mi atención se dirige al pequeño cachorro mientras agarra su correa con la boca y tira hacia atrás todo lo que puede. Sonrío mientras jugamos al tira y afloja con su correa y él vuelve a soltar un pequeño ladrido chirriante.

Tengo un cachorro.

Seguimos al guardia hasta nuestra taquilla y Stace me entrega la llave. Abro la caja y sus labios se posan en mi nuca mientras sus manos recorren mi cuerpo de arriba abajo.

—Te he extrañado —susurra.

Se me eriza la piel de los brazos. Me volteo y lo beso por encima del hombro.

Amo a este hombre. Amo el significado y el sentido de pertenencia que ha traído a mi vida.

Me besa de nuevo y yo me volteo en sus brazos, y volvemos a olvidar dónde estamos.

Stace tira de la correa y nuestro amiguito corre a nuestros pies. Finge gruñidos y ladra con su vocecita chirriante.

—Cógelos y podremos irnos. —Sonríe mientras se agacha para cargarlo de nuevo. Nuestro cachorro pelea y forcejea, claramente piensa que es hora de jugar.

Abro la taquilla y veo el calcetín atado dentro. Sonrío ampliamente y Stace niega con la cabeza, asombrado.

Logramos lo que queríamos.

Cuando llegué a Bogotá, Stace no quería que viniera sola por si me ponía en peligro. Yo tenía suficiente dinero y, tras pensarlo un tiempo, decidí esperarlo. Afrontaremos juntos los retos que vayan surgiendo.

Salimos del edificio y pedimos un taxi.

—Hola. —Sonrío mientras subimos. Me deslizo para dejar espacio a mis dos acompañantes—. ¿Puede llevarnos a las montañas inferiores, por favor? —pregunto.

Asiente con la cabeza y gira mientras se adentra en el tráfico.

La mano de Stace va directamente a mi muslo y la desliza lentamente bajo mi falda. Sus labios se posan en mi cuello, sus dedos se deslizan sutilmente hacia arriba y luego giran lentamente sobre mi sexo.

—Te necesito —me susurra al oído—, no puedo esperar a que lleguemos a casa.

Mis ojos se cierran mientras mi excitación alcanza nuevos niveles. ¿Cómo iba a pensar que ya no había química entre nosotros?

Es explosivo.

—¿Cómo te sientes? —susurra—, enséñame cómo te sientes. —Me levanta la pierna y la engancha sobre la suya, de modo que estoy medio sentada en su regazo.

Oh, mierda. Contengo la respiración cuando sus dedos se deslizan por debajo de mis bragas. Desliza el dorso de sus dedos por mi carne húmeda. Me sisea al oído en señal de aprobación y se reajusta mientras me abre más las piernas.

Maldito infierno. Estamos en un maldito taxi.

—Abre —susurra.

Apenas puedo mantener los ojos abiertos, estoy tan excitada. —Stace —respiro sobre sus labios abiertos—. Sólo espera.

—No puedo.

Empuja hacia adelante y desliza un dedo dentro de mí, y los dos casi nos convulsionamos. Dos años es mucho tiempo sin tocarnos.

Su respiración tiembla mientras saca y vuelve a meter lentamente el dedo. Tiene los labios abiertos a un lado de mi cuello. Mis ojos permanecen fijos en el retrovisor. Por suerte, el conductor no ha mirado hacia nosotros. Lleva los auriculares puestos.

—Estás muy mojada —me susurra al oído.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, mientras sus dedos mágicos vuelven a deslizarse lentamente.

—Necesitas que te follen, nena. —Su aliento me roza la oreja y se me pone la piel de gallina, no sé si por las palabras o por las sensaciones.

Me estremezco. Un orgasmo se acerca peligrosamente y siento cómo sonríe debajo de mí.

—Voy a explotar tan fuerte —susurra. Me mete tres dedos, pierdo el control y me tumbo sobre él.

Necesito que me folle. Necesito que me folle ya. Una oleada de excitación me inunda y él sisea en señal de agradecimiento.

Sus gruesos dedos se deslizan dentro y luego vuelven a salir lentamente.

—Llegamos —dice rotundamente el conductor.

Oh, mierda. Salto del regazo de Stace y sacudo la cabeza. ¿Qué demonios estamos haciendo? Ensancho los ojos mirando a Stace y él sonríe mientras se mete los tres dedos en la boca y se los chupa.

Me congelo al verlo y mis entrañas empiezan a licuarse.

Este hombre está tan bueno que me fríe el cerebro.

Como si me leyera el pensamiento, Stace sonríe con sensualidad y coge mi bolso para pagar al conductor. Ahora mismo no tengo ni un pensamiento coherente en la cabeza. Nos saca a mí y a nuestro cachorro del taxi y éste se marcha. Levanta la vista hacia la casa que tenemos delante. Es una casa adosada de dos plantas, blanca con puertas y molduras azules. Las ventanas tienen las mismas contraventanas azules. La hiedra está crecida por toda la pared, y tenemos una fuente está en el jardín delantero

—Aquí es. —Sonrío nerviosamente.

Sonríe mientras sus ojos recorren la casa. —Se ve bien.

Me encojo de hombros, sonrío y me esfuerzo por tirar de la correa de nuestro amiguito. —Odia esta correa.

Stace me sigue mientras continúa observando nuestro entorno.

¿Cómo debe ser estar encerrado dos años? No puedo imaginar lo que estará pasando por su cabeza en estos momentos.

Abro la puerta azul en forma de arco y entramos. El suelo es de baldosas verdes en grandes rombos y las paredes son de un cálido color terracota. Es la personificación de Sudamérica y la razón exacta por la que quería esta casa cuando la vi por primera vez.

Es cálido, terroso y acogedor.

—Esta es la sala de estar. —Hago un gesto hacia el salón y atravesamos el pasillo—. Esta es la cocina.

Echa un vistazo a la cocina de madera y sonríe. —¿Dónde está la lavandería? —pregunta.

—Oh, por aquí. —Camino por el pasillo y le enseño la lavandería y él mira a su alrededor. Sus ojos oscuros vuelven a mi cara.

—¿Dónde está nuestro dormitorio?

Los nervios me recorren. Ha pasado mucho tiempo. —Arriba —susurro.

Me toma de la mano, me lleva de nuevo a la escalera y seguimos subiendo.

—La última puerta a la derecha —murmuro.

Deja al cachorro en el suelo y me acompaña por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Sus ojos recorren el espacio.

Hay una cama grande con sábanas blancas y muebles de madera. Es sencillo.

Me levanto nerviosa y él se gira para mirarme. —Es bonito. —Sus labios se encuentran con los míos y me besa suavemente.

Sonrío. No puedo creer que esté aquí conmigo… en nuestra casa. He esperado tanto tiempo para que volviera a casa.

—Tengo algo para ti. —Rebusca en su bolsillo y saca algo envuelto en papel de seda.

Frunzo el ceño mientras lo desenvuelve y luego se arrodilla y levanta un anillo.

Lo miro fijamente, abrumada por la emoción.

—Cásate conmigo.

No tengo palabras. No tengo palabras.

—Quiero que te cases conmigo.

—Lo sé. —Sonrío mientras me inclino y lo beso—. Y yo quiero que tú te cases conmigo —susurro en sus labios, entre lágrimas.

—¿Eso es un sí?

Asiento con la cabeza. —Eso es un puto sí. —Me río. Se levanta, y me levanta, me tira sobre la cama. Reboto con fuerza.

Se levanta y, con sus ojos oscuros clavados en los míos, se quita la camisa y se baja lentamente los pantalones.

Se me corta la respiración. Antes era musculoso, pero ahora… no hay palabras para describir su físico. Alto y ancho, con un vientre cincelado y recortado, y una marcada V de músculos que le llegan hasta la ingle.

Nunca he visto nada más hermoso.

Su enorme polla cuelga pesadamente entre sus piernas y mi sexo se aprieta en agradecimiento.

Cielo santo. Él es el paraíso de los chicos malos en toda su gloria… y me ama.

Me sienta, me quita el vestido por la cabeza, me tumba hacia atrás y me baja las bragas por las piernas.

Apenas puedo respirar mientras permanezco desnuda ante él. Sus ojos recorren mi cuerpo como si memorizaran cada centímetro de mi piel.

—Abre las piernas —susurra.

Abro ligeramente las piernas y él las empuja hacia el colchón y se me queda mirando un momento mientras veo que un sinfín de emociones cruzan su rostro.

—¿Qué pasa? —susurro.

—Nada.

Frunzo el ceño.

—No sabes cuánto tiempo he pensado en este momento.

—¿En qué has pensado? —pregunto mientras subo la mano para acariciarle la cara.

—Tenerte llevando mi anillo. Tenerte desnuda en mi cama. Que me ames.

—Y lo hago —susurro—, te amo tanto.

Me besa suavemente, se arrastra sobre mí y me penetra de un solo empujón. Los dos gemimos de placer.

Sale despacio y vuelve a entrar hasta el fondo, y cuando levanta el cuerpo sobre los brazos estirados, sonríe ampliamente. —Cariño, estoy en casa.

Me río a carcajadas cuando vuelve a chocar contra mí. Los cuentos de hadas se hacen realidad. Los superhéroes son reales.

EPÍLOGO

Cinco Años Después

Roshelle

—Ah bebé, cuidado. —Corro al pie de la escalera mientras la pequeña en pañales intenta subir. La levanto y la pongo sobre mi cadera.

Molly tiene dos años, es muy descarada y le gusta todo… como a su padre. Chilla de alegría e intenta soltarse.

Ahora vivimos en Oyster Bay Cove, en Long Island, en una casa grande y preciosa de dos plantas. Tenemos piscina y un terreno doble, y gracias a nuestro robo de diamantes, no nos falta nada. Después de juguetear con la idea de vivir en el extranjero, decidimos no hacerlo. Tenemos vacaciones exóticas un par de veces al año, pero eso es todo. A la hora de la verdad, lo que más feliz nos hace es la familia. Stace quería estar aquí por Sebastián, su sobrino.

Pensó que el mejor regalo que podía hacerle a Justin, su hermano, era criar a Sebastián como si fuera suyo.

Y eso es justo lo que está haciendo.

Le compramos una casa a su madre Annette en la misma urbanización, y también una para su cuñada Cindy, la madre de Sebastián. Estamos todos muy unidos. Se han convertido en la familia que yo no tenía. Me cuidaron tan bien esos primeros meses que viví con ellos mientras Stace estaba en la cárcel. Les estaré eternamente agradecida por haberme adoptado como lo hicieron cuando ni siquiera me conocían. Cindy se ha vuelto a casar recientemente y están esperando a su primer hijo. Su nuevo marido, Andrew, es simpático. Sé que a Stace le mata ver que el amor de su hermano sigue adelante, pero quiere que ella sea feliz, como todos nosotros. Seb, como lo llamamos, tiene ahora once años y vive con nosotros la mitad del tiempo, igual que si fuera hijo de Stace. Está en una edad en la que quiere estar cerca de Stace, y cuando Cindy empezó a salir con Andrew lo tuvimos más a menudo para darles tiempo a solas. Seb ha insistido en que siga así y su madre sólo está a la vuelta de la esquina si la necesita.

Stace está en todos los partidos, entrenamientos, actos escolares y fiestas de cumpleaños. Pescan, arreglan cosas, acampan y Stace quiere a Seb con todo lo que tiene. Tienen una bonita relación y Seb lo ve realmente como a su padre.

Sonrío a la niña de pelo rubio que me mira fijamente. El descaro personificado.

Esta tiene a su padre envuelto alrededor de su dedo. Oigo abrirse las puertas electrónicas y sé que los chicos están en casa. Miro por la ventana de la cocina y veo la gran camioneta negra de Stace entrando por la calzada. Le compré aquel Ferrari negro que tanto le gustaba. Curiosamente, casi nunca lo conduce. Es un auto trofeo y una pérdida de dinero, si soy sincera. Stace ha creado una empresa de desarrollo. Si hubiera tenido tiempo de nuevo, habría vuelto a los Marines, pero ahora que tiene antecedentes penales, no era una opción. Le va bien y tiene a cuatro hombres

trabajando para él. A veces vuela en helicóptero por diversión los fines de semana, si tiene tiempo.

Como un torbellino, entran por la puerta trasera de la cocina. Seb está rebotando su pelota de baloncesto y Stace lleva la compra en bolsas.

—¡Papá! —Molly grita emocionada y él se ríe, la coge en brazos y la hace girar emocionada.

La pelota rebota continuamente y sacudo la cabeza. ¿Qué tienen las pelotas que rebotan que me vuelven tan loca? —Deja de rebotar la pelota, por favor, Seb —le digo.

—Sí, vale —responde desde el salón mientras enciende la televisión.

Stace deja a Molly en el suelo y ella se va corriendo a jugar con Seb, y Stace me envuelve en sus brazos.

—¿Cómo está hoy mi bella esposa? —Su mano roza suavemente mi barriga de embarazada.

Le sonrío mientras lo beso suavemente. Nos casamos en Bogotá al día siguiente de salir de la cárcel. No podíamos esperar más.

Lo miro inexpresiva. —Enorme.

—Enormemente caliente.

—Ya lo sabes. —Sonrío contra sus labios mientras me besa suavemente. Faltan cinco semanas para que nazca este pequeño.

—¿Qué tienes para mí esta noche? —susurra mientras su mano me acaricia el trasero y sus labios se posan en mi cuello.

—Pensé que tal vez podríamos hacer un pequeño juego de roles. —Sonrío.

—Oh sí, me gusta como suena eso. —Respira y siento cómo se endurece contra mi cadera.

—Para seguir vivo tienes que seguirme el juego y fingir que estás embarazado —le susurro al oído mientras se lo pellizco con los dientes.

Sus ojos se cruzan con los míos y sonríe.

—Y podemos atarte una bolsa de papas de tres kilos al estómago y ver lo sexy que te sientes.

Me empuja hacia atrás hasta ponerme contra la pared. Sus brazos me rodean, atrapándome, y su erección se clava en mi cadera.

—Nunca has estado más sexy —susurra en mis labios mientras su lengua recorre lentamente mi boca—. Nunca te he deseado tanto como ahora.

Se me corta la respiración. —¿Tienes un fetiche con las embarazadas?

Sonríe sombríamente mientras me bombea con sus caderas. —Puede que sí.

—Enfermo —digo—, entonces será mejor que acuestes temprano a tus hijos. —Sonrío.

—¿Y eso por qué? —Sonríe contra mis labios mientras su mano explora bajo mi falda.

—Porque quiero tener sexo de embarazada con mi marido.

Sus dedos se deslizan por debajo de mis bragas, me echo hacia atrás y sacudo la cabeza. —Hora de bañarse —digo.

Pone los ojos en blanco y retrocede. —Niños, a bañarse —dice.

—Estoy súper cansada y quiero acostarme temprano.

Me agarra por detrás y me arrastra sobre su gran polla. —Tiene una hora y media, Sra. Mac, antes de que se la follen. Duro. —Sus ojos se posan en mis labios y se toca a través de sus pantalones para liberar un poco de tensión.

Sonrío, deslizo la mano por sus pantalones y lo acojo en mi mano. —Dos niños: la cena y a la cama primero —le recuerdo.

Vuelve a inclinar la cabeza hacia el techo, frustrado. —Hora del baño. Ahora —suelta mientras desaparece escaleras arriba.

Oigo cómo se encienden la ducha y la bañera y sonrío mientras sigo terminando la cena.
Así es la vida.
Esto es amor.
Al estilo Stace.

Fin.

Sigue para ver el extracto de la novela ***El Italiano*.**

SOBRE LA AUTORA



T L Swan es autora de Best Sellers del Wall Street Journal y #1 en Amazon. Con millones de libros vendidos, sus títulos están traducidos actualmente a veinte idiomas y han alcanzado el #1 en Amazon de EE.UU., Reino Unido, Canadá, Australia y Alemania. Tee es residente de la costa sur de Nueva Gales del Sur (Australia) junto a su esposo y sus tres hijos, donde vive su propio “felices para siempre” con su primer amor verdadero.